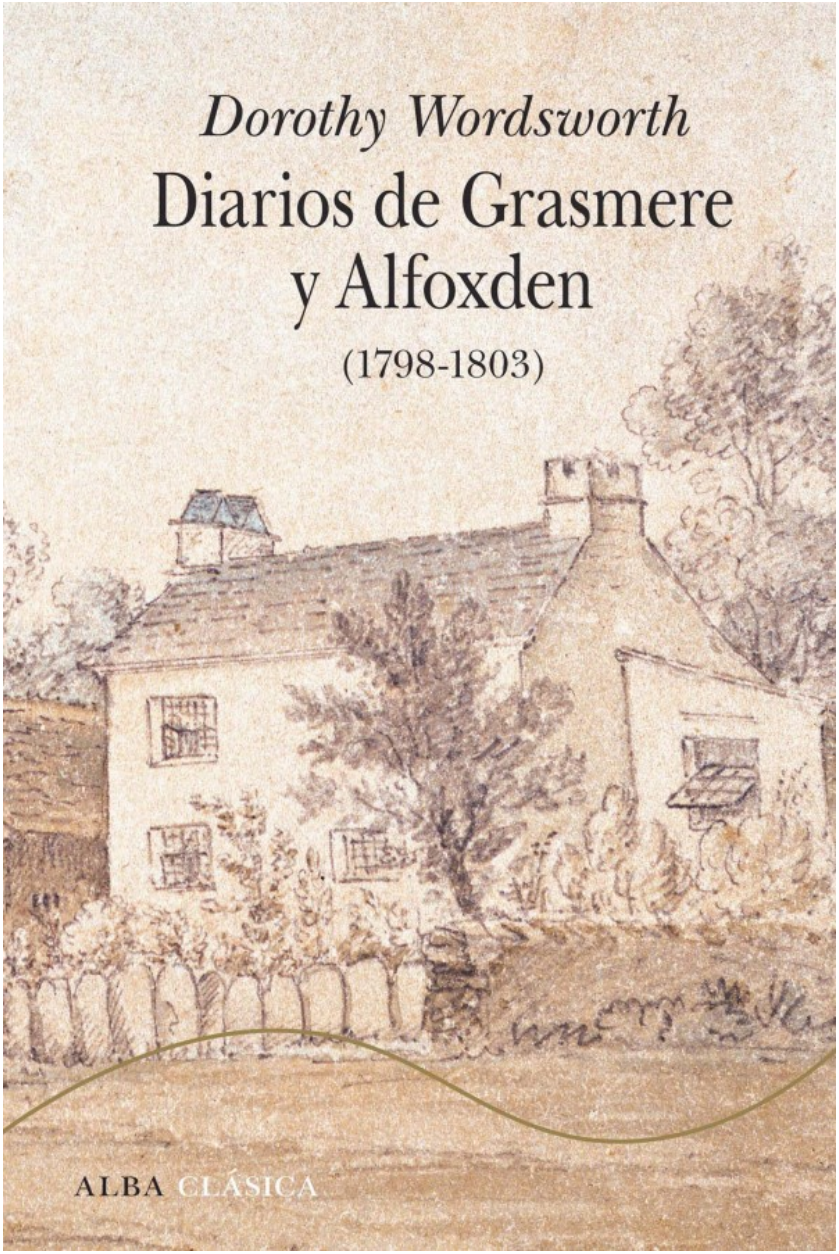
Dorothy Wordsworth

Diarios de Grasmere y Alfoxden

(1798-1803)



ALBA CLÁSICA

Dorothy Wordsworth

Diarios de Grasmere y Alfoxden
(1798-1803)

Traducción
Gonzalo Torné

ALBA

Nota introductoria

Los *Diarios* de Grasmere (1800-1803) y Alfoxden (1798) (llamados así en reconocimiento a los lugares donde fueron escritos) se vieron precedidos y concluidos por dos de las mayores conmociones sentimentales que sufrió Dorothy Wordsworth en el transcurso de su vida: un amor declarado que no pudo terminar en boda y una boda que casi terminó con su salud y que se llevó por delante el propósito de seguir con estos diarios. Lo propio sería no incordiar demasiado y permitir que el lector lo descubra por sí mismo, pero me temo que sin una explicación previa tales «conmociones» se le puedan pasar por alto. Acostumbrados como estamos a que la escritura privada sea ante todo el vehículo de diversas modalidades de desahogo, hay que decir que el rasgo predominante de los diarios de Dorothy Wordsworth es la discreción. Se nos informa de muchas cosas: paseos, vecinos, trabajos del hogar, estado físico y anímico… pero todo parece entrelazarse en una escritura represiva.

Enseguida volvemos a las conmociones, repasemos antes algunos hechos. Dorothy Wordsworth nació en 1771 en Cockermouth. Tras la muerte de su padre en 1783 los cinco hermanos Wordsworth se diseminaron en casas de varios parientes. A Dorothy le tocó irse a vivir sola con su tía Elizabeth en Halifax. Tardó más de diez años en reunirse con William, su hermano favorito. Al reencontrarse descubrieron que además del viejo afecto familiar también les unían los intereses literarios. Los dos eran excelentes lectores: Dorothy componía poesía y pretendía escribir un libro de viajes (en cuanto tuviera la oportunidad de viajar), y William estaba enfrascado, con un puñado de cómplices, en un proyecto renovador de la poesía que en pocos años le llevaría a fundar el Romanticismo inglés. Como, por si fuera poco, a los dos les encantaba salir a dar paseos por el campo (tan prolongados que a veces se veían obligados a hacer la siesta y recuperar fuerzas para volver a las andadas, nunca mejor dicho, al atardecer), decidieron vivir juntos, primero en Dorset, luego en Somerset (en Alfoxden House, en Holford) y finalmente en Westnorland, hoy Cumbria (en Dove Cottage, en Grasmere).

La primera de las conmociones que he mencionado fue propiciada por uno de los poetas amigos de William, concretamente por su colaborador más valioso, Samuel Taylor Coleridge, con el que por esas fechas estaba ideando el primero de sus grandes libros: *Lyrical Ballads* [Baladas líricas]. Coleridge se enamoró de Dorothy, quien, pese a no corresponderle (entre otras razones porque estaba casado desde 1795 con Sara Fricker, aunque el matrimonio le hiciese profundamente infeliz), siguió queriéndole «como amigo», todavía más si cabe, pues se responsabilizó de una manera elusiva, pero angustiosa, de las debilidades de salud (numerosas) y los

decaimientos de ánimo (constantes) de un hombre que estaba escribiendo los mejores poemas de su vida al tiempo que la adicción al opio iba debilitando sus facultades mentales.

La segunda conmoción la supuso la ruptura no tanto de la convivencia con William, como el final de la cercanía íntima con la que se había desarrollado desde su reencuentro. William se casó con la joven Mary Hutchinson en 1802 (hacia el final del *Diario de Grasmere)* y las cosas, aunque Dorothy decidiera al mismo tiempo quedarse a vivir con ellos y declarar con cierta solemnidad que ya era demasiado vieja para casarse (tenía treinta y un años, y cumplió su promesa, ambas promesas), no volverían a ser lo mismo. William empezó a limitar sus paseos, ya no recurría en primera instancia a su hermana para contarle a diario las vicisitudes y los éxitos de sus composiciones ni le pedía que le copiase sus poemas. Se podría decir que William asumió la jerarquía de afecto de un hombre casado, a lo que Dorothy respondió suspendiendo su vocación literaria; llegó incluso a renunciar en público (esto es, por carta) a la tímida intención de ver publicada su escasa obra poética.

El lector que dispone de estas claves reconocerá con más facilidad la estela que dejaron en los diarios las dos conmociones elididas. Se entiende mejor la hipersensibilidad, vetada de rachas de culpa, con la que Dorothy recibe las noticias sobre la buena o mala salud de un hombre casado; y los sentimientos encontrados con los que pasa de la lástima por Mary (la convivencia con William no era una tarea liviana) a las insinuaciones de resquemor herido (todo alojado siempre en un sentimiento dominante de afecto y respeto). Ambas conmociones suelen resolverse en achaques repentinos y ráfagas de tristeza. Queda para el lector la tarea de resolver si esta represión se debe a una incapacidad expresiva (en una mujer que escribía con una precisión y una solvencia admirables), a un prolongado esfuerzo por negarle a su conciencia las corrientes secretas de sus emociones, o bien al deber autoimpuesto de no alborotar demasiado, de pasar por el mundo sin ocasionar molestias, ni siquiera a sus lectores imaginarios.

En medio de las dos conmociones el lector encontrará un modelo de prosa sorprendente. El siglo XIX inglés no va precisamente escaso de grandes escritoras, allí están Austen, las hermanas Brontë, George Eliot o Mary Shelley. Pero todas ellas son mujeres intelectualmente libres, con una imaginación emancipada. El diario de Dorothy levanta testimonio de cómo vivía una mujer que respiraba en un ambiente de simpatía por la Revolución francesa y de curiosidad intelectual, pero cuya principal tarea era el cuidado de un hermano al que adoraba, cuyas necesidades y caprichos nunca lograba quitarse de la cabeza. El diario es un registro de la abnegación escrito por una mujer cuya sensibilidad, sobre todo para las descripciones paisajísticas y los movimientos de la naturaleza (que

alcanzan momentos de fuerza y belleza asombrosa), nos pide a gritos un margen superior de acción y de libertad. Al fin y al cabo lo que Dorothy Wordsworth consiguió, atrapada en las órbitas emocionales de su célebre hermano, es un prodigio.

GONZALO TORNÉ, mayo 2018

Nota a los textos

El *Diario de Grasmere* se publicó por primera vez en 1897, editado por William Knight, responsable también en 1913 de la edición del *Diario de Alfoxden*. Nuestra traducción se basa en la edición crítica de Pamela Woolf (Oxford University Press, 1991). La mayor parte de nuestras notas se basan en la información que Woolf ofrece sobre las personas, poemas y emplazamientos que Dorothy Wordsworth cita en ambos diarios. Como es habitual en las ediciones inglesas, publicamos los diarios alterando su orden cronológico, al ser el que Dorothy escribió en Grasmere el más importante.

Para los títulos de los poemas de William Wordsworth citados por Dorothy (títulos que en ocasiones corresponden a poemas publicados por William, pero otras a títulos de trabajo o a poemas que no llegó a terminar) hemos optado la primera vez por citarlo en inglés tal y como aparece en el texto, seguido por una traducción en castellano entre corchetes; en adelante si el poema vuelve a citarse lo mencionaremos solo en inglés.

Diario de Grasmere

I. Primer cuaderno: del 14 de mayo al 21 de diciembre de 1800

14 de mayo de 1800 [miércoles]. William y John[1] se dirigieron a Yorkshire después de comer, eran las dos y media, llevaban lonchas de fiambre de cerdo en la bolsa. Los dejé en la curva del sotobosque, bajo los árboles. Mi corazón estaba tan pletórico que apenas fui capaz de decirle nada a William cuando le di un beso de despedida. Estuve sentada mucho tiempo encima de una piedra al borde del lago y, después de verter un torrente de lágrimas, mi corazón se sintió mucho más ligero. El lago se veía, ignoro el motivo, aburrido y melancólico, y la agitación de la orilla transmitía un sonido denso. Caminé tanto como pude entre las piedras de la orilla. El bosque estaba lleno de flores. Una hermosa flor amarilla, de un amarillo muy pálido, y que desprendía un aroma estupendo, predominaba por los alrededores, supuse que era un ranúnculo; ranúnculos, hojas de hierba, una flor blanca en forma de diente de conejo, las fresas, los geranios, violetas sin aroma, anémonas de dos clases, orquídeas, prímulas. El celtis estaba muy hermoso, se confundía con un pequeño arbusto. Asomaban las heliconias. Me encontré con un anciano, venía tirando de un toro muy grande y de una vaca, caminaba apoyado en dos bastones. Volví a casa por Clappersgate. El valle estaba muy verde, y me deparó un sinfín de dulces vistas hasta que llegué a Rydale; allí pude disfrutar de las casas elegantes, pero me emocionaban más aquellos lugares donde había sido feliz. Una bella perspectiva del puente, aunque desde allí no se pudiese ver la casa de Michael. Hice varias paradas para sentarme pese a que hacía mucho frío. Decidí escribir un diario sobre estos días, hasta que William y John regresen, y no voy a contrariar mi propia decisión; además, quiero que William esté contento conmigo cuando vuelva a casa. En Rydale, una mujer de la aldea, robusta y bien vestida, me pidió medio penique. No recuerdo que me haya pedido nunca nada, pero ¡son tiempos difíciles! Llegué a casa con un horrible dolor de cabeza, trabajé con el ligustro. El atardecer fue muy frío y encendí un fuego, mi rostro adoptó el color de la llama. Son las nueve en punto, me iré pronto a la cama. Una joven mendiga ha aparecido en nuestra puerta. Venía de Manchester, salió de allí el domingo por la mañana con dos chelines y un pedazo de papel que creía que era un pagaré de banco, la habían timado. Había perdido a su marido y a tres hijos en el último año y medio. Todos descansaban en la misma tumba. Los enterró ella misma. Nos dijo que todos los pobres entierran a sus muertos en un mismo emplazamiento. Les costó veinte chelines alquilar ese terreno, y nadie les dijo que tenían que pagar a los sepultureros entre once y seis chelines adicionales cada vez que volvían a abrir la sepultura. ¡Oh! Y ¡recibí una carta de William!

15 de mayo, jueves. Una mañana fría y aburrida. Recogí la primera cosecha de guisantes. Arranqué malas hierbas. Pasé mucho tiempo remendando, hasta el atardecer. La lluvia que nos había amenazado durante todo el día cayó justo cuando iba a dar un paseo.

Viernes por la mañana [16]. Día cálido y suave, después de una noche de abundante lluvia. Di un paseo con el señor Gell[2], recogimos musgo y plantas. Los bosques estaban extremadamente hermosos, luciendo toda su variedad y dulzura otoñales. Me llevé una cesta con la idea de recoger un poco de musgo y añadí también unas cuantas plantas silvestres. ¡Qué maravilla tener un libro de botánica! Ahora todas las flores parecen más alegres y desprenden una dulzura deliciosa. La prímula sigue ocupando un lugar preeminente entre las flores más tardías de la primavera. Las dedaleras están muy crecidas, y cargadas de yemas. Rodeamos a pie el lago hasta Loughrigg Fell. Me divertí mucho observando la actividad de unas tarabillas, escuchando sus inquietas voces mientras se deslizaban por encima del agua, persiguiéndose, dejando un rastro de sombra bajo sus cuerpos, antes de posarse de nuevo entre las piedras de la orilla, sin dejar de piar con la misma voz incansable. No podía cruzar el agua, así que di un rodeo por los escalones de piedra. La mañana era clara, aunque nubosa, las montañas no quedaban ocultas por la neblina. Después de comer Aggy[3] sembró cebollas y zanahorias. Le eché una mano. Le escribí a Mary Hutchinson[4]. Me lavé la cabeza. Trabajé un poco más. Después de tomar el té me fui de paseo hasta Ambleside. La tarde era fresca, pero no hacía frío. Rydale estaba precioso, las siluetas de las espigas parecían lanzas de acero pulido. ¡No nos ha llegado ninguna carta! Solo recogí un periódico. Volví por Clappersgate. Grasmere estaba soberbio bajo los últimos restos del crepúsculo. Se llama hogar a esta quietud del corazón. De vuelta he sentido mucha melancolía. Tuve muchos pensamientos tristes y no pude contener las lágrimas que salían de mi interior. Pero cuando llegué a Grasmere me dije que todo esto me beneficia. Terminé la carta para M. H. Comí deprisa y corriendo un poco de budín y me metí en la cama. Durante el paseo de la mañana me encontré con un viejo medio loco. Me enseñó un alfiletero, me pidió un alfiler y después medio penique. Con una voz indiferente empezó a recitarme: «Matthew Jobson perdió una vaca / Tom Nicol tiene dos caballos muy nerviosos / la vaca de Jim Jones se desprendió de su cencerro…». Fui a ver a Aggy y la convencí de que me dejase darle un poco de suero de leche y le hirviese unas gachas. Aggy me confesó después que se había comido la mitad.

Sábado [17]. Lluvia incesante desde la mañana hasta la noche. T. Ashburner[5] nos trajo carbón. He trabajado mucho y he leído *Sueño de una noche de verano,* también algunas baladas. Di una pequeña caminata por el

jardín. El mirlo se quedó quieto en su nido, sacudido por el viento y la lluvia.

Domingo 19 [18]. Fui a la iglesia, leves lluvias, aire frío. Desde la ventana las montañas parecían mucho más verdes y creo que el valle está más verde que nunca. El maíz empieza a asomar. Los fresnos todavía están desnudos. Recorrí parte del camino de vuelta con la señorita Simpson[6]. Una niña de Coniston vino a mendigar. Su madrastra la había echado de casa, su padre tampoco la quería allí: «Se pasa el día peleando». Por la tarde di un paseo hacia Ambleside, rodeando el lago: desde allí se tiene la perspectiva más hermosa de Loughrigg. El paisaje era tan verde que ningún ojo podía cansarse de reposar en él. El lugar más hermoso para levantar una casa es sin duda el campo que colinda con la tierra de Benson[7]. Me sorprendieron dos desconocidos que me felicitaron por el ritmo de mi caminata. Iban a vender paños y otros objetos singulares que ellos mismos fabrican en Hawkshead y sus alrededores. El cartero no había llegado, así que fui caminando hasta el pueblo, dejando atrás la casa de la señora Taylor[8]. Cartas de Coleridge[9] y Cottle[10]. John Fisher[11] me alcanzó cuando salía de Rydale. Me habló un buen rato de las convulsiones del momento, me dijo que pronto existirían ya solo dos clases de personas: las muy ricas y las muy pobres. Añadió: «Quienes tienen haciendas pequeñas se ven obligados a vender y la tierra se acumula en las mismas manos». No llegué a casa hasta pasadas las diez.

Lunes [19]. Estuve un buen rato paseando por el jardín, sacudí las alfombras y remendé ropa vieja. Leí *Timón de Atenas*. Hice la colada de las prendas de lino, mientras Molly[12] sembraba semillas de nabo y John recogía guisantes. No disfrutamos demasiado del sol, pero tampoco sopló demasiado el viento y no se puso a llover hasta las siete; cayó un breve chubasco justo después de que saliese a dar mi paseo. No volví, sino que seguí caminando hasta el Barrio Negro[13]. Pasé un buen rato entre las rocas, un terreno que queda por encima de la iglesia. Es la situación más hermosa imaginable para una cabaña: dominar dos perspectivas visuales distintas, el valle y el lago. La cabaña queda entre las rocas. Caminé, recogí musgo. La quietud y la reclusión del valle me afectaron hasta el punto de inspirarme una profunda melancolía. Me obligué a marcharme. El viento sopló hasta que me fui a la cama. No volvió a llover. Dodwell y Wilkinson nos visitaron mientras estaba fuera.

Martes por la mañana [20]. Una hermosa y suave lluvia. Después del desayuno el cielo se despejó y antes de que las nubes se instalasen sobre la loma me dirigí a Ambleside. La mañana era muy dulce. Todo estaba verde y lleno de vida, los arroyos entonaban una canción perpetua con ayuda de

los zorzales y los demás pajaritos, sin olvidar a las tarabillas. El cartero no pasó por casa. Di una caminata hasta Windermere y me encontré allí con él. ¡Ninguna carta! Tampoco periódicos. Volví a casa por Clappersgate, muy cansada, improvisé la comida; dolor de cabeza, me acosté y dormí por lo menos dos horas. La lluvia apareció de noche. Molly hizo la colada.

Miércoles [21]. Nos pasamos el día tendiendo la ropa de lino recién lavada. Un día muy lluvioso y una noche muy húmeda.

Jueves [22]. Un día muy hermoso, pese a los chubascos. Secamos la ropa de lino y la almidonamos. Tomamos el té en casa de los Simpson. Arrancamos los ranúnculos bulbosos *(Rock Ranunculus)* y otras malas hierbas que habían crecido demasiado. Nos ocupó buena parte del camino de vuelta. Un chubasco, una tarde suave, todas las guisanteras que plantamos están creciendo.

Viernes 23. Planchamos hasta la hora del té. Llovió tan fuerte que no encontré el momento de salir a buscar las cartas. Guardamos la ropa de lino, remendé medias.

Sábado, 24 de mayo. De buena mañana di una caminata hasta Ambleside. Recibí una carta de William y otra de Mary Hutchinson, también de Douglass[14]. Le escribí a William después de comer. Trabajé un poco en el jardín, pasé el atardecer bajo los árboles.

Domingo [25]. Un día muy cálido y hermoso, no tuve que encender el fuego. Por la mañana leí *Macbeth*. Después de comer pasé un rato sentada bajo los árboles. La señora Simpson vino de visita y se sentó conmigo. Escribí a mi hermano Christopher[15], envié a John Fisher a Ambleside después del té. La señora Simpson me acompañó a dar un paseo a pie alrededor del lago, allí nos cruzamos con su hermano. A mi regreso encontré una carta de Coleridge y otra de Charles Lloyd[16], y tres periódicos.

Lunes, 26 de mayo. Una mañana muy hermosa, trabajé en el jardín hasta las diez, entonces vino la vieja señora Simpson y conversamos hasta las doce. Molly se casa. Escribí cartas a J. H.[17], a Coleridge y a William. Di un paseo hacia Rydale y no regresé a casa hasta que vislumbré mi prado favorito. El aire y el lago estaban serenos. Vi una casa de campo iluminada en el valle, la luz brillaba tanto a mi izquierda que yo podía reconocer más cosas que nunca: bosques, árboles, casas. Dos o tres clases distintas de pájaros cantaban de vez en cuando en la otra orilla. Me senté hasta que pude arrastrar fuera de mí, con cierta dificultad, la tristeza que sentía

crecer en mi interior. «Cuando pensamientos placenteros»[18]…

Martes 27. Di un paseo hasta Ambleside con algunas cartas. Encontré al cartero antes de llegar a casa del señor Partridge[19]; solo me esperaba una carta, era de Coleridge. Lo cierto es que esperaba recibir una de William. La mañana era dulce, a los fresnos del valle ya casi les habían salido todas las hojas, pero los que crecen en las montañas seguían con las ramas desnudas. Tuve calor a la vuelta, y sentí frío en cuanto entré en casa y me senté. Sufrí un fuerte dolor de cabeza, me acosté después de comer y volví a acostarme a las cinco, inmediatamente después de tomar el té. Trabajé en el jardín, pero no salí a caminar. Un atardecer muy agradable, pero después de la puesta de sol la temperatura bajó mucho. Remendé medias.

Miércoles [28]. De buena mañana di un paseo por las rocas, pasé por delante de donde vive Jenny Dockray[20]. Pasé mucho rato sobre la hierba. La perspectiva era realmente hermosa, casi divina. Si tuviera trescientas libras, y pudiera permitirme no preocuparme por mi capital futuro, compraría este pedazo de tierra y construiría una cabaña aquí mismo, para terminar nuestros días. Entré en su jardín y cogí lirios blancos, lirios amarillos, vincapervincas… que después planté. Me senté bajo los árboles con mi cosecha. De regreso estuve trabajando en el jardín de siete a ocho, y después lo regué. Íbamos a subir hasta la casa del señor Simpson cuando la señora S. y sus invitados cruzaron la puerta. Volvi a casa con ellos, un atardecer hermosísimo, la luna creciente colgaba sobre el Helm Crag[21].

Jueves [29]. Por la mañana trabajé un poco en el jardín. Leí *El rey Juan*. El grupo de la señora Simpson, la señorita Falcon y el señor S. llegaron muy temprano. Antes de tomar el té fuimos a la barca del señor Gell, pescamos en el lago, nosotros solos pescamos trece. La señora Simpson trajo grosellas y nata, nos alejamos del agua hacia las nueve, estaba demasiado fría. Parte del camino de vuelta lo recorrimos en grupo.

Viernes [30]. Por la mañana fui a Ambleside. Olvidé por completo que el cartero no llega hasta la tarde. ¿Cómo pude entristecerme tanto cuando me informaron de lo que ya sabía? Hice el camino de regreso convenciéndome de volver al atardecer. Al llegar a casa cayó una lluvia muy suave y dulce, pero dejó una tarde húmeda y un atardecer demasiado frío. Cuando volví a por las cartas me encontré con el hijo del señor Olliff[22]. Me entregó una carta de William y doce revistas. Planté saxífraga en el muro y otras muchas plantas alrededor. John sembró hierba en el muro. Cuando por la mañana volví a Rydale vi una garza sumergida en el agua, lo único que sobresalía era el cuello. Se debatía y golpeaba el agua; cuando por fin levantó el vuelo llevaba mucho tiempo tratando de liberarse.

Sábado [31]. La mañana fue dulce y lluviosa. Vino Grundy, el vendedor de alfombras, y le pagué. Fuimos a ver al ciego[23] para comprar plantas. Estaba tan cansada que me vi obligada a dejar la carga en el camino y enviar a Molly a que fuera a buscarla. Sembramos. Después de comer, mientras estaba preparando los adornos, aparecieron la señorita Simpson y sus amigos. Fui con ellos hasta el puente de Brathy. Vimos retamas en el camino de vuelta y fresas. Volvimos a casa por Ambleside. Grasmere resplandecía con una belleza divina. El señor y la señorita Simpson tomaron el té con nosotros a las ocho de la tarde, Tommy[24] se vino con nosotros. Les acompañé hasta Potters dando un paseo.

Domingo, 1 de junio. Noche lluviosa, una mañana dulce y suave. Leímos baladas y fuimos a la iglesia. Los cantantes venían de Wytheburn. Parte del camino lo recorrimos en compañía de la señorita Simpson. Caminamos por la ladera que asciende por encima de la casa, después volvimos a la iglesia: un bautizo y más cánticos que nos entretuvieron hasta la hora de la cena. Me llevé la silla de la iglesia conmigo. Hice casi todo el camino de vuelta acompañada por la señorita Simpson. Después de tomar el té nos fuimos de paseo en dirección a Ambleside, recorrimos la orilla del lago. Tarde muy hermosa, muy cálida. Me tumbé un rato bajo el pinar de Loughrigg; mi corazón se disolvió en la visión del paisaje, sin sobresaltos; lo que me sacó de mi ensimismamiento fue un ruido como el que hacen los niños cuando corren y juegan descalzos. Alcé la vista y vi un cordero, estaba bastante cerca, y se iba aproximando cada vez más, como si me estuviese inspeccionando, y se quedó bastante rato. Decidí no moverme. Al final se decidió a pasar de largo y se alejó balando por el sendero: probablemente buscaba a su madre. Vi una liebre en el camino. No llegó nada de correo. Esperé en el camino y me encontré con el aprendiz de John, llevaba una carta de Coleridge para nosotros y tres revistas. La luna brillaba sobre el agua del lago y llegué a casa a las diez de la noche. Me acosté inmediatamente. Molly había recogido margaritas, las plantamos.

Lunes [2]. La mañana fue fría, seca y ventosa. Trabajé en el jardín, plantando flores. Después estuve descansando bajo los árboles hasta la hora del té. John Fisher clavó los guisantes, Molly arrancó la maleza y yo me dediqué a limpiar. Después de tomar el té fui a Ambleside. Atravesé los escalones de piedra de Grasmere y seguí el camino que va hacia Clappersgate en dirección contraria a Rydale. Pasé mucho tiempo sentada, observando las olas fugaces y el sonido irregular y continuo que hacen las corrientes. Las olas que se formaban alrededor del islote parecían una danza de espíritus salidos del agua, encerrados en la circunferencia que trazaba la costa. Pregunté en varios sitios por si podían procurarle un alojamiento a Coleridge, y la señora Nicholson[25] me acompañó de vuelta a

Rydale. Fue muy amable por su parte, pero Dios sabe bien que no quiero compañía cuando recorro la orilla de un lago iluminado por la luna. Eran casi las once cuando llegué a casa. Le escribí a Coleridge y me acosté tarde.

Martes [3]. Envié mi carta por mediación del carnicero. Un día seco y animado. Después del almuerzo trabajé en el jardín. Leí *Ricardo II*. Después de comer no me encontraba bien y me acosté. El nieto de la señora Simpson me trajo grosellas. Me levanté y di un paseo por los senderos próximos a nuestra casa, después vagabundeé por la orilla del lago. Recogí fresas y las planté. Después de tomar el té empezó a soplar el viento y me fui paseando hasta la casa del señor Simpson. Una criada me entregó los periódicos, y a las diez ya estaba en casa. Ni una carta, tampoco de William. Solo recibimos una carta de Richard, pero estaba dirigida a John.

Miércoles [4]. Un día muy hermoso. Me pasé la mayor parte de él sentada fuera de casa. Le escribí al señor Jackson[26]. Ambleside estaba encantador. De buena mañana caminé bordeando el lago, recogí plantas y me senté en una piedra a leer baladas. Por la tarde estaba regando las plantas cuando vinieron de visita el señor y la señora Simpson. Les acompañé hasta su casa y nos detuvimos en la cascada que hay en la entrada del valle. El crepúsculo fue muy interesante. Recogí tomillo y otras plantas y las planté en el jardín bajo la luz de la luna. Pasé un tiempo fuera de casa con la esperanza de oír los pasos de mi hermano.

Jueves [5]. Pasé fuera de casa la mayor parte del día, trabajando en el jardín. Me llegó una carta del señor Jackson y escribí una respuesta para Coleridge. Los pajaritos parecían muy ocupados con sus cortejos, y picoteando las flores y el musgo que crecía de los árboles. Flotan de un lado a otro y cantan entre las copas de los árboles bajo los que yo descanso. Como estaba esperando a mi hermano no me alejé demasiado de la casa. Apenas di un paseo por la ladera más cercana, y aproveché para recoger tomillo silvestre y raíces de aguileña salvaje. Justo cuando volvía con mi cosecha el señor y la señora Simpson llamaron a la puerta. Volvimos a subir por la loma, recogimos más plantas y luego fuimos a visitar al ciego con el propósito de comprar saxífraga para la señorita Simpson. Les acompañé también hasta la casa del herrero[27], un hermosísimo atardecer bañado por la luna.

Viernes [6]. Me pasé toda la tarde fuera de casa, leyendo. Solo entré por la mañana para escribirle a mi tía Cookson[28]. Al atardecer me fui de paseo a Ambleside con una carta para Coleridge. El anochecer fue tan encantador como el día. Pasé por Loughrigg y por Clappersgate y me encontré con el

cartero por el camino. Me dijo que llevaba dos cartas, pero que ninguna era para mí; de repente perdí la prisa y me di una vuelta por Clappersgate, pasé por delante de las cascadas y al llegar a Ambleside le hice una visita a Matthew Harrison[29]. Recibí una carta de Jack Hutchinson[30] y otra de Montagu[31], esta última incluía tres libras. ¡Ninguna de William! Apreté tanto el paso que llegué a casa acalorada, me daba miedo confirmar que él todavía no había llegado. Me quedé despierta hasta la una de la madrugada sobresaltándome cada vez que oía ladrar a unos perros o una pelea de gallos o cualquier otro movimiento, como la puerta mal cerrada de la señora Borricks[32]. Recordé que las dedaleras acababan de florecer.

Sábado [7]. Mañana muy cálida y muy nublada, amenaza constante de lluvia. Di un paseo con el señor Simpson con la idea de recoger grosellas. Fue una tarde muy hermosa. El pequeño Tommy se unió a nuestro paseo. De ida subimos por la ladera, recolectamos flores y plantas, de vuelta bajamos bordeando el lago, allí recogí orquídeas. Me pasé la tarde sin salir de casa, regando el jardín, esperando la llegada de William y de John. Eran más de las once de la noche cuando oí pasos delante de la casa, un giro de llave en la cerradura y el ruido de la puerta al abrirse. ¡Era William! Cuando agotamos nuestra primera efusión de alegría, tomamos un poco de té. No pudimos acostarnos hasta las cuatro de la mañana, así que tuve la oportunidad de enseñarle las mejoras que habíamos hecho en la casa y en el jardín. Los brotes prosperaban, y todo parecía fresco, aunque no estaba alegre: a esa hora la tierra y el cielo parecían dominados por el gris. No nos levantamos hasta las diez, estuvimos todo el día ocupados escribiendo cartas para Coleridge, Montagu, Douglas y Richard… El señor y la señora Simpson nos visitaron por la tarde, enviamos a un muchacho con nuestras cartas a Ambleside. Acompañamos a los Simpson de regreso a casa, el atardecer era frío y temía que a William le diese dolor de muelas. Al volver nos encontramos con John.

Lunes 9. De buena mañana William se puso a podar el cerezo. Yo sembré judías francesas y retiré maleza. Pasó un landó con capota mientras estábamos apoyados contra el muro. Las damas (que, desde luego, eran turistas) miraron con interés nuestra cabaña y su pequeño jardín. Después fuimos a casa de Robert Newton[33] a por las trampas para lucios, luego directos al lago, subimos a la barca del señor Gell para pescar, pero no picó ni un pez. Hacía mucho frío. Las cañas y los juncos y las espadeñas eran de un verde suave y dulce, y formaban una llanura cuya superficie agitaba el viento. Las cañas todavía no están demasiado altas. El agua del lago estaba clara hasta el fondo, pero no vimos ningún pez. Por la noche desgrané guisantes, regué el jardín y planté brócoli. No dimos ningún paseo, hacía demasiado frío. Una pobre chica llamó a la puerta para

mendigar, nos dijo que no encontraba trabajo y que pretendía irse a Kendal a ver si le salía algo. La enviamos a dormir a la cabaña del señor Benson y al día siguiente, después de desayunar, emprendió el camino a las siete de la mañana con una carta de recomendación dirigida al alcalde de Kendal.

Martes 10. La mañana era fría, aunque soleada, y John llevó cartas a Ambleside. Cociné tartas y empanadas. William desgranó vainas de guisantes. Después del almuerzo se acostó (John ya se había ido) y yo me puse a desgranar guisantes sola. Molly se encargó de la colada. Cayeron lluvias muy frías, con granizo, pero, después de un momento muy intenso, el lago se calmó y nos ofreció una perspectiva muy hermosa. Las zonas del lago que no habían sufrido cambios recordaban a islas verdes de formas variadas. William y yo dimos un paseo camino a Ambleside con la idea de buscarle un alojamiento a C. No escribimos cartas. No hay poemas nuevos. La noche fue fría y triste. John se pasó el día pescando en Langdale y se fue a la cama temprano.

El jueves, 27 de mayo, una mujer muy alta, muy alta incluso comparada con las mujeres que consideramos altas, llamó a la puerta. Llevaba una túnica marrón hasta los pies y un enorme sombrero blanco sin ala. Su rostro estaba demasiado moreno, pero debió de ser hermoso. Un niño de dos años iba cogido de su mano, y me dijo que su marido, que era hojalatero, se había marchado con sus otros hijos. Le di un pedazo de pan. Después, de camino a Ambleside, me encontré junto al puente de Ambleside a su marido, sentado en la cuneta, rodeado de dos asnos que se dedicaban a pastar y con dos niños que jugaban entre la hierba. El hombre no nos pidió nada. Más de trescientos metros más adelante volví a encontrarme con los dos muchachos, uno debía tener unos diez años, y el otro andaría por los ocho, los dos jugaban a perseguir una mariposa. Eran presencias salvajes, no demasiado mugrientas, pero iban sin zapatos ni medias. El sombrero del mayor estaba engalanado con flores amarillas, el sombrero del otro era una especie de corona, atada con hojas de laurel. Continuaron jugando hasta que pasé demasiado cerca para ignorarme; entonces se dirigieron a mí con el tono de la mendicidad, la voz quejumbrosa del sufrimiento. Les dije: «He hablado con vuestra madre esta mañana». Los muchachos se parecían tanto a su madre que no podía equivocarme, estaba convencida. El mayor me respondió: «Oh, no puede haberse encontrado con nuestra madre porque está muerta, nuestro padre es alfarero, y nos dirigimos a la ciudad más cercana a buscar trabajo». Insistí en mi afirmación y en que no les daría limosna si mentían. El mayor le dijo al pequeño: «Vamos», y se alejaron a la velocidad del rayo. Sin embargo, se entretuvieron tanto en el camino de regreso que no llegaron a Ambleside antes que yo. Les vi subir a la casa de Matthew Harrison, el

mayor cargaba con la bolsa al hombro, y el padre arrastraba los pies al estilo quejumbroso de los mendigos. Cuando regresé a Ambleside me encontré en la calle con la madre, que iba montada en un burro; llevaba a las dos criaturas pequeñas metidas en las alforjas y las regañaba y amenazaba con una varita que agitaba para conducir al asno, las dos pequeñas figuras se asomaban en cada movimiento brusco del burro al borde de las alforjas. Por la mañana la mujer me había dicho que era escocesa, un extremo confirmado por su acento. Habían vivido en una casa (creo que en Wigton) pero ya no podían permitírsela, por lo que se pasaban la vida viajando.

Miércoles, 13 de junio [11]. Una mañana muy fría. Fuimos al lago para poner, con ayuda de John, el pescador, trampas a los lucios. W. y J. quisieron adelantarse y fueron sin mí. El señor Simpson vino a casa y me acompañó al lago. Allí vi a mis hermanos y no volvimos hasta la hora de comer. Desembarcamos en la isla, donde vi espino blanco; este año he descubierto que la mayoría de los espinos no florecen. Vimos rosas silvestres en los setos. William y John fueron a comprobar las trampas, habían pescado dos lucios. Sembré judías y espinacas. Una noche muy fría. Molly desgranó guisantes. Yo sembré un poco. No salimos a pasear.

Jueves, 14 de junio [12]. William y yo fuimos al lago para poner más trampas a los lucios. John se fue a pescar a Loughrigg. Volvimos para la comida, comimos dos lucios, primero los herví y después los asé. El aire era muy frío, pero la temperatura era cálida. William y yo volvimos al lago. Después del té dimos un paseo hasta Rydale, y nos acercamos al taller del alfarero. La noche era fría, pero la sensación seguía siendo cálida.

Viernes [13]. Una mañana lluviosa. William y John fueron al lago. Día cálido y agradable, con destellos de sol. Pescamos un lucio de siete kilos y medio. Volvimos al lago después de tomar el té, el señor Simpson estaba pescando con caña.

Sábado [14]. Una mañana más bien nublada. William y John fueron hasta el lago. Yo me quedé en casa. Fuimos a tomar el té a casa del señor Simpson y no volvimos hasta pasadas las diez.

Domingo [15]. John salió a pasear hacia Coniston. William y yo paseamos por el jardín. Después salimos a caminar por la orilla del lago. El aire era muy frío. Regresamos atravesando el bosque. Pasamos por detrás de los abetos, y llegamos justo a tiempo para comer. El granjero y el herrero de Hawkshead nos visitaron mientras estábamos fuera.

Lunes [16]. William y yo fuimos a Brathay por Little Langdale, y pasamos por Collath y Skelleth. La mañana fue cálida y agradable pese a la amenaza de lluvia. El valle de Little Langdale parecía pelado, tenía un aspecto desagradable. Collath resultó ser un paisaje salvaje e interesante, lleno de montones de turba y de carretillas que la transportaban de un lado a otro. El valle entero estaba perfumado por el mirto y el tomillo silvestre. Los bosques que rodean la cascada brillaban con una rica floración amarilla. Una sucesión de vistas deliciosas nos acompañó de Skelleth a Brathay. Cerca de Skelleth nos encontramos con un precioso muchacho que cargaba con un saco sobre el hombro. Nos dijo, con una voz suave y sin queja, que venía desde Hawkshead vendiendo la comida que llevaba en el saco. Cuando le pregunté si él comía lo suficiente pareció sorprendido y dijo «Noh». Tenía siete años pero aparentaba cinco. Tomamos el té en casa del señor Ibbetson[34], y volvimos a casa por Ambleside. Alrededor de las diez nos encontramos a John. Vi una prímula florida.

Martes [17]. Colocamos una ventana nueva. Planché y trabajé mucho tanto en casa como en el jardín. Al atardecer fuimos a recoger cartas. En Rydale me esperaba una de Coleridge. Al regresar estaba muy cansada.

Miércoles [18]. Por la mañana caminata hasta el lago, por la tarde un paseo hasta la cascada que hay al extremo de Rydale. La tarde todavía era cálida cuando empezó a hacerse oscuro.

Jueves [19]. Una mañana muy calurosa. William y yo paseamos hasta la casa del señor Simpson. William y el señor Simpson fueron a pescar a Wytheburn. Almorcé con John y descansé bajo los árboles. La tarde pasó de clara a nublada y después volvió a despejarse. John me acompañó a dar el paseo hasta la cascada y también de vuelta a casa de los Simpson. Nos encontramos con unos pescadores. William atrapó un lucio que pesaba cuatro kilos y medio. Una penumbra terrible se precipitó sobre el agua y el valle de Grasmere. Cayeron unas gotas, pero no puede decirse que llegase a llover. Coleridge, a quien esperábamos, no apareció.

Viernes [20]. Me pasé la mañana trabajando en el jardín. William desgranó vainas de guisantes. El cielo amenazaba lluvia, pero no terminó de caer. El miércoles por la noche llamó a casa un pobre, era sombrerero de profesión, había pasado mucho tiempo enfermo, pero ahora estaba ya recuperado, y su mujer esperaba su cuarto hijo. Nos dijo que la parroquia no le ayudaría porque no quería dejar de trabajar. Le dimos seis libras.

Sábado [21]. Por la mañana, William y yo fuimos juntos a Ambleside a recoger la muela y que se la pusieran. Una mañana clara y hermosa, pero

muy fría. La muela le atormentó con un dolor ligero y no pudo dormirse hasta las tres. El joven señor Simpson[35] vino a tomar el té y se quedó a cenar con nosotros. Fuimos a pescar al lago de Rydale, Simpson capturó dos peces pequeños, a William no le picó ninguno y a John tres. Nos visitó la señora Simpson acompañada por sus tres hijos pequeños. Dimos un paseo juntos hasta Rydale. La noche era fría, clara y gélida, de vuelta empezó a soplar el viento. Me quedé dentro de casa más o menos una hora y después salí a dar una caminata hacia el lago de Rydale. Grasmere se veía tan hermosa que mi corazón casi se derrite. El paisaje entero estaba en reposo, apenas perturbado por unas manchas de luz, como chispas. La iglesia podía verse. A nuestro regreso todos los objetos lejanos se habían desvanecido, menos las montañas. El reflejo del cielo todavía claro y brillante sobre el Barrio Negro era sobrecogedor. El señor Simpson no se fue hasta las doce en punto.

Domingo [22]. Por la mañana William y yo dimos un paseo en dirección a Rydale, nos internamos en el bosque, pero como no lo encontramos muy agradable volvimos a casa. Caminamos por el jardín. El día fue lluvioso. Por la tarde planté una madreselva alrededor del tejo. Esa misma tarde salimos a dar un paseo en busca de cartas. No nos había llegado ninguna. Sin noticias de Coleridge. Jimmy Benson, bebido, hizo el camino de vuelta a casa unos pocos metros detrás de nosotros.

Lunes [23]. El señor Simpson nos visitó por la mañana. William y yo fuimos a Langdale a pescar. La mañana era muy fría. Me senté en la orilla del lago, pero tuve que levantarme porque me dolía la cabeza por culpa del frío. Desde la puerta de la primera casa entrando por Loughrigg, y bajo un sicomoro, las vistas eran preciosas y elegantes. El panorama desde la iglesia era menos hermoso que en invierno, y el agua parecía una extensión estéril vista desde allí. Cuando William se acercó al agua para pescar esperé a resguardo del viento, con la cabeza apoyada en una roca cubierta de musgo, y me adormilé diez minutos, lo que me alivió del dolor de cabeza. Comimos juntos y después volvimos a separarnos. William tenía miedo de olvidar sus versos, así que salió a buscarme. Un anciano me vio justo después de que cruzase los escalones de piedra y me metiese en un bosquecillo. Me preguntó: «¿Adónde vas?». «Al puente de Elterwater», le respondí. «¿Por qué dices que sabes a dónde vas si te he visto vagabundear por Langdale, por Wrynose y por otros muchos sitios? –todo esto lo dijo con una mezcla de sensación de triunfo, buen ánimo natural e ingenio–. Tienes suerte de que te haya visto, de otro modo te habrías perdido.» La tarde se volvió muy agradable, nos sentamos en la ladera que mira hacia Elterwater. John volvió a casa cuando yo ya había preparado el té, y salimos de casa juntos para llevarle una taza a William. Nos encontramos

con él en el camino viejo de Rydale. Nos tomamos el té en el prado. El sol crepuscular arrojó una luz rojiza y tiñó de púrpura las rocas y las paredes de piedra. La apariencia de Rydale se volvió inquietante y atractiva.

Martes [24]. William se fue a Ambleside. John salió a dar un paseo. Yo me quedé cocinando tartas. La señora Simpson vino a visitarnos y nos invitó a tomar el té. Salí para contemplar el paisaje de Rydale con la idea de cruzarme con William. John se fue a buscar a William, así que yo decidí volver a casa. William y yo tomamos el té en casa del señor Simpson. Llevamos verduras, limones, tomillo… La anciana estaba tan contenta de vernos que nos hizo sentir muy bien. Era la viva imagen de una aflicción paciente, pese a que no estaba enferma de nada en particular.

Miércoles [25]. Un día muy lluvioso. Cosí un zapato. William y John fueron a pescar a Langdale. Por la tarde di una caminata por el camino que asciende por detrás de la casa y recogí flores y las planté. El domingo nos visitaron los padres de Coleridge y Hartley. Fue un día muy cálido. Navegamos hasta el pie de Loughrigg. Se quedaron con nosotros tres semanas, hasta el 23 [24] de julio. El viernes anterior a su partida tomamos el té en la isla. El clima era delicioso. El domingo encendimos una gran fogata y tomamos el té en Bainriggs con los Simpson. Acompañé a la señora C. a Wytheburne y volví con William a tomar el té en casa del señor Simpson. El tiempo era excesivamente cálido, pero al día siguiente, el viernes 24 de julio, fue peor, y el 25 soportamos todavía más calor. Toda la mañana la ocupé en desembalar los productos que nos habían enviado desde Somersetshire. La casa estaba caliente como un horno. Y yo me sentía tan cansada que no podía ni mantenerme de pie, así que salimos y me senté con William en el jardín. Pasamos media hora deliciosa conversando bajo una noche muy calmada.

Sábado 25 [26 de julio]. Día todavía más caluroso. Me senté con William en el jardín toda la mañana. He terminado de hacer los zapatos. Por la tarde el calor se volvió excesivo. Estuve enferma: cefaleas y diarrea, me acosté. Después de levantarme me refresqué con agua, pero hacía demasiado calor para salir a pasear, y la situación no varió hasta muy avanzado el atardecer. Antes de que se fuera la luz me senté junto al muro para terminar mis zapatos.

Domingo 26 por la mañana [27]. Todavía mucho calor. Molly está enferma. John se bañó en el lago. Por la tarde le escribí a Ruth, por la mañana leí *Landscape* del señor Knight[36]. Después de tomar el té remamos hasta Loughrigg, nos dirigimos hacia la dedalera blanca. Recogimos fresas silvestres y después nos fuimos a contemplar Rydale. Estuvimos un buen

rato mirando el lago, las orillas cubiertas por la luz de un sol abrasador. Los helechos amarilleaban, vimos unos cuantos, aquí y allí, que se retorcían. Caminamos hacia la cabaña del señor Benson. El lago estaba ahora inmóvil y reflejaba los hermosos colores del cielo: amarillos, azules, púrpuras, grises. Oímos un ruido extraño que venía del bosque de Bainriggs mientras estábamos nadando en un agua tan verde que parecía otro bosque, pero el ruido venía de más arriba, levantamos la mirada y vimos un cuervo volando por encima de nosotros. Granzó y el graznido reverberó por toda la cúpula del cielo. No dejó de graznar mientras volaba y ni en una ocasión las montañas dejaron de devolverle el graznido, era como si en el interior de esas montañas una campana tañiese para responder a la voz ronca de los pájaros. Oímos sus llamadas y sus ecos hasta mucho después de perderle de vista. Después caminamos de nuevo hasta la cima para disfrutar de las vistas de Rydale. Encontramos al señor y a la señorita Simpson, que daban un paseo a caballo. La luna creciente, que tanto había brillado sobre el agua, había desaparecido. Regresamos a las diez, justo para cenar.

Lunes por la mañana [28]. Recibí una carta de Coleridge donde se adjuntaba otra carta del señor Davy[37] sobre las *Lyrical Ballads.* Un día intensamente caluroso, horneé empanadas por la mañana. William se fue al bosque y corrigió sus poemas. Por la tarde hizo tanto calor que me sentí demasiado cansada para salir a dar un paseo.

Martes [29]. Todavía hizo mucho calor. Recogimos guisantes para la comida. Por la tarde salimos a caminar para ver la cabaña de Hewetson, pero ya era demasiado oscuro. Me sentí enferma, estaba muy cansada.

Miércoles [30]. Recogimos guisantes para la señora Simpson. John y yo dimos un paseo con los Simpson. Mucho calor. William manifestó su intención de ir a Keswick. Me vi obligada a acostarme después de comer por culpa del calor excesivo y del dolor de cabeza. Una tarde hermosísima, casi en exceso. Suntuosos reflejos de luna, nubes y montañas iluminadas por la luz de la luna, y la enorme columna de un arcoíris. Navegamos por el lago hasta que nos dieron las diez.

Jueves [31]. Pasé la mañana entera ocupada copiando poemas. Recogimos guisantes. Por la tarde nos visitó Coleridge. Nos trajo el segundo volumen de la antología[38]. Los chicos fueron a bañarse y después navegamos hacia Loughrigg. Leímos poemas sobre las aguas y dejamos que la barca siguiese su propio curso. Caminamos mucho tiempo por Loughrigg. Cuando volvimos el crepúsculo había vuelto gris el paisaje. La luna estaba en lo alto del cielo cuando llegamos a casa.

Viernes, 1 de agosto. Por la mañana copié *The Brothers* [Los hermanos][39]. Coleridge y William bajaron al lago. Cuando regresaron nos fuimos todos juntos al sitio predilecto de Mary, allí nos sentamos a leer los poemas de William, nos tocó la brisa. Corrigió *The Tempest* [La tormenta][40], entre otros. Después tomamos el té en el huerto.

Sábado por la mañana, 2. William y Coleridge fueron a Keswick. John salió después rumbo a Wytheburn y se quedó allí todo el día, pescando. Al atardecer regresó con dos pequeños lucios. Les acompañé un tramo hasta la cabaña de Lewthwaite[41] y a mi regreso empapelé las habitaciones de William. Después me acosté hasta la hora del té y luego trabajé en el huerto. La tarde se volvió gris, hacia las ocho se puso a llover, pero al poco tiempo una calma vidriosa se apoderó del lago y todo quedó en silencio. Me senté allí hasta que no pude ver nada y después continué trabajando en casa.

Domingo por la mañana, 3. Horneé empanadas y pan y rellené el lucio. Después de la comida empezó a dolerme la cabeza. Me acosté. Recibí una carta de William, aconsejándonos ir a Keswick, que me enojó. Después de responder a William me fui caminando hasta casa del señor Simpson. Allí comí cerezas negras. Una tarde cálida y apacible. Nubes dispersas sobre las montañas. Las lluvias de la mañana y de la tarde empaparon el prado de un verde húmedo. Guisantes para cenar.

Lunes 4. Llovió por la noche. Até las judías pintas y clavé las madreselvas. John estaba dispuesto a pasear por Keswick toda la mañana. Pidió una calesa para el viaje de vuelta y regresó después de comer. Preparé una gran cesta de guisantes y la envié a Keswick. El atardecer fue muy frío. Por la mañana me ayudaron con la colada de las prendas de lino.

Martes 5. Dediqué la mañana a secar el lino. El aire todavía era frío. Preparé una bolsa llena de guisantes para la señora Simpson. La señora Simpson se tomó el té conmigo y cenamos juntas antes de que volviese a Ambleside. Una noche deliciosa. Me apoyé en la pared para hacer mis arreglos florales hasta que ya no pude ver más. Hice una caminata de media hora desde casa con la señora Simpson.

Miércoles, 6 de agosto. Una mañana lluviosa. Planché hasta la hora de la cena. Estuve cosiendo hasta que la oscuridad me lo impidió. Después recogí una cesta de guisantes y los herví. Salí a recoger grosellas silvestres. William volvió a casa desde Keswick a las once, noche maravillosa.

Jueves por la mañana, 7 de agosto. Empaqueté el matraz y lo envié a

Keswick. Cociné las grosellas: dos libras de azúcar en el primer tarro; tres libras en el segundo; dos libras y media en el tercero. Un día muy hermoso. William se pasó la mañana en el bosque componiendo poemas. Al atardecer dimos un paseo hasta Mary Point. La puesta de sol fue muy hermosa.

Viernes por la mañana [8]. Teníamos la intención de ir a Keswick, pero el calor excesivo nos lo impidió. Me pasé la mañana plantando judías pintas. Tomamos el té en casa de los Simpson, y dimos un paseo entre las montañas, por el camino de Wattendlath. Encontramos deliciosas grosellas cerca de casa de los Simpson. Fue un paseo encantador. Wattendlath ofrece vistas celestiales. Coleridge llegó a casa a las once.

Sábado por la mañana [9]. Caminé con Coleridge por los bosques de Windy Brow[42].

Domingo [10]. Día muy caluroso. Los Coleridge fueron a la iglesia. Navegamos hacia Derwent por la tarde.

Lunes [11]. Caminamos hasta Windy Brow.

Martes [12]. Tomamos el té con las Cockin[43]. William y yo dimos un paseo por la carretera de Cockermouth. Me dijo que estaba corrigiendo mucho sus poemas.

Miércoles [13]. Pasamos el día en Windy Brow.

Jueves [14]. Por la mañana visitamos a los Spedding[44]. Por la tarde di un paseo por el bosque con William. La luna estaba hermosa, muy hermosa.

Viernes por la mañana [15]. William estuvo en el bosque. Hartley me acompañó a comprar panceta. Por la tarde dimos una caminata hasta Water End. Nos dimos un festín de grosellas en Silver Hill[45].

Sábado por la mañana [16]. Trabajo con la señora C. Caminata con Coleridge con la intención de recoger frambruesas. Se nos unió la señorita Spedding.

Domingo, 16 de agosto [17]. Salimos de casa. Almorzamos en Borrowdale. La mañana fue lluviosa, pero por la tarde volvió el buen tiempo. Visitamos la prisión de Bristol y Bassenthwaite el mismo día. William nos leyó *Las siete hermanas*[46] sentado sobre una piedra.

Lunes [18]. Colada de prendas de lino, remendé algunas. Di un paseo con John hasta casa del señor Simpson. A la vuelta nos encontramos con William. El día fue caluroso.

Martes [19]. El señor y la señora Simpson cenaron con nosotros, la señorita S. y su hermano se tomaron el té en el jardín.

Miércoles [20]. Trabajé toda la mañana. La tarde fue fría y lluviosa. No salimos a caminar.

Jueves [21]. Leí *Wallenstein*[47]. Trabajé toda la mañana. Caminé con John alrededor de los dos lagos. Recogimos semillas de dedalera blanca. A la vuelta nos encontramos con William en Bainriggs.

Viernes 21 [22]. Día de mucho frío. Me pasé la mañana horneando. Inspeccioné las semillas de guisante y recogí vainas para la cena. Encendí un fuego en el piso de arriba. Salí con John a caminar, rumbo a Rydale, teníamos la intención de llegar a Ambleside, pero nos quedamos en Rydale y compramos periódicos. William se pasó el día metido en el bosque. John y William salieron a pasear juntos después de nuestro regreso. Yo me quedé zurciendo medias. Rachas de viento fuerte agitaron el maíz.

Sábado 22 [23]. Una mañana muy hermosa. William pasó la mañana escribiendo poemas. Estuve desgranando guisantes, recogí judías y estuve trabajando en el jardín hasta las doce y media. Luego di un paseo con William por el bosque. Los destellos del sol, el viento agitando las ramas de los árboles y los reflejos resplandecientes del lago, todo encantador, más delicioso que nunca. Después de comer caminamos hasta Ambleside con la idea de visitar la casa del señor Partridge. Volvimos a casa por Clappersgate. Intentamos cruzar los bosques de Rydale, pero hacía demasiado frío. No me encontraba demasiado bien, me sentía cansada, así que inmediatamente preparé té y encendí el fuego. No volvimos a casa hasta las siete. William se puso a leer *Peter Bell*[48]. Él nos había leído el poema de Joanna[49] por el camino.

Domingo 23 [24]. Un día muy hermoso, sopló una brisa suave y dimos un agradable paseo por el bosque de buena mañana. El señor Twining[50] nos visitó. John se acercó a visitar al señor Simpson por la tarde. Me quedé en casa y le escribí a la señora Rawson[51] y también a mi tía Cookson. Me sentí indispuesta al aterdecer y me acosté. El sueño profundo fue reparador.

Lunes 24 [25]. Un día muy hermoso. Por la mañana dimos un paseo hasta el bosque de abetos. Por la tarde nos acercamos a saludar al señor

Simpson.

Martes 25 [26]. Por la tarde dimos un paseo hasta Ambleside. William no se encontraba demasiado bien. Recogimos arpillera para el matraz. La tarde fue sobria, muy hermosa. El viento sopló con total libertad sobre los islotes de Rydale. Caminamos hasta la otra orilla del lago y pasamos mucho tiempo contemplando las montañas. Vistas desde Grasmere aquellas montañas parecían negras, y ahora, desde Rydale brillaban con fuerza, en claras tonalidades, verdosas y amarillas.

Miércoles [27]. Por la mañana salimos a dar un paseo. John Baty nos adelantó. Recorrimos andando la orilla del lago, por la tarde llegamos a Langdale y bajamos la montaña por la vertiente de Loughrigg. Un atardecer muy agradable, calmado, sin apenas agitación.

Jueves, 27 de agosto [28]. Todavía disfrutamos de un tiempo estupendo. Horneé pan y pasteles. Por la tarde dimos un paseo alrededor del lago y nos fuimos a Rydale. Encontramos al señor Simpson, que había ido a pescar.

Viernes por la noche [29]. Caminamos hasta Rydale para preguntar por las cartas. Dimos un paseo por la montaña junto a la arboleda. Me senté en una roca y vi una hilera de golondrinas que se juntaban y separaban muy por encima de mi cabeza. Atravesamos el bosque, pisando las piedras. El lago de Rydale estaba muy hermoso, y bastante calmado. John y yo dejamos solo a William, que quería componer unos versos que se le habían ocurrido durante el camino. Después dimos un paseo muy agradable por la zona sombría del lago. Descubrimos un curioso reflejo amarillo en el agua, de un matiz parecido al de los campos de maíz. Las nubes de las que parecía venir no estaban iluminadas.

Sábado por la mañana, 28 de agosto [30]. Estuve horneando empanadas para el almuerzo. William terminó su *Inscription of the Pathway*[52] y salió a dar un paseo por el bosque. John salió a buscarle y se dieron un baño. Leí unas páginas de la biografía de Boswell sobre Samuel Johnson. Me tumbé un rato en el jardín. Una voz me advirtió de que Anthony Harrison[53] había llegado. Nos sentamos juntos en el jardín hasta la hora del té. Después fuimos a remar al lago, una brisa agitaba la superficie. La vista de Rydale era suave y alegre y hermosa. Después nos fuimos a pescar a Langdale. Los lucios eran grandiosos. Volvimos la vista a Rydale que se había transformado en un espejo oscuro. Remamos de vuelta a casa sobre un lago del color del vidrio y nos acercamos a casa de George Mackereth[54] para alquilar un caballo para John. Una hermosa noche de luna. La belleza

de la luna era verdaderamente sorprendente: la vimos elevarse cuando atravesábamos Loughrigg Fell. Volvimos a las diez para cenar algo. Thomas Ashburner nos trajo el octavo lote de carbón que necesitamos desde el 17 de mayo.

Domingo 29 [31]. Anthony Harrison y John nos dejaron a las siete y media, hacía una mañana preciosa. En el valle segaron una cantidad asombrosa de maíz, y el paisaje general, aunque no llegase a teñirse por completo de un amarillo otoñal, relajó sus colores de manera que parecía imprimir una mayor suavidad a las lomas y a las montañas circundantes. Coleridge volvió a las once de la noche, mientras yo daba un paseo por el jardín aprovechando el claro de luna. Él venía de Helvellyn. William ya se había acostado, y John también quería irse a la cama, la excursión a Coniston le había dejado agotado. Pero despertamos a William y estuvimos hasta pasadas las tres de la mañana conversando en bata. Coleridge nos leyó un pasaje de su *Christabel*. Hablamos mucho sobre las montañas y del odio de la señorita Thrale; «un látigo de mujer» en opinión de Southey, el primero entre los poetas[55].

Lunes por la mañana, 1 de septiembre. Dimos un paseo por el bosque, bordeando el lago. Le leí *Joanna* a Coleridge. Los chicos se dieron un baño. La mañana era deliciosa, con un poso de frescura otoñal. Después de comer Coleridge descubrió un asiento de roca en el huerto. Arrancamos zarzas. Coleridge se acostó después de tomar el té. John y yo seguimos a William cuando decidió subir la loma para visitar al señor Simpson. Tomamos prestadas unas botellas de ron. La noche era fría y algo gris, pero muy agradable. En casa asé una costilla de cordero para Coleridge, que se la comió en su dormitorio. William se había acostado ya. Charlé con John y con Coleridge hasta que nos dieron las doce.

Martes 2. Por la mañana todos se fueron a Stickle Tarn. Una mañana muy hermosa, cálida, soleada, agradable. Horneé empanada para comer. La pequeña Sally[56] cocinó conmigo. Un día encantador. La señora Simpson y su marido bajaron a tomar el té y nos dirigimos a la feria. Vimos a muy poca gente y pocos puestos, así que supuse que ya se habían vendido muchos pasteles y mucha cerveza. Mis hermanos llegaron a casa a las seis en punto, justo para cenar. Al terminar bebimos té a la luz de las velas. Fue una hermosa noche de luna. Hablamos mucho de una casa en Helvellyn. La luz de la luna brillaba solitaria sobre el pueblo, pero no eclipsó las luces de las casas, el ruido del baile y la alegría se propagaron por el aire calmado. Di un paseo con Coleridge y William por el camino que lleva a la iglesia. Después pasamos el rato con Coleridge en el jardín. William y John se fueron a la cama y apagamos todas las luces.

Miércoles, 3 de septiembre. Coleridge, William y John salieron de casa para ir a Helvellyn con el señor Simpson. Se despidieron después del desayuno. Les acompañé un tramo, hasta la casa del herrero. Una mañana muy fresca. Planché hasta las tres y media. Empezó a hacer mucho calor. Después fui a casa de John Dawson, para asistir a un funeral. Acudieron diez hombres y cuatro mujeres. Pan, queso y cerveza. Conversamos con alegría y sensatez sobre asuntos corrientes. El fallecido tenía cincuenta y seis años y fue enterrado en la parroquia; el ataúd estaba pintado de negro y cubierto con un paño decente. Expusieron el cadáver en la puerta y mientras entrábamos, los varones, con el sombrero en la mano, cantaron en un tono respetuoso y solemne los versos de un salmo fúnebre. Transportaron el cadáver por el camino de la ladera y los hombres no dejaron de cantar hasta que salieron de la ciudad. Dentro de la casa, con el cadáver tendido delante, me vinieron ganas de llorar. Al funeral no asitieron parientes cercanos, ni siquiera tenía hijos. Cuando salimos de aquella casa oscura el sol brillaba y el paisaje me pareció resplandeciente, tan divino y hermoso como nunca había visto aquel pedazo de tierra. Me recordó a un espacio sagrado, más aliado que nunca con la vida humana. Los prados verdes, vecinos del cementerio, no podían estar más verdes, y el brillo del sol parecía alegrarlo todo. Pensé que aquel hombre se encaminaba al reposo y no pude evitar ponerme a llorar, en abundancia. Cuando llegamos al puente los hombres se pusieron a cantar de nuevo, y repitieron una y otra vez los mismos cuatro versos antes de entrar en el patio de la iglesia. Nos recibió el sacerdote[57], no me pareció el mejor hombre para oficiar en esta ocasión: el día anterior le había visto medio borracho en una tabernucha. Antes de que llegásemos con el cuerpo uno del grupo se preguntó qué clase de servicio podría ofrecer «nuestro clérigo en este estado». N. B. La feria duró todo el día. No terminé de planchar hasta las siete. El viento soplaba ahora con fuerza y no pude salir a pasear. Escribí en mi diario hasta las ocho. William y John volvieron a casa a las diez.

Jueves, 4 de septiembre. Un día muy hermoso, cálido. Me pasé toda la mañana entretenida preparando un matraz. Por la tarde vino a visitarnos el señor Simpson. Por la mañana dimos un paseo por el bosque, por la tarde fuimos caminando a entregar una carta dirigida a la señora Clarkson[58]. Entramos en el Barrio Negro. Las zonas donde se ha sembrado maíz tienen un aspecto muy interesante.

Viernes por la mañana [5]. En cuanto terminé el matraz, me puse a planchar la ropa blanca, me llevó toda la tarde. Cuando la estaba guardando aparecieron el señor y la señora Losh[59]. William y John estaban fuera, de paseo.

Sábado por la mañana, 6 de septiembre. Desayunamos con los Losh. Un día muy caluroso. A la vuelta atravesamos los bosques de Rydale. Los Clarkson vinieron a cenar. Después de tomar el té dimos un paseo alrededor de Rydale. Llovió un poco.

Domingo por la mañana, 7. Día lluvioso. Antes de comer di un paseo por las escalinatas de piedra de Langsdale y regresé por la otra orilla del lago. Me acosté después de comer. William se encontró mal. Había ido a caminar por el Barrio Negro.

Lunes por la mañana, 8 de septiembre. Muy lluvioso. Los Clarkson se fueron después de comer. Seguía lloviendo. Dimos un paseo por Rydale, y después nos acercamos hasta la puerta del señor Olliff. Una tarde muy hermosa.

Martes por la mañana, 9. El señor Marshall[60] vino a visitarnos y almorzó con nosotros. Mis hermanos salieron a dar un paseo con él por los lagos después de la cena. Empezó a soplar el viento. Por la tarde William y yo fuimos al islote después de tomar el té. Con John fui al barrio de B. Antes de la cena fuimos a buscar un caballo a casa de los Dawson. Después de cenar hablamos de los poemas de William.

Miércoles, 10 de septiembre. Después de desayunar, el señor Marshall, William y John fueron a caballo hasta Keswick. Le escribí a la señora Marshall. Un hermoso día de otoño. Encendí un fuego. Le pagué al señor Bousfield[61]. Después de tomar el té di un paseo hasta la casa del señor Simpson, iba cargada con judías verdes. Subí por la ladera del bosque y pasé por delante de una casa desierta, me senté allí hasta que llegó el crepúsculo. El señor y la señorita S. bajaron conmigo y cenamos.

Jueves 11. Me pasé toda la mañana arreglando el vestido blanco. Me lavé la cabeza. Molly hizo la colada. Tomamos el té con el señor Simpson. A la vuelta encontré a William en casa, no pudo seguir el ritmo del señor Marshall y se separó de él al llegar a Borrowdale. En cuanto entré en la casa me puse a preparar el té.

Viernes, 12 de septiembre. Trabajé toda la mañana y me hice un corte en el pulgar. Dimos un paseo por la arboleda de los abetos antes de comer. Después de comer estuve un buen rato sentada bajo los árboles de la huerta. La mañana fue lluviosa, pero la tarde fue muy buena. La señora Simpson me pidió mi aguja de coser. El helecho de las montañas se ha transformado en unas vetas amarillas que se prolongan entre los árboles. El bosque se está volviendo marrón. William hizo observaciones conmovedoras ante el paisaje de Borrowdale. Una casa en decadencia con

esta inscripción [62], en el patio de la iglesia, las altas rocas silenciosas se veían por las ventanas rotas (una especie de columna rugosa puesta en el techo de una casa, encima, como ornamento, una bola de piedra, que parecía haber sido pulida durante años por la corriente del río), cerca de esta había otra piedra que recordaba a una antigua mansión, cuidadosamente tallada.

Sábado por la mañana, 13 de septiembre. William no salió a caminar, se quedó en casa escribiendo *The Prelude* [El preludio][63]. Jones y el señor Palmer[64] nos visitaron para tomar el té. Dimos un paseo con ellos en dirección a Borricks. La tarde era encantadora, aunque el aire estaba helado. Al volver a casa me puse a trabajar. William salió. John volvió con el caballo del señor Marshall, pero enseguida se fue a casa de la señora Clarkson.

Domingo por la mañana, 14. Hice pan. El pulgar me dolía donde me hice el corte. El día era encantador. Leí a Boswell en casa toda la mañana, y después de comer seguí leyéndolo bajo las hojas amarillentas y brillantes de los árboles del jardín. Los perales lucen de un amarillo brillante, las manzanas todavía están verdes, una tarde dulce y hermosísima.

He desatendido mucho tiempo mi diario. John volvió a casa justo después de que se fuera Jones. Jones regresó el viernes 19 de septiembre. Jones se quedó con nosotros hasta el viernes 26 de septiembre. Coleridge llegó el martes 23 y se marchó con Jones. Charles Lloyd apareció el martes 23, y el domingo 28 tomamos el té y cenamos con él, y ese mismo día nos enteramos de la llegada de los Abergavenny. El tiempo fue muy lluvioso mientras Jones estuvo con nosotros. El domingo 21 nos visitaron Tom Myers[65] y su padre, y el día 28 vinieron el señor y la señorita Smith[66].

El lunes 29 nos dejó John. William y yo nos separamos de él cuando ya se veía Ullswater. Era un buen día, lluvioso pero soleado, con nubes elegantes. Pobre compañero: mi corazón estaba realmente triste. No pude dejar de pensar que volveríamos a verlo pronto, porque Penrith está cerca.

Martes, 30 de septiembre. Charles Lloyd cenó con nosotros. Dimos un paseo con él después de comer. Llovió muy fuerte. Rydale tenía un aspecto extremadamente salvaje, pero el paseo fue muy hermoso. Nos sentamos a descansar junto al fuego acogedor. Escribí la última página de notas a *The Prelude*. Me fui a la cama a las doce en punto.

Miércoles, 1 de octubre. Una mañana hermosísima. La noche fue muy lluviosa, por la mañana el agua caía todavía sobre el lago. A mediodía los

rayos del sol arrancaron destellos al agua, y el viento arrugó la superficie. Corregimos la última página.

Jueves, 2 de octubre. Una mañana muy lluviosa. Después de la comida dimos un paseo para observar los torrentes. Acompañé a William hasta Rydale. Después fuimos a Butterlip How. El Barrio Negro parecía pantanoso, la vista era gélida, pero transmitía una fuerza impresionante. Los líquenes vuelven a salir, por la tarde recolecté una buena colección. Tuvimos una conversación interesante sobre las costumbres de los ricos: la avaricia, los deseos desordenados, el refinamiento antinatural y unos objetivos indignos de buena educación. Después vinieron los Lloyd y salimos a dar un paseo: atardecer lluvioso. La luz de la luna se esparcía como nieve sobre las montañas.

Viernes, 3 de octubre. La mañana fue muy lluviosa. William dio un paseo hacia Ambleside después de la comida. Le acompañé un tramo del camino. Me habló mucho sobre el tema de su ensayo para el segundo volumen de las *Lyrical Ballads*. Volvimos para recibir a los Simpson, pero ellos no acudieron. El plan era salir a buscar a William, pero me dolieron los dientes, llovía y se había hecho tarde. William, regresó pasadas las diez. El *Morning Post* habló de la muerte de Amos Cottle[67], en un artículo dedicado a S. Lowthian[68].

N. B. Cuando William y yo volvimos de acompañar a Jones, nos encontramos con un anciano que parecía casi su doble. Llevaba un abrigo echado sobre los hombros, el chaleco y el traje. Debajo sostenía un fardo, un delantal y un gorro de dormir. Su rostro era interesante. Tenía los ojos oscuros y una nariz larga. John, que se lo encontró después en Wytherburn, lo tomó por un judío. Sus padres eran escoceses, pero se había criado en la armada. Había estado casado, «con una buena mujer, Dios nos bendijo para que tuviéramos diez hijos». Todos estaban muertos, menos uno, del que llevaba años sin noticias, aunque sabía que era marinero. El oficio de este hombre consistía en cazar sanguijuelas[69], pero las sanguijuelas escaseaban en estos tiempos, y ya no tenía fuerzas. Vivía de la mendicidad, y se dirigía a Carlisle, donde esperaba adquirir unos cuantos libros piadosos para venderlos después. Dijo que la escasez de sanguijuelas se debía a la estación seca, pero reconoció que ya llevaban mucho tiempo escaseando. Creía que estaban demasiado buscadas, tratándose de un animal que no se reproduce muy deprisa y que además crece despacio. Nos dijo que habían quintuplicado su precio. Había tenido un accidente conduciendo un carro, su cuerpo salió impulsado y terminó con la pierna rota, y una fractura en la cabeza. No tuvo ningún dolor hasta que se recuperó de una primera fase de insensibilidad. Todo esto sucedió

«hacia el final del atardecer, cuando la luz empieza a irse».

Sábado, 4 de octubre de 1800. Un día muy lluvioso, o mejor dicho, tempestuoso, porque de vez en cuando ha brillado el sol. Thomas Ashburner no ha podido ir a Keswick. He leído un trozo de la obra dramática de Lamb[70]. El lenguaje es a menudo hermoso, pero imitativo en algunas palabras y frases particulares. Todos los personajes, excepto Margaret, son ininteligibles, y Margaret es la única que se muestra a través de la acción. Coleridge llegó a casa mientras estábamos cenando, con la ropa empapada. Conversamos hasta medianoche. Coleridge se había pasado la noche sentado escribiendo artículos para el periódico. Su hijo menor[71] se había sentido muy enfermo, presa de las convulsiones. Extraordinariamente contento con la segunda parte de *Christabel*.

Domingo por la mañana, 5 de octubre. Coleridge nos leyó *Christabel* por segunda vez, todavía nos resultó más placentero. La mañana fue deliciosa. William y yo estuvimos ocupados toda la mañana escribiendo un añadido a *The Prelude*. William se fue a la cama agotado después de tanto trabajo, en cuanto terminó de comer. Coleridge y yo dimos un paseo hasta Ambleside con la carta, ya había oscurecido. Volvimos a tiempo de tomar el té a las nueve en punto. William todavía estaba en la cama, muy enfermo. Desde la cascada de Silver How vimos los dos lagos.

Lunes [6]. Un día lluvioso. Coleridge tenía intención de irse, pero se quedó. Después de cenar dimos un paseo hasta Rydale. Después de tomar el té leímos *The Wanderer* [El vagabundo]. Decidimos no imprimir *Christabel* con las *Lyrical Ballads*.

Martes [7]. Coleridge se marchó a las once. Fui a ver al señor Simpson. Volví a casa con Mary[72]. Mary se tomó aquí su té. En casa de los Simpson me había encontrado muy mal, y cuando me acosté seguía sin estar bien. Lluvias intensas. Encontré a William en casa, como seguía estando mal me fui directamente a la cama.

Miércoles [8]. Una mañana muy mala, amenazadora. Guardamos las piezas de lino por la amenaza de lluvia. Recibimos una carta de Montagu con cinco libras. William dio un paseo hasta Rydale. Por la mañana copié un pasaje de *The Beggar* [El mendigo].[73] Por la tarde no me encontré del todo bien, por lo que no salí a caminar. William me dijo al volver del paseo que era una noche muy suave, de luna, y que encontró luciérnagas por todas partes.

Jueves [9]. Estuve planchando toda la mañana, hasta la hora del té. Un día

muy lluvioso. Por la tarde salí a dar un paseo con William. Teníamos el propósito de llegar a casa de los Lloyd, pero se puso a llover tanto que nos vimos obligados a refugiarnos en casa de los Fleming[74]. Un gran baile en Rydale. Después de descansar un rato decidimos regresar a casa y de nuevo nos sorprendió la lluvia, nos refugiamos bajo unos sicomoros que crecen cerca del embarcadero. La lluvia era tan fría como la nieve. De camino a casa nos encontramos con un hombre vestido de soldado, debía rozar los treinta años, era nativo de Cockermouth, había perdido una pierna y una parte del muslo luchando y ahora volvía a casa. Me pareció que podía ganar más dinero recorriendo los caminos con su burro que metido en casa.

Viernes, 10 de octubre. Cuando me levanté por la mañana las nieblas estaban suspendidas sobre las montañas y las cimas aparecieron cubiertas de nieve. En lo alto del valle se había producido una combinación encantadora: las amarillentas montañas otoñales envueltas por la luz del sol y por jirones de niebla, los árboles entre el verde y el amarillo, y las montañas más lejanas cubiertas de nieve. Fue una mañana divina. La encargada de Cokermouth vino a traernos una buena cantidad de mostaza. Es una mujer sana. Lleva viajando por estas montañas treinta años. Las tormentas no la afectan siempre que no se le mojen los productos que vende. Su marido nunca viaja montado en un burro, porque pertenece a la estirpe de los caminantes; ella va a veces acompañada de uno, pero solo cuando transporta una carga pesada. Me dijo que se dirigía a Ulverston y que regresaría cuando empezase la feria de Ambleside. Cuando terminé de hornear salí a pasear con William, la señora Jameson y la señorita Simpson hasta Rydale. El helecho crecía entre las rocas con una belleza exquisita. Volvimos por el camino que pasa por delante de la casa del señor Gell. Después de la comida William se acostó un rato. Leí las cartas de Southey[75]. La señorita Simpson y la señora Jameson vinieron a tomar el té. Después del té nos fuimos a Lloyds. La tarde parecía buena, pero se puso a llover tanto que tuvimos que volver. Nos mojamos. Mis hermanos no estaban en casa. Escribí a la señora Clarkson. Enviamos *The Beggar*. Thomas Ashburner nos trajo el noveno carro de carbón. William se sentó un rato conmigo después de que yo copiase *Point Rash Judgement* [El juicio de Point Rash].

Sábado 11. Estupenda mañana de octubre. Me pasé toda la mañana en casa, trabajando. William estuvo componiendo poemas. Sally Ashburner dedicó la mañana a aprender a coser. Después de la comida dimos un paseo hasta Greenhead Gill, en busca de un redil. Volvimos por los bosques que quedan cerca de la casa del señor Olliff. El día fue muy agradable, y las vistas una sucesión de belleza y alegría casi excesivas, especialmente

desde el prado del señor Olliff, justo donde pensamos construir nuestra futura casa. Los colores de las montañas eran suaves, enriquecidos por el helecho naranja y por el ganado que pastaba en las lomas. Vimos cometas que navegaban por el cielo como si fuese un mar. Las ovejas balaban en fila, encadenadas, los rebaños formaban figuras esparcidas por las montañas. Bajaban por las laderas y se alimentaban de los islotes de vegetación que crecen en las orillas de los torrentes. El redil está construido muy cerca de allí y tiene la forma de un corazón dividido en dos partes desiguales. Miramos hacia abajo, hacia el riachuelo, y vimos cómo las gotas brincaban y brillaban en el aire, desde las pequeñas cataratas; las que saltaban más alto eran las que más destellaban. Cruzamos los pastos de la montaña hasta que dimos con un camino abierto por el ganado que llegaba hasta la falda de la montaña. Sobre las nueve llegamos a casa del señor Simpson y tomamos el té. La noche fue hermosa y suave.

Domingo, 12 de octubre. Hermoso día. Me pasé la mañana escribiendo en casa mientras William se internaba en el bosque para componer. Le escribí a John por la mañana, copié poemas de las *Lyrical Ballads* y por la tarde escribí a la señora Rawson. Mary Jameson y Sally Ashburner estuvieron aquí para comer. Recogimos manzanas después de la comida, un cesto lleno. Después de tomar el té dimos un paseo por Bainriggs para observar el variado colorido del follaje: los robles eran de un verde oscuro con hojas amarillas, entre los abedules predominaba todavía el verde, menos los que crecían cerca del agua, que empezaban a amarillear. El fresno de montaña era de color naranja oscuro, el fresno común era de color limón, pero todavía había muchos fresnos que conservaban su peculiar verde. William se pasó la noche componiendo. Me fui a la cama a las doce en punto.

Lunes, 13 de octubre. Un día gris. Niebla en las montañas. Por la mañana no salimos a caminar. Pasé a limpio poemas en un papel lleno de los nombres de los pueblos de Ambleside donde se iba a celebrar feria. De noche paseamos por el Barrio Negro.

Martes 14. William se acostó después de comer. Yo leí *España* de Southey. El viento sopló con mucha fuerza al atardecer. William salió de paseo cuando ya era una buena hora para irse a dormir. Yo me acosté muy temprano. Antes de la comida habíamos dado un paseo hasta Rydale.

Miércoles [15]. Una mañana muy hermosa y clara. Después de que William compusiera un poco, lo convencí de salir a pasear un rato por nuestro jardín. La perspectiva era hermosa, casi divina, todos los colores parecían fundirse. Fui a casa para hornear algo de pan, y los dos nos fuimos de

nuevo hacia Rydale. William compuso un poco después de comer. Caminamos hacia Wytheburn y después William se desvió hacia Keswick. Tomé el té y cené en casa del señor Simpson. Al volver el aire era muy frío, casi helado. El señor y la señorita Simpson me acompañaron durante el camino de vuelta. Wytheburn tenía un aspecto muy invernal, pero vi una dedalera que florecía en el camino.

Jueves, 16 de octubre. Una mañana muy hermosa. Me he pasado casi todo el día almidonando y guardando las prendas de lino, ha sido entretenido. John Fisher, T. A., S. A. y Molly han estado trabajando en el jardín. Le he escrito a la señorita Nicholson[76]. Salí a dar un paseo por Rydale entre las tres y las cuatro. Después planché hasta la seis. Tomé el té y le escribí al señor Griffith[77]. Recibí una carta del señor Clarkson.

Viernes 17. Una mañana gris, pero muy hermosa. Sally estuvo trabajando en el jardín. Di un paseo por el lago entre las doce y cuarto y la una y media. Le escribí a M. H. Después de comer me dirigí a casa de los Lloyd, con la idea de enviar las cartas que le había escrito a la señorita N. y a M. H. Los Lloyd no estaban en casa, les esperé. Charles no se encuentra bien. Recogí cartas de M. H., Biggs[78] y John. Durante el paseo que di por la mañana descubrí que las madreselvas de Benson ya están en flor, son de una gran belleza. La noche fue muy hermosa. Los sirvientes de Lloyd me acompañaron a casa. Encontré a William en el salón, prácticamente no había salido de allí en todo el día. Coleridge no tenía nada terminado para *L. B.* Trabajé duro para Stuart. Luciérnagas en abundancia.

Sábado [18]. Una hermosísima mañana de octubre. William trabajó toda la mañana en el redil, pero en vano. Se acostó y se quedó en la cama hasta las siete, pero no pudo dormir. Yo sí pude dormir. Mejor del dolor de cabeza, pero todavía incapaz de trabajar. No salimos a caminar en todo el día.

Domingo por la mañana [19]. Nos levantamos tarde y salimos a caminar inmediatamente después del desayuno. Las cumbres de las montañas de Grasmere están inaccesibles. Rydale muy hermoso. La superficie del agua sigue inmóvil, como un espejo tenue. Las tonalidades de la isla grande son exquisitas, y los árboles, todavía frescos y verdes, se ven magnificados por las nieblas. La perspectiva desde el lado oeste del lago era muy hermosa. El eco del valle transformaba el ruido del ganado en una voz hueca. Regresamos a casa entre las rocas. William sintió la necesidad de trabajar. No fuimos a comer hasta la cuatro de la tarde. Terminamos de comer a las cinco y media. El señor Simpson se tomó el té y cenó con nosotros. Nos fuimos a la cama inmediatamente después de que él se marchase.

Lunes 20. William trabajaba por la mañana en el redil. Después de la comida, caminamos hasta Rydale, cruzamos los escalones y, mientras caminábamos bajo los altos robles, los Lloyd nos llamaron. Avanzaron con nosotros hasta el lado occidental de Rydale. La luz brillaba muy intensa en las montañas del bosque de Rydale, envueltas de nubes. Los dos lagos eran de una belleza divina. Grasmere me pareció entonces demasiado solemne: todo estaba tranquilo y salpicado de suaves ondulaciones grises. Los Lloyd se quedaron con nosotros hasta las ocho. Después caminamos hasta la cima de la montaña en Rydale. Clima muy suave y cálido. Contemplamos los movimientos de seis lombrices que brillaban débilmente. Subimos hasta el Swan. Cuando llegamos a casa el fuego estaba apagado. Cenamos a oscuras y nos acostamos inmediatamente. Al poco de acostarse William se levantó agitado porque la lluvia entraba en su habitación, era una noche muy lluviosa. El camino estaba lleno de hojas de fresno.

Martes 21. De buena mañana dimos un paseo que nos llevó pasada la casa del señor Gell. La mañana fue clara, un sol intenso. Tomamos el té en casa de los Lloyd. La temperatura bajó mucho, de noche heló bastante, vimos la luz de las estrellas. Por la mañana William había fracasado en la construcción del redil. El reflejo del fresno desdibujado, y del árbol deshojado.

Miércoles por la mañana [22]. Fuimos hasta casa del señor Gell, la mañana fue muy buena. William estaba de ánimo sereno, trabajó sin demasiada fortuna en el redil. Coleridge vino a cenar. No había escrito nada. Estábamos muy contentos. Coleridge y yo nos dedicamos a mirar el paisaje desde su asiento. Al atardecer apareció Stoddart[79], mientras tomábamos el té, y cuando terminamos el té nos visitaron el señor y la señorita Simpson con unas patatas muy grandes y planas. William leyó un pasaje de *Ruth* después de la cena, y Coleridge uno de *Christabel*.

Jueves 23. Coleridge y Stoddart se fueron a Keswick. Nosotros les acompañamos hasta Wytherburn. En Grasmere parecía que hubiese llegado ya el invierno, y en Wytheburn todavía hacía más frío. William intentó componer por la noche en vano.

Viernes 24. Una mañana hermosísima, dimos un paseo, antes de que William se pusiese a trabajar, hasta la cima de la montaña de Rydale. Después me dijo que solo estaba parcialmente satisfecho de la composición. Después de comer dimos un paseo alrededor del lago, vivo, calmado, muy hermoso. Fuimos a lo alto de Loughrigg: constatamos que, por desgracia, la belleza de Grasmere es inferior. Estábamos muy cansados y William se acostó a las siete y media. El fresno de nuestro jardín está

verde, el que está más cerca está deshojado, el siguiente estaba mitad y mitad.

Sábado [25]. Día muy lluvioso. William otra vez todo en vano. No pudimos salir a pasear, el día era demasiado lluvioso. Leímos a Rogers[80], a la señorita Seward[81], a Cowper[82].

Domingo [26]. Una lluvia muy intensa cayó durante toda la noche. A partir de las diez se abrió una mañana hermosísima. William logró trabajar con provecho. Los Lloyd vinieron a cenar y se quedaron en casa, atrapados por una fuerte lluvia. Después de la cena William leyó algunos de sus poemas. La tarde fue espantosa, pero salí con la señora Lloyd hasta Newton para ver alojamientos. El señor Simpson llegó de Ambleside y antes de que nos fuéramos a la cama se tomó una copita de ron.

28 de octubre, lunes [27]. No puede decirse que fuese una mañana demasiado buena, llovió mucho. La cima de la montaña está cubierta de nieve. Charles Lloyd vino a buscar la copa de su esposa. Di un paseo con él que nos llevó pasado Rydale. Me lo encontré mientras yo iba a la arboleda para llevarle algo de comida fría a William. Y ya había paseado con él por este sitio otras veces. Era un buen refugio para el viento. Los sotos estaban ahora casi marrones. Vimos un roble bien protegido cerca de casa de John Fisher, no había perdido ninguna de sus hojas, que estaban marrones y secas. De noche la luz de la luna nos pareció tan hermosa como salvaje. William no pudo componer, estaba muy fatigado y nervioso.

Martes 29 [28]. Una noche muy lluviosa. Por la mañana estuve horneando pan e hice un guiso de menudillos. Antes de comer salimos a dar un paseo por nuestro paisaje favorito. La niebla navegaba sobre las montañas, y cuando descansaba en sus cimas parecía como si todo el valle estuviese encerrado. Al atardecer nos visitaron los Lloyd. Tomamos el té con ellos en Borrwicks y jugamos al *whist*. Nos quedamos a cenar. William parecía encontrarse bien. Cuando llegamos a casa la noche era hermosa, con una gran luna.

Miércoles (29). William se pasó toda la mañana trabajando en su poema. Después de comer nos visitó el señor Clarkson. Bajamos a Borrwicks, después él, los Lloyd y Priscila volvieron para tomar el té. Nos juntamos con Stoddart, un poco más allá del puente. Jugamos a cartas. Los Lloyd y C. se fueron a cenar a su casa. El señor Clarkson durmió aquí, en casa.

Jueves (30). Una mañana lluviosa. El señor C. fue a Kirkstone. William se pasó todo el día y casi toda la noche hablando con Stoddart. El señor y la

señorita Lloyd vinieron a buscarme por la mañana y fui con ellos hasta Tail End. La mañana fue muy agradable, pero la tarde fue demasiado lluviosa. W. y S. se quedaron en casa todo el día.

Viernes (31). W. y S. no se levantaron hasta la una. William se sintió muy enfermo y débil. S. y yo tomamos el té en casa de los Lloyd y regresamos inmediatamente después. Una noche de luna, muy bella. Sobre el lago el resplandor de la luz de la luna recordaba a una gaviota plateada.

Sábado (1). William mejor. Mientras íbamos a Rydale nos encontramos a un criado de Lloyd. Iba a buscar un ejemplar de *Don Quijote*. Toda la tarde conversando. Tom Ashburner trajo nuestro décimo carrito de carbón de la temporada.

Domingo por la mañana (2). Dimos un paseo por el Barrio Negro. La mañana fue muy hermosa, nos ofreció una sucesión de bellos panoramas dominados por la niebla. De noche lluvias muy intensas. Por la tarde tomamos el té en casa de los Lloyd. Aunque estaban todos resfriados encontraron las fuerzas necesarias para venir a cenar a casa.

Lunes por la mañana (3). Caminata en dirección a Rydale. Un día frío. William y Stoddart siguen ahora mismo conversando. Durante nuestro paseo soportamos lloviznas frecuentes. De noche charlamos alegres alrededor del fuego. Los Spedding pasaron a saludar.

Martes (4). Stoddart nos dejó. Di un pequeño paseo con él y con William. Después William se fue al Tarn, pretendía llegar a la cima de Seat Sandal, pero se vio obligado a acostarse en el suelo por culpa de la tremenda fuerza del viento. La nieve venía desde Helvellyn como si fuese humo, el chorro de la cascada quedó oculto por ese humo. La señorita Lloyd vino a buscarme. Dimos un paseo juntas por el camino que pasa sobre Rydale. William volvió triste y muy cansado, amenazado por las hemorroides.

Miércoles (5). William no se encuentra bien. Un hermoso y nítido día de invierno, muy tranquilo. Después de la comida di un paseo hasta la casa de los Lloyd. Me ofrecieron té y la señorita Lloyd hizo el camino de vuelta a Rydale conmigo. La luna estaba saliendo, pero el cielo estaba cubierto de nubes. Preparé el té para William. Amontoné tierra.

Jueves, 6 de noviembre. La mañana fue muy lluviosa y la noche muy oscura. Me pasé el día horneando pan, hice la cena y una torta de jengibre. Nos visitaron Charles y P. Lloyd. William se encontraba algo mejor y nos leyó *Point Rash Judgement.* El lago estaba en calma, bellísimo. Llovió con mucha

intensidad toda la tarde y también por la noche.

Viernes, 7 de noviembre. Una mañana muy fría y lluviosa. William todavía no se encuentra bien. Me leyó y trabajó en *Amelia*. Las margaritas de otoño están languideciendo. Los pensamientos están repletos de flores. Los fresnos de enfrente están todos verdes, menos uno, pero ya han perdido muchas hojas. Las arboledas están ya bastante otoñales. Le ofrecí té a una mujer pobre, y también al niño, de Whitehaven. El día no nos regaló ni una hora cálida. Viernes 7. Una mañana muy lluviosa, acalaró por la tarde. Esperábamos a los Lloyd, pero no vinieron. William todavía no se encuentra bien. La noche fue lluviosa.

Sábado, 8 de noviembre. Una mañana lluviosa. Se formó un torbellino que se abalanzó sobre los fresnos y les arrancó las pocas hojas verdes que les quedaban. La tarde fue muy buena. William y yo salimos a pasear a las cuatro y llegamos hasta Rothay Bridge con el propósito de ver al carnicero y entregarle una carta escrita por el monje Lewis[83]. Los campos están muy invernales: la mayoría de los robles están ya pelados, aunque todavía se encuentra alguno con hojas verdes, la mayoría tienen las hojas marrones y secas. Pero el rostro del paisaje está ya cubierto por una máscara de invierno. Nos acostamos temprano.

Domingo [9]. William durmió de manera aceptable. Por la mañana se sentía mejor. Fue una noche helada. Caminamos hasta Rydale después de comer, salimos con la esperanza de ver a los Lloyd. El señor Simpson había comprado los periódicos y enviamos a Molly a que fuese a buscarlos. William incendió el redil. Una noche lluviosa.

Lunes [10]. He horneado pan, la mañana era clara y helada. Después del almuerzo dimos un paseo hasta el pueblo de Rydale. Júpiter era la única estrella sobre las lomas, brillaba como el sol, pero solo podía asomarse de manera intermitente, pues a menudo quedaba cubierto por una nube negra.

Martes por la mañana [11]. Fui caminando a Rydale antes de la comida para recoger cartas. William se pasó la mañana trabajando en el redil. Cuando llegué trataban de apaciguar a las ovejas, la mañana fue muy lluviosa. Los Lloyd vinieron a tomar el té con nosotros. Jugamos a las cartas. Priscilla no se encontraba bien. Nosotros seguimos paseando después de que los Lloyd se separasen en la cima de la montaña de Rydale, nos dirigimos primero hacia la casa del señor Olliff y después hacia la aldea. Tarde de tormentas, a ratos el cielo estaba nublado, y a ratos soleado. Al mirar hacia las montañas costaba reconocer las luces de cada

casita.

Miércoles [12]. Nos pasamos el día entero dentro de casa. El señor Simpson vino de visita y nos encontró comiendo. Tarde de lluvia, se quedó toda la tarde y también a cenar. Me acosté en cuanto terminamos de comer con un fuerte dolor de cabeza.

Jueves [13]. Una noche tormentosa. La mañana fue muy lluviosa así que nos quedamos en casa. El viejo señor Simpson, la señora J. y la señorita S. vinieron a tomar el té, cenaron con nosotros y jugamos a las cartas. Durante la cena apareció una pobre mujer que venía mendigando desde Hawkshed. Una viuda de Grasmere. Un alegre africano de Longtown.

Viernes [14]. Tuve un dolor de cabeza realmente malo. Soplaba un viento fuerte, pero la mañana fue dulce y hermosa. Planté árboles. Envié a Molly Ashburner[84] para que se disculpase en nuestro nombre con los Lloyd. Recibí dos cartas de Coleridge. Está muy enfermo. Otra carta de Sara H. y otra de S. Lothian. Escribí a S. Hutchinson, me ha enviado tres libras.

Sábado por la mañana [15]. Cayó una lluvia terrible, por lo que William no pudo ir a casa de los Coleridge. La tarde fue hermosa y suave. Di un paseo hasta la cima de la loma para quitarme el dolor de cabeza. Por la tarde William y yo salimos a las cinco en punto, justo después de tomar el té. Una tarde hermosa, no hizo demasiado frío. Paseamos juntos por los alrededores del Raise, acompañados por la luz de las estrellas. Me despedí de él muy triste, contrariada por no seguir adelante. Las montañas y las estrellas y las aguas blancas, con su sonido incesante y variable, se combinaban en un efecto sobrecogedor. Cené con los Simpson. El señor S. me acompañó andando hasta nuestra casa.

Domingo, 16 de noviembre. Una mañana muy cálida y soleada. Llegaron cartas de Coleridge y de Stoddart. Coleridge está mejor. Me dolía la cabeza y me disculpé ante los Lloyd. Después caminé hasta una casita de campo que queda más lejos que la casa de Gell. Vi un hermoso fresno cubierto de hojas amarillas, y otro más bajo, completamente verde. Oí a unos chicos que daban caza a un animal entre las rocas. Cuando llegué a casa paseé un poco por el jardín, a esa hora estaba muy agradable. Ahora vuelve a llover. El señor Jackson vino por la tarde y me trajo cartas de W. y de C. C. se encuentra mejor.

Lunes por la mañana [17]. Una mañana clara, hermosa y helada con rachas de viento afilado. Di un paseo hasta Keswick, salí a las diez y cinco y llegué a las diez y media. Los encontré a todos bien.

El martes por la mañana, W. y C. partieron hacia Penrith. William se encontró con Sara Hutchinson en Threlkeld. Llegaron a Keswick a la hora del té.

Miércoles [19]. Dimos una caminata por delante del lago y luego fuimos a casa del señor Denton[85]. Fui a visitar a la señorita Cockyns.

Jueves [20]. Pasamos la mañana en la ciudad. El señor Jackson y el señor Peach cenaron con nosotros.

Viernes [21]. Un día muy bueno. Fuimos a casa de la señora Greaves. La señora C. y yo llamamos a los Spedding. La luna creciente estaba hermosísima.

Sábado por la mañana [22]. Después de ver las pinturas chinas del señor Peach[86] regresamos a Grasmere. Una mañana amenazadora y bastante lluviosa. Llegamos a Grasmere: parecía muy sucio y un poco húmedo mientras la noche se cerraba. William no se encontraba demasiado bien.

Domingo [23]. William se encontraba mal. He horneado pan y empanada para la comida. Sarah y yo dimos un paseo después de la cena y nos encontramos con el señor Gawthorpe[87], pagó con un billete y bebió con nosotros el té que le habíamos comprado al señor Bousfield por cinco libras.

Lunes [24]. Una mañana hermosa. Sara y yo fuimos juntas hasta Rydale. Después de comer fuimos a casa de los Lloyd y bebimos té y cenamos. Una noche fría y afilada con sueño y nieve. Tuve dolor de cabeza por la noche. Tomé láudano[88].

Martes [25]. Muy enferma. Todo el día en cama. Mejor por la tarde. Leí *Tom Jones*. Dormí profundamente toda la noche.

Miércoles [26]. Bien por la mañana. William muy bien. Dimos un paseo muy agradable hasta Easedale. Las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve, con zonas heladas y zonas soleadas, los caminos estaban resbaladizos. Recibí una carta de Mary. Bebimos té con los Lloyd. Luego dimos un paseo con ellos, llegamos casi a Ambleside. La noche disfrutaba de una hermosa luz de luna. Sara y yo caminamos juntas hasta casa. William se encontraba muy bien, muy poético.

Jueves, 27 de noviembre. Le escribí a Tom Hutchinson[89] para expresarle mi deseó de que se trajese a Mary con él desde Stockton. Ha deshelado y el

suelo está cubierto de nieve. Sara y yo dimos un paseo antes de la cena.

Viernes [28]. Coleridge se acercó a vernos. La señorita Simpson se tomó el té con nosotros. William hizo el camino de regreso con ella. Coleridge se sintió muy enfermo. Se acostó antes de que William volviese.

Sábado [29]. Un día muy hermoso.

Domingo, 29 de noviembre [30]. Una mañana muy hermosa y clara. Por todas partes aparecía la tierra cubierta de nieve. Sara y yo intentamos una caminata hacia Rydale por el camino del norte, pero tuvimos que volver a casa por culpa de la nieve. Paseamos bajo la luz del atardecer.

Lunes [1]. Noche de deshielo, por la mañana la nieve había desaparecido. Sara y yo dimos un delicioso paseo por el norte de Rydale, hasta la casa del señor King[90]. Coleridge no pudo volver a su casa por culpa de su estado salud. Caminamos bajo la luz de la luna. De día horneamos panecillos.

Martes, 2 de diciembre. Una mañana lluviosa. Coleridge se vio obligado a partir. Sara y yo nos encontramos con el señor Lloyd, y Sara se volvió a casa con él. Di un paseo por los dos lagos en compañía de Charles, todo muy agradable. Llegamos hasta Ambleside. Un atardecer agradable, una luna hermosa, aunque el cielo no estaba claro. La noche fue terrible: granizo y viento, frío y lluvia.

Miércoles, 3 de diciembre. Nos acostamos a las once de la noche. Le escribí a John y a M. H. William, Sara y yo dimos un paseo hasta Rydale después de tomar el té. La noche era muy fría. Sara y William prolongaron el paseo hasta la otra orilla. Yo estaba cansada y me retiré a casa. Me acosté muy temprano.

Jueves [4]. Coleridge llegó justo cuando terminábamos la comida, cerdo de los Simpson. Sara y yo paseamos por los lagos, una mañana muy hermosa. C. no comió nada que le ayudase a curar sus forúnculos. Después de tomar el té dimos un paseo bajo la luz de la luna para ver Langdale cubierto de nieve. El anciano se quedó impresionado con los lucios, y eso que no eran demasiado grandes. El suelo estaba frío y resbaladizo, pero la excursión resultó muy agradable. No volvimos hasta la una y media.

Viernes por la mañana [5]. Día terriblemente frío y lluvioso. Coleridge y William salieron a dar un paseo hacia Keswick, pero el viento lastimaba los ojos de Coleridge y tuvieron que volver. Sara y yo horneamos pan y un gran pastel. Al atardecer estábamos muy contentos, enseguida nos entró

sueño, pero no nos acostamos hasta pasadas las doce.

Sábado 6. William acompañó a Coleridge hasta la falda del Raise. La mañana fue muy agradable. Sara y yo le acompañamos medio camino hacia Keswick. Thirlemere estaba hermosísimo, más incluso que en pleno verano. William no se encontraba nada bien, había trabajado en vano. Charles Lloyd le había hecho una visita. Sara y yo fuimos a tomar el té a casa de la señorita Simpson. Una lluvia muy intensa venía hacia nosotros, cuando llegamos a casa ya caían algunas gotas. El señor B. S. nos acompañó. La señorita S. se fue a Ambleside. William estaba muy cansado, con el ánimo muy bajo. Recibí carta de M. H.

Domingo [7]. Una mañana muy hermosa. La pasé leyendo. Sara le escribió una carta a Hartley, William le escribió a Mary, y yo le escribí a la señora C. Justo antes de la comida dimos un paseo por la orilla del lago, encontramos asiento junto a un árbol. Día ventoso, pero muy agradable. Sara y William dieron un paseo hasta las cascadas de Rydale. No me encontraba demasiado bien y me fui a la cama a las doce. La señorita Simpson vino de visita.

Lunes, 8 de diciembre. Una mañana dulce y suave. Les escribí a la señora Cookson y a la señorita Griffith[91].

Martes 9. Cené en casa de Lloyd. William se tomó el té al volver a casa, bajo la luz de las estrellas; un atardecer helado y muy placentero. Llegamos a casa a la una. William terminó hoy su poema.

Miércoles 10. Dimos un paseo hasta Keswick. El suelo estaba cubierto de nieve. Hizo un día muy bueno. Comimos pan y bebimos cerveza en la posada de John Stanley[92]. Encontramos a Coleridge mejor. Nos alojamos en Keswick hasta el domingo 14 de diciembre.

Lunes [15]. Horneamos y almidonamos.

Martes [16]. Planché. Nos visitaron los Lloyd.

Miércoles [17]. Un día muy bueno. Me pasé toda la mañana escribiendo para William.

Jueves [18]. Llegaron la señora Coleridge y Derwent. Barrimos las chimeneas.

Viernes [19]. Horneamos pan.

Sábado [20]. Llegó Coleridge. Muy enfermo, fiebre reumática. Llovía, de manera incesante.

Lunes [22]. S. y William fueron a casa de Lloyd. William se quedó a cenar, llovía muy fuerte cuando regresó a casa.

II. Segundo cuaderno: del 10 de octubre de 1801 al 14 de febrero de 1802[93]

Sábado, 10 de octubre de 1801. Coleridge se fue a Keswick, después de que hicéramos el asiento de Sara.

Domingo 11. El señor y la señorita Simpson vinieron después del té y se quedaron a cenar con nosotros.

Lunes 12. Tomamos el té en casa del señor Simpson.

Martes 13. El día entero muy lluvioso.

Jueves 15. Cenamos en casa del señor Luff[94]. Una mañana muy lluviosa. Coleridge llegó a casa del señor Luff mientras comíamos. William y yo dimos un paseo hasta Loughrigg Fell y nos paramos a orillas del agua. Me mojé la cabeza debajo de un chorro. Me sentí enferma y cuando llegamos a casa seguía sintiéndome mal. Me acosté en la sala de estar. Tomé láudano.

Viernes 16. Nos visitó Tom Hutchinson. Llovió casi todo el día. Coleridge se encontraba mal.

Sábado 17. Dimos un paseo hasta Easedale. Después de cenar Coleridge se encontró mal.

Domingo 18. He olvidado lo que pasó.

Lunes 19. Coleridge se fue a su casa. Tom y William salieron a dar un paseo hasta Rydale. Un día estupendo. Yo me pasé el día entero en la cama, enferma. El señor Simpson vino a tomar el té y a cenar.

Martes 20. Visitamos Colleth, un día muy bueno. Por la tarde, en Langdale, cayó un fuerte chubasco.

Miércoles 21. Cenamos en Bowness, dormimos en Penny Bridge. Corrimos el riesgo de naufragar en Windermere. El día fue muy bueno, quizá demasiado ventoso, noche de luna.

Jueves 22. Desayunamos en Penny Bridge y cenamos en Coniston. Día de grandes tormentas. Tomamos el té en casa.

Viernes 23. Una mañana dulce, deliciosa. Sembré toda clase de plantas, conté con la ayuda de Tom. William y él cabalgaron hasta Hawkshead. Horneé pan y empanadas. Tom me trajo dos arbustos del vivero del señor Curwen[95].

Sábado 24. Intentamos llegar a Fairfield pero el día era demasiado brumoso y no pasamos de Green Head Gill, cerca del redil. Una neblina suave, dulce, hermosa. William y Tom sacaron el bote que había traído el señor Luff. El señor Simpson llegó a la hora de la comida, se tomó el té con nosotros y jugamos a las cartas.

Domingo, 25 de julio. Dimos un paseo a caballo hasta Legberthwaite con Tom. Esperamos la llegada de Mary. Fue un día muy dulce. Llegamos hasta Helvellyn, monumentos gloriosos, muchas cosas que ver. El mar en Cartmel. Las montañas escocesas se divisaban al final del mar, a la derecha del horizonte. A nuestras espaldas nos esperaba Whiteside, grande, suave, redondeada y verde. Alrededor nieblas bajas y nieblas altas, con intervalos de sol. Bajamos a las calas. Salimos de John Stanley a las doce y diez minutos y volvimos a las cuatro. Tomamos el té y comimos con ganas. Antes de ir a Helvellyn conseguimos provisiones de pan y queso. Pagamos cuatro peniques por todo. Llegamos a casa a las nueve en punto. La tarde era gris y suave. Salió la luna pero su luz no brilló sobre nuestras cabezas.

Lunes, 26 de octubre. Omitido. Ellos fueron a Buttermere.

Martes, 27 de octubre. Omitido, tomamos el té en casa de los Simpson.

Miércoles 28. Los Clarkson vinieron a visitarnos.

Jueves 29. Llovió todo el día.

Viernes 30. Llovió todo el día.

Sábado 31. Paseo hasta Rydale. Una mañana sueve y dulce, aunque amenazada por la lluvia.

Domingo, 1 de noviembre. Día muy frío, por la tarde dimos un paseo hasta Butterlip How.

Lunes 2. Muy lluvioso.

Martes 3. Cenamos en casa de los Lloyd, día frío pero despejado.

Miércoles 4. William se fue con el señor C. Mucho frío.

Jueves [5]. Los Clarkson se fueron.

Viernes [6]. Llegó Coleridge.

[Lunes 9]. Caminata con Coleridge hasta Keswick. Las montañas, siempre distintas, pasaron un rato escondidas entre las nubes para luego asomar sus cimas, las faldas siguieron medio ocultas. Encontramos Legberthwaite muy hermoso. Comimos pan y queso en la posada de John Stanley y llegamos a Keswick muy descansados, justo antes de que oscureciera. Nos divertimos mucho juntos en la sala de estar. Cenamos en casa del señor Jackson. Mary y yo pasamos un rato en la habitación de C.

Martes, 10 de noviembre. El pobre Coleridge nos dejó y mi hermano y yo volvimos a casa juntos. Salimos de Keswick a las dos de la tarde y no llegamos a Grasmere hasta las nueve. Tomamos el té en John Stanley, una posada muy acogedora. Me quemé con el ácido nítrico de Coleridge. A Mary se le hincharon los pies, le dolieron. Coleridge tuvo un día dulce para ir a cabalgar: cada imagen y cada sonido me recordaban a nuestro querido, queridísimo, amigo, a los muchos paseos que dimos, de día o de noche, a tantas cosas tan queridas. Me dejé arrastrar por la melancolía, no podía ni hablar, al final conseguí aliviar el corazón llorando: un lloriqueo nervioso, según William. No estoy de acuerdo. ¡Oh! Cuántos motivos, tengo tantos motivos para preocuparme por él.

Miércoles, 11 de noviembre. Horneé pan y empanadas pequeñas, puse los libros en su sitio, remendé calcetines, archivé las cartas de nuestro queridísimo Coleridge… y más o menos a las siete nos sentamos junto a un fuego agradable. William con su libro y una vela, y Mary con la intención de escribirle a Sara.

Jueves 12. Una mañana muy hermosa, todavía soleada. Nos levantamos muy tarde. Puse en orden las cajas de retales. Salimos a pasear mientras se asaba el ganso. Caminamos hasta la cima de la loma. M. y yo seguimos a William, que estaba cruzando los campos que unen la arboleda de John con el sendero. Era un mediodía de lo más dulce. No llegamos a entrar en la arboleda de John, pero paseamos entre las rocas y nos sentamos en una. El señor Olliff nos adelantó a Mary y a mí por el camino cuando William ya estaba entre las rocas. El lago se veía muy hermoso desde la huerta. William y yo volvimos a salir después de tomar el té. Luna creciente. Me senté en la cantera de pizarra, un buen rato, sola. William llegó a casa antes que yo, los encontré en el salón. Había mil estrellas en el cielo.

Viernes por la mañana [13]. Día aburrido, húmedo y nublado. Un día que parece prometernos que la ropa no se secará. Pasamos un atardecer muy feliz. Nos fuimos tarde a la cama. Tuve un sueño muy inquieto. William se encontró mejor de lo que esperaba.

Sábado por la mañana [14]. Otro día turbio y monótono, muy oscuro. Me encontré con el ánimo muy bajo, así que me pasé en la cama todo el día. Me prepararon un poco de caldo; cuando me levanté ya empezaba a oscurecer y me encontré mejor. Pasamos una velada tranquila junto al fuego.

Domingo [15]. Llegué de buena mañana a Churnmilk Force, muy cerca de las rocas de Heifer, donde pasé un buen rato. El valle está cubierto de amarillo invernal, pero en el lecho del arroyo todavía se aprecia alguna vegetación, como sombras. Los robles ya están casi todos ocres, pero a esta distancia casi parecen verdes. La perspectiva del paisaje era muy suave y a esa distancia el valle parecía impresionante. La vista recorría el prolongado valle que conduce a Ambleside, y se detenía en sus montañas, donde se mezclaban la niebla y el sol, sobre un fondo gris. Junto al fuego leímos a Chaucer, Mary leyó a Thomson. Yo leí al obispo Hall[96]. Tarde, ya de noche, nos llegaron cartas de Sara y de Clarkson.

Lunes, 16 de noviembre. Una mañana gélida, muy húmeda y nublada. Mary y Molly se pasaron todo el día planchando. Horneé pan y visité al señor Olliff. La señora Olliff estaba en casa. Desde las ventanas el paisaje se veía muy suave. La señora Olliff observó que estos parajes son hermosos incluso en invierno. Los Luff nos adelantaron por el camino. Paseamos por los alrededores de la iglesia, entre prados. William está delicado de salud, pero en conjunto puede decirse que se encuentra bien. Ahora son las siete en punto y lo he dejado leyendo a Spenser. Mary está sentada a mi lado, escribiendo. Oímos el leve murmullo de la vegetación. Estábamos serenos y contentos, pero la pobre Peggy Ashburner está tosiendo, como si le fuera la vida en la tos. Voy a escribirles a Coleridge y a Sara. ¡Pobre C.! Espero que ayer estuviese ya en Londres. Sara ha sido muy simpática con Mary todo el día. Le ha dicho: «Vosotras ya podéis decir lo que queráis, pero cuando se trata de portarse bien con una esposa no hay nada mejor que un marido satisfecho. Ya podéis reír lo que queráis, el viento no trae nunca favores y donde no hay amor verdadero tampoco hay favores». El sábado le di un sermón al pequeño John Dawson por decir mentiras. Le dije que sabía que había acusado falsamente a Jenny Baty de pegarle. Molly me había advertido: «Jenny dice que no es cierto, que ella jamás le había levantado la mano hasta que él empezó, y seguro que cuando ella piensa en la posición de usted se obliga a decir la verdad». Ahora Jenny está con

el niño. Hoy llamaron a la puerta dos mendigos.

Martes 17. Una mañana muy lluviosa, antes de comer paseamos hasta Easedale. La señorita S. llegó a tiempo para comer con nosotros (habíamos ido a la casa de campo del señor Gell). Cuando volvimos los sotos estaban de un ocre oscuro muy bello y los robles proyectaban una sombra hermosísima y frondosa. Nos quedamos un buen rato mirando el abedul que crecía en un recodo. El viento soplaba entre sus ligeras ramitas, que cedían o resistían con distinta fuerza. Tomamos el té y cenamos en casa de los Simpson, la luz de la luna humedecía los sucios caminos nocturnos.

Miércoles 18. Nos pasamos la mañana en casa, leyendo a Spenser. No me encontré demasiado bien y me tumbé en la cama hasta el atardecer. William y Mary dieron un paseo hasta Rydale. La luz de la luna era muy agradable y los lagos estaban muy hermosos. La iglesia era una imagen de paz. William escribió algunos versos sobre la iglesia. Estaba en la cama cuando volvieron a casa. Mary y yo dimos un paseo que nos llevó bastante lejos, hasta la Puerta de Sara, nada menos, después de cenar. Nos quedamos allí mucho tiempo, toda la perspectiva era impresionante, las montañas indefinidas, el lago tranquilo, aunque levemente alterado. Desde el islote mayor se oía la cascada cayendo sobre las aguas en calma. Empezaba a cuajar una tormenta sobre Easedale, así que emprendimos el camino de regreso, pero salió la luna y nos iluminó la iglesia y el pueblo. El Helm Crag estaba en sombras, y la montaña más grande parecía moteada como un cielo por las nubes. Nos quedamos mucho tiempo en el puente. Pedí un deseo: que William se encontrase mejor. Le habíamos dejado en casa medio enfermo. Después nos fuimos a acostar.

Jueves, 19 de noviembre. Una mañana muy hermosa, soleada, pero gélida. No salimos en todo el día. William me dijo que era mejor dejar el paseo para la tarde, se esperaba una luna muy hermosa. Pero lo que vino fue lluvia y fuertes rachas de viento. Charles y Olivia Lloyd nos visitaron por la mañana.

Viernes 20. Por la mañana escribí a Coleridge. Después dimos un paseo hasta Easedale. Por la tarde tuvimos la alegría de recibir cartas de Coleridge y Sara.

Sábado 21. Dimos un paseo por la mañana y pagamos un penique por las cartas. William estaba muy bajo de ánimo. Por la tarde salimos otra vez a caminar y pasamos un rato delicioso. De noche empezó a soplar un viento frío y furioso. El señor Simpson tomó el té con nosotros y ayudó a William a salir a navegar con la barca. William y Mary le acompañaron después en

su camino de regreso hacia el Swan. Una noche clara, escarchada. Trabajé en el huerto mientras estuvieron fuera.

Domingo, 22 de noviembre. Le escribimos a Coleridge. Mandamos a un criado a que nos enviase las cartas. El señor y la señorita Simpson nos visitaron para tomar el té. Fuimos a dar un paseo con ellos hasta Blacksmiths y regresamos por Butterlip How. Una fuerte helada, soplaba el viento y la luna brillaba con fuerza. El valle parecía más espacioso y era bellísimo a la vista. Los prados me parecieron inmensos, y en los que quedaban más cerca de nosotros me fijé en que el suelo estaba algo desigual y que palpitaba como la arena; las cabañas estaban tan hermosas como tranquilas, y pasamos por un cercado donde había un fresno al que habían podado las ramas como los cuernos del Diablo, asustando a una conciencia culpable. Cuando llegamos a casa estábamos alegres y contentos, nos fuimos muy temprano a la cama.

Lunes 23. La mañana fue hermosa y helada. Mary se pasó la mañana tejiendo el chaleco de lana para William. Mi hermano se encontraba mal y no salimos a pasear. Mary y yo pasamos la tarde en el banco del huerto, con la capa echada por encima. Después de cenar me acosté, dormí mal, toda la noche con dolor de cabeza. Todos nos fuimos pronto a la cama.

Martes 24. Una mañana muy lluviosa. Todos nos encontrábamos bien, solo a mí me dolía un poco la cabeza, por lo que desayuné en la cama. Leí un poco de Chaucer, preparé el ganso para la comida, y luego salimos todos a dar un paseo, aunque me vi obligada a volver a casa a por abrigo. Hacía muchísimo frío. Intentamos llegar hasta Easedale pero interrumpimos nuestro trayecto al llegar a la casita del señor Gell. El viento era muy violento, y mientras recorríamos el sendero, lo oíamos soplar en todas las direcciones; por suerte las paredes nos protegían. La casita de John Green se veía muy hermosa bajo la montaña de Silver How. Como nosotros íbamos sin rumbo nos detuvimos inmediatamente al verlo, a unos cincuenta metros, más o menos, de nuestro abedul favorito. Sus ramas tiernas parecían ceder ante las rachas de viento. El sol brillaba sobre él y se movía entre la ventolera como si le estuviese sacudiendo una lluvia solar. Su forma era la de un árbol, con su tronco y sus ramas, pero parecía imbuido de un espíritu acuático. El sol se impuso y le devolvió su apariencia purpúrea, las ramas todavía seguían agitadas por el viento, pero el efecto ya no nos pareció tan llamativo. Los demás abedules que crecían allí mismo parecían brillantes y alegres, pero nuestro árbol favorito parecía una criatura con su propia personalidad, diferente a la de los demás. No llegamos a entrar en los campos del señor Gell. El viejo árbol parecía derrotado por el peso de su devoción excesiva a la puerta de aquella casa.

Se puso a llover cuando estábamos ya cerca de Bensons. Atravesamos el bosque, que estaba encantador; un arco iris cubría el lago desde el islote hasta la casa que descansa al pie de Bainriggs. El pueblo parecía animado y brillante. Las candelillas están saliendo, las palmeras están en ciernes, vimos los alisos llenos de brotes de color ciruela. Volvimos a casa por las escalinatas. El lago estaba espumoso, con olas blancas de lado a lado. Vi una solitaria flor de la mantequilla en el bosque. Esta vez no me resultó tan fácil subir los escalones de piedra. Llegamos a casa justo para comer. Le mandé a Peggy Ashburner un poco de ganso, y vino personalmente a darme un tarro de miel y mil gracias. «¡Oh! Qué agradecidas son las personas.» Estaba tan de acuerdo con sus palabras que la hice pasar y estuve un rato con ella. Me habló de Thomas, que estaba decidido a vender las tierras. «¡Ay!, y yo le he dicho muchas veces que estaba dispuesta a prestarle ayuda, pero él, pese a todo, todavía no ha ido a Londres a venderlas.» Y entonces Peggy me contó con qué padecimientos y esfuerzos habían conseguido pagar los intereses de los impuestos; cómo se levantaban a las cinco de la mañana, ella para tejer y Thomas para cardar, con el propósito de sufragar las cien libras de intereses que se vieron finalmente obligados a pagar. Dijo también que encontraba muy placentero estar con el ganado y las ovejas. «¡Oh!, qué bonito era cuando iban a buscar a los animales y los bajaban de las laderas; y cuando me sentía un poco baja de ánimo me ponía a mirar los campos y ver el ganado me hacía tanto bien que casi no podía creerse.» Molly me dijo justo antes de irse: «¡Pobre! Su cuerpo está tan enfermo que nadie sabe cuánto puede durar. Ni cuántas caras agradables pasarán todavía delante de sus ojos». Estuvimos un rato junto al fuego, ociosas. Mary leyó un poema de Daniel sobre el conocimiento[97]. Después de tomar el té William se puso a leer a Spenser, y a veces nos recitaba algunos poemas en voz alta. Terminamos su chaleco. Recibimos una nota de la señora C. Malas noticias del pobre C. Está muy enfermo. William dio un paseo hasta la arboleda de John. Se me ocurrió salir a buscarlo, la luz de luna iluminaba el paisaje pese a la débil llovizna, y lo encontré muy lejos, a la altura de la casa de John Baty. A William le había sorprendido, y aterrorizado, una repentina racha de vientos que parecían sacudir la tierra, el cielo y el lago al mismo tiempo, como si todo se hubiese puesto de acuerdo para rodearle y hundirle. Dio gracias por encontrarse en ese momento sobre un camino elevado.

Al comentar el paseo que dimos el domingo 22 de noviembre, al atardecer, me olvidé de escribir sobre un paisaje que me sobrecogió. La luna y su luz parecían moverse perseguidas por una manada de nubes que estaban justo detrás de la piedra situada en lo alto del cerro, por la vertiente del bosque. Todos los dientes y los bordes de la piedra eran perfectamente visibles; la piedra parecía un hombre quieto, un gigante que observa desde la torre más elevada de un castillo. El cerro parecía

perpendicular a la oscuridad que crecía a sus pies. Era una de esas visiones espectaculares que absorben la atención dondequiera que se encuentren, un paisaje distinto a cualquier otro.

Miércoles, 25 de noviembre. La mañana fue muy lluviosa y amenazaba con un día muy húmedo, pero el sol brilló con fuerza en una o dos ocasiones. Nos habíamos comprometido a ir a casa de los Lloyd, y William y Mary estaban decididos a emprender el camino lo antes posible. Los acompañe hasta la carbonera cerca del lago de Rydale. Me despedí de ellos en la primera cuesta de la loma. Asomó un poco de lluvia y después estuvo lloviendo toda la tarde. Horneé pan, y escribí cartas para Sara Hutchinson y para Coleridge. Pasé una noche agradable, pese a los rugidos del viento; la tormenta se volvió tan violenta que empecé a temer por ellos. Llegaron a las nueve, el tiempo no había podido fastidiarles el paseo, llegaron a casa alegres, florecientes y felices.

Jueves 26. El señor Olliff llegó antes de que William se levantase para advertirnos de que tomaría con nosotros el té. Dimos un paseo hasta Easedale para recoger musgos y traer nata. Fui a por la nata mientras ellos esperaban junto a un muro. Hacía un frío penetrante y una tormenta de granizo amenazaba la tarde. Los Olliff llegaron a las cinco en punto. Jugamos a las cartas y pasamos un tarde decente. La noche fue muy tranquila pero el frío seguía siendo muy penetrante a las once, cuando ellos se retiraron. La lluvia estaba en camino.

Viernes 27. Nieve, esparcida en una capa muy fina. Nevó justo después de que nos levantáramos y después brilló el sol. Pese a la nevada, hacía mucho calor. Todavía ahora el sol resplandece con dulzura. Nos visitó una mujer que viajaba con su marido, al hombre le habían herido y ella le acompañaba con el propósito de instalarse en Whitehaven. Habían pasado la noche anterior en Ambleside, la mujer había ofrecido cuatro peniques en Cock por una cama. De Cock la enviaron a una casa de Harrison, donde habían podido dormir junto a un fuego. Allí mismo habían comprado un penique de madera para enceder un fuego. Su marido se había retirado del servicio antes de que se agravase la cojera. Ella me dijo: «¿Sabe? Antes estuve casada con un oficial del ejército, tan cierto como que ahora estoy delante de usted. Mi primer marido se casó conmigo en Appleby. Yo ganaba dieciocho peniques al año dando clases en una escuela, y como su familia no tenía nada para darle decidimos tentar a la suerte fuera del país. He vivido en las Indias Occidentales. Perdí la sensibilidad en este dedo justo antes de que él muriese. Me pidió que me acercase y me dijo que había llegado el momento de despedirse de sus queridos hijos y de mí. Yo llevaba puesto un vestido de noche de muselina, él iba vestido con su traje

de oficial. Me agarré a su abrigo mientras se soltaba de mí con tanta fuerza que me rompí la articulación del dedo. Le habían disparado a bocajarro. Regresé a Londres y me casé con este hombre. Este hombre que ahora va pidiendo por los caminos llegó a ser secretario del juez Chambray. Si el juez Chambray[98] viviese todavía en Kendal nos habría dado una guinea o dos, a cambio de nada, porque era un hombre muy generoso». Antes de la cena salimos a dar un paseo con la intención de volver enseguida. Pero como recorrimos todo el camino y llegamos hasta Rydale, William decidió hacerle una visita al señor Luff. Nosotras le acompañamos hasta Loughrigg y le dejamos cerca de la escalinata de piedra. Hacía mucho frío. Mary y yo caminamos deprisa al volver a casa. El sol desprendía un resplandor precioso sobre la vertiente oriental del valle de Ambleside. Subimos por el camino viejo, y mientras lo rodeábamos nos impresionó la fuerza de su presencia. Mary le escribió a su tía. Esperamos la visita de los Simpson. Yo tenía sueño y estaba cansada, así que fui a acostarme. La noche trajo humedad y la temperatura descendió mucho. Esperábamos cartas de C. y de Sara. La carta de Sara nos la trajo un muchacho. Pero no llegó ninguna de C. Me quedé triste y decepcionada. No salimos a buscar a William como habíamos planeado. Mary pasó la tarde ocupada con el chaleco de invierno que estaba haciendo para William.

Sábado, 28 de noviembre. Una mañana soleada, muy hermosa. No mencioné que ayer, cuando fuimos con William a casa del señor Luff, nos encontramos con un soldado y con su esposa. Él llevaba un niño en sus brazos, ella cargaba con un fardo y también con la pistola. Componían una bella estampa y les dimos medio penique. William había pasado mala noche, apenas pudo conciliar el sueño, así que se quedó en la cama hasta después de la una. Mary y yo dimos un paseo hasta casa del señor Simpson, salimos veinte minutos antes de las dos y llegamos veinte minutos antes de las tres. Les pedimos que no vinieran a casa. Nos tomamos el té y cenamos en casa de los Olliff. De regreso el viento helado era cortante y las estrellas ardían en el cielo. Entramos en casa a las once y media.

Domingo 29. Horneé pan, y preparé tarta de manzana y tartas más pequeñas. Las tartas más pequeñas me salieron mal. El sol brilló todo el día, pero no encontramos el momento de salir a pasear. Por la tarde teníamos la intención de ir a buscar cartas, pero el muchacho nos dijo que pensaba ir él. ¡Ni una carta! Fuerte helada.

Lunes 30. La mañana fue muy hermosa y soleada. El muchacho nos trajo una carta de Montague y otra, muy corta, de Coleridge. C. se encontraba, al parecer, muy bien, y prometía escribirnos de nuevo mañana. Dimos un

paseo por el lago. William y Mary se dirigieron primero hacia la escalinata. Me quedé un poco rezagada y entré en el prado que se extiende cerca de la cabaña de Benson con el propósito de sentarme un rato. Todavía estaba allí cuando Mary vino a buscarme. Día muy claro, helado, sin viento. William se fue un poco antes, a Langdale. Observamos los lucios y luego volvimos a casa. Han cortado el árbol que eclipsaba la puerta de la cabaña. Este árbol servía de orientación a los caminantes que se dirigían al Loughrigg, Tarn y Windermere. Al llegar a casa nos pusimos a leer. Mary le escribió una carta a Joanna. Yo escribí a Richard y a la señora Coleridge.

Martes, 1 de diciembre de 1801. Una mañana tan soleada como fría. Mary y yo nos fuimos a Rydale en busca de cartas. William no se encontraba bien de salud y se quedó en casa leyendo, le había costado mucho levantarse de la cama. Encontramos una carta de Coleridge, era breve, pero nos decía que se encontraba bastante bien. De vuelta nos tropezamos con dos soldados, uno de ellos estaba muy borracho, deseamos con todas nuestras fuerzas que nos adelantaran, pero sus cuerpos iban demasiado llenos de alcohol para avanzar deprisa, así que nos decidimos a adelantarlos nosotras, por suerte estaban de buen humor y eran dos personas civilizadas. Parecía como si luchasen contra la montaña con sus bastones. Uno de ellos nos dijo: «Vaya, este camino podrá con nosotros, solos no hubiésemos salido victoriosos». Añadieron también que jamás habían pisado un territorio tan salvaje, pese a que uno de ellos era escocés, nos parecieron dos muchachos de mirada honesta. El cabo reconoció que le desanimaba pensar en la extensión del camino que tenían por delante. Nos encontramos con William en la Puerta de Sara, mi hermano había salido de casa con la intención de dar la vuelta completa al lago, pero no se sintió con fuerzas y decidió volver. El señor y la señorita Simpson vinieron a tomar el té con nosotros. William se encontraba muy mal, con el ánimo por los suelos. Los Simpson se quedaron a cenar.

Miércoles 2. Una mañana muy gris, helada. William se levantó tarde. Leí el cuento sobre Febo y el cuervo que William después intentó traducir[99], de hecho le dedicó a esta traducción buena parte del día. La señora Olliff nos trajo levadura y nos prometió que volvería mañana para conocer a los Luff. Estábamos junto al fuego cuando Charles y Olivia Luff vinieron de visita. No me había encontrado muy bien en toda la tarde, así que no me aventuré a acompañarles. Mary y William fueron con ellos hasta el pueblo de Rydale, se puso a nevar, estaba muy oscuro, una delgada capa de hielo cubría el suelo, todo resbaladizo. Cuando llegaron me pareció que estaban descansados y que se encontraban bien. Empecé una carta para Coleridge. En cuanto regresó, William se puso a trabajar en la traducción de Chaucer.

Martes, 3 de diciembre de 1801. De buena mañana no me encontraba nada bien. Horneamos pan, después de comer me fui directa a la cama. William se fue a Easedale. Lluvia, granizo y nieve. Me levanté a las siete y media, me tomé el té y después me fui a casa del señor Olliff para cenar. El sueño fue glorioso, así que me encontraba bastante bien. La tarde era fresca, los caminos estaban resbaladizos, pasamos una velada muy agradable. El señor y la señora Luff nos acompañaron. La señora Luff se encontraba mal de salud. Escribí un pasaje de la carta para Coleridge antes de ir a casa del señor O. Regresamos y nos fuimos inmediatamente a la cama. Molly se fue.

Viernes 4. Me dolía mucho la cabeza y me acosté un buen rato. Vino el señor Luff. Mary se fue con él a pasear, llegaron a la cantera de pizarra. El señor Simpson y Charles Lloyd vinieron a por el recipiente para fabricar cerveza. William se pasó el día versificando *El cuento de la priora*. Después de tomar el té William y Mary dieron un paseo hasta Rydale. Se puso a nevar y volvieron empapados. Terminé la carta para Coleridge, recibimos una carta suya y otra de Sara. La carta de Sara se notaba escrita de muy buen humor, también la de Coleridge. Nos llegó también una carta de Lamb hablándonos de George Dyer[100].

Sábado 5. Me dolía mucho la cabeza, así que me acosté un buen rato. El señor Luff llegó cuando yo todavía estaba en la cama. Pero cuando salimos a pasear el aire todavía conservaba el frescor de la mañana. Un día aburrido y gris, se puso a llover por la tarde y no pudimos salir. William terminó *El cuento de la priora*. Después de tomar el té Mary se puso a pasarlo a limpio. William no se encontraba bien. No nos llegó ningún paquete de la señora Coleridge.

Domingo 6. Una mañana muy hermosa, soleada. William trabajó un rato en la traducción de Chaucer y después nos dirigimos a Easedale. Nos cruzamos con el señor y la señora Olliff, que justo venían a visitarnos. Volvieron con nosotros y nos separamos en White Bridge. Llegamos a Easedale y dimos vueltas por el campo llano que envuelve los alrededores de Easedale y que destaca por la hermosa roca que tiene en el centro, además de por las demás rocas y piedras y también por las montañas que lo rodean. El sol brillaba entre las lomas, apenas había nieve esparcida sobre las laderas. Por la tarde estuvimos junto al fuego. Leí a Chaucer en voz alta y Mary leyó el primer canto de *La reina de las hadas*.[101] Después de tomar el té, Mary y yo fuimos a Ambleside a recoger cartas. Llegamos a las once en punto, fue una caminata muy agradable, la noche era sobria, animada por la luz de las estrellas, aunque no brillaban en todo su esplendor cuando eran visibles y además quedaban con frecuencia ocultas por pequeñas nubes grisáceas que cruzaban muy despacio el cielo. Abrimos

la carta de Coleridge en la puerta de Wilcocks. Por lo que leímos llegamos a deducir que había escrito aquellas líneas de muy buen ánimo, así que llegamos felices a casa, dos horas después de que nos hubiéramos ido. Pero lo cierto es que se trataba de una carta muy triste y melancólica que nos impidió dormir a todos.

Lunes por la mañana, 7. Nos levantamos a buscar velas. La noche había sido lluviosa y siguió una mañana muy desapacible. Pese a todo nos decidimos a ir hasta Keswick si se nos presentaba la menor oportunidad, y salimos de casa poco después de las nueve. Cuando estábamos cerca del Raise empezó a nevar copiosamente. Toda la vista se cerró sobre nosotros, como un páramo devorado por los brezales. Pero cuando llegamos a la cima del Raise vimos cómo asomaban las montañas delante de nuestros ojos. El sol brillaba, aquí y allá, entre sus laderas, y el valle de Wytheburn, aunque seguía transmitiendo una impresión salvaje, parecía más suave. La lluvia caía de vez en cuando, pero el conjunto era alegre y placentero. De vez en cuando nos atacaba una granizada, pero no flaqueamos porque Mary es una experta amazona. Nos encontramos con la señorita Barcroft. Venía de pasar unos días indispuesta en la Liverpool Complaint[102] y salía a dar un paseo por prescripción médica y en beneficio de su salud. En todo este tiempo no había visto a la señora Coleridge. «El clima había sido tan malo que volvía imposibles las relaciones entre vecinos.» Llegamos a Greta Hall más o menos a la una. Me encontré con la señora C. en el jardín, Derwent estaba dormido en su cuna, Hartley estaba en el comedor[103]. Le escribimos a C. La señora C. nos dejó a las dos y media, tomamos el té solos, los niños jugaron un rato con nosotros. Mary le dijo a Hartley: «¿Quieres que me lleve a Derwent?». Hartley respondió que no: «No puedo separarme de mi hermanito –lo dijo en el tono más dulce imaginable–, y él no puede vivir sin su mamá». Mary insistió: «Bien, y ¿por qué no puedo ser su mama?». A lo que Hartley respondió: «Mi hermanito no puede tener más de una mamá». «¿Por qué?» «Porque los demás adultos no te aman como te ama una madre.» «¿Cuál es la diferencia entre madres y mamás?» Se miró las mangas y respondió: «Las madres llevan las mangas así (dijo tirando de las mangas) y las mamás (dijo arremangándose y haciendo una serie de movimientos bruscos con los hombros) de esta otra manera». Nos separamos de ellos a las cuatro en punto. Estaba empezando a atardecer cuando partimos. Las fábricas de algodón se iluminaron. Salió la primera estrella de Nadel, pero no llegó a oscurecer del todo, cabalgamos a galope por el Raise. Llegamos a casa mucho antes de lo esperado, a las siete en punto. William se puso a traducir a Chaucer, *El dios del amor,* estuvo enfrascado hasta muy tarde. Le escribí unos párrafos a C.

Martes 8 de noviembre [diciembre] 1801. Una aburrida mañana lluviosa.

William enfrascado en la traducción de Chaucer. Leí *Lochleven* de Bruce y su biografía[104]. Horneé pan y empanadas. Después de la comida me sentí muy cansada, la noche pasada no había dormido demasiado bien, así que después de ordenar los libros que nos ha enviado Charles Lloyd me fui a la cama. No dormí demasiado, pero me levanté mucho más despejada. Mary y William dieron un paseo hasta el embarcadero de Rydale mientras yo descansaba en la cama. Durante toda la tarde cayeron lluvias intensas. No tuvimos invitados. William trabajó en el *Cuckoo* [Cuco] y en el *Mockingbird* [Ruiseñor] hasta que se sintió agotado. Mary estaba muy soñolienta, no se encontraba demasiado bien. Ambas dormimos profundamente. Carta de R. con noticias de John, fechada el 7 de agosto.

Miércoles, 9 de diciembre. William durmió muy bien, pero hablaba como si tuviese fiebre. Leí *Palamon y Arcite*[105]; Mary leyó a Bruce. William estuvo ocupado corrigiendo la traducción de Chaucer, y también en el *Cuckoo*. Después de comer recordamos que nos convenía salir a caminar. Justo en ese momento terminé una carta para C. que había empezado a escribir por la mañana, al lado del fuego, mientras el cordero se asaba. William no nos acompañó, así que Mary y yo fuimos solas hasta Easedale, y paseamos por los alrededores del gran prado donde está la cabaña blanca de George Rawson[106]. Fuimos con la idea de recolectar musgo y con ese propósito nos desvíamos por el sendero verde que discurre detrás de la casa del sastre, pero estaba demasiado oscuro para ver el musgo. El río pasaba galopando a toda velocidad por delante de la iglesia. Cuando entramos en Easedale vimos la fuerza con que bajaba el Churn Milk, parecía un río de nieve. Nos detuvimos en el pequeño puente y miramos los distintos arroyos que corrían hacia nosotros; este es un valle de arroyos e islas, con la gran cascada al fondo y todo un sistema de pequeñas caídas de agua que se desprenden de las montañas van a parar a los riachuelos. Podíamos oír el ruido que hacían estas cascadas menores, pero desde el puente no podíamos verlas. Paseamos por la zona hasta que incluso la forma blanca de la gran cascada y las siluetas de las montañas desaparecieron. Cuando salimos vimos la media luna en el cielo, y al regresar un puñado de estrellas brillaba con una luz débil, pero fue un atardecer gris y nublado.

Jueves, 10 de diciembre. Un hermosa mañana soleada. No llegó a helar. Caminamos hacia Easedale y llegamos hasta Gather Mosses, después pasamos la casa de Aggy Fleming y subimos más allá de la pequeña cascada. El paisaje que se abrió parecía salvaje, hecho de peñascos y montañas. Una zona escarpada se elevaba por encima del resto; era irregular, desigual y muy impresionante. Visitamos a Aggy Fleming, que nos explicó cómo había terminado su casa en aquel estado miserable. Me pareció una mujer desbordada, con todo el pelo teñido. Su madre estaba

con ella. Sus hijos parecían bien de salud. Después fuimos a recoger musgo pero no nos sonrió la suerte. Justo cuando la noche estaba casi cerrada apareció el señor Clarkson. Fue una noche gélida y hermosa. Jugamos a las cartas.

Viernes 11. Horneé tartas y empanadas. La mañana fue tempestuosa, cayeron lluvias de granizo. Los Luff cenaron con nosotros. La señora Luff acompañó a la señora Olliff en la calesa. Después de comer nos sentamos y conversamos sin prisa alrededor del fuego. El señor y la señora Olliff tomaron el té y cenaron con nosotros. Ya hacía mucho frío cuando llegaron.

Sábado 12. Una mañana hermosa, escarchada. La nieve cubría todo el suelo. Horneé pan y empanadas. Dimos un paseo con el señor Luff hacia Rydale, y volvimos a casa por la otra orilla del lago. Nos encontramos a Townley[107] con sus perros. Todo parecía amistoso y brillante. El Helm Crag se alzaba desfiante y escarpado, como si tuviera existencia propia; a su espalda estaba la gran cresta de la montaña, lisa como el márbol y blanca como la nieve. A nuestra izquierda, y mirando a Grasmere, todas las montañas, el White Moss y el Nab Scar, parecían bloques de piedra sólida. La nieve había ocultado toda la hierba y los menores indicios de vegetación. Las rocas asomaban desafiantes por todas partes, y parecían más líticas que las propias piedras. Los abedules asomaban sobre los riscos, muy bellos, de color ocre rojizo, brillantes. Los troncos verticales de los fresnos resplandecían como lanzas. Los escaramujos estaban hermosísimos, ¡y tan gustosos! Querido Coleridge, me comí veinte por ti, en cuanto me quedé sola. Llegué a casa la primera, los otros caminaban demasiado despacio para mi gusto. William se fue a ver los lucios de Langdale. El paseo fue suave, pero revitalizante. El señor Clarkson llegó justo antes de tomar el té. Jugamos a las cartas. Estuve despierta hasta muy tarde. La luna brillaba sobre las aguas que descansan al pie de Silver How. Arriba, la luna, en forma de cuenco, combinaba deliciosamente con Silver How, abajo los campos blancos, el techo reluciente de la casa de Thomas Ashburner, y los tejos oscuros clavados en unos campos tan alegres como hermosos. Descorrí las cortinas de la habitación de William para que también él pudiese ver el efecto.

Domingo 13. El señor Clarkson nos dejó llevar su caballo. Fuimos a Brathay a ver a Luff. Tomamos el té en la posada de Betty Dixon (nos lo sirvieron muy frío, casi helado). El paseo de vuelta a casa fue muy agradable. William se había encontrado muy mal, pero parecía estar mejor. Un muchacho nos trajo cartas de Coleridge y de Sara. Sara nos escribe, muy baja de ánimo, sobre C.

Lunes, 14 de diciembre. William y Mary se fueron a Ambleside de buena mañana a comprar trampas para ratones. Mary se cayó y se hizo daño en la muñeca. Les acompañé hasta la primera cuesta de la loma: día claro y helado. Le escribí a Coleridge una carta muy larga mientras ellos estaban ausentes. Me pasé la tarde junto al fuego, leyendo.

Martes 15. William y yo fuimos a Rydale a recoger el correo. Había una carta de Joanna. El paseo fue agradable, pero hacía mucho frío. Desheló un poco.

Miércoles 16. Helada muy intensa, suelo resbaladizo. Después de la comida William y yo hicimos dos veces el mismo recorrido: fuimos hasta el Swan y regresamos. Nos encontramos con la señorita Simpson, que nos acompañó hasta la casa de los Olliff. Luego hicimos con ella el camino de regreso. Hizo mucho frío.

Jueves 17. Nevó por la noche y todavía sigue nevando. El señor Luff vino a comer, se encontró con la señora King. Una gran helada, pero como el día era luminoso dimos un delicioso paseo y volvimos a casa un poco después de las doce. La señora Luff se encontraba indispuesta. Ambleside parecía casi demasiado hermosa cuando salimos de ella: como una aldea de otro país. Las montañas estaban alegres y luminosas, y a esa distancia se veían tan brillantes y claras como a mediodía, cuando estaban envueltas por el cielo azul. Oímos a unas aves acuáticas graznar sobre la superficie del lago. Júpiter estaba glorioso sobre las montañas de Ambleside, y una gran estrella pendía sobre las montañas de Coombe, en la otra orilla del río de Rydale.

Viernes, 18 de diciembre de 1801. Mary y William salieron a dar un paseo alrededor de los lagos. Me quedé en casa horneando pan, empanadas y tartas. Después salí a buscarlo y encontré a William cerca de casa de Benson. Mary había ido a mirar los lucios de Langdale. Fue una día alegre, glorioso. Los abedules y los demás árboles estaban imponentes. Los escaramujos brillaban en rojo, los musgos en verde. Le escribí a Coleridge por un asunto de dinero.

Sábado 19. No me encontraba bien y no me levanté para desayunar. Dimos un paseo que nos llevó de Brathay a Ambleside. Fuimos a ver a los Lloyd, pero estaban en Kendal. Comimos con los Luff y volvimos a casa cuando ya era casi de noche. El cielo estaba nublado y amenazaba con nevar. El día fue realmente hermoso, el valle de Brathay lleno de casas diseminadas, resultó ser un paisaje muy animado e interesante.

Domingo, 20 de diciembre. Nevó todo el día. Por la tarde fuimos a tomar el té a casa de Thomas Ashburner. La nieve era muy abundante. La ginesta estaba muy hermosa, los tallos esbeltos se arqueban como plumas, a medida que se acercaban a su extremo se volvían cada vez más delgados, el peso de la nieve los agitaba suavemente. Nos quedamos en casa de Thomas hasta las ocho. Peggy se sentía mejor. Vimos a las muchachas casaderas, muy arregladas, limpias y sonrosadas.

Lunes 21. El día más corto del año. Mary fue hasta Ambleside para recoger las cartas. Fue un paseo fastidioso, porque la nieve se amontonaba sobre los caminos y empezaba a descongerlarse. Me quedé en casa y sacudimos las prendas pequeñas de lino. William se sentó a mi lado y me leyó *The Pedlar* [El ermitaño].[108] Estaba de buen ánimo y con muchas esperanzas sobre su trabajo. Salió para encontrarse con Mary y trajeron cuatro cartas: dos de Coleridge, una de Sara y una de Francia. Las de Coleridge eran cartas melancólicas, había estado muy enfermo, con trastornos intestinales. Nos puso muy tristes. William le escribió una carta que envió directamente a Somersetshire. Después de la lectura me puse a preparar el té. Por la tarde, Mary y yo estuvimos planchando. Ella dobló y guardó la ropa y yo remendé las medias de William mientrás él releía *The Pedlar*. Después preparé las maletas del señor Clarkson. Al terminar cruzamos la calle y cargamos con las maletas hasta la casita del señor Fletcher[109]. Mary le escribió cartas a Sara y a Joanna.

Martes 22. Sigue el deshielo. Me lavé la cabeza. William y yo fuimos a Rydale a recoger el correo. El camino estaba cubierto de nieve sucia, áspera y bastante resbaladiza. Recibimos una carta de C. muy melancólica, porque se encontraba bastante mal, aunque escribirla le había ayudado a sentirse mejor. De vuelta a casa apenas cruzamos una palabra. William compuso un puñado de versos para *The Pedlar*. Hablamos de la tragedia de Lamb mientras bajábamos el White Moss. Nos detuvimos mucho tiempo para observar un pajarito con el pecho de color salmón, una cruz blanca o una T en las alas y un lomo parduzco con una rayas muy débiles. Estaba picoteando entre el estiércol esparcido por el camino, empezó a picotear a una distancia de cuatro metros de donde estábamos nosotros y se acerco más y más hasta rozar el bastón de William, sin tenernos, al parecer, el menor miedo. Cuando llegamos al White Moss nos encontramos con un anciano, llevaba colgadas del hombro dos bolsas, y pensé que era un mendigo. Me picó la curiosidad, pero en parte por pereza y en parte por indiferencia le dejé pasar sin preguntarle nada, con la esperanza de que tomase él la iniciativa. No nos dirigió la palabra y mi corazón latió con fuerza. Me volví y le dije: «¿Está mendigando?». Me respondió: «Ay». Le di medio penique. William se fijó en él y decidió unirse a la conversación.

«Supongo que fue usted marinero», le dijo. El viejo le respondió: «Ay, he pasado cincuenta y siete años en el mar, doce de ellos en un buque de guerra a las ordenes de sir Hugh Palmer». Le preguntamos: «¿Por qué no tiene pensión?». «No tengo pensión, pero también podría estar ahora mismo en el hospital de Greenwich. Todos los oficiales para los que he servido están ya muertos.» Tenía setenta y cinco años de edad, pelo gris, un color fresco en las mejillas, y llevaba un sombrero decente con una hermosa cinta alrededor, aunque ahora estuviese desgastado y deslucido, y unos zapatos con poca suela pero que debieron ser bastante buenos, los zapatos de un caballero. Su abrigo era de terciopelo, y le cubría hasta los muslos. Las costuras estaban remendadas con un hilo azul pálido, y con un hilo de un azul más oscuro había cerrado los ojales, allí donde habían estado los botones. Los pantalones eran de paño gris, enteros y ajustados. Llevaba una camisa a cuadros, un pequeño pañuelo atado al cuello y una bolsa colgada de cada hombro, que le llegaba por debajo del pecho. Una de las bolsas era de color marrón, de un material tosco, la otra era blanca, y estaba recubierta de una harina que le había manchado el terciopelo del abrigo. Supuse que en esa tosca bolsa el hombre llevaba sus raciones de comida. Andaba apoyado en un bastón fino aunque robusto y que parecía bien tallado, pero sus piernas estaban torcidas hacia fuera. Alcanzamos al viejo Fleming en Rydale, le acompañaba por el largo camino resbaladizo su pequeño nieto holandés. Participaban de manera natural del mismo juego de facciones, una versión joven y otra versión vieja, iban cogidos de la mano, el viejo avanzaba con cautela, pero hinchado de orgullo. Tenía dos parches de tela nueva en los hombros de su descolorido abrigo color burdeos, parecía como si le hubiese salido un ojo nuevo en cada hombro. Encontré a Mary en casa, vestida con la ropa de montar, el uniforme completo. Estábamos muy tristes por Coleridge. William se fue a caminar muy lejos. Cuando volvió se puso a desbrozar un sendero. Me pidió que saliese fuera para ver si seguía allí una teja llena de nieve que se había caído y que había sonado como un golpe amortiguado contra el suelo. Hablamos sobre la conveniencia de ir hasta Ambleside después de comer para pedirle prestado dinero a Luff, pero decidimos que era preferible retrasar nuestra visita al día siguiente. La mitad de la nariz de Seaman estaba rojiza como si se hubiese pasado la juventud entera empinando el codo, aunque el hábito no le había dejado otras secuelas. Nos detuvimos para mirar el asiento de piedra en la cima de la montaña. Parecía como si alguien hubiese dejado un cojín blanco encima, tan redondo que parecía bien mullido. La roca parecía suave como el terciopelo, de un verde vivo, ¡tan tentadora! La nieve también se veía suave y blanda como un cojín. Vimos una dedalera joven con una estrella en el centro. Encontramos unos cuantos líquenes verdes por los alrededores, y también un puñado de helechos casi marchitos, dispersos por el terreno, el resto estaba cubierto

por una espesa capa de nieve. No vimos ni una huella, ni siquiera la pisada de una oveja. Cuando el domingo fuimos de visita a casa de Thomas Ashburner, Peggy nos habló de la reina de Patterdale[110]. Esta mujer bebía en exceso por culpa de su desagradable y avaricioso marido. En otros tiempos destacó por ser una mujer bellísima, siempre muy bien arreglada. Luego se había dado a la bebida, pero se trataba de un mal menor si lo comparamos con los horrores a los que habría podido entregarse (creo que con esto se refería al suicidio). Ella dijo que su marido pasaba a menudo fuera toda la noche con otra mujer y ella solía oírle llegar por la mañana sin que jamás durmiesen juntos. Nos sentamos confortablemente alrededor del fuego. Les leí el cuento de *Constanza y el monarca sirio*, y también unas páginas del prólogo, después leí el cuento *Hombre de leyes*. Nos fuimos a casa temprano. Nevó y después empezó a deshelar.

Miércoles 23. El deshielo avanzó mucho, pero la nieve sigue en el suelo, solo se ha retirado en las laderas más empinadas. El aire era denso y oscuro. Me pasé la mañana horneando empanadas y pan. Mary copió los cuentos de Chaucer para Coleridge. William trabajó en *The Ruined Cottage* [La casa de campo en ruinas][111] y terminó por caer enfermo. Me fui a la cama sin cenar. William se acostó en la otra cama. Los dos nos dormimos mientras Mary descansaba en la alfombra, junto al fuego. Un soldado herido vino a mendigar por la mañana. Después apareció una mujer alta, vestida con un estilo sórdido: un largo vestido de muselina y un sombrero de castor, de pies a cabeza, se trataba de «buen paño», pero muy deteriorado. Había dejado a su hija a cargo de un soldado y su esposa. Ella acababa de enterrar a su marido en Whitehaven y regresaba a Cheshire.

Jueves 24. Sigue el deshielo. Fuimos a Rydale, William, Mary y yo. Dejamos a Thomas Fleming los patrones para la señora King. El camino estaba desapacible y el suelo resbaladizo. William, Mary y yo pasamos la tarde cómodamente alrededor del fuego y leímos a Chaucer. Pensamientos del año pasado, recurrí a mi viejo diario.

Viernes 25. *Día de Navidad*. Un día muy desapacible. Tomamos té en casa de John Fisher. No pudimos salir a caminar. Me acosté después de amorzar. Las carreteras estaban muy resbaladizas. En casa de John Fisher recibimos una carta de Coleridge. La tarde fue realmente terrible. El pequeño John nos trajo su carta. Coleridge sigue mal, asegura que se encuentra un poco mejor, pero la carta resultaba inquietante. Me alergé mucho de no estar sola cuando la recibí.

Sábado 26. Me dolió la cabeza, así que me quedé acostada en la cama y allí me tomé el desayuno. Poco después de terminarlo nos fuimos a visitar al

señor Olliff. No encontramos a nadie en casa. Volvimos empadados. Mary entró en casa poco después. William y yo nos fuimos a ver a Tom Dawson[112] para hablar sobre su nieto. La lluvia empezó a caer con fuerza mientras íbamos a Rydale. El lago de Grasmere ofrecía una hermosa imagen de quietud, claro como un cristal, que reflejaba todas las cosas; el viento se intensificó y empezó a agitar las aguas. El lago era de un púrpura suntuoso, los campos de un amarillo suave, el islote verdeamarillo, los bosquecillos de las montañas de un ocre casi rojizo. La iglesia y los edificios ¡qué silenciosos estaban! El pobre Coleridge, Sara y nuestro querido Derwent estaban aquí el año pasado por estas mismas fechas. Después de tomar el té nos sentamos alrededor del fuego, muy cómodamente. Leí en voz alta *El cuento del molinero.* Le escribí a Coleridge. Los Olliff pasaron en una calesa. William escribió un pasaje del poema a Coleridge.

Domingo 27. Un día muy hermoso y suave, un día que parecía reblandecido por los destellos del sol. A mediodía seguía en la cama. Nos visitó un criado del señor Clarkson, aprovechamos para escribirle una carta. Dimos un paseo por el camino ascendente con el propósito de ver el paisaje de Rydale. William se alejó para coger su bote. Mientras tanto me senté un rato en la arboleda de John. Mary vino a casa, copió algunas líneas de la tercera parte de poema de William, pretendía leerlo cuando estuviéramos todos en casa. El señor Simpson vino a la hora de comer y se quedó también a tomar el té. Todos vinieron en barco. Me acosté temprano. La noche fue dulce.

Lunes, 28 de diciembre. William, Mary y yo partimos a pie hacia Keswick. Llevábamos un poco de cordero frío en el zurrón y almorzamos en la posada de John Stanley, donde estaban preparando pasteles de Navidad. El sol brillaba, pero hacía frío. Nos separamos de William al llegar al Raise (dijo que nos iría a buscar al otro lado de la roca), pero estaba muy ocupado en la composición y terminó por sentarse junto al muro. No le vimos hasta llegar a la posada de John Stanley. Allí asamos manzanas al horno. Ya nos alejábamos de John Stanley cuando William se dio cuenta que había perdido los guantes. Deshizo el camino, pero los guantes ya no estaban. Estábamos cansados y teníamos dolor de cabeza. Nos vimos obligados a parar para descansar en varias ocasiones. William descubrió que se había dejado su Spenser y fue Mary la que desandó esta vez el camino y lo encontró cerca de la orilla donde habíamos descansado por última vez. Llegamos a Greta Hall sobre las cinco y media. Los niños y la señora C. estaban bien. Después de tomar el té nos llegó un mensaje de Wilkinson[113], que nos había adelantado por el camino, para invitar a William a cenar en el Oak. Wilkinson quería presentarle a un hombre

joven (predestinado a ser marqués), que le habló con gran familiaridad de las *Lyrical Ballads*. Por lo visto había tenido en sus manos el ejemplar que la reina le entregó a la señora Harcourt[114]. Le dijo también que había visto circular ese ejemplar por todas partes y le maravillaba que no lo pusieran en venta. Todos nos fuimos agotados a la cama. Mis intestinos se quejaron.

Martes 29. Una hermosa mañana. Una frágil niebla caía sobre las montañas pero enseguida desapareció. El sol brillaba. Wilkinson nos acompañó a la cima del cerro. Nos separamos del camino a los tres kilómetros y sobrepasamos una preciosa serie de casas al pie del valle de St. John. Las casas parecían cobijadas entre árboles muy altos, algunos eran abetos escoceses y el resto árboles de bosque deshojados. Justo detrás de estas casas cruzamos un puente, el río fluía dulce entre los prados. Nuestro nuevo camino no tardó en conducirnos entre secas lomas peladas, pero a la izquierda se abrió el panorama glorioso de Saddleback, medio cubierto de nieve, y de las acogedoras casas blancas que pertenecían al pueblo de Threlkeld. A estas casas y al pueblo entero les gusta tener árboles alrededor. Skiddaw quedaba a nuestras espaldas y también la desierta casa de Coleridge. A medida que ascendíamos el aire era más frío y el suelo se volvía resbaladizo. Afortunadamente el viento nos empujaba y nos echó una mano. Una fuerte granizada cayó sobre el pico de Martindale, el paisaje que se veía al girar la mirada era una sucesión de magníficas casas de campo vistas a través de la inesperada lluvia de granizo. El viento empujaba, soplaba en todas direcciones, y la tormenta parecía aumentar el tamañao de las montañas. Le dedicamos unos pensamientos a Coleridge. ¡Oh! Los hermosos recovecos y los meandros y las curvas que forma el arroyo cuando desciende hacia el fondo escarpado de las orillas cubiertas de musgo verde. Comimos gachas en la posada y un segundo plato a base de pasteles de Navidad. La casera nos recibió con amabilidad y su pequeña hija judía se alegró de volver a vernos. El marido era un hombre muy guapo. Mientras dábamos cuenta de la comida entró un hombre, nos dijo que por la mañana había estado paseando por Kirkstone. Nos divirtió mucho la curiosidad con que la casera y su marido trataron de averiguar la identidad del visitante, intrigados por la misteriosa manera que tenía de insinuar sus propósitos sin decir nada demasiado explícito. Estaba en el valle para hacer negocios. Apenas les dejó esta información para que investigasen y no dudo de que fueron capaces de descubrir quién era este hombre y la naturaleza de sus negocios, porque al día siguiente a la misma hora ya estaban al corriente de todo. La mujer nos habló de la riqueza de un tal señor Walker que antiguamente vivió en Grasmere. Nosotros le preguntamos el motivo por el que un hombre tan rico no hacía nada por sus parientes, pues el señor Walker tiene una hermana enferma en Grasmere. El hombre nos respondió: «¿Por qué? Me atrevo a decir que si su

hermana tuviese hijos todavía haría algo por ellos, pero como no los tiene, se dedica a cuidar de los suyos propios».

Nota Bene: la fortuna del señor Walker[115] está por encima de las sesenta mil libras, y ¡solo tiene dos hijos!

El marido de la casera nos acompañó durante casi tres kilómetros solo para asegurarse de que no nos equivocábamos de camino. El sendero resultó ser muy resbaladizo, soplaba un viento fuerte, y antes de llegar al camino oscureció casi por completo. A menudo me vi obligada a avanzar a gatas, y Mary se cayó muchas veces. Un joven muy valiente, a quien nos encontramos en la cuesta, y que conocía bien al señor Clarkson, nos ayudó a encontrar el camino correcto. Más adelante tuvimos que volver a preguntar, nos informó una pobre mujer que había salido de su callejón, en un estado miserable, a buscar agua. En cuanto desembocamos en el camino principal no tardamos en llegar a casa del señor Clarkson. Allí tomamos el té. Mary H. pasó el día siguiente con nosotros. Al día siguiente, antes de la comida, dimos un paseo hacia Dunmallet, nos nevó un poco. Al día siguiente, Nochevieja, acompañamos a Mary a Howtown Bridge. Nos encontramos con el señor Clarkson, que llevaba una cabeza de ternero en un cesto. Nos despedimos de Mary y volvimos a casa con el señor Clarkson.

Día de Año Nuevo [1802]. William y yo dimos un paseo hasta Martindale.

2 de enero [sábado]. Nevó todo el día. Dimos un paseo por las cercanías de Dalemain bajo la nieve.

3 de enero, domingo. Mary nos trajo cartas de Sara y Coleridge e hicimos con ella el camino de vuelta a Sockbridge, nos separamos al llegar a la escuela que queda cerca de Pooley. Thomas Wilkinson almorzó con nosotros y se quedó a cenar.

No recuerdo con precisión cómo pasamos el resto del tiempo. Sufrimos una helada muy fuerte que no cejó hasta el viernes 15 de enero, o quizá hasta el sábado 16. En cualquier caso el domingo 17 fuimos a ver a Mary. El deshielo fue suave y agradable. Mary se quedó con nosotros hasta el viernes 22. Mary tenía previsto dejarnos el jueves 23 [21] pero fue una jornada demasiado tormentosa. El jueves cenamos en casa del señor Meyers y el viernes 24 [22] nos despedimos de Mary. Antes de despedirnos nos sentamos apoyadas en un muro al que daba el sol, cerca de una casita que queda por encima de Stainton Bridge. El prado en el que estábamos bajaba hacia una pradera casi sin desniveles que parecía rodeada por el río Emont que allí fluía formando una especie de semicírculo, como en Sockburn. La orilla de enfrente es boscosa, empinada como una pared,

pero no demasiado alta, y más allá los campos se inclinan con suavidad, y se precipitan con toda clase de desniveles hacia el agua. Todos estos campos están rodeados por setos altos, mezclados con algunos árboles, y aquí y allá la vista descubre arboledas maduras. Las ovejas y el ganado andaban sueltos por los campos. ¡Querida Mary! Aquí nos despedimos de ella. Apuesto a que tan pronto como se aleje por este camino se convertirá en la puerta de la memoria por la que contemplar este dulce panorama. Había allí un granero y creo que entre los árboles y los campos irregulares divisamos una o dos cabañas. Durante el tiempo que pasamos con el señor Clarkson salimos a caminar todos los días excepto ese tempestuoso jueves sobre el que ya he escrito. Cenamos en casa de Thomas Wilkinson el viernes 15, y fuimos a Penrith para acompañar a Mary. Los campos estaban cubiertos de hierba, con zonas de escarcha, árboles y hermosos setos. Una gloriosa puesta de sol sobre la intensa helada, la mayor que nunca había visto, y que al día siguiente estaba ya derretida. La señora Clarkson nos divirtió contándonos muchas historias de su familia y de las personas que había conocido. Ojalá las hubiese escrito cuando las oí, cuando todavía estaban frescas en mi memoria. Ella tenía dos tías ancianas que vivían en Norwich. El hijo de una de ellas (la señora Barnard) llego a tener una gran fortuna que dejaría en herencia a sus descendientes. La otra hermana estaba molesta porque su hijo no había conseguido nada en la vida, y un día le dijo a su hermana con despecho: «Bueno, nosotros tenemos un hacendado en la familia, al fin y al cabo». La señora Barnard respondió con lágrimas corriéndole por el rostro: «Hermana Harmer, hermana Harmer, toma asiento. Mi hijo no es más hacendado que el tuyo, te lo digo de todo corazón, hermana Harmer». Ella solía decir: «Bueno, deseo hacerlo todo lo mejor que pueda». Cuando su hijo mostró interés por enviarle su carruaje para recogerla, ella respondió: «De ninguna manera, puedo ir andando perfectamente hasta Tabernacle, así que seguramente también puedo ir andando hasta tu casa para verte». La mujer tenía dos criadas, pero ella misma limpiaba la cocina hasta dejarla reluciente. Las dos hermanas vivieron juntas mucho tiempo. La señora Barnard dedicó muchos esfuerzos a la caridad, visitaba a los enfermos y tenía fama de ser una mujer muy piadosa. La señora Clarkson también conocía a un clérigo que tuvo y crió con su mujer a diez hijos en su curato, envió a dos de ellos a la universidad y al morir dejó 1.000 libras de patrimonio. La mujer era muy generosa, daba de comer y de beber a muchos pobres. Sentía una pasión auténtica por alimentar animales. Mató a un cerdo de tanto darle de comer. Cuando el cerdo murió dijo: «Estoy segura de que se trata de una gran pérdida, pero le doy las gracias a Dios de que no muriese *clemmed»* (que es la palabra que se emplea en Cheshire para decir «hambriento»). A su marido le gustaba mucho jugar al backgammon y organizaba partidas siempre que lograba convencer a alguien para que

jugase con él. La esposa había jugado mucho en su juventud, así que también era una jugadora excelente, pero su marido no se enteró hasta que un día ella le dijo: «Si tantas ganas tienes de volver a jugar ponte a jugar conmigo». Su marido se quedó patidifuso. La mujer le dijo que había reservado aquella información porque tenía que ocuparse de una joven y cuantiosa descendencia, pero que ahora podían jugar juntos, ¡vaya si podían! Así que se pusieron a jugar y puede decirse que jugaban todas las noches. El señor C. también nos contó otras muchas historias simpáticas. Nos relató un viaje que hizo a pie cuando era colegial, y que le llevó de Londres a Wisbeck: un cuchillo, un bastón, el chico encargado de la caballeriza, el caballo blanco durmiendo el la puerta de la posada, ronquidos, el tic-tac del reloj, la historia del mastín, la historia de un toro que arremetió contra dos hombres en Wisbeck. El sábado 23 de enero salimos de Eusemere a las diez de la mañana. Detrás de William iba el señor Clarkson montado en su Galloway. La mañana no prometía demasiado, soplaba un viento muy frío. Las montañas se veían grandes y oscuras, pero apenas estaban rayadas de nieve. El viento soplaba cada vez más fuerte. Almorzamos en Grisdale: un poco de jamón, pan y leche. Nos despedimos del señor C. a la una. Llovió todo el camino de regreso a casa. Tuvimos que luchar contra el viento todo el tiempo y nos tomamos muchos descansos a medida que avanzábamos. Una lluvia de granizo nos recibió antes de llegar al Tarn, la nieve ya había vuelto casi impracticables algunos tramos de camino, pero fue al llegar al Tarn cuando todo se nubló: no se veía otra cosa que niebla y nieve. En un primer momento pareció que la capa de hielo del Tarn se agrietaba a nuestros pies, que se partía; sin embargo apenas salió agua, solo un hilo de un blanco agrisado, mate. Perdimos el camino, perdimos la referencia del Tarn, ya no podíamos verlo. Salimos de allí con dificultad, guiados por un montículo de piedras que conocíamos muy bien. Pasé mucho miedo, temía desorientarme en la niebla y perderme, que nos sorprendiese allí la noche. Gracias a la habilidad de William reconocimos el camino antes de poder constatar con la vista que lo era: no nos habíamos desviado tanto. En la nieve no había huellas, ni de hombre ni de bestias. Apenas vimos cuatro ovejas antes de abandonar aquella región dominada por la nieve. El valle de Grasmere apareció suave y solemne cuando se abrieron las nieblas, recubierto de un tono amarillo. El cielo se oscureció antes de llegar a casa. No estábamos demasiado cansados. El interior de mi cuerpo empezaba a sentir dolor por culpa del frío. Pasamos mucho tiempo recorriendo las montañas, pero como estábamos acalorados no sentíamos el frío. Y ¡qué felices y cómodos nos sentíamos ahora alrededor de nuestro propio fuego, después de quitarnos la ropa mojada y tomar asiento, vestidos con ropa fresca y limpia! Hablamos sobre el lago Como, del que leímos unos bocetos descriptivos, miramos a nuestro alrededor y nos sentimos felices. Nos

entregamos a toda clase de pensamientos alegres sobre nuestra casa. ¡Pobre Mary! Nos entristecía pensar en el contraste, tan desfavorable para ella.

Domingo 24. Fuimos al huerto en cuanto terminamos de desayunar. Dejamos para más adelante el asunto de nuestra nueva habitación y paseamos un rato. Para comer preparamos el pavo del señor Clarkson, la noche anterior había asado mollejas y un poco de carne de cordero y me las apañé para prepararle a William un plato elaborado. Mientras daba una larga caminata escribí a Coleridge. Después de comer me acosté hasta la hora del té. Me levanté más despejada, me sentía mejor. William fue incapaz de conciliar el sueño. Nos acostamos tarde.

Lunes, 25 de enero. Nos levantamos tan pronto como pudimos. Amasé pan y horneé un pastel de manzana. Al atardecer dimos un paseo hasta Rydale. ¡Ni una carta! Se pasó el día entero lloviendo. Le escribí a Chris y a la señora Clarkson, también a la señora Coleridge, y le envié a Mary la carta que nos escribió C. William estaba agotado de tanto componer. Los dos nos fuimos a la cama a las diez en punto.

Martes 26. Una mañana aburrida. He invertido el tiempo en mí, he escrito este diario y he leído periódicos hasta ahora (es la una y media). Iremos a dar un paseo, ya estoy lista y espero encender un buen fuego en la cocina para William. Nos pusimos en marcha con la intención de llegar a Easedale, pero el viento empezó a rugir y a soplar desde arriba y tuvimos que atravesar Silver How en busca de un refugio. Avanzamos un poco más allá de Wyke. Después subimos hasta la arboleda y comprobamos que la tormenta del jueves había hecho estragos. Dos de los árboles más hermosos estaban arrancados de raíz, uno había quedado medio tumbado sobre el suelo, tan largo como era, como si lo hubiesen cortado con un cuchillo. El otro es un alarce. Muchos árboles estaban inclinados, y vimos uno que se había partido en dos. Decidimos juntar entre los dos un haz de leña. El trabajo agotó enseguida a William, que me prometió esmerarse más otro día. Recibimos una carta de Mary (nos la trajo Fletcher) dando cuenta de la llegada de C. a Londres. Escribí a Mary antes de irme a dormir. Nos sentamos juntos y tuvimos una conversación muy agradable junto al fuego hasta que los dos nos sentimos cansados. William escribió un pasaje nuevo de su poema y corrigió lo que ya llevaba escrito, eso me hizo sentir mal. Copié el resto para él. Nos fuimos muy tarde a la cama. William le escribió a Annette.

Miércoles 27. Una mañana hermosa y suave. El sol brillaba. El lago estaba calmado y reflejaba la vegetación de las orillas. Terminé la carta para

Mary. William escribió a Stuart. Copié sonetos para él. El señor Olliff nos pidió que tomásemos el té con él al día siguiente. Nos quedamos en casa hasta que el sol empezó a brillar más tenue, estábamos convencidos de que la tarde iba a complicarse, pero aunque la calma del río se fue con el resplandor del sol, todavía era delicioso y placentero. No nos llegó ninguna carta de Coleridge. Sí nos llegó una de Sara y nos sentamos junto a un muro a leerla. Era una carta dulce y larga, con varias anécdotas interesantes sobre el señor Patrick. Nos habíamos comido el pavo frío antes de salir a caminar, por lo que no tuvimos que cocinar nada. Estuvimos un rato junto al fuego y luego fuimos a tomar el té a casa de Frank Raty. A medida que nos adentrábamos en el Nab me sorprendió ver a un muchacho más joven correteando, mezclado con los mayores, con una expresión de astucia en su cara regordeta, y las mejillas sonrosadas. Saludé a los muchachos, me reglaron unas nueces, y todos se sorprendieron de que tengamos que venir hasta Grisdale a por el correo. Pagué una libra por las tres cartas que hemos recibido desde el 1 de diciembre, pagaba también casi ocho chelines en Penrith. Las abejas zumbaban alrededor de la colmena. William retiró algunas piedras del jardín, sus primer trabajo en el jardín en lo que llevamos de año. También podó algunos arbustos. Al volver de casa de Frank, William desperdició su inteligencia leyendo revistas. Escribí a Coleridge y la señora C. se comprometió a cerrar el sobre y llevárselo a Ianson[116]. Después, junto al fuego, fuimos felices, el dolor solo seguía vivo en nuestros tiernos pensamientos. Me fui a la cama a las once y media.

Jueves 28. Una lluvia inflexible, una noche húmeda. William durmió mejor, escribió un epitafio y corrigió otro que había escrito cuando era niño. El cielo se despejó después del almuerzo. Los dos teníamos el ánimo por los suelos, y dudamos si anular nuestro compromiso con los Olliff. Primero dimos un paseo por los alrededores de Rydale, después fuimos a Lowthwaite, y finalmente llegamos a casa del señor Olliff. Conversamos un poco. William estaba cansado. Jugamos a las cartas. Llegamos a casa bajo la lluvia. Muy oscuro. Tuvimos que encender una lámpara. William estaba triste y cansado. Nos fuimos a la cama, pude oír como se movía continuamente, me llamó a las tres y cuarto para saber la hora.

Viernes, 29 de enero. William estaba muy mal, agotado de pasar tan mala noche, sin descanso, sin reponerse. Se fue a la cama enseguida. Le leí para ayudarle a conciliar el sueño. Después fui a otra habitación y leí la primera parte de *El paraíso perdido*. Cuando terminamos de comer dimos un paseo hasta Ambleside, encontramos a Lloyd en casa de los Luff. Nos quedamos allí para tomar el té. Recibimos una carta desgarradora de Coleridge. No podíamos estar más tristes. William le escribió. Hablamos del inminente

viaje de William a Londres. Fue una tarde suave, descubrí una blandura inédita en las distintas perspectivas del paisaje mientras regresábamos, los campos estaban cubiertos de un amarillo jugoso, sobre las aguas descansaban mullidos resplandores púrpura. Cuando llegamos a casa habían salido muchas estrellas, las nubes estaban quietas. El cielo se volvía escarlata sobre el lago en calma. Todo presidido por Júpiter, así le llamo yo: «Júpiter», pero William me dice que se le llama así a la estrella más grande que vemos. Cuando llegamos a casa los dos le escribimos a C. Estaba aturdida.

Sábado, 30 de enero. Una mañana fría y oscura. William cortó madera. La cargué en una cesta. El viento sopla muy frío. William ha dormido mejor, pero él está convencido de su mala salud. Ahora mismo se está afeitando. Me pidió que copiase la historia de las palomas de Barbara Wilkinson. Barbara es una vieja criada que tenía dos palomas. Una de ellas murió, creo que al año de tenerla. La otra continuó viviendo sola en su jaula nueve años, pero durante un año entero tuvo un amigo que la visitaba a diario, un pequeño ratón que venía a alimentarse con ella. Cada día la paloma lo cubría con sus alas y hacía ruidos cariñosos. El ratón no expresaba una sensación de placer tan intensa, pero Barbara se daba cuenta de que también él había encontrado la felicidad perfecta. El pobre ratón desapareció un día y la paloma se quedó sola hasta su muerte. Murió de una enfermedad rápida y la enterraron debajo de un árbol. En la ceremonia fúnebre participaron Barbara y sus doncellas y una o dos personas más.

El sábado 30, William trabajó en *The Pedlar* toda la mañana, no se sentó a comer hasta las cuatro. Estaba muy cansado. Nos preparamos para salir a dar un paseo pero cayó una lluvia imponente.

Domingo 31. William pasó muy mala noche, por la mañana estaba muy cansado y sufría un dolor de cabeza muy fuerte. Dimos un paseo por los dos lagos. Grasmere estaba calmado y Rydale me pareció extremadamente hermoso desde la orilla occidental. Una nube se detuvo sobre el pie del Nab Scar, como una corona que incrementaba la sensación de altura que suele transmitir esta montaña. Nos paramos muchas veces a descansar, pero en sitios diferentes. Siempre me encantará esta manera de pasear porque es la que adoptamos recién llegados a Rydale y Grasmere, y porque es la que también adoptó nuestro querido Coleridge, hace ya seis años y medio. Nos sorprendió el crepúsculo. Una sabrosa luz amarilla se derramaba sobre las aguas, y las islas brillaban. El lago estaba solemne y suave, pero no del todo en calma. William me dijo que la primera vez que Coleridge le acompañó a pasear el día era casi tan hermoso como hoy. El

sol volvió a brillar de regreso a Grasmere. Nos sentamos en la cuneta, al pie del lago, cerca del sitio donde nuestra querida Mary había grabado su nombre en una piedra. William resaltó con su cuchillo la inscripción para que se viese más clara. Nos divertimos un buen rato contemplando las corrientes. Unas parecían venir del fondo del lago, y se movían en círculos, cepillando la superficie del agua, palideciendo y estrechándose hasta que se agotaban. Otras se extendían como la cola de un pavo real, y otras encaraban con fuerza el primer tramo de su recorrido y después se expandían por todas partes. El lago seguía en calma allí donde no soplaban las olas, pero estas contribuían a darle vida. Encontré una fragaria en flor sobre una roca. La pequeña y frágil flor tenía más coraje que las hojas verdes, que parecían ya medio marchitas, a punto de morir, mientras que ella se había desarrollado por completo. Desarraigué la planta en un rapto y sentí enseguida que estaba ultrajando la tierra, así que la devolví a su sitio. Su existencia no será sencilla, pero intentará vivir tanto como pueda. Nos encontramos con Calvert[117] en este mismo sitio. Me traje un pañuelo lleno de musgo que dejé sobre la chimenea cuando Calvert se marchó. Antes comió con nosotros y nos trajo ejemplares de la *Enciclopedia*. Cuando se fueron pasé un tiempo tratando de reconciliarme con los cambios y de ordenar los libros y ponerlos en su sitio. Tenemos una buena noticia: el codo de William ya está bien y podrá posar como John Bunyan un día de estos[118]. El señor Simpson vino a tomar el té con nosotros. Le pagamos el alquiler a Benson. En cuanto el señor Simpson se fue, a William le entró un fuerte dolor de cabeza, se sentó en la alfombra y le acaricié la cabeza mientras le escribía una carta a Sara.

Lunes, 1 de febrero. William ha dormido mal. Yo horneé empanadas y pan. William trabajó con mucha intensidad en *The Pedlar*. Terminó agotado, pero me acompañó cuando salí a dar un paseo hasta la casa del señor Simpson. Brillaba una luz púrpura sobre la casa del señor Olliff, tan extraña que me obligó a devolver la vista hacia la otra vertiente del lago: entonces vi una rabiosa corriente de niebla que descendía por Silver How, y que también era de una tonalidad púrpura, casi rojiza. Enseguida se puso a llover con fuerza. Nos separamos justo en ese momento. William se encaminó hacia Rydale y yo me fui a tomar el té con la señora S. El señor y la señora Simpson estaban la mar de alegres. Volví a casa dando un paseo con Jenny[119]. Una noche fría, seca y ventosa. Vimos a Júpiter elevarse sobre el lado boscoso de la loma. Me pareció que William se encontraba bastante bien, por lo menos pudo trabajar un poco. De buena mañana recibimos una caja de Londres, con ropa y libros. Me senté junto a la cama de William y le leí unas páginas de *Los placeres de la esperanza,*[120] uno de los libros que venía en la caja. Delante de mí no pudo conciliar el sueño, pero por la mañana vi que había dormido mejor de lo que esperaba.

No recibimos cartas.

Martes, 2 de febrero. Una mañana bien despejada, pero fría, un viento afilado. Después del desayuno William se metió en el huerto con la idea de cortar madera. Yo me entretuve paseando por la plataforma. Molly se cruzó conmigo cuando iba a casa de Charles Lloyd. Charles me dio semillas de flores que había cultivado su hermano. William no se encontraba demasiado bien. Salimos a dar un paseo hacia Easedale, tuvimos que recular a campo abierto por la presencia de una vaca. Todas y cada una de las vacas con cuernos despiertan en mí sentimientos de terror. Después de cruzar el puente fuimos todo lo lejos que pudimos, pero el suelo estaba impracticable, y tuvimos que regresar. Paseamos por el camino que lleva de Goody Bridge a Butterlip How. William sentía un vivo deseo de destruir su poema, pero era del todo incapaz, y con esta indecisión se hacía mucho daño. El sol brilaba, pero hacía frío. Se puso a trabajar en *The Pedlar*. Después de la cena nos pusimos a leer el décimo canto de *El paraíso perdido*. Nos dejó impresionados, William también se puso a llorar. Los periódicos llegaron poco después de que yo dejase de leer el libro, lo que es una buena noticia para mi William. Me ocupé un poco de remendar las prendas de lino que venían en la caja. Molly se encargó de la colada.

Miércoles 3. Una mañana lluviosa. Dimos un paseo en dirección a Rydale para recoger cartas. Encontré una de la señora Cookson y otra de Mary H. Nevó sobre las montañas. Descansamos un rato al pie del White Moss. Pasamos la tarde sentados junto al fuego. William estaba cansado y no compuso, se fue temprano a la cama pero tampoco logró conciliar el sueño. Escribí a Mary H., le pedí a Fletcher que llevase la carta. También escribí a Coleridge. Le leí un poco a William para que conciliase el sueño después de la cena, era la una y media cuando terminé de leer.

Jueves 4. Estuve muy enferma, con dolor de cabeza y baja de ánimo. No me acosté hasta pasadas las tres, justo después de comer. Fue un día terriblemente húmedo. William se pasó toda la jornada sin salir de casa. El niño de los Fletcher no vino a visitarme. Trabajé en las camisas para Montagu. William tuvo tiempo de pensar un poco en *The Pedlar*. Me dormí en la sala de estar leyendo la vida de Smollett.

Viernes 5. Una mañana muy fría, nevada. Lluvia y granizo. No salimos a pasear. William cortó un poco de madera. Leí la historia de Snell en *Wanly Penson*.[121] Nos llegó un paquete de Sara, llevaba el chaleco dentro. El libro de Chaucer no solo está mal encuadernado, ya se le han saltado un par de páginas. El carro nos trajo el chaleco, los cinturones, los zapatos y los guantes. William no se ha encontrado nada bien, solo se ha levantado para

recibir a Soulby.

Sábado, 6 de febrero. William ha dormido muy mal. Nevó toda la noche y al amanecer el sábado se reveló, por decirlo como dijo Molly, «oscuro como un caldero». William se fue a Rydale a recoger cartas. Volvió con dos muy emotivas, conmovedoras, de Coleridge. Está decidido a intentar vivir en otro clima. Tuve que dejar de copiar, he caído enferma por culpa de las letras. William tuvo un dolor de cabeza muy agresivo. Improvisó un lecho en el suelo, yo ocupé su cama pero fui incapaz de dormir. Me sentí mejor al levantarme. Escribí de nuevo después de tomar el té y traduje dos o tres fábulas de Lessing[122].

Domingo 7. Una mañana clara y helada. El alero del tejado goteaba después de soportar el calor de un día de sol. El suelo seguía cubierto de nieve. El camino parecía más negro, las rocas más negras. Antes de que cayese la noche el islote se veía ya bastante verde, el sol había derretido casi por completo su cobertura de nieve. El señor Simpson llegó antes de que William hubiese tenido tiempo de afeitarse. Había pasado una noche muy mala y estaba ya trabajando en su poema. Nos sentamos junto al fuego y no salimos a pasear, nos quedamos leyendo *The Pedlar,* pensando en cómo mejorarlo, aunque lo cierto es que William no fue capaz de señalar el menor fallo en ninguna parte. Aun así lo encontraba poco interesante y estaba convencido de la conveniencia de corregirlo más. ¡Pobre William!

Lunes por la mañana, 8 de febrero de 1802. Hacía mucho viento y llovió toda la mañana. William trabajó en su poema y yo leí un poco de Lessing y un poco de gramática. Pasó un carruaje para recoger a Ellis, lo conducía un hombre con la cabeza lastimada. Después de comer (salimos de casa sobre las cuatro y media) fuimos a Rydale a recoger cartas. Seguía la helada, la lluvia había caído tan fría que apenas derritió la nieve. Hicimos una parada en casa de Park para llevarnos un poco de paja para los zapatos de William. La joven madre estaba sentada junto a un fuego brillante con su hijo pequeño en el regazo, los otros dos estaban acostados, uno a cada lado de la chimenea. A la luz del fuego componían una imagen deliciosa, con los rostros inocentes, las mejillas rosadas y el pelo brillante y rizado. Nos sentamos a su lado y hablamos del pobre Ellis, y de nuestro viaje por los Hawes. Yo había informado de que llegaríamos por la noche. Willy nos habló de tres hombres que una vez se extraviaron al intentar recorrer ese camino de noche, llevaban consigo una linterna, pero la linterna se les cayó por el Tarn y todos perecieron. Willy había visto sus capas tendidas al sol en la taberna de Patterdale el día antes de su funeral. Recorrimos caminos en muy mal estado, empapados y de mal humor por tener que ir en estas condiciones a un sitio tan lejano como Rydale. Antes

de llegar a la orilla del lago volvimos a encontrarnos con nuestro paciente y torcido amigo con su caja de madera a la espalda. «¿A dónde van?», nos preguntó. «A Rydale a recoger cartas.» «Llevo dos para ustedes en mi caja.» Levantamos la tapa de la caja y, en efecto, allí estaban. El pobre compañero se irguió todo lo que pudo y siguió adelante con todas sus fuerzas, enseguida le perdimos de vista contentos de volver a casa con nuestras cartas mucho antes de lo esperado. Nos dimos cuenta de lo cansados que habríamos llegado a casa. Mientras pensaba en esto, ¡no pude evitar compararme con nuestro amigo! Él se desplaza todas las mañanas con esa gran lentitud, quizá no sienta demasiado agradecimiento y placer cuando come, y no tiene otro lujo a la vista que quedarse dormido en un cama. Sin embargo, me atrevo a decir que ni murmura ni piensa demasiado, parece un autómata del trabajo. Rompimos el sello de las cartas de Coleridge y quedaban suficientes minutos de luz para cerciorarme de que no estaba enfermo. Me guardé la carta en el bolsillo. Al llegar a la cima del White Moss la puse en mi pecho, un lugar más acorde para ella. La noche era salvaje. Cuando llegamos a la cima del White Moss la montaña parecía dominada por una extraña ligereza. Es un fenómeno que he observado a menudo, por las tardes, desde cualquiera de los dos valles. Desde aquí se divisa más cantidad de cielo que desde cualquier otra parte. El efecto es muy extraño. A veces, pese a que ya es de noche, o ya está casi cerrada, se manifiesta una especie de luz peculiar. Hasta que llegamos a la arboleda de John no sopló demasiado viento, empezó a rugir justo cuando salimos del bosque, todos los árboles se estremecieron. La carta de Coleridge nos decepcionó un poco, hablaba con menos confianza desde Francia. William le respondió. La otra carta era de Montagu, venía con ocho libras. William se sintió indispuesto, lo que había escrito le enfermaba. Se acostó y yo me quedé escribiendo cartas para M. H., Montagu, Calvert y la señora Coleridge. En la carta que William le escribió a Coleridge añadí unas líneas. Le escribimos a Calvert para rogarle que nos visitase el domingo. William me había dejado un fuego muy escaso y menguante. Escribí y me entró hambre. A las dos puse las cartas bajo la puerta de Fletcher. Nunca había visto una noche tan fría. Me hice con toda la ropa que pude encontrar (no me atreví a entrar en la despensa, tenía miedo de despertar a William). Al principio cuando me metí en la cama me pareció que estaba caliente. Supuse que el aire frío ya no podría tocarme la piel. Pero enseguida descubrí que estaba equivocada. No pude dormir de puro frío. Había horneado pan y empanadas por la mañana. La carta de Coleridge llevaba recetas.

N. B. La luna salió varias veces cuando estábamos en la arboleda de John, y también vimos una o dos estrellas.

Martes [9]. William había dormido mejor. Fue entregarse al trabajo y

empezar a sentirse mal. No salimos de paseo. Se celebró un funeral por una pobre mujer que se había ahogado. Algunos dicen que su marido la trataba muy mal, otros que era un hombre decente y respetable, y ella una mujer irresponsable. Pero lo cierto es que ella llevaba casada desde el último Pentecostés y que no había tenido la menor alarma de salud desde entonces. Se había levantado de noche y se había ahogado en el estanque. Había pedido que la enterrasen con su madre y por eso la llevaban en un coche fúnebre. La seguían unos hombres muy distinguidos a caballo, su hermana, la esposa de Thomas Fleming[123], en una calesa, y un carro lleno de mujeres. Molly dice que el pueblo piensa mucho en sus madres. Pobre cuerpo, qué poco tiempo tuvo para que otros cuerpos pensasen en ella. Traduje un poco a Lessing, ataqué una de las fábulas. Pero me dolía la cabeza. Mis huesos se resentían del frío del día anterior, y mi cabeza pensaba como la de una persona sin inteligencia. Nos fuimos a la cama, pero no antes de que William se sintiese agotado.

Miércoles 10. Nevó mucho por la mañana, después se fue calmando, pero buena parte del día ni siquiera se nos ocurrió salir a pasear. Enviamos a un criado a Fletcher para recoger nuestras cartas y comprar papel. El criado regresó con la noticia de que no había nada para nosotros. Fue una noticia extraña, al menos esperábamos una carta de Mary. Mientras copiaba el poema con el que William pensaba cerrar el libro, la hija de John Dawson me trajo una carta, la habían enviado desde Eusemere. Pagué la cuenta que William tenía abierta en la tienda de John Fisher. También le llevé a Fletcher una carta para Montagu. Cuando Molly se fue leíamos la primera parte del poema, fue una experiencia deliciosa. Sin embargo, William detectó algunos pasajes flojos y se acostó agotado. Una noche de luna, casi salvaje.

Jueves 11. Una nevada preciosa. El día fue soleado y claro, el suelo resplandeciente de nieve blanca. William se levantó antes de que Molly estuviese preparada. Yo me levanté poco después de las nueve. William estaba cansado, y también triste, y aun así, en este estado se puso a corregir *The Pedlar*. La señorita Simpson vino a visitarnos cuando William estaba exhausto. Logró esconderse en su habitación hasta que ella se fue. La señorita Simpson estaba muy débil y con el ánimo bajo, le habían extraído un diente y había sufrido mucho. Di un paseo con ella que nos llevó más allá de Goans. El sol calentaba mucho hasta que pasamos Lewthwaite, allí perdió gran parte de su poder, ni siquiera había podido derretir la nieve de los caminos. Al volver sentí que el clima del valle cambiaba. El paisaje estaba ahora brillante y hermoso. Molly había tendido la ropa. Para cenar comimos un poco del cerdo que nos había enviado la señora Simpson. William sigue encontrándose mal. Después de cenar nos

preparamos un buen fuego. William trajo su matraz, yo me tumbé sobre la alfombra y desde allí me puse a leer la vida de Ben Jonson y algunos de sus poemas cortos, que resultaron ser demasiado interesantes para William, y que amenazaban con impedir que se durmiese. Yo había empezado a leer a Fletcher, pero resultó demasiado aburrido para mí. Fuller dice en la biografía de Jonson (hablando de sus obras): «Si bien la última que escribió no es tan compleja como sus primeras piezas debemos tener en cuenta que ya era un hombre viejo, por lo que quien desee llegar un día a viejo hará bien en excusarle». Fuller también nos dice que él «asistió» a combates líricos entre Shakespeare y Jonson, y compara a Shakespeare con un buque de guerra inglés y a Jonson con un gran galeón español. Descubrí unos versos afectados en el epitafio que Jonson le escribió a su primera hija:

> Aquí descansa la tristeza de sus padres,
> Mary, la hija de su juventud.
> A los seis meses se alejó de esta vida
> y puso así a salvo su inocencia.

Escribí en este diario mientras William disfrutaba de un buen sueño. Le despertó la llegada de Charles Lloyd, que está buscando alojamiento para sus hijos. Son las siete. He encendido un buen fuego. William todavía está acostado. Hoy han venido dos mendigos. He seguido leyéndole. Disfrutamos mucho con el poema *A Penshurst*. William se levantó mucho mejor. Me sentí alegre y feliz, pero William volvió a enfrascarse con el trabajo y cuando se fue a la cama se encontraba otra vez mal.

Viernes 12. Una helada hermosa, brillante, intensa y clara. William ha vuelto a trabajar. Volví a copiar *The Pedlar,* pero el pobre William sigue insistiendo en el poema. Molly me ha dicho: «¡Mira! ¡La pequeña Sally ha ido sola a visitar a los señores Simpson!». Los Simpson le han dicho que es una niña muy inteligente y han elogiado el camisón que le regaló su primo. «Todos me dicen que es muy lindo, yo no lo aprecio tanto, pero tanto da, Sally y yo somos muy afortunadas.» Por la tarde vino una mujer pobre, me dijo que mendigaba algunos retales para la pierna de su marido, que quedó herido por un pedazo de pizarra que se desprendió del tejado durante la gran ventisca; pero lo cierto es que ella ya salía a mendigar, porque la he visto por aquí a menudo. Su padre vivió hasta los ciento cinco años. Es una mujer con los huesos fuertes y un cutis que en el pasado pudo considerarse hermoso, y que tuvo un aspecto muy lozano hasta el año pasado, pero que ahora parece rota. La acompañaba su hijo pequeño, una criatura diminuta, a quien he tratado muy bien, pues me ha recordado a Basil[124], aunque este muchacho es pálido y tiene el cuerpo escuálido. Le

señalé a la mujer el mal aspecto que tenían los dos. Ella me respondió: «Sí, hemos estado todos enfermos, nuestra casa no tenía protección contra la ventisca, y nos vimos obligados a quedarnos en ella más de una semana». El niño lleva un abrigo de otra talla y un triste gorro de piel. Pobrecito, apenas parece haber crecido desde la última vez que lo vi. Entonces tenía una pinta muy saludable, andaba perezosamente por un estrecho sendero, cubierto de setos, cargando al hombro el hatillo donde llevaba la comida. Dijo que iba a «ser lechero». ¡Pobre criatura! Ahora mismo sigue llevando el mismo abrigo de entonces. Cuando la mujer se fue no puede evitar pensar que no somos lo bastante agradecidos con las condiciones de vida que disfrutamos. No le damos las gracias a Dios tantas veces como merece porque estamos preocupados por esas cincuenta libras o por esas otras cien. Sin embargo, tampoco sería justo que nos hiciéramos reproches cada vez que respiramos. Esta mujer no era más que otro caso común. La nieve todavía cubre el suelo. Justo al final del día oí un carro que pasaba por la puerta, y al mismo tiempo la voz sombría de un niño que lloraba. Me asomé a la ventana y había aún luz suficiente para ver a un hombre conduciendo un carro medio vacío, una mujer con un niño en los brazos, seguidos por un perro que no les dejaba alejarse. Fue una visión triste y brutal. William puso orden en su mesa después de encender las velas. Nos sentamos un buen rato con las ventanas cerradas. Casi terminé de copiar *The Pedlar,* pero el pobre William seguía agotándose (y agotándome a mí) con sus correcciones. Tuvimos una conversación intensa. Me metí en la cama a las doce.

Sábado 13. Por la mañana nevó un poco. Todavía queda trabajo que hacer con *The Pedlar,* cambios y ajustes. No salimos a pasear, aunque el día era muy bueno. Recibimos un regalo de Janet Dockeray: huevos y leche. Justo antes de que Janet se fuese el chico pequeño de la montaña nos trajo una carta de Sara H., y otra de un francés que vive en Londres. Le escribí a Sara después de tomar el té y William se puso a leer periódicos viejos, los nuevos nos los trajeron pocos después. Cuando terminé de escribir la carta nos sentamos y William me leyó pasajes de su *The Recluse* en voz alta. No tomamos el té hasta pasadas las siete y media.

Domingo, 14 de febrero. Hace una buena mañana, el sol brilla, pero la helada de la noche ha sido intensa. He visto un puñado de pequeñas campanillas que parecen tener miedo de asomar por completo sus blancas cabezas, y también unas cuantas flores de hepática medio desfallecidas. William me dejó trabajando mientras él corregía algunos pasajes de *The Pedlar,* se fue al huerto, pero el día era tan hermoso que se impuso salir; en cuanto terminé de leer una carta de la señora Clarkson que acababa de recibir, me informó de que planeaba ir a Penrith. Enviamos a Molly a

buscar el caballo. Trabajé mucho, sin despegar la espalda de la silla, y terminé la copia, me sentí muy bien. Después escribí a la señora Clarkson y preparé unas cuantas cartas para Mary H. y así se marchó, con su Spenser azul y unos nuevos pantalones recién llegados de Londres. Se paró en casa de Frank para preguntarle si tenía sus cartas a buen recaudo y pedir unas manzanas, y luego siguió. Teníamos dinero prestado para él. La tarde fue muy agradable. Comí un poco de cordero frío, tendí la ropa y después me senté un rato junto al fuego para leer el *Penshurst* de Ben Jonson y otras cosas. Antes del atardecer me puse el chal y salí a dar un paseo. Las montañas cubiertas de nieve estaban hermosísimas bajo la densa luz del sol, con un color beige pálido. Los caminos estaban muy sucios, pese a que la helada había sido muy fuerte, el sol había derretido el hielo y los había encharcado. Llegué hasta la Puerta de Sara y cuando vi el paisaje de Rydale me entretuve mirando las montañas de alrededor, estaban muy blancas, pero concluí que William encontraría un paso fácil y seguro por Kirkstone, pensé en él con bastante tranquilidad.

III. Tercer cuaderno: del 14 de febrero al 2 de mayo de 1802

Domingo, 14 de febrero de 1802. Vi la mañana como quien lee un libro antiguo. Después de comer, poco antes del atardecer, salí de casa. A unos veinte metros más allá de Glowworm Rock me encontré con un conductor de carro, di por hecho que se trataba de un montañés, que guiaba una comitiva de cuatro carros. Los tres primeros le pertenecían, mientras que el cuarto era propiedad de un hombre que se había unido a él con toda su familia. Imaginé que eran nativos de Potters. El conductor estaba jugando con los caballos y hablando con una pequeña niña, de unos diez años de edad, que parecía encantada de tenerle por compañero. Corrió hacia la cantera y cogió una piedra grande para fijar la rueda de uno de los carros y corrió a toda prisa para dársela a su amigo cuanto antes. Era una criatura muy hermosa y había algo extraordinario en la ligereza y en la alegría de su comportamiento, algo impresionante. Todo lo que hacía parecía envuelto en placer, encontraba placer incluso en sus propios movimientos, el hombre le habló como si estuviese muy contento con lo que hacía y en el mismo tono con el que se dirigía a sus caballos. Su figura desprendía entusiasmo, no era tanto que desprendiese el carácter salvaje de una muchacha de las montañas, sino que se comportaba como si se hubiese criado en los caminos, una viajera desde la cuna, alguien que nunca ha anhelado ni comida ni ropa. Su madre iba en el último carro, llevaba en los brazos una niña encantadora que tendría más o menos un año, y a su lado caminaban dos chicas muy guapas que parecían quinceañeras. Todos los niños se parecían a la madre. Tenía la piel lozana, aunque la pendiente de la montaña y el chiquillo con el que cargaba desfigurasen su aspecto. Su marido ayudaba al caballo a arrastrar la carga empujándolo con el hombro. Cuando llegué a casa me tomé el té y leí en alemán hasta las nueve. Después de que Molly se fuese escribí a Coleridge. Me fui a dormir a las doce. Me acosté en la cama de William, pero dormí mal. Todos mis pensamientos se centraron en William.

Lunes, 15 de febrero de 1802. Me pasé toda la mañana almidonando prendas pequeñas. Nevó mucho y el frío era terrible. Después de comer el día parecía más agradable, pero poco después me vi obligada a andar deprisa hasta el pie del White Moss para entrar un poco en calor. Encontré una carta de C., está mucho mejor, sentí un gran alivio, pero la carta no entraba a responder a la de William, que es lo que yo esperaba. Una carta de Annette. Tomamos el té cuando llegué a casa, después me puse a leer en alemán. Escribí parte de una carta a Coleridge, me acosté y dormí mal.

Martes 16. La mañana era buena, pero yo ya me había persuadido de no esperar a William. Creo que lo decidí así porque no tenía ánimo para otra decepción. Me pasé el día planchando. William llegó justo a tiempo para tomar el té, solo había visto a Mary H. un par de horas, en el trayecto que iba del puente de Eamont hasta el árbol de Hartshorn. La señora C. se encontraba mejor. William había encontrado intransitable el paso por Kirkstone, y volvió a casa por Threlkeld. Pasamos una noche muy agradable. William estaba mejor, había corregido *The Pedlar* en profundidad. Nos fuimos a la cama muy pronto. El señor Graham nos dijo cómo le habría gustado que William estuviese el otro día con él: iba sentado en su calesa cuando oyó un extraño grito que no supo identificar, un grito prolongado, así que le pidió al conductor que se detuviera. Era una niña que lloraba como si su corazón fuese a estallar. Iba corriendo detrás de la calesa, su abrigo había quedado atrapado por la rueda y estaba allí atascado y colgando. La niña lloraba sin consuelo. El señor Graham la llevó a la calesa y ordenó que liberasen el abrigo de la rueda. Pero la desgracia de la niña no cesó, porque el abrigo estaba rasgado, quedó como un harapo. Antes de engancharse a la rueda ya era una prenda miserable, pero la chica no tenía otro, y esta pérdida era lo peor que podía sucederle. Se llamaba Alice Fell. No tenía padres y vivía en la ciudad más cercana. El señor Graham le prometió que hablaría con personas responsables de la ciudad para que le dieran el dinero necesario para comprarse un abrigo nuevo.

Miércoles 17. Una tristísima y desagradable mañana de nieve. No salimos a caminar, pero el anciano de la loma nos trajo una breve carta de Mary H. He copiado la segunda parte de *Peter Bell*. William se sintió realmente bien.

Jueves 18. Una mañana de mucha niebla, pero despejó por la tarde. William fue a casa de la señora Simpson a tomar el té. Fui con él a casa de Mackareth. Los caminos estaban muy sucios. Copié la tercera parte de *Peter Bell* en su ausencia, y empecé a escribir una carta para Coleridge. William llegó con una carta de este que había recogido en Keswick. Paseamos juntos hasta las once. Después él se puso a trabajar y esta decisión tuvo peores consecuencias que si hubiese tenido que soportar la helada más dura.

Viernes 19. Una fuerte helada por la mañana. Pero enseguida se puso a nevar y empezó el deshielo. La tarde fue tristísima. Nos visitó Williamson y le cortó el pelo a William. Escribí una carta a Coleridge. El mismo Williamson llevó la carta a Ambleside. Después escribí a Mary y a Sara. Me sentía muy cansada y me fui temprano a la cama.

Sábado 20. Una mañana muy lluviosa, pero en cuanto se despejó un poco salimos a pasear hasta Rydale. No había cartas para nosotros. Los caminos estaban muy sucios. Nos encontramos al pequeño Dawson, iba a caballo y le pedimos que nos trajese papel de la tienda de la señora Jameson. Después de tomar el té copié la primera parte de *Peter Bell*. William se encontraba mejor.

Domingo 21. Una mañana muy húmeda. Copié el segundo prólogo de *Peter Bell*, después de comer copié el primer prólogo. William dio un paseo hasta la sastrería[125] mientras yo visitaba a la señora O. Llovió todo el día. Las campanillas de invierno eran bastante visibles, pero el día fue muy frío, decididamente invernal. Pese a todo, un tordo que vive en nuestro huerto se ha pasado el día cantándole a su amor. Por la noche escribí a la señora Clarkson y a mi hermano Richard. William se acostó extenuado.

Lunes 22. Una mañana muy húmeda. Me acosté justo después de terminar el desayuno. Me encontraba muy mal. Me dormí. William me trajo cuatro cartas: de Annette y Caroline, de Mary, de Sara y de Coleridge. Coleridge había tenido nuevos achaques en el estómago. Si no hubiera sido por esto habríamos salido a pasear. M. y S. se encuentran muy bien. M. llegó a Middleham el lunes por la noche, antes de las 12. Tom la esperaba allí. Al atardecer caminamos hasta la cima del cerro, después nos dirigimos hacia el puente, nos apoyamos en el petril y miramos la profundidad de la corriente: era muy caudalosa, empujaba con constancia y fluía más rápido a medida que se aproximaba al lago. El cielo sonaba dulcemente por todas partes y se avecinaba un crepúsculo muy interesante. La parte de cielo que se extendía sobre la casa de los Olliff era impresionante, una línea fantasmal, casi como una serpiente blanca. Las montañas estaban negras y paecían más escarpadas, en algunos de los picos más altos se apreciaba todavía algo de nieve, aunque la noche anterior llovió con tanta fuerza que el agua había arrastrado buena parte del hielo acumulado. Después de tomar el té iba a escribirle a Coleridge, pero vino el señor Simpson. William empezó a leerle *Peter Bell*, así que me trasladé con mis libros y papeles junto al fuego de la cocina. William me llamó desde la escalera para que le escuchase leer la tercera parte. El señor Simpson trajo su primer grabado para que lo viésemos y se quedó a comer con nosotros. William, exhausto de tanto leer y hablar, se fue a la cama. Noté que estaba muy bajo de ánimo.

Martes 23. Una mañana con niebla y lluviosa. El lago estaba en calma. Honrneé pan y empanadas. Antes de comer trabajé un poco en el chaleco de William. Después repasé la gramática alemana. Antes de tomar el té salimos a dar un paseo hasta Easedale, volvimos atravesando los campos

de Parson, un paisaje muy bonito que se abría en tres agradables prespectivas. Después volvimos al primer prado, el más grande, pero nos sorprendió un viento tan helado que nos obligó a dar media vuelta. El viento parecía cálido cuando cruzamos la puerta de casa. Nuestro querido zorzal cantaba entre las ramas peladas del fresno que crece en lo alto del huerto. No sabría decir cuánto tiempo había estado en el mismo árbol, pero oí su dulce canto todo el día, junto con un alegre bajo continuo interpretado por nuestros amigos de invierno, los petirrojos. Al volver a casa recogí un poco de musgo que crecía en el camino. Después fuimos a la arboleda de John. Allí nos sentamos un rato mientras veíamos cómo se desvanecía el paisaje. El lago, aunque la vegetación circundante empezaba a borrarse, se antojaba más brillante que cuando el día es perfecto. Y el islote parecía emerger, distinto y más grande. Las orillas parecían trazadas por la mano de un artista. De lo alto de los árboles salía un sonido dulce y casi acuático sobre nuestras cabezas. Dimos un paseo hasta Rydale. Oscureció justo cuando llegábamos a casa y preparé de inmediato el té, que nos tomamos a la luz de las velas. William está ahora leyendo *Bishop Hall*, y yo voy a leer algo en alemán, tenemos encendido un buen fuego cantarín, con apenas un trozo de madera. En nuestra ausencia nos visitó Fletcher, pero no ha llegado ninguna carta de la señora Coleridge.

Miércoles 24. Un día lluvioso. Estuvimos ocupados todo el día desmontando los abrigos de William para el sastre. William escribió a Annette, a Coleridge y al francés. Yo recibí una carta de la señora Clarkson, una carta llena de amabilidad y afecto que respondí hablándole de lo mucho que me apetecía visitar Eusemere cuando William vaya a Keswick. Escribí un poco más a Coleridge. Enviaremos todas estas cartas a través de Fletcher. La noche fue terrible, dominada por el viento y la lluvia. ¡Pobre Coleridge! Una noche triste para un viajero como él. Gracias a Dios encontró un alojamiento seguro. William salió a dejar las cartas bajo la puerta. Nunca había visto una noche más fría.

Jueves 25. Una mañana suave, gris y hermosa. El sastre estuvo aquí, nos ayudó a desmontar la ropa. William le escribió a Montagu por la mañana. Después de comer se fue a casa de Lloyd. Le acompañé hasta la curva del camino que rodea el valle, justo donde el río sobrepasa la casa de Lenty Fleming. Hacía tanto frío que pensé que podría helar. La noche era muy clara. Llegé a casa justo antes de que oscureciera, recogí algunos musgos, también hojas de hiedra, después me tomé el té y me puse a leer en alemán. Leí un pasaje extenso del ensayo de Lessing[126]. William volvió a casa entre las nueve y las diez de la noche. Nos sentamos junto al fuego hasta la hora de acostarnos. William no parecía muy cansado.

Viernes 26. Hasta las diez la mañana estaba muy gris, después el sol empezó a brillar de una manera maravillosa. Los hijos de la señora Lloyd y la señora Luff llegaron a casa en una calesa, estuvieron aquí hasta las once y luego fueron a ver a la señora Olliff. William y yo les acompañamos hasta la puerta. Preparé algo de comer, copié *Peter Bell,* le di a William algo de fiambre, y después salimos a pasear. Primero caminamos hasta Butterlip How, allí nos paramos un rato y contemplamos el valle; la única señal de la primavera era el tinte rojo de los árboles y las masas boscosas. Nos sentamos al sol. Nos encontramos a Charles Lloyd cerca del puente. Comimos, me tumbé para descansar, me levanté para tomar el té. El señor y la señora Luff vinieron de visita, y los Lloyd se quedaron hasta las ocho en punto. William siempre habla mejor en casa que en cualquier otro sitio. Discutimos sobre la señora King y la señora Olliff. El conductor de la calesa nos trajo una carta del señor H., y otra, muy corta, de C. La noticia sobre la inminente llegada de Sara nos dejó perplejos. Le escribí a Mary. William selló la carta para Montagu, y le escribió a Calvert y a la señora Coleridge. Todo el día los pájaros han cantado divinamente. Dolor de cabeza e indisposición intenstinal. William se encontraba mucho mejor.

Sábado 27. Por la tarde salimos a dar un paseo hasta Rydale. Volvimos para tomar el té. Después de la cena nos visitó el señor Barth Simpson, estaba un poco borracho. Fletcher nos dijo que no había llegado ninguna carta para nosotros. William no se encontró demasiado bien. Después de comer nos sentamos un rato en el huerto. Al atardecer salimos a pasear de nuevo en dirección a Rydale.

Domingo, 28 de febrero. William muy enfermo, ocupado con *The Pedlar*. Por la mañana recibimos cartas. William se afeitó. Me vi obligada a irme a la cama después de la comida, al despertarme me sentía mejor. Escribí a Sara H. y a la señora Clarkson. No salimos de paseo. Desastre con *The Pedlar*.

Lunes [1 de marzo]. Un día hermoso y agradable. Dimos un paseo hasta Rydale. Fuimos a recoger cartas, habían llegado dos: una de M. y otra de S. H. Escalamos la loma y las leímos a la sombra de una roca cubierta de musgo. Nos encontramos con la señora Lloyd en el camino de vuelta. El crío de los Olliff está enfermo. Los setos de las laderas están hermosos. La hiedra está muy verde. La hierba ha crecido muchísimo en los prados de Robert Newton. Estos son todos los indicios que se aprecian de la primavera. Terminé y le envié una carta a Sara y escribí otra a Mary. Escribí de nuevo a Sara mientras William escribía a Coleridge. La señora Lloyd pasó por casa pero yo ya estaba acostada.

Martes [2]. Una hermosa mañana gris. Horneé pan y empanadas. Después

del almuerzo leí un poco en alemán, ya había leído un poco antes. William también leyó. Dimos un paseo hacia Butterlip How acompañados de un viento que no dejó de soplar. También llovió todo el rato, pero el paseo fue realmente agradable. Las montañas de Easedale, negras o con las cimas cubiertas de nieve, transmitían una peculiar suavidad al valle. Después las nubes ocultaron algunas de las cimas. El valle se veía recorrido y animado por arroyos y arroyuelos. La señora Lloyd pasó por delante de casa pero no entró a saludarnos.

Miércoles [3]. Fui tan desafortunada como para proponerme volver a copiar *The Pedlar*. William se puso a trabajar y temí que se cansase hasta la muerte. No salimos a pasear. Escribí por la tarde.

Jueves [4]. Todavía no habíamos terminado de desayunar cuando un criado de Calvert nos trajo los caballos para William. Necesitábamos los útiles para el afeitado, plumas para escribir, ordenar los poemas y empaquetar los vestidos… El hombre llegó antes de que tuviese tiempo para preparar las plumas, así que me quedé tan solo con dos para mí. Desde que partió a las once y media (ahora son las dos, he estado poniendo orden en los cajones, colocando la ropa que había dejado tirada por aquí y por allí, por todas partes) he clasificado los periódicos de dos meses y me he preparado la comida: dos huevos hervidos y dos tartas de manzana. Le he pedido a Molly que limpiase un poco el jardín y he terminado echándole una mano. He trasplantado algunas campanillas de invierno (las abejas están muy ocupadas). William disfrutará de un día muy hermoso. Por la noche ha helado, pero ahora los petirrojos cantan con dulzura, me acompañarán durante mi caminata. Voy a estar ocupada, voy a estar bien, y cuando vuelva estaré de un ánimo excelente. ¡Oh, querido! ¡Esta es una de sus manzanas amargas! Con mucho esfuerzo encontraré lo que me lastima el corazón y podré arrojarlo al fuego. Primero me lavé, después salimos. Di un paseo por los dos lagos, crucé a pie los escalones de piedra de Rydale. Me tomé un descanso donde acostumbrábamos a sentarnos. Llena de pensamientos sobre mi querido hermano, de bendiciones. Volví a casa siguiendo la orilla de nuestro lago, justo bajo el Loughrigg. Es triste cómo están asolando este bosque. Están acabando con el bosque de Benson y con los árboles más cercanos al río. Y el viento ha derribado un pequeño abeto, ha quedado tendido sobre la roca, justo donde termina la arboleda de John. Quiero pensar que el responsable es el viento que sopló el miércoles por la noche. Leí algo en alemán al regresar y hasta la hora del té. Después de tomar el té, trabajé y leí las *Lyrical Ballads*, encantada con el *Idiot Boy* [Niño idiota]. Le escribí a William y después me metí en la cama. Se puso a nevar cuando entré en mi dormitorio.

Viernes [5]. Primero di un paseo por el jardín y por el huerto, la mañana era soleada, aunque se había formado escarcha. Después recogí musgo en Easedale. Cuando llegué a campo abierto vi delante de mí, sentado sobre una mochila llena de retales, a un trapero que conozco. Tiene un abrigo rojo que parece parcheado mil veces… Llevaba puesto un sombrero bastante bueno. Cuando llegué a su altura me dijo: «¿Hay algún bergantín por aquí que pueda llevarme a casa de mi señor?». Me pareció un hombre medio imbécil. Cuando volví a casa Molly había sacudido la alfombra y limpiado todo el piso de arriba. Siempre que la veo tan feliz haciendo su trabajo, exultante por la conciencia de su propia importancia, pienso en esa expresión afectuosa con que una vez, muy avanzada la tarde, se refirió a la suerte que tenía de trabajar en esta casa: «Querida señora, cómo me hincharía de orgullo si mi gente viese dónde estoy ahora, ellos pensaban que mi destino era el barro». Una vez en casa me sentí muy cansada. Envié a Molly Ashburner a Rydale. ¡No recibimos ni una carta! La tristeza me mortificó. Esperaba por lo menos una de Coleridge. Escribí a William. Leí las *Lyrical Ballads*. Me asaltaron pensamientos tristes, intenté leer en alemán, no logré concentrarme. Leí más poemas de las *Lyrical Ballads*. ¡Bendigo a mi hermano! Una hermosa luna nueva suspendida sobre Silver How.

Sábado por la mañana [6]. Me desperté con mucho dolor de cabeza y en parte por ese motivo, y en parte por pereza, me quedé metida en la cama hasta la una. A la una me quité el gorro de dormir. A la una y media nos sentamos a comer. La mañana fue fría, pero soleada. Empecé a copiar *The Pedlar* y pude terminar antes de ir a visitar al señor Simpson para tomar el té. La señorita S. estaba en Keswick, pero volvió a tiempo. La señora Jameson vino de visita y yo me quedé a cenar. Pasaron los carros de Fletcher y los dejé pasar aunque quizá llevaban la carta de William. El señor B. S. llegó casi a la misma hora que yo. Encontré cartas de William, Mary y Coleridge. Le escribí a C. Estuve despierta hasta muy tarde, cuando me acosté no pude conciliar el sueño.

Domingo por la mañana [7]. Una hermosa mañana, clara y fría. Me puse a copiar las correcciones para *The Pedlar* (escribí con tristeza), leí en voz alta la nueva versión. Después le escribí a Mary H. Leí un poco en alemán, me preparé la comida. La señora Lloyd llamó a la puerta. Llegó William, no lo esperaba hasta mañana, ¡qué contenta me puse! Después de conversar una hora le preparé su comida, un filete de buey, nos sentamos a charlar, felices. El señor y la señora Simpson vinieron a tomar el té. William había vuelto a casa de muy buen humor, aunque la lectura de su poemas le dejó un tanto fatigado, había vuelto con dos nuevas estrofas escritas de *Ruth*. Nos fuimos a la cama muy temprano y dormimos bien. La tarde fue

calmada y gris.

Lunes por la mañana [8]. Cayó una lluvia suave y tierna, fuimos caminando hasta Rydale a recoger cartas. Las vistas del valle eran muy hermosas, quizá la naturaleza mostraba sus formas con un exceso de modestia, pero estaba cubierta por una oscuridad insólita. La iglesia parecía muy solitaria sin montañas detrás. Los prados estaban calmados y ricos, envolviendo el lago inmóvil. Lo único que se apreciaba bien era el lago y el islote. Leímos la carta de Montagu durante la caminata, después nos sentamos a leer la carta de Mary. Llegué a casa con un horrible dolor de cabeza y me acosté. Dormí algo y cuando me levanté me encontraba un poco mejor, me he tomado el té y ahora me siento muy aliviada. El viernes por la noche la luna colgaba al extremo norte, del punto más alto de Silver How; parecía un anillo de oro, partido por la mitad, y con los extremos muy afilados. Dentro de este anillo descansaba el círculo de la luna llena, tan visible como siempre que la luna está luminosa. William había reparado ya en este efecto en Keswick, quizá en el mismo momento que yo, cuando la vio sobre las cascadas de Newland. Le envié una carta a Mary, también a Coleridge y a Sara, y reescribí por la tarde las correcciones de *Ruth* que les queríamos enviar en el mismo sobre.

Martes por la mañana [9]. William estaba leyendo a Ben Jonson, me recitó un hermoso poema sobre el amor. Después salimos a pasear, el primer tramo de nuestro paseo fue melancólico. Llegamos a Rydale, pero no había buenas vistas, y después descansamos en el sitio favorito de Sara. Fuimos andando hasta Easedale. De regreso empezó a hacer mucho frío, nos encontramos con Sally Newton y su perro de aguas. Por la tarde estuvimos junto al fuego y recibimos al vendedor ambulante. William trabajó un poco y alteró algunos pasajes de sus poemas. Yo me dediqué a remendar medias, no estaba de muy buen ánimo.

Miércoles [10]. Una buena mañana, clima suave; quiero decir con esto que no heló. William se pasó la mañana leyendo a Ben Jonson. Yo alterné la lectura del alemán con el chaleco para Sara. Después caminamos hasta Rydale. ¡No recibimos ninguna carta! Están talando el bosque de Benson. Dimos un paseo por los alrededores de la iglesia, a la vuelta cruzamos los campos de de los Olliff, al llegar a casa me dediqué a trabajar en el huerto. Nos sentamos y conversamos junto al fuego y nos tomamos el té. William se ha pasado la hora entera hablando de publicar el poema dedicado a los terrenos ondulados de Yorkshire junto con *The Pedlar*.

Jueves [11]. Una mañana preciosa. William trabajó en el poema sobre el canto del pájaro[127]. Justo cuando nos habíamos sentado a comer oímos la

voz del señor Clarkson. Salí corriendo a recibirlo, William me siguió. Clarkson montaba con tanta elegancia que William parecía más interesado en el caballo que en el jinete, una ofensa fácil de pasar por alto, pues Clarkson estaba tan orgulloso de sí mismo como es humanamente posible. Empezamos a comer justo después de la llegada del señor Clarkson. Dimos un paseo con él alrededor del White Moss cuando terminamos de comer. El valle estaba sumergido en la niebla, apenas se veían los picos de algunas montañas, una lluvia suave. El conjunto era hermoso. El señor Clarkson estaba algo somnoliento y decidió irse temprano a la cama.

Viernes [12]. Una mañana muy hermosa. Fuimos a despedir al señor Clarkson. Llovía pero el sol brillaba, y las piedras de los muros y los guijarros del camino resplandecían como plata. William estaba en Keswick cuando vi a Jane Ashburner conduciendo su vaca por un camino elevado, venía del pozo adonde había ido a sacar agua, llevaba un bastón en la mano y avanzaba dando saltos como si estuviese bailando una giga. Su presencia era audaz y elegante, con las mejillas encendidas de salud y un aspecto tan libre como alegre. William terminó su poema sobre el canto del pájaro. Entre tanto leí lo que me quedaba de Lessing. Por la tarde, después de tomar el té, William escribió *Alice*. Se fue a la cama cansado, o mejor, con la cabeza despejada y el cuerpo muy cansado. Una noche clara, casi cortante.

Sábado por la mañana [13]. El mismo frío de todos los días, ha sido un invierno durísimo. Horneé empanadas y pan, y preparé un pastel de semillas para el señor Simpson. William terminó *Alice* y después se puso a escribir el poema sobre la mendiga, para el que se ha inspirado en una mujer que vio en mayo, hace casi dos años, cuando pasó unos días en las montañas con John. Pasé con él toda la mañana, y a ratos copiaba algunas estrofas. Después de comer dimos una caminata hasta Rydale para recoger cartas, hacía un frío terrible, habíamos sufrido dos o tres granizadas, las piedras se veían limpias y hermosas en el camino, que ahora estaba seco y reluciente. La pequeña Peggy Simpson[128] estaba parada en la puerta de su casa cogiendo piedras de granizo con su madre. Me di cuenta de que la niña se parece mucho a su madre. Me atrevo a decir que cuando tenga dieciséis años su abuela la verá idéntica a como fue su madre, todas las rosas de un mismo jardín se parecen a las rosas que las precedieron. Ninguna carta nos esperaba en Rydale. Nos tomamos el té en cuanto llegamos a casa. Después le leí a William el relato de los dos niños pequeños, los hijos de la mujer alta, y fue una decisión desafortunada, pues las palabras se le metieron en la cabeza y no podía escapar de ellas, de manera que se sentía incapaz de escribir versos. Dejó el poema sin terminar y se fue agotado a la cama. En nuestra caminata a Rydale se

había entusiasmado con el tema y había compuesto de cabeza medio poema.

Domingo por la mañana [14]. William ha dormido muy mal. Se ha levantado a las nueve, pero antes ha conseguido terminar *The Beggar Boy* [El muchacho mendigo]. Mientras se tomaba el desayuno (yo ya había desayunado), que consistió en un cuenco de caldo y un plato de pan con mantequilla, se puso a escribir otro poema, ¡esta vez a una mariposa! No probó bocado, se sentó con el cuello de la camisa desabrochado y el chaleco abierto mientras escribía. El primer pensamiento le vino mientras conversábamos sobre el placer que siempre nos depara ver una mariposa. Le dije que yo las he perseguido siempre, pero que últimamente me daba miedo arrancarles las alas, y que ya no las cogía. Me contó que cuando iba a la escuela mataba todas las mariposas blancas que podía porque eran francesas. La señora Simpson llegó justo cuando William terminaba el poema. Cuando se marchó pasé a limpio los otros poemas y se los leí. Después visitamos a los Olliff. El señor Olliff nos acompañó hasta que vimos Rydale. El sol brillaba y era muy agradable, pero el frío era excesivo. Comimos y nos fuimos a la cama. Me acosté sobre el vestido de piel, frente al fuego, pero aun así no pude dormir, aunque me quedé en esa postura mucho tiempo. Ahora son las cinco y media, me propongo escribir cartas. Empecé a escribir a la señora Rawson. William se tumbó pero no logró conciliar el sueño. Nos sentamos cómodamente junto al fuego, hasta que se le metió entre ceja y ceja corregir el poema de la mariposa, y estuvo así hasta que se retiró a dormir, agotado.

Lunes por la mañana [14]. Nos pusimos a leer los poemas, también leí un poco de alemán. El señor Luff llegó a la una, tuvo una conversación muy larga con William. Mi hermano se fue a casa del señor Olliff después de comer y volvió para la hora del té. En su ausencia un marinero que iba de Liverpool a Whitehaven llamó a la puerta, estaba débil y pálido, pero iba bien vestido. Estuve con él junto al fuego de la cocina y conversamos dos horas. Nos contó historias muy interesantes sobre su vida. Se llamaba Isaac Chapel y había empezado a navegar a los quince años. Su oficio era fabricar velas y su último viaje le llevó a la costa de Guinea, en un barco de esclavos, capitaneado por un hombre llamado Maxwell. En el barco había visto cómo asesinaban a un hombre, cómo metían a un chico en una jaula de cerdos que se lo habían medio comido, y cómo a otro muchacho lo pusieron a vigilar bajo un sol tan abrasador que terminó cayendo muerto. También había estado en América del Norte, donde pasó treinta días de convivencia con los indios, que le trataron bien. Había huido dos veces nadando de barcos de la armada real. Dijo que preferiría estar en el infierno que preso. Ahora planeaba estar un tiempo en Iglaterra para

presentar cargos contra el capitán Maxwell[129]. «¡Es un bribón, señora, su maldad debería denunciarse en los periódicos!» El pobre hombre no había dormido en una cama desde el viernes por la noche. Había salido de Liverpool el sábado a las dos de la mañana. Acudió a una granja en busca de algo de comer, y le habían negado los víveres. La mujer que le abrió le dijo que no le daría nada. «¿Usted me daría algo?» No pude negarme. Me recordaba demasiado a mi hermano John. John Dawson nos trajo a la hora del té una carta de Mary. Le escribí una respuesta, también escribí a Sara sobre el señor Olliff, y a Longman y a Rees[130]. Y una más a la señora Clarkson para hablarle del señor Luff.

Martes [16]. Una mañana muy hermosa. Nos visitó la señora Luff. William vinó a verme al huerto y escribió un pasaje de *The Emigrant Mother* [La madre emigrante]. Después de comer le leí un poco para que durmiera. Yo leí a Spenser mientras él apoyaba la cabeza en mi espalda. Dimos un paseo hasta que la vista alcanzó Rydale. Después caminamos hacia Goans. La luna suspendida a buena altura sobre las montañas. Parecía muy lejana y distante allí en el cielo. Vi dos estrellas a su lado, parpadeantes, se encendían y se apagaban, recordaban a dos mariposas, por su movimiento y su ligereza. Las estrellas parecían más próximas a nosotros que la luna.

Miércoles [17]. William fue al huerto y terminó el poema. La señora Luff y la señora Olliff nos visitaron y yo me fui con la señora Olliff hasta la cima del White Moss. Nos cruzamos con el señor Olliff y fui a su casa, donde me ofreció abono para el jardín. Estuve luego con William arriba y abajo del huerto, así hasta la hora de comer, entonces me leyó su poema. Asé filetes de buey. Después de comer hicimos una almohada para mi espalda, leí mientras mi adorado hermano dormía. El atardecer fue tan dulce como la mañana, di un tranquilo paseo por el lago de Rydale; pensamientos serenos. Las montañas y el lago estaban en calma, los búhos todavía no habían empezado a ulular y los pájaros ya se habían cansado de cantar. Miré a lo lejos y vi una luz roja sobre Silver How, parecía salir del valle inferior:

> Emanaba una luz del más extraño pájaro
> una luz que provenía de la tierra
> y que se propagó por la cara oscura de la montaña.[131]

Mientras todo esto pasaba vi la silueta de mi adorado hermano a poca distancia, en el camino. Nos pusimos a mirar la luz pero se estaba desvaneciendo, ya casi se había ido. Los búhos empezaron a ulular cuando nos sentamos en la roca al pie del White Moss. La luz del cielo se agotaba y empezó a salir la luna. Pasó John Gill conduciendo su carro, no nos

subimos. Cuando tuvimos a la vista nuestro querido Grasmere el valle parecía encantador y tranquilo, igual que la iglesia y las casas. El cielo estaba surcado por enormes nubes que viajaban muy despacio, y que arrojaban grandes masas de sombra sobre algunas de las montañas. Paseamos arriba y abajo por el camino que conecta nuestra casa con la de los Olliff, hasta que me encontré realmente cansada. William se inspiró y empezó a escribir otro poema. Pusimos manteles en la tierra del huerto y nos sentamos allí un rato. Le dejé solo para que terminase el poema. Estaba muerta de cansancio, me fui a la cama antes que él, pero él vino a mi lado y me leyó el poema junto al lecho. Un marinero que venía de Glasgow se acercó hoy a casa a pedir limosna, habló con alegría, en un tono muy dulce.

Jueves (18). Una mañana estupenda, el sol brillaba, pero hacía mucho más frío que ayer. Me sentía muy débil, y William me acusó de no querer ir a ver a la señora Lloyd. Lo cierto es que me sentía incapaz de ir, pero en cuanto él se marchó me dije que me habría encantado acompañarle si hubiese estado mejor de salud y de ánimo. Así que me comí un filete de ternera pensando que me daría fuerzas y así fue. Salí de casa, fue una caminata muy agradable. El valle de Rydale estaba lleno de vida y de movimiento. El viento sopla con fuerza y el lago se cubrió por todas partes de brillantes ondas plateadas que se formaban y se deshacían en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto una pasaba, otra ocupaba su lugar. Las rocas brillaban al sol, los cuervos y los grajos estaban ocupados, los zorzales y los pajaritos cantaban. Recorrí los campos y me quedé media hora quieta, asustada por la presencia de una vaca. La vaca me miraba y yo le devolvía la mirada y cada vez que me movía un poco ella dejaba de comer. No estaba muy cansada cuando llegué a casa de Lloyd, di un paseo por el jardín. Charles dedica todo su tiempo a la arquitectura. La señora Lloyd me ofreció su cara más amable. Llegó un paquete de Birmingham, con la obra de Lamb, para nosotros y para C. Los Lloyd me acompañaron hasta Rydale. Cuando llegamos al valle de Ambleside se acercaba el crepúsculo, la tarde era solemne y había algo en el aire que me obliga a pensar con seriedad. Las montañas se veían muy grandes, cubrían prácticamente el cielo. Estaba ya casi oscuro cuando me despedí de los Lloyd. Se hizo de noche y la luna quedó detrás de unas nubes. Pero mientras subía por el Moss la luna se ocultó detrás de una montaña de nubes negras, ¡qué oscuridad en la tierra y en la parte de cielo que quedaba por debajo de la luna y qué glorioso el brillo de la luna! En esta orilla del lago de Rydale todavía se veía una vívida franja de luz brillante, pero todo lo demás estaba muy oscuro. El Loughrigg y las montañas cercanas estaban blancas y brillantes, como si las hubiese cubierto una escarcha plateada. La luna se retiró de nuevo, apareció y desapareció varias veces antes de llegar a casa. Hubo un

momento en que no se veía, pero su luz parecía concentrarse sobre la casa que hay en el promontorio del islote: «Una necesidad así solo puede emanar de un lugar sagrado»[132]. Se me cruzaron muchos pensamientos exquisitos cuando vi aquel humilde edificio iluminado por una luz tan resplandeciente y suave, entre montañas altas y oscuras, me sentí casi como deben sentirse los poetas. Estaba muy cansada cuando llegué a casa, demasiado para sentarme a leer, así que intenté escribir versos, ¡ay! Me quedé rendida esperando a William y me fui a la cama pronto. Los carros de Fletcher pasaron muy tarde por casa.

Viernes [19]. Una mañana muy lluviosa. Fui al camino a recoger musgo para encender un fuego más alegre a la espera de que regrese mi querido amigo. ¡Pobre C.! Ni deseaba ni esperaba que lloviese así. El señor Luff llegó tan pronto que todavía estaba comiendo. Tuvimos una larga conversación. Se marchó a las cuatro, media hora después. Por fin llegó Coleridge. Sus ojos parecían un poco irritados por el viento. Verle me afectó más de lo que pensaba. Él parecía medio estupefacto. William llegó poco después. Coleridge se acostó tarde, y William y yo nos estuvimos despiertos hasta las cuatro. Sara nos trajo una carta de Mary. Discutieron sobre Ben Jonson[133]. Mi ánimo estaba muy agitado.

Sábado (20). Una mañana bastante agradable, sobre todo después de las once, pero lo cierto es que justo después de despertarme todo el valle estaba cubierto de nieve. William y Coleridge fueron andando hasta Borwick. Salí en su búsqueda, pero no los encontré; cuando volvía a casa ya habían llegado. Tuvimos una pequeña conversación sobre viajes al extranjero. La tarde transcurrió en un maravilloso ambiente de amabilidad. Después de tomar el té leí *The Pedlar*. Después de la cena hablamos de varios temas, entre ellos de la conveniencia de bautizar a los niños. William y Coleridge se fueron a la cama a las doce.

Domingo [21]. Un día muy lluvioso. Coleridge y William se quedaron mucho tiempo en la cama. Fuimos a casa de George Mackareth a buscar el caballo para ir a Keswick, pero no estaba disponible. Fui con C. a Borwick donde se despidió de nosotros. William se encontraba muy mal. Tuvimos una conversación dulce y tierna. Escribí a Mary y a Sara.

Lunes [22]. Un día lluvioso. William muy mal. Dos cartas de Sara y una de la pobre Annette. Leí la carta de Sara mientras él estaba aquí. Terminé las cartas a M. y a S. y le escribí una a mi hermano Richard. Hablamos mucho de C. y de otras cosas interesantes. Decidimos ir a ver a Annette y también hablamos de la convenciencia de que William pasase a buscar a Mary. William escribió a Coleridge para advertirle de que no nos esperase hasta

el jueves o el viernes.

Martes [23]. Una mañana dulce. William trabajó en el poema del *Cuckoo*[134]. Me puse a coser a su lado. Después de comer William se acostó un rato, yo leí en alemán y cuando empezaba a irse la luz me fui al huerto y allí estuve un rato. William vino a buscarme. Caminamos un rato por el huerto, hablamos de C. William me recitó de nuevo el poema. Lo dejé solo escribiendo y al cabo de veinte minutos volvió a entrar completamente agotado. Ahora está leyendo a Ben Jonson, yo he vuelto a insitir con el alemán. Son casi las diez en punto, la noche es muy tranquila. El fuego se agita, el reloj hace tic-tac, y yo no oigo nada que no sean las respiraciones de mi querido hermano que de vez en cuando pasa una página de su libro. Fletcher no ha pasado por casa, así que no hay ninguna carta de C.

Miércoles [24]. Fuimos caminando hasta Rydale a recoger cartas. La mañana era hermosa: cálida, tranquila con algunas neblinas. Nos encontramos con una carta de M. H. Me prometí que no abandonaríamos este condado. Sara y Tom no irán a Wolds. Por la noche le escribí a Mary[135]. Me acosté justo después de comer. William corrigió *Butterfly* [Mariposa] en cuanto volvimos a casa, veníamos de Rydale.

Jueves [25]. Una mañana preciosa.

Viernes [26]. Una mañana muy hermosa. William le escribió a Annette, después trabajó en el *Cuckoo*. Me encontré mal, con el ánimo muy bajo. Después de comer nos pasamos dos horas en el huerto. Después de tomar el té dimos una caminata hasta la cima del White Moss, e hicimos una parada en casa de los Olliff. Dejé allí a William y ya sola en casa pasé a limpio poemas, me alarmé por su salud y fui a buscarlo. Lo encontré en casa del señor Olliff. Había intentado, en vano, mejorar un pasaje de su poema *Silver How*. Acababa de escribir una conclusión. Mientras yo me iba a la cama él escribió *The Rainbow* [El arcoíris][136].

Sábado [27]. Una mañana divina. Durante el desayuno William escribió parte de una oda[137]. El señor Olliff nos envió una partida de estiércol y William fue a trabajar al jardín. Estuve todo el día en el huerto.

Domingo [28]. Fuimos a Keswick. Llegamos con la piel húmeda. Carta de Mary. C. no estaba cansado y salió a pasear para encontrarse con nosotros. Me acosté después de comer, con un fuerte dolor de cabeza.

Lunes [29]. Un día frío. Fuimos a casa de la señorita Crosthwaite para empaquetar la caja. William y C. fueron a Armathwaite. Carta de S. H.,

dolor de cabeza, me acosté después de tomar el té. Conversación con la señora Coleridge.

Martes, 30 de marzo. Fuimos a casa de los Calvert. Me encontré un poco mejor, pero no bien del todo.

Miércoles, 31 de marzo de 1802. Me encontré muy mal. Dimos un paseo hasta Portinscale, nos detuvimos en el prado y observamos el valle de Newlands; de Borrowdale hasta Keswick disfrutamos de suaves vistas casi venecianas. Acompañé a la señora W. a la reunión con los cuáqueros, fuimos paseando. Nos cruzamos con William y atravesamos juntos el prado.

Jueves, 1 de abril. La señora C., William y yo fuimos al How. Una mañana deliciosa, volvimos a casa por Portinscale. Pasamos un rato sentados en la loma.

Viernes 2. William y yo pasamos toda la mañana sentados en el campo y después yo cuidé a Derwent. Tomamos el té con la señorita Cockin.

Sábado 3. William fue a Skiddaw con C. Cenamos todos en casa de los Calvert. Un día hermoso.

Domingo 4. Conducimos la calesa hasta Water End. Luego descendimos hasta la casa de Coleridge. La señora C. fue a Greta Bank a tomar el té. William dio un paseo con la señora C. Les recité los versos a los dos. Pasamos un tiempo muy placentero hasta la hora de la cena.

Lunes 5. Fuimos a Eusemere. Coleridge paseó con nosotros hasta Threlkeld, y volvió a Eusemere para tomar el té. Vimos a la maestra de la escuela de Dacre y a sus jóvenes estudiantes. Cuando llegamos a casa de la señora Clarkson, la encontramos trabajando en el jardín.

Martes 6. La señora C., William y yo salimos a dar un paseo por el lago. Al atardecer acompañé a William a Dalemain. La luna y las estrellas.

Miércoles 7 . Cumpleaños de William. Caminé casi diez kilómetros a su lado. Llovió un poco, pero hizo buen día. Tomamos un caldo para cenar, me fui pronto a la cama.

Jueves 8. La señora C. y yo dimos un paseo hasta Woolside. Después de comer nos acostamos en el sofá. No nos levantamos hasta las diez y media. La señora C. estaba cansada. Le escribí a M. H. por la mañana y a Sara por

la tarde.

Viernes 9. La señora C. estaba sembrando en su jardín. Envié las cartas. Por la mañana sopló un viento áspero sobre el lago. El sol brilla muy frío. Noche ventosa. De paseo en dirección a Dunmallet grabamos nuestros nombres en un árbol.

Sábado, 10 de abril. Día muy frío, tormentoso; le escribí una carta a C., otra a William y una tercera a S. H.

Domingo 11. Día tormentoso, mucho frío, no salí a caminar.

Lunes 12. El suelo estaba cubierto de nieve. Caminé hasta la casa de T. Wilkinson y aproveché para enviar cartas. La mujer me entregó una de William y Mary. La noche había sido ventosa y desagradable. Thomas Wilkinson se vino conmigo a Barton, y me interrogó todo el camino como un catequista. Cada pregunta era como si me arrancasen una hebra del corazón. Tenía la cabeza llena de pensamientos sugeridos por la carta a medio leer y por otras cosas. Me alegré cuando me dejó. Después tuve tiempo de mirar la luna mientras me entregaba a mis propios pensamientos. La luna viajó a través de las nubes, tiñéndolas de amarillo antes de pasarlas. Llevaba dos estrellas a su lado, una más grande que la otra. Estas estrellas crecían o disminuían al verse cubiertas por las nubes o al salir de ellas. Justo en este mismo instante William, como sabría al día siguiente, estaba cruzando a caballo la distancia entre Middelham y Barnard Castle tras despedirse de Mary. Cuando llegué a casa pude leer entera la carta. El señor y la señora C. estaban jugando a las cartas.

Martes, 13 de abril. Pasé una noche muy mala, sin apenas dormir, y me obligué a ir a la cama después de comer. La señora C. me despertó, había llegado una carta de Coleridge. Después de tomar el té salí a dar un paseo, recorrí el camino que bordea el lago y llegué justo al sitio donde el señor Smith planea construir su casa. El aire estaba sereno, el lago era de color pizarra brillante, las montañas iban oscureciéndose. Los pájaros volaban hacia unas orillas que parecían desvanecerse. Las ovejas descansaban y todas las cosas reposaban en silencio. De vuelta me encontré con Jean. William ya estaba en casa. La sorpresa me puso muy alegre. Se encontraba bien, pero parecía muy cansado, se tomó una taza de té y se fue pronto a la cama.

Miércoles 14. William no se levantó hasta la hora de comer. Di un paseo con la señora C. Mi ánimo estaba por los suelos, me sentía descorazonada. William y yo dimos una larga caminata bajo la lluvia.

Jueves 15. Una mañana amenazadora, de niebla, aunque suave. Después de comer nos alejamos de Eusemere. El señor Clarkson recorrió un tramo del camino con nosotros, pero enseguida volvió a su casa. El viento empezó a soplar con mucha furia y nos preguntamos si no habría sido mejor haber vuelto antes. Nos refugiamos en el gran cobertizo y después en el bosque que crece justo frente a la casa del señor Clarkson. Vimos el arado en el campo. El viento nos quitó el aliento. El lago tenía un aspecto áspero. Vimos flotar un barco en mitad de la bahía, más allá de Water Millock. Nos tomamos otro descanso en el senderito que lleva a Water Millock. Los espinos están negros y verdes, los abedules que crecen aquí y allá empiezan a verdear, pero todavía prevalecen en las ramas las yemas púrpura. Sorteamos un prado para evitar a unas vacas. Vimos gente trabajando. Unas cuantas prímulas al borde del camino, ocas, anémonas, violetas sin aroma, fresas, y esas flores estrelladas y amarillas que la señora C. llama hierbas de la fortuna. Cuando nos habíamos adentrado en el bosque, pasado Gowbarrow Park vimos unos narcisos que crecían cerca de la orilla del río. Nos imaginamos que las semillas habían atravesado flotando el lago hasta desembocar en la tierra de la orilla, y que así había surgido esta pequeña colonia. Pero a medida que avanzábamos nos dimos cuenta de que había más y más narcisos, y en un momento dado descubrimos bajo las ramas de los árboles un amplio cinturón de estas flores, bordeando la orilla, con la misma anchura que un camino público. Nunca había visto unos narcisos tan hermosos. Su vigor los empujaba a crecer entre las piedras musgosas, por encima de ellas y a los lados, alguna flor descansaba la cabeza sobre la piedra como si fuese una almohada para reposar, y las demás las rodeaban, y cuando las rozaba el viento parecía que riesen, bailasen y cantasen. Parecían estar verdaderamente alegres, siempre vigilantes, siempre creciendo. El viento soplaba en el lago sobre las flores. Encontramos algunos baches y unas pocas cuestas, unos cuantos campos empinados, pero eran tan pocos que no interrumpían la sencillez, la unidad y la viveza del conjunto. Hicimos otra parada y luego otra más. Caía una tormenta sobre las bahías y oímos el oleaje a distancias distintas y también en medio del lago, igual que si fuese un mar. La lluvia nos alcanzó, estábamos ya empapados al llegar a casa de los Luff pero llamamos a la puerta para que nos dejasen entrar. Cuando mirábamos el temporal todo parecía deprimente y sombrío. De no haber estado los Luff en casa nos habríamos calado hasta los huesos mientras esperábamos, nos pusimos ropa seca en la posada de Dobson. Una doncella jovencísima me trató muy bien. La dueña nos dio un trato algo áspero, pero esa era su manera de ser. Nos ofreció una cena divina, un jamón y unas patatas excelentes. Pagamos siete chelines antes de marchar. William estaba sentado delante de un fuego brillante cuando yo bajé las escaleras. Enseguida se trasladó junto a los libros amontonados en un rincón, cerca

de la ventana. Cogió un volumen del *Orador* de Enfield, un libro de misceláneas y un libro extraño, con las obras de teatro de Congreve. Nos tomamos un vaso de ron caliente con agua. Lo pasamos bien y pensamos en Mary. Cuando nos fuimos a la cama llovía y soplaba un viento fuerte.

Viernes, 16 de abril (Viernes Santo). Cuando corté las cortinas de buena mañana me sentí muy afectada por la idea de los cambios. El sol brillaba, el viento había desaparecido, las montañas parecían alegres y el río resplandecía mientras fluía hacia el lago. La iglesia se alzaba después de un pequeño amontonamiento de rocas, el campanario no parecía más alto que una casa corriente de tres pisos. Junto a la pared del jardín los árboles formaban una fila. La llanura del valle queda interrumpida por pequeños altozanos rocosos, recubiertos de bosque, que forman espacios retirados, encantadores valles menores dentro del valle principal. El río serpentea entre estas montañas, progresando, sin darse prisa, pero tampoco despacio, rumbo al lago. Nos encontramos con un pescador en la pradera llana de la otra orilla. El hombre se acercó a nosotros y arrojó su ropa sobre los dos arcos del puente. Se trata de un puente de construcción muy sólida, aunque medio inclinado por la acción del clima, es de piedra gris, y en su arquitectura se aprecia un aire antiguo que me gustó mucho. A medida que avanzábamos por el valle este se abría cada vez más en otro valle más espacioso que recordaba a una cuna. Por las laderas de las montañas vimos algunas casitas dispersas, todas rodeadas de árboles. Adelantamos a dos niños, que resultaron ser gemelos y de dos años de edad. Nos sentamos un rato en el siguiente puente que encontramos, de un solo arco. Poco después descansamos otro rato sobre un prado y pudimos observar ese mismo puente. Vimos puentes naturales en el agua formados por las grandes piedras que la corriente arrastraba. Una oveja se precipitó hacia el río, pasó muy cerca de nosotros y se tropezó al llegar a la orilla. La había asustado un perro que estaba en la otra orilla. Su gruesa lana quedó empapada y de su vientre cayó una llovizna brillante. Al lado del camino encontramos prímulas, hierbas de la fortuna que brillaban como estrellas de oro iluminadas por el sol, fresas y violetas escondidas y medio enterradas entre la hierba. Cuando llegamos a la orilla del lago Brothers, dejé a William sentado junto al puente, y seguí andando por el camino que queda a la derecha del lago, y que se interna en el bosque. Me emocionó ver lo que vi. El agua corriendo bajo las ramas desnudas de unos árboles muy antiguos, la sencillez de las montañas y la exquisita belleza del sendero. Descubrí una cabaña gris. Las luciérnagas me rodearon durante el camino. Me senté con las piernas colgando del puente y pensé que podría quedarme en ese sitio para siempre. Al volver me encontré que William estaba escribiendo un poema descriptivo sobre los paisajes que acabábamos de ver, y también sobre los sonidos que habíamos oído.

Estábamos rodeados por el suave fluir del arroyo, por un lago brillante y animado, por los campos verdes que parecían ajenos a las criaturas vivas; detrás teníamos un pastizal con cuarenta y dos cabezas de ganado alimentándose, y a nuestra izquierda nos esperaba el camino que conduce a la aldea. No vimos nada de humo, el sol brillaba sobre los techos desnudos. La gente se entregaba al trabajo: araba, arrancaba malas hierbas, sembraba. Muchachas transportando estiércol, los espaciados ladridos de un perro, el canto del gallo, los gorjeos de los pájaros, restos de nieve como remiendos en lo más alto de las montañas más altas, prímulas amarillas, las ramas verdes y las yemas púrpura de los abedules, los fresnos con sus troncos brillantes y desnudos. El espino de un verde brillante, aunque bajo el roble crece en tallos negros. Los destellos que emite el musgo de los robles. Seguimos adelante. Adelantamos a dos hermanas que iban a trabajar (ellas nos habían adelantado poco antes), una llevaba dos horcas en una mano, la otra cargaba con una pala. Las oímos reír mucho cuando las dejamos atrás, en parte por despreocupación, en parte también por audacia. William terminó su poema. Antes de llegar a las faldas de Kirkstone nos encontramos con centenares de cabezas de ganado pastando en el valle. Allí mismo comimos. El paseo hasta Kirkstone fue muy interesante. La superficie de todas las rocas estaba repleta de vida. William me mostró el pequeño arroyo envuelto de musgo que le robó el corazón cuando vio su discurrir verde brillante entre la nieve. La vista de Ambleside era muy hermosa. Allí mismo nos sentamos y contemplamos el valle, tan verde. Vimos cómo los cuervos, pese a que estaban a poca distancia de nosotros, se volvían blancos como la plata mientras volaban bajo el sol, y cuando se alejaban se transformaban en marcas de agua sobre el verde de los campos. La blancura de la iglesia de Ambleside es una gran prueba de la belleza que atesora el paisaje visto desde este emplazamiento. Visitamos a los Luff, los Roddington[138] no estaban en casa y decidimos rodear los campos. Me quité las medias con la intención de vadear el Beck, pero me vi obligada a volver a ponérmelas y a cruzar por el puente. El cartero nos adelantó. ¡Ninguna carta para nosotros! El lago de Rydale se había sumergido en su propio brillo vespertino, que afectaba al islote y a otros puntos dispersos. Jane Ashburner se acercó a nosotros cuando estábamos descansando cerca del muro. Nos subimos en el carro y nos llevaron a casa de Tom Dawson. El jardín estaba muy hermoso bajo la tenue luz de la luna, con el día a medio terminar. Cuando nos adentramos en el prado que rodea el lago aparecieron más y más reses de ganado, por lo menos vi cien cabezas.

Sábado 17. Lluvia suave y cálida. Estuvimos sentados en el jardín toda la mañana. William cavó un poco. Trasplanté una madreselva. El lago estaba en calma y las ovejas del islote se reflejaban en el agua, igual que aquel

ciervo gris que vimos en Gowbarrow Park. Dimos un paseo después de tomar el té bajo la luz de la luna. Me pasé la tarde entera en la cama y William se durmió en la silla. Salimos a pasear, primero en dirección a Rydale, luego dimos media vuelta y pasamos por debajo de la casa del señor Olliff. El pueblo estaba muy hermoso a la luz de la luna. Nunca habíamos visto el Helm Crag así. El seto muerto que rodea el campo de Benson se unía en su parte alta con una serie de estacas de fresno entrelazadas, cuando las iluminaba la luna brillaban como una cadena de plata. Recibí una carta de C. y otra de S. H. Vi a un petirrojo persiguiendo una mariposa escarlata esta misma mañana.

Domingo 18. Me acosté tarde. De nuevo otra mañana gris, con nieblas altas en el cielo, nos sentamos un rato en el huerto. William escribió el poema sobre el petirrojo y la mariposa. Fui a tomar el té a casa de los Luff, pero como no comimos hasta las seis en punto, ya era tarde. Durante todo el camino llovió un poco y hubo neblina, aun así fue un paseo muy agradable. William se cruzó conmigo en Rydale, yo iba en compañía de Aggy. Estuvimos conversando hasta tarde. William me contó la conclusión del poema sobre el petirrojo. Le recité lo que llevaba escrito cuando se acostó. Él retocó algunos versos.

Lunes 19. Cayó una lluvia muy suave y cálida. William trabajó en el jardín, hice empanadas y horneé pan. Cuando dejó de llover la niebla se despejó y el sol se puso a brillar. William dio un paseo hasta casa de los Luff. No me encontraba demasiado bien, así que me acosté. Había llegado a casa pálida y muy cansada, y una vez en la cama tampoco logré conciliar el sueño.

Jueves 20. Una hermosa mañana. El sol brillaba. William escribió la conclusión del poema sobre la mariposa:

Te he visto ahora media hora completa.

Yo estaba con el ánimo por los suelos y me refugié en el huerto. Cuando salí ya había terminado el poema. La tarde era muy hermosa. El sol brillaba sobre los campos llanos y el ojo los veía más verdes. Las casas y el pueblo, todo estaba alegre, la gente trabajaba. Nos sentamos en el huerto y recité *The Glowworm* [La luciérnaga] y otros poemas. Justo cuando William llegó a un pozo que hay en el terreno del señor Darlington empezó a corregir el poema de *The Glowworm.* Nuestro caballo se sentía incapaz de ir a un trote rápido, así que lo cambiamos en la ciudad de Staindrop. William terminó el poema a unos cuatro kilómetros de Staindrop, no sintió el trote del caballo mientras escribía, pero cuando terminó se dio cuenta de que, pese a los guantes, se le habían medio congelado los dedos. Su caballo se

cayó al otro lado de St. Helen, en Auckland. Las fechas del poema sobre la luciérnaga son las siguientes: empezó a escribirlo cuando venía de Middleham el lunes 12 de abril de 1802. El jueves 20 Coleridge vino a visitarnos mientras estábamos sentados tomando el té. El tono de mi voz sobresaltó a William. Coleridge apareció pálido, pero después me di cuenta de que se encontraba bien. William no se encontraba tan bien y yo tenía el ánimo decaído.

Miércoles 21. William y yo dimos juntos un pequeño paseo por el jardín. Coleridge nos acompañó y nos recitó los versos que le había escrito a Sara[139]. El poema me conmovió, pero Coleridge no se encontraba bien, sufría un malestar general, y su estado de ánimo era miserable. La luz del sol, los campos tan verdes y la belleza del cielo me ayudaron a sentirme mejor. Incluso los pequeños y felices corderos, tan agitados, parecían estar retozando con el propósito de beneficiarme. Alfombras de hierba extendidas y por encima mil estrellas brillantes; prímulas diseminadas y un puñado de narcisos. Ayer limpiamos el pozo, pero sigue siendo un pequeño estanque fangoso, aunque por un tiempo estará lleno de agua. Me fui a la cama después de la comida, incapaz de conciliar el sueño, me levanté, me acosté otra vez. Leí la biografía de Ferguson y un poema o dos[140]. Me adormecí cinco minutos y bastaron para abrir los ojos con mejor ánimo. Tomamos el té. Pasamos la tarde sentados cómodamente, me acosté temprano.

Jueves 22. Una mañana dulce y hermosa. Fuimos de paseo hasta Easedale. El sol brillaba. Coleridge nos habló de su plan: sembrar codeso de los Alpes en el bosque. Las aguas estaban altas, había llovido mucho por la noche. Estaba muy cansada y me senté a la sombra de un acebo que crecía entre las rocas. Allí me puse a mirar la corriente. Después fui hacia un acebo solitario que crece detrás de una roca muy singular y me senté detrás de la hierba al lado de la cascada. Desde allí observé a los chicos y escuché a William arrojar piedras al río: el ruido llegaba incluso a la distancia en la que yo me encontraba. Cuando volvieron William nos recitó el poema *I Have Thoughts that Are Fed by the Sun* [Tengo pensamientos que se alimentan del sol][141]. Le parecía que se habían alejado del sonido de la cascada cuando tras sobrepasar una roca volvió a escucharlo. Cuando entramos en el valle volvió a llover con fuerza. Vimos una familia con niños pequeños que se ponían a resguardo junto a un muro para protegerse, emplearon sus ropas para formar un toldo. La criada estaba plantando patatas cerca de ellos. Coleridge tuvo que cambiarse de ropa, todos llegamos empapados. Wilkinson llegó mientras estábamos comiendo. Con Coleridge comimos grosellas y bebimos agua después de la comida.

Viernes, 23 de abril de 1802. Al ver que la mañana era hermosa salimos a las once con la intención de no volver hasta mediodía. Nos dirigimos hacia Rydale, y antes de llegar a casa de Tom Dawson, decidimos ir al Nab Scar. Allí nos dirigimos. El sol brillaba y nosotros estábamos perezosos. Coleridge examinó varios sitios donde sentarnos, pero no fuimos capaces de ponernos de acuerdo sobre si preferíamos sol o sombra, así que seguimos a pie hasta las faldas del Nab Scar. Cuando lo miramos de cerca nos pareció enorme, muy pedregoso, y en lo alto vimos un árbol incipiente. William observó que la copa del tejo, por la fuerza del viento, había perdido su condición vegetal y se había convertido en una especie de madera lítica. Coleridge y yo empezamos la escalada antes. Dejamos a William sentado sobre una piedra, disfrutando del silencio. Coleridge y yo tomamos asiento en una roca, tan cómoda como el diván que está bajo el emparrado de rosas de William y la retama de Andrew. William estaba justo debajo de nosotros y podíamos verle. Después se nos acercó, nos sentamos a su lado y nos recitó sus poemas. Se hizo un asiento en el suelo, de tierra desmenuzada. Después pasamos mucho tiempo contemplando los valles. El valle de Ambleside con sus arboledas, el pueblo que se extiende bajo la montaña y los campos verdes; el valle de Rydale con su lago resplandeciente, que parecía vivo, levemente agitado por las brisas; y nuestro querido Grasmere con la naturaleza rodeando un pequeño lago, sin casas, sin prados verdes, envuelto en montañas peladas y circundado por el río. Por encima veíamos las cimas de Coniston con su aspecto y sus colores específicos. Estas montañas no pertenecen a ningún hombre, pero todo parece puesto para ellas: el cielo, las nubes y las escasas bestias salvajes. Coleridge fue en busca de una perspectiva novedosa, le vimos subir por una roca, desde allí nos llamó y lo encontramos junto a una bóveda de piedra, la más hermosa que nunca he visto. La roca es muy alta por uno de los lados, toda está cubierta de una hierba que cuelga libremente, cargando con racimos de bayas marrones. Por el otro lado era un poco más alta que mi cabeza. Dirigimos la mirada hacia el fondo del valle de Ambleside, la aldea situada bajo la montaña parecía haberse alejado de nosotros. La isla de los abetos resplandecía con gran belleza, jamás habíamos visto tantos árboles plantados en una fila. Alrededor de esta glorieta vimos fresnos de montaña, fresnos corrientes, tejos, hiedra, encinas, espinos blancos, musgo mezclado con flores y una alfombra de musgo. Arriba, en la parte superior de la roca, hay otro sitio digno de ver. Es apenas una bóveda, forma una pequeña sala, aunque no está encerrada entre paredes, sino que baja entre las rocas y la tierra que se ha levantado a su alrededor. Está toda alfombrada de musgo suave. Al día siguiente decidimos ir a plantar flores en varios sitios distintos. Les deseé a Mary y a Sara lo mejor. Comimos tarde. Después William y yo trabajamos en el jardín. C. leyó. Recibimos una carta de Sara.

Sábado 24. Un día muy húmedo. William me llamó para que fuéramos a ver una cascada detrás de los espinos. Por la tarde dimos un paseo hasta Rydale. Coleridge y yo nos quedamos rezagados. Coleridge se detuvo en el pequeño sendero que se desprende del camino principal para precipitarse sobre el lago. Todos nos detuvimos para mirar, en dirección a Glowworm Rock, a una prímula que crecía mirando de cara al camino, protegida por su propia bóveda. William observó que las nubes se movían como si fuesen un cuerpo regular, una multitud en movimiento, como si todas las nubes del cielo perteneciesen al mismo organismo. A la vuelta el día empezó a desvanecerse y vimos alguna estrella. Una apareció justo en el momento que el cielo parecía un lago azul pálido.

Domingo, 25 de abril. Después del desayuno salimos a pasear con Coleridge en dirección a Keswick. Wilkinson nos dio alcance cerca de Potter e interrumpió nuestra conversación. C. se subió a una calesa con el señor Beck, y se alejó de nosotros. Nos sorprendió la lluvia, pero enseguida paró. Terminamos de pasar la mañana en el huerto. Leí el *Epithalamium* de Spenser. Di un paseo por el huerto. El señor Simpson vino a casa a tomar el té, no se encontraba demasiado bien antes de venir, nos trajo unas plumas, cortesía de Molly Ashburner, y un libro de su hermano[142]. Los Luff vinieron de visita.

Lunes, 26 de octubre. Copié los poemas de William para Coleridge. Recibí cartas de Peggy y de Mary H. Le escribí a Peggy[143] y a Coleridge. Terrible lluvia, viento todo el día. Me acosté a las doce.

Martes 27. Una mañana muy hermosa. La señora Luff vino de visita y nos fuimos de paseo hasta el embarcadero. Nos encontramos con William en la cima de la montaña, llevaba la caña de pescar en la mano. Hicimos juntos el camino de vuelta y nos paramos en el cerro para contemplar Rydale. Le dejé un rato a solas con la intención de unirme a él más adelante pero se fue directo a casa; allí me dijo que sus versos no se sostenían en el tiempo, que había tenido ya experiencias muy duras. William se sentó en el huerto, yo horneé pan. Vino la señorita Simpson y di un paseo con ella camino de Goans. Cuando volví me lo encontré limpiando el muro con la ayuda de John Fisher. John había arreglado la hierba que rodeaba la colmena. Por la tarde William empezó a escribir *The Thinker* [El pensador][144]. Recibimos una carta y versos de Coleridge.

Miércoles, 28 de abril. Una mañana soleada y hermosa pero también fría. Copié el *Cuento de la priora*. William estaba en el huerto, fui a buscarle, pero trabajó sin cesar en su poema, pese a que estaba enfermo y cansado. Lo único que se me ocurrió decirle es que cuando era niña jamás me atreví

a arrancar una fragaria florecida. Le dejé solo y me puse a copiar otro cuento de Chaucer. Cuando llegó la hora de comer acudió con el poema de los niños y las flores. Pero todavía no estaba terminado, y su composición lo tuvo ocupado hasta la hora de comer. Ahora está trabajando en *The Thinker*. Me prometió que después de tomar el té no trabajaría más, pero hace hora y cuarto que he terminado el mío y él apenas ha tocado el suyo. Hemos dejado que el sol brille sin salir a pasear. Ahora está a punto de ponerse a llover y ya no creo que salgamos. Copié unos pocos versos de Coleridge. Después recorrimos varias veces el camino que separa nuestra casa de la de los Olliff. Charlábamos sobre T. Hutchinson y Bell Addison[145]. William me dejó sentada sobre una piedra. Al regresar corregimos los cuentos de Chaucer, pero no fui capaz de terminarlos esta misma noche. Me acosté.

Jueves 29. La mañana fue muy hermosa. El sol brillaba y el paisaje era muy agradable. Enviamos nuestro paquete para Coleridge en una calesa. El señor Simpson escuchó hoy a William recitar *Cuckoo*. Fue antes de que saliéramos, justo después de que yo copiase el *The Tinker*, que William terminó esta mañana. Luff vino de visita. Estaba muy cojo, le vi cojear en la cocina, vino con un pequeño poni. Después fuimos a la arboleda de John, pasamos un rato muy agradable. William se tumbó en la hierba, yo me senté apoyada en el muro que se levanta junto a la valla, le vi cerrar los ojos, para escuchar mejor el sonido de las cascadas y las aves. Me detuve en aquel sonido, combinaba el rumor del agua con la voz del aire. William me dijo que de vez en cuando me escuchaba respirar y moverme pero que predominaba el silencio, los dos quietos, sin ver ni ser vistos por nadie, y que en ese estado llegó a la conclusión de que sería muy dulce yacer así en la tumba, escuchar los murmullos pacíficos de la tierra, con la seguridad de que a nuestro lado solo reposan o vienen a visitarnos amigos muy queridos. El lago seguía en calma. Vimos un bote sobre las aguas, Silver How tenía el color de la plata y se reflejaba en el agua con delicados tonos amarillentos y púrpura, unos matices que pocas veces había visto antes. Los corderos correteaban en el islote, y también lo hacía la media docena que habían dejado sueltos en el prado más cercano. Las arboledas verdes, los espinos verdes. Después fuimos directos a casa a comer y volvimos a salir de paseo, esta vez en dirección a casa del señor Simpson. Pasamos mucho tiempo descansando junto a una pared. Las ovejas y los corderos estaban sueltos por el campo, de todas las casas salía humo por las chimeneas. Me fijé mucho en los lomos de las ovejas, por cómo les daba el sol, el pelaje lucía muy hermoso, pero también suscitaba un efecto extraño, como si fuesen otra clase de animales, pertenecientes a un mundo más espléndido. Me encontré en la puerta con el viejo señor S. y con la pobre señora S. Recogí prímulas y pensamientos. Salí de casa un tanto

indispuesta y así de indispuesta tuve que volver. Nos acostamos de inmediato, dormí en el piso de arriba. El aire era tan frío que parecía presagiar una helada.

Viernes, 30 de abril. Después de desayunar nos fuimos directamente al huerto y nos sentamos allí. El lago estaba en calma, el cielo nublado. Vimos a dos pescadores en la orilla. William empezó a escribir su poema sobre la celidonia. Paseamos arriba y abajo mientras William me repetía su poema, después volvía a trabajar en él, a corregirlo, no se rendía. No acabó de comer hasta las cinco de la tarde. Después le llevamos los vestidos de piel a Hollins. Encontramos un dulce asiento y decidimos que lo visitaríamos a menudo. Cubrimos cada uno de los asientos elegidos con un vestido de piel y allí nos tumbamos. William se durmió, tenía dolor de cabeza por culpa de cómo se había alterado la noche pasada leyendo la carta de C. Yo no dormí, sino que me quedé con los ojos entrecerrados, observando el paisaje casi como si fuese una visión. Me sentía resignada. Loughrigg era la montaña más lejana, también se veía el lago, que parecía deslizarse entre las arboledas. Y por encima de las arboledas el campo parecía inflamado. Más cerca reparé en una mezcla salvaje de rocas, árboles y manchas de terreno herboso. Cuando doblamos la esquina de nuestro pequeño refugio vimos la iglesia y el valle abierto. Es un lugar bendito. Los pájaros volaban a nuestro alrededor, parecían venir de todos lados. Petirrojos, pinzones y cuervos volaban alternativamente sobre nosotros, delatados por el sonido del aire. Nos quedamos allí hasta que se retiró la luz del día, y los pájaros más pequeños empezaban a recoger su canto. Pero había un zorzal, a no demasiada distancia, que parecía cantar más alto y claro que los demás zorzales durante el día. Llegamos a casa a las ocho en punto, tomamos el té, le escribí a Coleridge, y empecé una carta para la señora Clarkson. Me acosté cuando pasaban veinte minutos de las once, rezando para que William pudiera dormir bien.

Sábado, 1 de mayo. No nos levantamos hasta las ocho y media, una mañana celestial. En cuanto terminamos de desayunar fuimos al jardín y sembramos judías pintas alrededor de la casa. Cielo claro, mañana celestial. William me ayudó a sembrar las flores. Después nos sentamos en el huerto hasta la hora del almuerzo. Hizo mucho calor. William escribió *The Celandine* [La celidonia]. Decidimos ponernos a cubierto porque el calor era excesivo para nosotros. Después de comer volvimos a nuestro sitio de descanso entre los acebos, debajo de la roca. Primero estuvimos bajo el acebo, donde no se veía nada que no fuese el propio acebo y un olmo en flor recubierto de musgo, todo con un precioso cielo sobre nuestras cabezas. Pero el árbol de acebo proyectaba sobre nosotros una impresión de belleza muy superior a la que realmente tenía, sabíamos muy

bien lo que hacíamos cuando decidimos venir hasta aquí. Cuando el sol ya se había relajado lo suficiente dejamos la sombra de la roca. ¡Oh, la abrumadora belleza del valle que se abre a nuestros pies, más verde que el verde! Dos cuervos volaban en las alturas, en lo más alto del cielo, y el sol brilló en su vientre y entre sus alas; nos quedamos allí hasta que ya no quedó luz suficiente para ver otra cosa que no fuese la cima de la montaña de Loughrigg. Fuimos a tomar el té a las ocho, William extravió el poema, así que volvimos después de tomar el té. El paisaje ya se estaba desvaneciendo: las ovejas y los cordeos estaban tranquilos entre las rocas. Fuimos hacia la casa de los King, recorrimos ese camino arriba y abajo. Vimos tres estrellas solitarias bajo la bóveda azul; a menudo aparecen juntas, sobre el pico de las montañas más altas. William escribió la segunda parte de *The Celandine* por la noche. Hemos escuchado al cuco, ya es primero de mayo.

Domingo, 2 de mayo. De nuevo una mañana celestial. Carta de Coleridge.

IV. Cuarto cuaderno: del 4 de mayo de 1802 al 16 de enero de 1803

Martes, 4 de mayo. William ha dormido muy bien, aunque se acostó nervioso y hastiado, al final el sueño ha sido reparador. Copié *The Leech Gatherer* [El recolector de sanguijuelas][146] para él, un poema que empezó la noche anterior, y del que ha compuesto varias estrofas metido en la cama. Hacía mucho calor, llamamos a la puerta del señor Simpson cuando pasamos por delante de su casa, pero no llegamos a entrar. Leímos y releímos *The Leech Gatherer*. Al llegar a la cima de la montaña estábamos casi derretidos. Vimos a Coleridge en la orilla del río que da a Wytheburn, cruzó el Beck para saludarnos. El señor Simpson estaba pescando allí mismo. William y yo tomamos el pequeño almuerzo y después nos dirigimos hacia la cascada. Encontramos una gloriosa y salvaje soledad bajo el elevado peñasco púrpura. Parecía elevado por la propia fuerza de su personalidad, proyectaba una sombra como una masa, rodeada de sol. Seguimos adelante. Vimos volar un pájaro en lo alto del peñasco, daba vueltas con una finura y una transparencia que recordaban la forma y la manera de moverse de una polilla. Subimos por la montaña, buscamos una sombra, pero fue en vano, así que nos dirigimos al pie de la gran cascada. Descendimos y descansamos sobre una roca llena de musgo que parecía flotar sobre la corriente del río. Allí mismo comimos y nos quedamos acostados hasta las cuatro, quizá un poco más tarde. William y Coleridge se recitaron y leyeron versos. Bebí un poco de aguardiente con agua, me sentí en el mismísimo cielo. La cornamenta del ciervo es muy hermosa cuando sorprendemos la ágil silueta del animal saltando entre las cascadas. Los fresnos de montaña están verdes. Tomamos el té en una granja cercana. La mujer no nos trató con demasiada simpatía, pero al menos era una persona civilizada. Tenía un hermoso hijo de un año al que amamantaba. Nos despedimos de Coleridge en el peñasco de Sara, antes estuvimos buscando las letras que C. grabó por la mañana. Les eché de menos a todos. William hizo más profunda la letra T con la pluma de C. Después nos sentamos junto al muro, vimos la puesta de sol, y los hermosos reflejos sobre el agua inmóvil. C. parecía encontrarse bien, se despidió de nosotros con un semblante alegre, saltando sobre las piedras de la orilla. En el Raise nos encontramos a una mujer con dos niñas, a una la llevaba en brazos, la otra, de unos cuatro años, iba caminando a su lado, formaban un conjunto muy hermoso, pero parecían medio muertas de hambre. La niña llevaba un par de zapatillas que debieron pertenecer a uno de sus hermanos varones; las suelas estaban tan desgastadas que no debía ser sencillo sostenerse encima de ellas. ¡Pobre criatura! Tan jovencita

como era y ya caminaba de la manera más cuidadosa posible. Por desgracia también era demasiado joven para viajar en tales condiciones. Cuando nos dirigimos a la madre nos dijo que su marido la había dejado por otra mujer, y nos habló de cómo los había perseguido en vano. Después vimos cómo se encendía su furia y cómo sus ojos atravesaban el espacio que nos rodeaba. Enseguida volvió a llorar. Había nacido en Cockermouth, tenía treinta años, y ya tenía una hija cuando yo estuve en Cockermouth. Me conmovió y le di un chelín, mucho más de lo que pensaba darle en un primer momento. En el cielo vimos la luna creciente con «la vieja luna en sus brazos»[147]. Descansamos a menudo, siempre en los puentes. Regresamos a casa a las diez. Los Lloyd nos visitaron durante nuestra ausencia. Copié los versos de William mientras él descansaba en la cama. Cuando se tranquilizó lo dejé solo. «Este es el sitio»[148], una y otra vez.

Miércoles, 5 de mayo. Una mañana muy hermosa, bastante más fría que ayer. Planté tres cuartas partes del emparrado. Después amasé pan. Descansamos en el huerto. El zorzal cantó todo el día, en el campo de siempre. Escribí a los Hutchinson y a Coleridge, empaqueté. William no se puso a trabajar prácticamente hasta el momento de ir a la cama, pero justo cuando volvimos de nuestro paseo retomó el trabajo, y se acostó muy nervioso. Habíamos salido a dar un paseo con el crepúsculo y estuvimos caminando hasta que se hizo de noche. La luna mecía a la luna vieja en sus brazos pero no se veía tan clara como la noche anterior. Cuando nos acostamos recordaba a un barco, y la circunferencia ya no podía verse. Le leí *Lamentos de una amante*[149] a William, ya acostado, y se fue serenando.

Jueves, 6 de mayo de 1802. Una mañana muy dulce. Hemos terminado de arreglar el emparrado y nos hemos sentado en el huerto. Es la una en punto. Estábamos al lado del muro que mi hermano se puso a construir cuando decidimos que le acompañaría a vivir aquí. Él había pensado que sería bueno terminarlo antes de que yo me instalase. Era un lugar agradable, fresco y bien sombreado. Pequeños pájaros cantan, los corderos balan, los cucos nos reclaman, el zorzal pía para hacerse oír, la pala de Thomas Ashburner trabaja sin contratiempos (y sin pasión) en el huerto, las gallinas cacarean, las moscas zumban, las mujeres hablan en la puerta de casa, los árboles están en flor (los manzanos están verdes), los bosques lejanos son de un verde vivo, los cuervos graznan, hemos escuchado el paso del ciervo, los fresnos florecen, tantos pájaros vuelan a nuestro alrededor, la estrellada está saliendo, hay un lichi en ciernes, las prímulas están floreciendo, hay todas las celidonias, violetas y acederas que quieras, y pequeños geranios y pensamientos crecen en la pared. De noche caminamos hasta el final del camino de la cruz para preguntar por las

vallas que necesitamos para el huerto y por las flores del señor Luff. Las flores habían muerto, y no tenían vallas. Fui a echarle una mirada al bosque, William se vino conmigo. Queda en pie una considerable cantidad de robles pequeños, pero estamos seguros, no queremos pensar otra cosa, de que quedan más árboles. Las damas han visitado la casita del señor Gell, las vimos en el camino de ida, y el recuerdo de su alegría nos acompañó a la vuelta. A nuestra llegada nos esperaba un periódico con una reseña y una carta de Coleridge, con versos dedicados a Hartley[150] y a Sara H.[151]. Leímos la reseña. La luna tenía la silueta de un barco perfecto, un barco de plata suspendido en la noche. Los abedules están sacando por todas partes una hoja pequeña: vistos así me parecen más ligeros y elegantes que cuando están completamente llenos de hojas grandes; el árbol parece inclinarse hacia la brisa, como enamorado de sus propios movimientos deliciosos. Espinos y endrinos entre los setos.

Viernes, 7 de mayo. William durmió inusualmente bien, así que se sintió tan fuerte que se puso a trabajar en *The Leech Gatherer*. Escribió muy concentrado hasta la hora de la cena. Cuando se rindió, tan cansado como un muerto, había terminado el poema. Yo estaba cosiendo los trajecitos de Derwent. Después de comer salimos al huerto. El aire era espeso, nebuloso y aburrido. El zorzal cantaba sin apenas descansar. Los pajaritos estaban más ocupados de lo habitual con sus cantos. Los gorriones están ya completamente desarrollados. El nido está tan lleno que las crías reposan una encima de la otra, pero pasan el tiempo tranquilamente, con la boca cerrada. Di un paseo hasta Rydale después de tomar el té junto al fuego de la cocina. La tarde fue muy aburrida. Un brillo amenazador y muy desagradable cayó sobre Easedale al atardercer. El espino blanco se veía muy hermoso entre los setos. No recibimos ninguna carta. William salió a buscarme. En mi ausencia se había dedicado a cavar y a limpiar el pozo. El paseo nos llevó más allá de Lewthwaites. Cielo aburrido, aunque fresco, de vez en cuando se veía media luna. Llevé conmigo la carta de la señorita Clarkson mientras dábamos un paseo por el huerto. Observé que las hojas del alazán se abrían hacia las nueve. William se acostó agitado pensando en un poema.

Sábado por la mañana, 8 de mayo de 1802. Sembramos las judías pintas en el huerto y leímos *Enrique V*. William descansaba la espalda en el asiento y lloraba. «Lloré por nombres, sonidos, placeres y trabajos perdidos», un verso robado de un poema de Cowley sobre el deseo de retirarse al campo. Lo leí en una revista[152]. Terminé los trajecitos de Derwent. Después de la cena William añadió un escalón a la escalinata del huerto.

Domingo por la mañana, 9 de mayo de 1802. El aire era considerablemente

más frío que ayer pese a que el sol brilló todo el día. William trabajó en *The Leech Gatherer* casi sin descanso, desde la mañana hasta la hora del té. Lo copié con otros poemas para Coleridge. Me sentí oprimida y enferma del corazón al verle trabajar de esa manera hasta el agotamiento. Después de tomar el té escribió dos estrofas a la manera de *El castillo de la indolencia* de Thomson[153]. Estaba agotado. Malas noticias sobre Coleridge.

Lunes, 10 de mayo. Una mañana clara pero fría. William todavía está trabajando, aunque ya son más de las diez. Estará agotado, estoy segura. Mi corazón desfallece. William trabajó un poco en cosas extrañas, pero después de comer se rindió. Recibí una carta de Mary H. Estuvimos sentados en el huerto poco antes de comer. El viejo Joyce estuvo ocupado todo el día. Le escribí a Mary H. La señora Jameson y la señorita Simpson nos visitaron justo cuando William se acostaba, eran ya las ocho. Le escribí a Coleridge, en la carta le adjunté críticas y poemas, me acosté a las doce. William no logró conciliar el sueño hasta las tres de la madrugada.

Martes, 11 de mayo. El aire era frío. William terminó las estrofas sobre C. y él mismo. Hoy no salió de casa. La señorita Simpson vino a tomar el té, lo que afortunadamente sirvió para interrumpir su trabajo. Salí a dar un paseo con ella hasta Rydale. La noche era fresca, la luna solo asomaba de vez en cuando. En el camino de ida el lago estaba púrpura. Todavía vimos abundantes prímulas. No nos cruzamos con William, se dedicó a rematar definitivamente el poema. Al llegar a casa terminé la levita para Derwent. Nos fuimos a la cama a las doce. Me encuentro bastante bien, William tenía un aspecto excelente, pero no dejaba de quejarse de que sentía frío en el pecho.

Miércoles, 12 de mayo. Una mañana soleada, pero fría. Dimos un paseo hasta Easedale, volvimos por el camino que lleva a casa de George Rownson, un sendero muy estrecho. Trajimos con nosotros flores de cerezo, flores de heliconia, anémonas nemorosas, caléndulas de los pantanos, verónicas, esa flor de un azul precioso que recuerda al azul de las piedras o del cristal que usan los joyeros, y que a mí me gusta tanto como las perlas cultivadas; las anémonas han salido en abundancia, y también las todavía más queridas prímulas, parterres de violetas, todos los pensamientos que una quiera y pequeñas celidonias. Arranqué un manojo de las celidonias que estaban más altas. Mariposas de todos los colores: últimamente veo unas pequeñas que son de color púrpura pálido, violetas, o del color que llaman «ojo del emperador», y también del color que adoptan los geranios más grandes cuando crecen en la orilla del río. William señaló la belleza de la casa de Geordy Green[154]. Desde allí vimos nuestro huerto. William recogió hiedra y hermosas frutas del bosque que

coloqué encima de la chimenea. Estuvimos en el huerto una hora antes de comer, refrescaba. Ahora estamos comiendo. Me duele la cabeza. William se ha dormido junto a la ventana. Por la tarde nos habíamos ya sentado a la mesa para escribir cuando nos sobresaltó la voz de Coleridge desde el patio. Había venido andando, estaba un poco pálido, pero no parecía agotado. Estuvimos todos juntos hasta la una. William se acostó y yo me quedé con C. en la sala de estar (donde acabó durmiéndose) hasta las dos y cuarto. Le escribí a M. H.

Jueves, 13 de mayo. Día muy frío, con lluvias que arrastraban nieve. Coleridge tenía la intención de ir por la mañana a Keswick, pero el frío y las lluvias se lo impidieron. Después de tomar el té le acompañamos hasta las plantaciones por la carretera que baja hasta Wytheburn. Cuando nos despedimos de él dijo que no veía bien. Estuvimos una hora con el señor Simpson.

Viernes, 14 de mayo. Una mañana muy fría, granizo y nieve todo el día. Fuimos al bosque del Brothers con la intención de recoger plantas y después hasta la orilla del lago. Pero no encontramos el menor aliciente en recorrer ese largo y difícil camino en unas condiciones climáticas tan desapacibles. Volvimos al bosque del Brothers y lo recorrimos a izquierda y a derecha. William se cansó de buscar un epíteto para el cuco. Estuve un rato en el que fue mi asiento todo el verano pasado, una piedra cubierta de musgo blanco. William, ya desocupado, se puso a mi lado, en el mismo sitio donde Coleridge había estado tantas veces. Justo ahora asoman de las ramas nudos amarillos de hojas. Las flores se han desprendido de las ramas de los fresnos, han dado paso a las hojas. El jacinto azulado no ha brotado por completo, las caléndulas están saliendo, las de los pantanos están en plena gloria. La pequeña planta estrellada es como una estrella sin una sola flor. Recogimos y llevamos a casa una gran cantidad de caléndulas y las plantamos en el huerto. Después del almuerzo horneé pan y después remendé unas medias sentada al lado de William. Él se quedó dormido. Después de tomar el té me acerqué a Rydale para recoger las cartas. Fue un atardecer muy extraño. Las montañas estaban cubiertas por una fina película de granizo o de nieve, y las rocas negras transmitían una impresión invernal. Los bosques parecían más tristes, mientras que los matorrales estaban tan verdes como la hierba, un contraste completamente antinatural. Los árboles parecían medio arrugados, como encogidos en el aire. ¡Oh!, me dije, qué idea más hermosa tuvo Dios al deshojar los árboles en invierno para que podamos apreciar mejor su forma y su silueta. ¡Con qué libertad caen entonces las tormentas! Descubrí algunas flores nuevas, pero su contemplación no me procuró un placer excesivo. Caminé rápido para volver cuanto antes a casa con la carta que me envío S. H., y que leí

por encima en casa de Tommy Fleming. Me encontré con William en la parte superior del White Moss. Caminamos juntos hasta pasar la casa de los Olliff. Eran casi las diez cuando entramos en nuestra casa. William y Molly habían removido la tierra y plantado patatas en mi ausencia. Escribimos a los Coleridge. Le enviamos una carta a Annette y pan y ropa a los C. Me fui a la cama a las once y media. William estaba muy nervioso, se acostó obsesionado con la idea de corregir a fondo *The Rainbow*.

Sábado por la mañana [15]. Son ahora mismo las diez y cuarto. William todavía no está levantado. La señorita Simpson vino de visita cuando él todavía estaba en la cama. He pasado un buen rato en el jardín. Se ve fresco y en orden a pesar de la escarcha. Molly me dice que en la jarra de agua que dejó en su puerta anoche se formó una capa bastante gruesa de hielo.

Sábado 15. Una mañana muy fría y triste. Me la pasé entera remendando medias. Leí a Shakespeare. William se levantó muy tarde, anoche se acostó enfermo. Nevó toda la mañana como si fuese Navidad. Recibimos una carta muy melancólica de Coleridge antes de irnos a la cama. Me angustió muchísimo y decidí ir a Keswick al día siguiente.

[Lo que sigue está escrito en papel secante, datado en la misma fecha.]

S. T. Coleridge
Dorothy Wordsworth. William Wordsworth
Mary Hutchinson. Sara Hutchinson
William. Coleridge. Mary
Dorothy. Sara
16 de mayo
1802
John Wordsworth

Domingo 16. William trabajó toda la mañana. No fui a Keswick. El día fue soleado, pero frío, casi helado. Por la noche cayó una tormenta de nieve. Por la mañana habíamos pasado un buen rato en el huerto.

Lunes, 17 de mayo. William no se encontraba bien. Me acompañó al lago de Wytherburn. Me dejó en un puesto de calesas. Me atacaron lluvias de nieve y de granizo, mucho frío. La gente estaba recogiendo turba al pie de Nadel Fell. Una alondra y un tordo cantaban cerca de la casa de Coleridge. Fui a Bancrofts, allí me esperaba una carta de M. H.

Martes, 18 de mayo. Un frío terrible. Coleridge no se encuentra bien. Nos

visitó Froude[155]. Nos visitó Wilkinson. Coleridge y yo dimos por la tarde un paseo por el jardín. La noche fue más cálida. Escribí a M. y a S.

Miércoles, 19 de mayo. Una mañana muy gris, pero no tan fría. C. y yo salimos a las nueve y media, nos encontramos a William cuando llevábamos recorridos casi diez kilómetros de camino. Nos sentamos en la cuneta, y después fuimos al lago de Wytheburn. Tenía muchísimas ganas de ir al islote. Descansé bajo el sol. Coleridge tenía dolor de estómago, yo también. Tomamos el té en casa de John Stanley. La tarde era fría y clara, y la luz gloriosa. Estaba muy cansada. Me llevé una capa de casa del señor Simpson. Empaqueté libros para Coleridge, cenamos y me fui a la cama.

Jueves, 20 de mayo. La mañana fue fría y clara. Me acosté tarde. William se puso a trabajar enseguida. Estuvimos en el huerto, resguardados, toda la mañana. De noche cayó una lluvia fina. Recibimos una carta de Coleridge donde nos decía que no quería que fuéramos a Keswick.

Viernes, 21 de mayo. Una mañana cálida y agradable. Un poco de lluvia. William escribió dos sonetos sobre Bonaparte justo después de leer los sonetos de Milton. Por la tarde se fue con el señor Simpson en el bote de Borwick a pescar abadejos en Bainrigg. Sembré cerca del muro: hacía mucho calor y me temo que cogí frío.

Sábado, 22 de mayo. Una mañana muy calurosa, soplaba un viento muy caliente, que parecía venir de un desierto de arena. Nos encontramos con Coleridge, le habíamos dejado sentado en la roca de Sara, cuando volvimos a ese mismo punto se vino con nosotros. Pasamos mucho tiempo sentados junto al muro de un redil. Tuvimos una melancólica e interesante conversación sobre sus asuntos personales. Tomamos el té en una granja. La mujer era muy amable. Nos encontramos allí con una mujer y sus tres hijos que viajaban a Manchester desde Workington. La mujer les servía generosamente. Después ella nos dijo que nunca ha soportado que nadie saliera de su casa sin un pedazo de bizcocho, «aunque fuese tan seco como este». La mujer en cuya casa tomamos el té la última vez se comportó de manera cargante y desagradable. Nos dijo que se había «pasado la vida sirviendo a pobres». C. se vino a casa con nosotros. Pasamos un rato en el huerto. Luego comimos chuletas de cordero y patatas. Recibí cartas de S. y de M. H.

Domingo [23]. Estuve con Coleridge en el huerto toda la mañana. William estaba muy nervioso. Me sentí indispuesta por la tarde, tomé láudano. Fuimos de camino a Bainriggs después de tomar el té. Vimos enebros (con forma de paraguas). C. fue a buscar a S. y a M., nos encontramos todos en

el White Moss.

Lunes, 24 de mayo de 1802. Una mañana muy calurosa. Estábamos preparados para ir a ver a Coleridge pero nos entretuvimos tontamente y la señorita Taylor y la señorita Stanley[156] vinieron de visita. William, Coleridge y yo fuimos después a la cima del Raise. Me sentí indispuesta y les dejé solos, me acosté en casa de la señora Simpson. Le envié una carta a Mary a través de C. William no se durmió hasta las cinco de la madrugada.

Martes 25. Día muy caluroso. Me acosté después de comer. Caminamos por la tarde. Recogimos algunas cartas y una nota muy breve de C. De nuevo William fue incapaz de conciliar el sueño.

Miércoles 26. Me sentí muy enferma, de nuevo me acosté después de comer. Estuvimos mucho tiempo paseando por los alrededores de la casa más cercana a la arboleda de John, por el camino cubierto de césped. Una noche muy hermosa, aunque con nubes, desde mayo no recuerdo un cielo despejado.

Jueves 27. Pasé todo el día en la cama, muy enferma. William escribió a Coleridge y a Cook[157]. Después de tomar el té, William se fue un rato al huerto. Me acosté en su cama, él durmió en el salón. Concilió el sueño mejor que otras veces.

Viernes 28. Me encontré mucho mejor que ayer, aunque todavía estaba floja de salud. William se agotó martilleando un pasaje, terminó muy bajo de ánimo. Después de comer he empezado a encontrarme bien. Hemos pasado un rato en el huerto. El cielo estaba nublado, el aire era dulce y fresco. Los jóvenes camachuelos con su plumaje de fiesta se mueven entre las flores, y se ponen de pie en las ramas como funambulistas y las sacuden hasta que se desprenden las flores. Ya se aprecia alguna prímula en el huerto. La dedalera está desapareciendo; las columbinas salvajes están más bellas que nunca, hay vezas pilosas en abundancia, florecen y sueltan semillas. También vi esta bella y pequeña flor amarilla, esférica y cerosa, la verónica, y algunas otras cuyo nombre no conozco. Las judías pintas están creciendo entre la tierra removida. Son las ocho o las nueve. Ha llovido suavemente durante dos horas y media, el día es muy suave. Las flores de grosella están cayendo muy deprisa, apenas queda alguna. Los espinos están bellísimos. Las hortensias se han adelantado. Salen las flores de mayo.

Sábado 29. Me encontré mucho mejor. Horneé pan, una tarta pequeña de ruibarbo y un budín para William. Almorzamos en la huerta, y después de

la cena William terminó su poema *Going for Mary* [Yendo a buscar a Mary][158]. Lo copié y le escribí una carta a Mary H. Esa misma tarde había recibido una carta suya. Un día dulce, plantamos las madreselvas y sembramos las judías pintas.

Domingo, 30 de mayo de 1802. Escribí a la señora Clarkson. Era un día claro pero frío. Los Simpson llamaron por la noche. Me habían obligado a ir a la cama antes del té y estuve indispuesta todo el día. Grosellas, un regalo de Peggy Hodgson. Le escribí a mi tía Cookson.

Lunes 31. Me sentí mucho mejor. Nos pasamos todo el día sentados. Mary Jameson vino a comer. Pasé a limpio el poema *Our Departure* [Nuestra partida], que según parece William da por terminado. Por la tarde, la señorita Simpson nos trajo una carta de M. H., y otra carta con observaciones críticas que John Wilson[159] le escribió a William desde Glasgow.

Martes [1]. Un día muy dulce, aunque sea triste esta carencia de lluvia. Después de escibirle a M. H. nos fuimos al huerto. Después de paseo hasta la entrada del señor Olliff. Encontramos nidos de pájaro desgarrados. La columbina crece entre las rocas, aquí y allá, se trata de una planta muy solitaria, protegida por la sombra de los penachos y las arboledas. Se trata de una criatura esbelta y elegante, una mujer que busca retiro, y que crece más libre y graciosa allí donde está más sola. Me di cuenta de que donde les da la sombra las plantas crecen más altas. Recibimos una nota breve de Coleridge, que también nos envió grosellas.

Miércoles, 2 de junio de 1802. Por la mañana vimos que a las plantas de la judía pinta se le estaban cayendo las hojas en grandes cantidades, lo atribuimos a algún insecto. Pasamos un buen rato en el huerto, después fuimos a ver a los carpinteros para hablar de las vallas. Ayer nos visitó un anciano, un hombre con el pelo todo gris, de más de setenta años. Nos dijo que fue soldado, y que su esposa y sus hijos habían muerto en Jamaica. Llevaba una bolsa de mendigo sobre los hombros, su abrigo estaba hecho jirones, remendado con parches de un mismo color. Era alto, y aunque su cuerpo estaba doblado, tenía el mismo aspecto de alguien que fuese capaz de estar erguido. Hablé un rato con él y después le di un pedazo de tocino frío y un penique. Me dijo: «¡Eres una buena mujer!». No puede evitar sonreír. Supongo que quiso decir: «Eres una mujer amable». Más adelante nos encontramos a una mujer que se dirigía a Glasgow. Después de comer William se sintió muy mal. Atravesamos los terrenos de Frank, subimos por la pequeña cañada y buscamos un asiento para descansar. Después visitamos a los señores Olliff y estuvimos con ellos. En los terrenos de

Frank encontramos un hermoso hongo púrpura parecido a una concha. Después de tomar el té dimos un paseo hasta Butterlip How, y paseamos por los alrededores. Todas las hojas jóvenes de los robles están secas como el polvo. Un viento frío y sureño presagiaba lluvia. Una vez dentro de casa descansamos en un profundo silencio cerca de la ventana, yo me senté en una silla y William apoyó una mano en mi hombro. Nos sumimos en el silencio y en el amor una hora bendita. Antes de acostarnos nos acercamos al fuego y tomamos un poco de caldo, esa fue nuestra cena. Antes tenía que haber consignado que fue el martes por la noche, 1 de junio. Paseamos por el prado que hay cerca del bosque de John. La noche fue encantadora. Las nubes del cielo reflejaban por occidente una luz azafrán, en la orilla superior del lago todo estaba en calma. Fuimos a ver Rydale. En lo alto de las montañas brillaba un rojo alpino parecido al fuego. Este resplandor desapareció cuando nos acercamos al lago. Pero reapareció enseguida, una pequeña cresta nos lo había ocultado. El White Moss es un lugar que parece creado para inspirar toda clase de obras de arte donde aparezcan la naturaleza, bosques y valles, regiones encantadas por las hadas, montañas en miniatura, Alpes sobre Alpes. El pequeño John Dawson nos adelantó en el bosque con una rama de higuera sobre los hombros.

Jueves, 3 de junio de 1802. Una lluvia muy fina. Me quedé en la cama hasta las diez. William se encontraba mucho mejor que ayer. Salimos hacia Easedale, pero nos refugiamos en un establo. El cuco cantaba y vimos varios pajaritos descansando en la puerta. Los capullos del roble son de color ocre, igual que en otoño, con las heladas tardías, desparramados sobre las hojas verdes. Abedules y avellanos. A los fresnos ya casi les han salido todas las hojas, aunque algunos están dañados. Llegamos a casa empapados. Después de comer hemos leído la biografía y algunos escritos del pobre Logan[160]. «Y un anhelo eterno por los que se fueron» es un verso conmovedor. Hay muchos pasajes y versos en sus poemas que me conmueven. William está ahora adormilado en la silla al lado de las ventanas abiertas. El tordo está cantando. En el jardín he visto miles de brotes de madreselva, todos son muy pequeños y difíciles de alcanzar, menos uno que está muy retirado, con las ramas cerca de la pared, y los brotes ceñidos como nidos de pájaro. El rosal de John tiene un aspecto muy hermoso mezclado con la madreselva. El martes por la noche, cuando estábamos entre las rocas, vimos en el bosque una silueta que parecía ser la de un hombre, podía estar tomándose un descanso, y miraba al rededor, al alcance de su mano tenía un pieza de madera. William hizo el camino de vuelta un poco por delante de mí, lo perdí de vista y cuando me quedé sola me acerqué a una figura que resultó ser John Dawson. Hablé con él y supongo que entendió que le preguntaba por mi hermano. Me dijo: «William me interrogó sobre mi cabeza». ¡Pobre hombre! Su estado es cada

vez peor, no se entiende nada de lo que dice, y anda como si le diese miedo poner su cuerpo en movimiento. Ayer por la mañana William salió a dar un paseo hasta el Swan con Aggy Fisher, que quería ir allí a cuidar al niño moribundo de Goan. Aggy nos dijo: «Existen cruces mucho más pesadas que la muerte de un niño». Y siguió explicándonos: «En este valle vivía una mujer que enterró a sus cuatro hijos mayores en un año, y le he oído decir que muchos años después sentía más placer al pensar en estos cuatro críos que en los que sobrevivieron, porque cuando los hijos crecen y forman una familia propia, se debilita su vínculo con los padres y se desgasta el cariño. A menudo va a pasear por las tumbas de los que murieron cuando ella era joven con una lámpara y el mismo ánimo con el que acudía a la iglesia en domingo».

Jueves, 3 de junio. Mientras se hacía la comida dimos un paseo hasta la casa del señor King. Me encontraba débil y preferí seguir sola, porque William se decidió por un camino demasiado difícil. Después de comer dimos un paseo por el sendero herboso, la tarde fue muy lluviosa. Nos llegó una carta muy afectuosa de M. H. mientras le leía a William el *Penseroso* de Milton. Antes de acostarme respondí la carta.

Viernes, 4 de junio. Fue una mañana muy dulce, de noche llovió mucho. William durmió fatal, y, pese a saber que yo estaba cerca, no me llamó. Se levantó muy alterado, se afeitó y luego fuimos juntos al huerto. Comimos tarde. Al volver dimos un paseo por nuestro camino favorito. Al regresar fuimos directos al huerto, allí cenamos algo. La noche fue oscura y cálida, una noche tranquila. Dejé a William en el huerto. Leí el cuento de la Madre Hubbard antes de ir a la cama.

Sábado, 5 de junio. Una hermosa mañana de lluvia. Horneé empanada y pan, aunque primero fuimos a Easedale y nos sentamos en unas piedras cubiertas de musgo, bajo los robles. Llovió un par de veces, muy ligero. Los arbustos habían florecido a lo largo de toda la ribera del río. La flor de la fresa colgaba por encima del arroyo, todo parecía verde y suave. Por la tarde William descansó en el huerto. Fui con él. Lo encontré muy cansado y vi cómo se quedaba dormido. El señor Simpson tomo el té con nosotros, y la señora Smith nos hizo una visita con su hija. Después William empezó a escribirle una carta a John Wilson.

Domingo, 6 de junio de 1802. Una mañana lluviosa. Estábamos escribiéndole una carta a John Wilson cuando llegó Ellen. Molly asistió al funeral de la niña de Goan. Después de comer me fui con Ellen[161] a la posada de John Fisher. Ellen nos trajo cartas de Coleridge, de la señora Clarkson y de Sara Hutchinson. William salió a pasear toda la tarde y

después descansó en el huerto. El día fue lluvioso. De noche cayó una de las lluvias más intensas de las que tengo recuerdo.

Lunes, 7 de junio. Escribí a Mary H. esta mañana, le envié el poema de Coleridge *Indolence* [Indolencia]. Copié la carta para John Wilson y les escribí a mi hermano Richard y a la señora Coleridge. Por la noche di un paseo con Ellen hasta Butterlip How y después me acerqué a casa de George Mackareth con la intención de llevarme su caballo. Fue una tarde muy dulce, cantaron el cuco y los pajaritos, las arbustos seguían lastimados, pero los árboles parecían estar fuertes y juntos daban una impresión muy hermosa. Cuando llegamos, William había salido a caminar, llevaba dos noches durmiendo fatal, todos nos acostamos muy pronto. Por la mañana fui con Helen a las cascadas de Rydale. Recibimos cartas de Annette, Mary H. y Cook.

Martes, 8 de junio. Ellen y yo fuimos a Windermere. Disfrutamos de un día muy soleado, ni caliente ni frío. Monté a caballo en la cantera. No tuvimos contratiempos ni retrasos. Me maravillaron algunas de las vistas. Desde el High Raise el paisaje es delicioso, rico y alegre, agua y casas de madera, arboledas, setos, campos verdes y montañas; cabañas blancas, grandes y pequeñas. Pasamos por delante de dos o tres casas nuevas que pertenecían a hombres de Estado. Los arbustos del señor Curwens tenían una pinta bastante lamentable al lado de los árboles nativos. Dejamos allí nuestros caballos, comimos en la orilla del río y caminamos hacia la estación. Fuimos al islote, dimos un paseo y atravesamos el lago con el transbordador, que cargaba con nuestros caballos. Vimos que habían cortado, aquí y allí, algunos setos. Le dije al barquero que no me parecía que así mejorasen en nada el paisaje. El hombre me respondió: «Lo hicimos así porque antes casi no podía ni verse la casa». Sin embargo, me siguió pareciendo que ahora no está mejor que antes. No han conseguido abrir claros naturales. Lo que se ve es poco más que césped salpicado con unos pocos árboles, jóvenes y tristes, que se elevan como si estuviesen medio muertos de hambre. No hay ovejas ni ganado en estos prados. No es ni una cosa ni otra, ni natural como antes ni tampoco artificial y elaborada. ¡Y esa gran casa! ¡Misericordia! Ojalá pudiera, al menos, ocultarse, sería un alivio para quienes sufren al ver el más agradable de los espacios terrenales deformados por la mano del hombre. Pero no puede disimularse. Ni siquiera el más alto de nuestros viejos robles lograría esconderla. Cuando entramos en el bote vimos a dos hombres de pie en el embarcadero. Uno parecía tener sesenta años, era un hombre con el rostro alegre y colorado, parecía llevar muchos años viviendo en casa del señor Curwen. Iba vestido con una chaqueta y unos pantalones azules, como suelen vestir las personas que viven cerca de Windermere, sobre todo en los sitios cercanos

a posadas regentadas por individuos de cierta posición social. Miró con toda la intención a nuestro barquero justo cuando iba a ponerse a remar y le dijo: «Thomas, recuerda que debes tomar todas las precauciones posibles. Ya me entiendes. Que estos señores no piensen que quien rema por ellos está ciego. Eso sería un desastre para ti, para el cochero y para mí. Cuando te pongas en marcha vigila todas las direcciones». Le guiñó un ojo a nuestro remero y después le dedicó una mirada a su compañero con aire de satisfacción, ¡con la mirada profunda de quien ha penetrado en lo desconocido! No pude evitar reírme de él. Los codesos de los Alpes florecen libres en el islote y entre los arbustos de la orilla, incluso en este tiempo que los estropea en cualquier otro sitio. Están brotando rosas de diversas clases. Las retamas en plena gloria, «venas de gloria» entre los pequeños grupos de árboles, creciendo por todas partes. Los espinos están desapareciendo del valle, pero crecen hermosos en las montañas. Llegamos a casa a las tres. Después de tomar el té William salió a pasear un rato y escribió este poema:

El sol se ha puesto durante mucho tiempo, etc[162].

Primero fue a casa de Mackareth con el caballo. Después fue por nuestro camino favorito y escribió unos versos. Me vino a ver al huerto y allí me repitió los poemas. Se quedó despierto hasta las once.

Miércoles, 9 de junio. William durmió mucho, yo me sentía muy enferma. La lluvia duró todo el día. Teníamos planeado ir a tomar el té a casa del señor Simpson, pero al final salimos después de tomar el té. Nos visitaron los Lloyd. Los espinos que crecen en las laderas de las montañas parecen jardines en flor. Traje ruibarbo del valle. A la ida llovió con intensidad. Días de feria en Ambleside. Escribí a Chris y a M. H.

Jueves, 10 de junio. Escribí a la señora Clarkson y al señor Luff, después fui con Ellen hasta Rydale. Coleridge vino a casa con una caja llena de libros. El señor Simpson vino a tomar el té. William con el ánimo muy bajo, nos fuimos a la cama tarde. Dormí en la sala de estar.

Viernes, 11 de junio. Un día muy húmedo. William ha dormido muy mal. William y C. salieron a dar un paseo. Me fui a la cama después de comer, no me encontraba bien. Agotada de hacer camas y de cocinar. Molly estaba muy enferma.

Sábado, 12 de junio. Una mañana lluviosa. Coleridge se fue antes de comer. Queríamos acompañarle hasta el Raise, pero se puso a llover, así que no fuimos demasiado lejos. Nos refugiamos contra un muro. La lluvia furiosa

que cayó justo cuando nos despedíamos mojó a Coleridge y le puso triste. No comimos, pero nos tomamos una tarta de grosellas con el té. Horneé empanadas y pan y di un paseo con William, primero nos dirigimos a nuestro camino favorito, pero la zona estaba demasiado húmeda, así que nos fuimos hacia las rocas cercanas y dimos vueltas por allí, finalmente nos acercamos a casa del señor King. La señorita Simpson y Robert vinieron a visitarnos. Cartas de Sara y de Annette.

Domingo, 13 de junio. Una mañana muy hermosa. Soleada y brillante, pero con nubes de lluvia. William ha dormido mejor, pero no puede decirse que haya descansado del todo; por la mañana ha estado corrigiendo el poema para Mary, y ahora se está dando un baño de pies. He pasado a limpio unos poemas para nuestro viaje y le he escrito una carta a mi tío Cookson. El señor Simpson nos visitó esta mañana para enseñarnos un dibujo muy hermoso que acababa de terminar, nos encontró en el huerto. Por la tarde caminamos por los terrenos de nuestra casa. Fue un paseo muy agradable: la noche estaba tranquila. Las estrellas empezaron a salir en solitario o en pareja, pero no se oyó al cuco, ni a ningún otro pajarito; el aire era demasiado cálido. El día 8 William escribió: «El sol empieza a picar fuerte de verdad», y desde entonces hemos dejado de oír pájaros en cuanto empieza a caer la noche, por encantadora que sea. Dimos un paseo por nuestro nuevo paisaje favorito en Rydale, pero nos mostró una cara hosca. En Bainrigg oímos los gritos de una lechuza, su alboroto era tan parecido a los gritos humanos que me sobresaltó, sobre todo cuando hizo un ruido trémulo y prolongado con el que respondía al grito de un búho. La luna llena (que no estaba del todo llena) se encontraba en compañía de firmes islas de nubes, y el cielo era más azul de lo que suele ser el azul natural del cielo. William señaló que encima de la luna llena una arboleda de abetos oscuros es una hermosa imagen del descenso de un ser superior. Se puso a llover con tanta fuerza que tuvimos que refugiarnos en la arboleda de John antes de que William disfrutase de una caminata por su sendero favorito. Dimos un paseo por el sendero de John antes de divisar de nuevo Rydale. Nos acostamos inmediatamente después de llegar a casa.

Lunes, 14 de junio. Me encontré todo el día muy mal, me fui a la cama antes de tomarme el té. Me encontraba enferma. Ya casi me había dormido cuando William me despertó porque había llegado una carta de Mary que me leyó sentado en la cama, a mi lado. William escribió a Mary y a Sara para hablarles de *The Leech Gatherer*. Les escribí a las dos, y también a Annette, y a Coleridge. Me encontré mejor después de tomar el té. Salí a caminar con William. Nos dejamos guiar por los caballos. Después fuimos a ver el paisaje de Rydale. Caminamos un poco por el bosque de abetos, después William se dirigió de nuevo hacia la cima de la montaña y

regresamos a casa, una noche muy suave. Dejé a William atrás. Me puse a mirar por la ventana cómo la luna se escondía tras un velo de nubes. William se sentó unos minutos en el huerto, le entró sueño enseguida, lo acompañé a la cama, con un plato de pan y mantequilla.

Martes 15. Una dulce y alegre mañana gris. Los pájaros cantan suave y bajo. William no ha dormido en toda la noche. Ahora son las diez y diez minutos y mi hermano sigue en la cama. Cuando se levantó fuimos a sentarnos en el huerto, estuvimos allí hasta la hora de comer. Por la tarde dimos un paseo por nuestro sendero favorito, los búhos ululaban, los halcones nocturnos le cantaban a todo sin descanso, pero no oímos ningún pajarito, ni tampoco los zorzales. Dejé a William escribiendo unos versos sobre el halcón nocturno y otras imágenes de la tarde, y fui a buscar cartas, no había llegado ninguna. Después caminé un poco por los alrededores. Llegué a casa un poco antes que William y el señor King. Llegó una carta de M. H. reprochando mi retraso, también nos contaba una historia de la que William ya había oído hablar; por lo visto M. H. está engordando.

Miércoles 16. Dimos un paseo hasta Rydale con la idea de recoger cartas, con la esperanza de encontrar una de Mary. Nos encontramos con Frank Baty. Subimos al bosque de Rydale y allí nos pusimos a leer. Nos sentamos cerca del viejo muro próximo a la arboleda de avellanos, William dice de esta arboleda que es exactamente igual a la que hay en Middleham. Se trata de un lugar muy hermoso, un terreno inclinado (una cuesta pronunciada) con avellanos que crecen «altos y erectos» formando conjuntos a una distancia tan regular que parece que alguien los haya plantado así. Volvimos a la hora de comer. Le escribí a Mary después de comer, mientras William estaba en el huerto. El viejo señor Simpson vino a tomar el té con nosotros. Cuando el señor S. se marchó fui a buscar a William para leerle mi carta, donde le contaba a Mary que teníamos un gato. También le hablé de los pajaritos que nos hacen compañía y William me dijo que aquella misma mañana un pájaro se había posado en su pierna. Se había quedado muy quieto y pudo contemplar con calma a esa pequeña criatura; había pasado por debajo del banco donde él estaba sentado y entonces levantó el vuelo impulsándose en su pierna y agitó las alas hacia el manzano más próximo. Era una pequeña criatura que acababa de dejar su nido, estaba tan poco familiarizada con el hombre como desacostumbrada a enfrentarse con los vientos y la tormenta. Mientras estuvo posado sobre el manzano al viento le dio por soplar entre las ramas erectas, y el pájaro pareció desbordado, sin fuerza suficiente para luchar. Las golondrinas se acercan a la ventana de la sala de estar como si quiseran construir allí su nido, pero dudo que tengan valor suficiente para

hacerlo: creo que terminarán construyéndolo en la ventana de mi habitación. Las golondrinas pían y arman revuelo y entonan una canción alegre mientras rozan con su vientre blanco los cristales de la ventana; tienen las colas bifurcadas como peces: nadan por los alrededores, y luego regresan al punto de partida. La tarde fue muy hermosa, primero caminamos hasta la cima de la montaña para ver las vistas de Rydale, y después fuimos a Butterlip How. Esta vez no vi los tonos marrones que hasta hace poco dominaban los setos. Al espino del valle ya se le han caído las flores, en las montañas predominan las flores de espino de un blanco suave. La rosa salvaje ya está saliendo en los rosales silvestres. Acompañé a Ellen a Windermere. Las dedaleras empiezan a proliferar, y Ellen y yo descubrimos las primeras fresas maduras. Recibí una carta de Coleridge. Le leí a William el primer canto de *La reina de las hadas*. William se fue enseguida a la cama.

Jueves 17. William ha dormido muy bien. Yo fui a buscar aceite de castor y me quedé en la cama hasta las doce. William se hizo daño mientras hacia ejercicio. Cuando me levanté nos fuimos al huerto, un día suave y dulce. La señorita Hudson vino a visitarnos. Fuimos juntas a la cima de la montaña. Cuando volví a casa me encontré a William enfrascado en la corrección de una estrofa del poema sobre el día que fuimos a buscar a Mary. Logré convencerle de que el poema no necesitaba ningún cambio. Por la tarde dimos un paseo por nuestro sendero favorito. Carta breve de Coleridge. William añadió un puñado de versos a la oda que está escribiendo.

Viernes, 18 de junio. Estábamos tomando el desayuno, y William decidió ir a ver a Luff. La mañana era dulce, cabalgamos por las lomas. Vimos crecer las judías pintas en nuestro jardín. Charlé con M. H. y con B. R. El lunes irá a Eusemere. Por la tarde fuimos a Rydale. Un atardecer muy dulce. Tuve un poco de dolor de cabeza, y me encontraba bastante mal, pero concilié el sueño como si fuese una niña.

Sábado 19. Las golondrinas han estado muy ocupadas esta mañana bajo mi ventana. Dormí bastante bien, pero William apenas ha conciliado el sueño. La mañana está a punto de terminar y él todavía sigue en la cama. La última vez que Coleridge estuvo aquí nos dijo que en Keswick había coincidido muchos años con una anciana soltera, cuáquera, que solía acudir sola cada domingo para atender la casa de reuniones de la comunidad, y cumplía con sus deberes en ese precioso espacio entre los abetos, rodeada de un valle espacioso, bajo la enorme montaña de Skiddaw. Recordé al pobre y viejo Willy, nosotros ya nunca pasamos a visitar su vieja tumba cerca del cementerio, y su imagen rara vez aparece

en nuestro pensamiento. Fue mucho tiempo mozo de cuadra en Hawkshead, pero después había trabajado en haciendas más pequeñas. En su vejez vivía a pensión completa o, como él prefería decir, descansaba, en casa de un noble. El jueves por la mañana nos visitó la señorita Hudson, de Workington. La mujer me dijo: «¡Me encantan las flores! Siembro flores en los prados, a veces a kilómetros de distancia de nuestra casa, y mi madre y yo visitamos esos campos a menudo para observar cómo crecen». Quizá esta anécdota demuestra hasta qué punto se engañan los botánicos cuando dicen que lejos de las casas encuentran flores extrañas a los gustos de los habitantes de la zona. La joven con la que conversaba era una mujer corriente, de las que hay docenas en todos los pueblos del norte de Inglaterra. Después estuve un rato con William, me vino a buscar él mientras yo estaba escribiéndole una carta a Mary H. Leí el *Rosciad* de Churchill[163], después volví a ponerme a escribir y no regresé al dormitorio hasta que me llamó. Las ventanas estaban cerradas, pero aun así oí los pajaritos. Tenemos un tordo en el jardín que entona melodías impacientes, justo como si cantase solo para mí. La mañana estaba serena, los cantos de los pájaros se volvían sombríos. Los búhos empezaron a ulular un cuarto de hora antes. Ahora mismo empiezan a sumarse los gallos al jolgorio. La luz del día se acerca. Apagué la vela y me fui a la cama. Enseguida me pareció oír los ronquidos de William, por lo que me di permiso para dormir. Pensé en las palabras de Charles Lloyd: «Le sonreí a mi dulce hermano».

Domingo 20. Dormí mucho mejor de lo que esperaba, pues durante el día no me había encontrado demasiado bien. Pasamos la mayor parte de la mañana en el huerto. Después de tomar el té dimos un paseo por nuestros senderos, caminamos mucho tiempo. Hablamos con dulzura y bastante rato de cómo disponer de nuestros bienes. Nos sentamos en un prado inclinado, el cielo y la tierra eran tan hermosos que nos derretían el corazón. Hacia el norte el cielo era de un amarillo rojizo jugoso, que empezaba a desvanecerse en un azul pálido, veteado o envolviendo islotes de tonalidad rosada. El paisaje era tan bello que casi lo confundí con una visión. Después recogimos los abrigos y nos sentamos en el huerto. El señor y la señorita Simpson vinieron a visitarnos. Les hablamos de nuestra buena fortuna, de la herencia que íbamos a recibir. Nos asombró (y nos quedamos algo dolidos) la frialdad con la que el señor Simpson recibió la noticia, la señorita Simpson sí parecía muy contenta. Cuando se fueron entramos en el salón y William se fue directo a la cama. Me senté durante una hora a solas, después me llamó para que hablásemos un rato, le resultaba imposible conciliar el sueño. Le escribí a Montagu.

Lunes 21. William se vio obligado a quedarse en la cama hasta bien tarde,

había dormido fatal. La mañana era muy buena, pero no salimos de casa hasta las doce, y entonces hacía ya mucho calor. Me separé de mi querido hermano en el prado verde que hay cerca de casa del herrero, y me fui a comer a casa de los Simpson. Después caminamos por el jardín. Betty Towers y su hijo y su hija vinieron a tomar el té. El pequeño Lad tiene ya cuatro años y es tan pequeño como Hartley, y según dicen igual de inteligente, aunque lo cierto es que no aprecié nada que lo confirmase. Me pareció un niño bastante extraño, excepto cuando le dijeron algo que lo avergonzó, y pegó la barbilla al cuello, mientras nos miraba. Su madre es una mujer de salud frágil. Dijo que tanto ella como su marido estaban tan delicados de salud que no les quedaba otra que pensar en vender sus tierras. Estábamos hablando del viejo Jim Jackson cuando ella dijo: «Podrían haberse codeado con lo mejor de Grasmere si hubiesen sido un poco más cuidadosos». Ellos empezaron con una buena posición, y no tuvieron más que un hijo, lo que siempre ayuda a mantener la fortuna. «¿Cómo se gastaron todo ese dinero? En comer y en beber.» Por lo visto la esposa preparaba el té cinco o seis veces al día. «¡Y todas las veces se ponía azúcar!» Y en cada ocasión hervía hojas nuevas para su marido y su único hijo. Traje plantas de girasol a casa, y las planté.

Martes por la mañana [22]. Me tomé el desayuno en la cama, no me he encontrado demasiado bien. Luego dimos un paseo hasta Rydale, pasé mucho tiempo en el prado, esperando el correo, mirando las montañas a lo lejos, y después fui bajando hasta el río. Me encontré con el cartero. Llegaron cartas de Montagu y de R. Volví enseguida a casa. Se las di a William y le escribí a Montagu. También le escribí a mi hermano Christopher. Nada podía consolarme. Molly lavó y secó las cortinas. Leí *Sueño de una noche de verano* hasta el final y empecé *Como gustéis*. La señorita Simpson vino de visita. Tamar[164] me trajo unas cuantas cerezas. Resolví salir con William y le pedí a John Fisher que me prometiese que vendría conmigo a las cascadas. La señorita Simpson comió un pedazo de tarta conmigo y después me dejó leyendo las cartas de Mary y de Coleridge. Nos llegó la noticia de que Betsy[165] había conseguido una casa.

El lunes por la mañana, 21 de junio, Aggy Fisger estuvo hablando conmigo de su hijo. Me dijo que la vieja Mary Watson estaba en Goan cuando el niño murió. Nunca la había visto antes de que su hijo se ahogase el verano pasado. «Somos una familia que siempre está en apuros, y los apuros ensanchan el corazón de las personas.» Aggy empezó a contarme que la hija de la vieja Mary se había casado con Leonard Holmes, un hombre a quien la enfermedad le tocó en mala suerte para destruir su mundo y abatirle. Cada día se incrementaban las deudas y él no podía hacer nada para saldarlas. Preocupaciones diarias para todos, adversidades compartidas. Un día se presentó a caballo en Grasmere. (Nos asombró

cómo planteaba el asunto y decidí hablar con él más adelante, si un día regresaba.) Estaba pálido como un fantasma y no consiguió que el caballo trotase más deprisa que un caracol renqueante. Había venido en un arrebato de pasión para decirle a la vieja Mary que le devolvía a su hija, que podía hacerse cargo de su mantenimiento, y también de los críos. Mary le respondió con mucha nobleza: «No voy a separar a un marido de su esposa, todos los casados deben vivir unidos, os ayudaré mientras tenga algo que daros». La anciana Mary fue a visitarle a Ambleside más adelante y él suplicó que ella les perdonase. Aggy señaló que ellos nunca sabrían si era voluntad de Dios que aquella desgracia hubiese caído sobre ellos tan de repente.

Le escribí a Mary H. y le preparé un paquete a Coleridge. Llegó un ejemplar de las *Lyrical Ballads*. Me fui a la cama a las once y media.

Miércoles, 23 de junio. Dormí hasta las tres y media, llamé a Molly un poco antes de las cuatro, y me vestí y desayuné antes de las cinco, pero se puso a llover y tuve que volver a la cama. Ahora pasan veinte minutos de las diez y la mañana está muy soleada. Caminé hasta la cima del cerro, y me senté junto a un muro que queda cerca de la arboleda de John, de cara al sol. Leí una escena o dos de *Como gustéis*. Me encontré con el señor Lloyd, le escribí unos párrafos a William hablándole de los Lloyd. Coleridge y Leslie vinieron justo después de cenar, cuando yo ya estaba acostada. Coleridge me trajo una carta de William. Había llegado bien a Eusemere. Coleridge y yo acompañamos a Leslie al barco. Era una tarde fría y desapacible, sin sol. Pero después de despedirnos de Leslie salió de repente una luz que nos recompensó a todos. La luz caía solo sobre una montaña y el islote, pero disfrazó la hierba y los árboles con resplandores de piedra preciosa. Preparé la cena de Coleridge. Estuvimos juntos hasta la una de la madrugada.

Jueves, 24 de junio. Fui con C. hasta el Raise. La mañana fue genial. Comimos en casa de los señores Simpson y ayudé a Aggy Fleming a terminar una enagua. Después de tomar el té la señorita Simpson me acompañó hasta White Bridge. Me puse a trabajar la tierra cuando llegué a casa, enseguida me sentí muy cansada. William llegó justo cuando Molly acababa de despedirse. La noche era suave y lluviosa, fresca. La ropa de William estaba húmeda y desprendía un aroma dulce. Conversamos hasta el amanecer. Fueron unas horas felices. William se encontraba bien, y no parecía demasiado cansado. Se acostó convencido de que yo también tenía buen aspecto.

Viernes, 25 de junio. No he podido dormir hasta pasadas las tres de la madrugada, pero el estado de William es tolerable. La señorita Simpson

vino a pintar las habitaciones. Empecé por ocuparme de la ropa blanca y después me puse a limpiar el tejado. Trabajé todo lo que pude (William estaba demasiado ocupado) hasta la hora de comer, pero después me acosté y me dormí. En cuanto me levanté, justo antes de tomar el té, me fui al jardín. Busqué con la mirada el nido de mi golondrina, pero ya no estaba. Se había caído. Pobres criaturas diminutas, no podían estar más angustiadas que yo. Subí las escaleras y contemplé las ruinas. Encontré los pájaros caídos en un enorme montón de tierra, bajo el alero de la ventana. Estas golondrinas llevaban diez días dedicadas a construir el nido, que parecía ya casi terminado. Las había sorprendido afanándose a primeras horas de la mañana, durante el día, y muchas veces, también por la tarde, cuando apenas quedaba luz. Las había visto, una al lado de la otra, en su nido inacabado, por la mañana y por la tarde. En sus primeros días en mi jardín se pegaban a los cristales de la ventana, con su vientre blanco y su cola bifurcada, parecían peces, después sacudían las alas y se alejaban cantando su melodía. En cuanto el nido fue lo bastante ancho, una especie de cornisa para ellas, pasaban allí las mañanas y las tardes enteras, pero jamás las vi en él de noche. Una mañana que William decidió irse a Eusemere, las observé más de una hora. De vez en cuando se percibía un ligero movimiento de sus alas, una especie de agitación trémula, y se cantaban con una voz suave la una a la otra.

[Martes, 29 de junio.] […] que no vinieran de visita. Me preparé el té. El día era un tanto incierto, sol, lloviznas y viento. Son las ocho en punto, voy a ver si las golondrinas están en su nido. ¡Sí! Aquí están, la una al lado de la otra, y las dos mirando al jardín. Salí de casa a propósito para verlas. Al mirar por la ventana ya me di cuenta de que estaban. El joven George Mackareth ha venido desde Londres. Molly dijo: «No llegué a enterarme de cuánto llevaba ya recogido en su bolsa verde». Cuando se marchó se fue directo a visitar a los vecinos, unos le dieron seis chelines, otros dos… Oí decir a su madre que jamás apartaba las manos de su bolsa verde. Le escribí a M. H., a Chris y a la señorita Griffin, después me acosté en la sala de estar. Coleridge y William llegaron a las once y media. Estuvieron hablando hasta pasadas las doce.

Miércoles, 30 de junio. William durmió mal, padeció terribles dolores durante el paseo. Buena parte del camino hacia el Raise lo hicimos con Coleridge. El día era amenazador, frío y ventoso. No nos adentramos mucho en el Raise en compañía de Coleridge, pero pudimos disfrutar de un momento de calma antes de despedirnos. No me encontraba muy bien, pensé en acostarme al llegar a casa, pero me convencieron para tomar el té. Nos encontramos con un anciano entre el cobertizo de Potter y Lewthwaites. Llevaba un sombrero muy estropeado y sin ala, y un

excelente abrigo azul, pantalón hasta la cintura y buenas medias, aunque manchadas y desgastadas. Tenía la barba muy espesa y de color gris, con una textura parecida a la felpa. En la bolsa llevaba artículos de Sheffield. Le preguntamos cuál era su oficio y después William le preguntó por su edad. El hombre respondió que tenía ochenta y tres años. Me decidí a intervenir con otra pregunta: «¿Tiene hijos?». «Hijos, sí, muchísimos, tengo hijos, nietos y bisnietos. Tengo una nieta hermosísima. Una muchacha de trece años.» Después añadí: «Así que tiene quien le cuide». Y él me respondió con un tono algo ofendido: «Gracias a Dios, todavía puedo cuidarme solo». También nos dijo que había servido al marqués de Granby[166]. «Oh, el marqués era un hombre bondadoso, seguro que está en el cielo, bueno, espero que lo esté.» Luego nos contó cómo el marqués se había suicidado en Bath. Empezaron viajando por Alemania, pero no tardaron en desplazarse por toda Europa. «El marqués era un boxeador famoso.» Después nos contó la historia de su pelea con un granjero. «Siempre decía que yo era un hombre inteligente, pero soso.» De vez en cuando repetía a viva voz: «¡Era un hombre bondadoso! Cuando viajábamos nunca preguntaba de antemano en posadas como esta (señaló al Swan) cuánto costaba alojarse, metía la mano en la bolsa y les daba lo que sacaba, y cuando salíamos de nuevo al camino me decía: "¡Hoy me han cobrado un chelín!" o bien "¡Hoy me han cobrado diez peniques!, Dios los ayude, pobres criaturas"». Le pregunté de nuevo por sus hijos, por cuántos tenía. Me respondió: «No puedo asegurárselo». Supongo que en ese momento confundió a los hijos y a los nietos, que los imaginó a todos juntos. «Tengo una hija que dirige una escuela en Skipton, en Craven, enseña jardinería y costura. Otra dirige un internado en Ingleton. Yo crié a todos mis hijos en casa del marqués.» Estaba familiarizado con todos los paisajes y pueblos de Yorkshire. Nos preguntó dónde vivíamos. «Grasmere. ¡El sitio más hermoso de la tierra!», nos respondió el anciano. Le compré un par de tijeras y luego nos sentamos al lado del camino. Cuando nos despedimos intenté levantar su bolsa del suelo para ayudarle, apenas tuve fuerzas para lograrlo. Tomamos el té y me sentí algo mejor. Después del té le escribí una carta a Coleridge. Nos fuimos pronto a la cama. La carga de los niños es la bendición del hombre pobre.

Jueves, 1 de julio. Un día muy lluvioso. No pudimos salir a pasear hasta muy avanzada la tarde. Me acosté después de comer, aunque primero estuvimos un rato junto al fuego. Por la tarde salí con la capa puesta, primero subí hasta el White Moss, el camino de vuelta lo hice por White Bridge y pasé la casa del señor Olliff. La caminata fue muy agradable y al llegar a casa nos sentamos junto a un agradable fuego. William leyó a Spenser y yo leí *Como gustéis*. De Keswick nos llegaron cartas de M. H., de C. y dibujos de Wilkinson, pero ninguna carta de Richard.

Viernes, 2 de julio. Una mañana muy lluviosa, el clima era brillante y encantador y fuimos caminando hasta Easedale. Molly empezó a preparar la ropa de lino para airearla, pero se puso a llover con una intensidad inesperada. Por la tarde caminamos entre los paisajes de Rydale, y después fuimos a casa del señor King. Dejé a William con el propósito de escribir una carta para M. H., otra para Coleridge y transcribir todas las correcciones que ha hecho en *The Leech Gatherer*.

Sábado, 3 de julio. Desayuné en la cama, no me encontraba demasiado bien. Aggy Ashburner ayudó a Molly con la ropa de lino. Hice una empanada de ternera y una tarta de grosellas. El día era muy frío. Thomas Ashburner fue a buscar el carbón que necesitamos. Las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve. Carta de M. H. También recibimos una carta que Annette nos escribió en Blois, nos la trajo G. Hill.

Domingo, 4 de julio. Frío y lluvia, un día muy oscuro. Me encontraba enferma y en este estado fui a buscar las cartas. Me acosté hasta las cuatro. Al levantarme estaba lejos de sentirme bien del todo, pero experimenté cierta mejora después de tomar el té. William salió un poco a pasear, yo no. Nos sentamos juntos en la ventana. La tarde fue terriblemente húmeda. William ha terminado hoy *The Leech Gatherer*.

Lunes, 4 de julio [5]. Una mañana muy suave. William pasó mucho tiempo en el huerto. Fui a hacerle compañía, la mañana era muy hermosa. Escribí una copia de *The Leech Gatherer* para Coleridge. Cayó una lluvia muy intensa y no pudimos cumplir con nuestro plan de ir de excursión hasta Dove Nest, pese a que habíamos enviado a Molly a por el caballo y ella había vuelto a casa con él. Las rosas del jardín están descuidadas, la mielenrama se ha echado a perder y parece lamentarse de su gloria pasada. Los guisantes parecen abatidos y las judías pintas dan la impresión de que alguien las ha golpeado. El jardín ha sido invadido por las malas hierbas.

Martes, 5 de julio [6]. El día fue muy lluvioso, aunque por la tarde se aclaró un poco y aprovechamos para dar un paseo a Rydale con el propósito de recoger cartas. La lluvia nos sorprendió mientras recorríamos la parte alta del White Moss, llegó a caer con mucha fuerza. La lluvia sobrepasó el Nab Scar como si no tuviera otro interés que llegar lo antes posible a Grasmere. Nos detuvimos en el prado de Willy y pedimos prestada una calesa. Descansé un poco y cuando la lluvia dio señales de amainar salí a buscar a William. Me lo encontré cerca de Rydale, llevaba una carta de Christopher. La caminata de regreso a casa fue muy agradable, aunque lluviosa. Por la mañana Fletcher nos trajo una carta de Mary y otra de Coleridge. Las

golondrinas han terminado su hermoso nido. Horneé pan y preparé empanadas.

Miércoles 6 [7]. Un día muy bueno. William había dormido mal, se sentía indispuesto, de manera que no se levantó hasta las once. Le escribí a John, planché las prendas de lino, hice todos los paquetes, y me pasé la tarde entera en el huerto. Por la mañana había paseado entre los árboles para descansar del planchado. Me acosté en el huerto, el panorama era muy bonito, el pozo está muy hermoso, el terreno lleno de dedaleras, la madreselva hermosísima, muchas rosas, aunque el tiempo las ha maltratado. Escribí a Molly Ritson y a Coleridge. Dimos un paseo por el White Moss (luciérnagas), dicen que es bueno para la salud de los niños que ya estén metidos en la cama cuando empiezan a brillar las luciérnagas.

Jueves 7 [8]. Una mañana lluviosa. Les pagué a Thomas Ashburner y a Frank Baty. Cuando estaba a punto de llegar a casa, pasó una calesa con una niña en el asiento de atrás, cubierta con una manta roja, deshilachada, y muy remendada. La chica y la capa, qué triste. Alice se dejó caer por casa. Nos sentamos juntas, muy tranquilas, junto al fuego, pasamos allí toda la mañana. Por la tarde también hablamos un poco, William estaba cansado y leí *Cuento de invierno*. Después me acosté, pero no me dormí. Las golondrinas entraban y salían de su nido, y se quedaban quietas uno o dos minutos, a veces más, para entonar su canto, como si fuesen petirrojos un poco afónicos. William estaba releyendo *The Pedlar* cuando me levanté, lo había corregido a fondo, y después de tomar el té me puse a pasarlo a limpio. 280 versos. Mientras tanto la tarde se iba poniendo más bonita, William llevó su abrigo al sastre, y fue a casa de George Meredith para poner a punto el caballo. Vino a buscarme a las nueve y media y me metió prisa para salir. Había escrito cartas que quería que leyéramos lejos de casa. Yo estaba realmente desanimada, la inquietud no me permitía mirar o leer las cartas con tranquilidad, pero avancé en la lectura todo lo que pude. Una era para M. H., una carta muy afectuosa y tierna. Otra era de Sara para Coleridge. Y una tercera era de Coleridge para nosotros. La luna había salido a nuestras espaldas. William me apresuró a salir con la esperanza de que la viésemos antes de oscurecer. Caminamos primero hasta la cima del cerro para ver Rydale. Estaba oscuro y húmedo pero nuestro valle se sumía en un orgullo solemne. La silueta del Helm Crag se distinguía bastante bien pese a la oscuridad. Recorrimos el sendero que conduce al White Moss. El lago desprendía un brillo blanco parecido al del cielo. Vimos la cabaña de Wyke justo al pie de Silver How, y luciérnagas, aunque no tantas como la noche pasada. ¡Oh, qué hermoso lugar! Querida Mary, querido William. El caballo llegará el viernes por la mañana, así que yo podré salir de aquí. William está tomándose su caldo. Debo prepararme

para marchar. Debo dejar atrás las golondrinas, el muro, el jardín, las rosas, todo. ¡Queridas criaturas! Cantaban anoche después de que me acostase. Parecía como si se cantasen la una a la otra. Justo antes de que se acomodaran para descasar durante la noche. Bueno, debo irme. Adiós.

El viernes por la mañana, 9 de julio, William y yo nos dirigimos a Keswick por el camino de Gallow Hill. Dimos un paseo muy agradable, aunque el día era lluvioso. Llovía muchísimo cuando Nelly Mackareth fue a buscar el caballo para nosotros en Blacksmiths. Coleridge nos fue a buscar a la Puerta de Sara, había preguntado por nosotros a Nelly Mackareth, y a nosotros hablamos con un hombre apuesto, vecino de Wytheburn, que nos dijo (y que pareció muy agradecido por nuestra breve compañía) que Coleridge nos estaba esperando. Salimos de Keswick antes de la hora del té. El sábado por la tarde fuimos a visitar a los Calvert. El domingo estuve muy baja de ánimo y el día fue muy húmedo, así que no nos movimos de Keswick hasta el lunes 11 [12], que nos fuimos a Eusemere. Coleridge caminó con nosotros nueve o diez kilómetros. No se encontraba bien, y nos despedimos con una sensación de tristeza, después de estar juntos un rato en silencio en el camino. Nos desviamos para explorar los alrededores de Hutton, un paseo nuevo, realmente delicioso. El valle que está vinculado a la decadente mansión que se alza en lo más alto parece unir el testimonio de la caída de la casa con el hundimiento de la grandeza familiar que la sustentaba. Los setos están en mal estado, la tierra necesita drenaje y el terreno está invadido por los helechos. Y, sin embargo, por todas partes vemos algo que nos recuerda la antigua grandeza de sus propietarios. Los árboles están esparcidos, como si prefiriesen ser un jardín antes que formar un bosque, y el efecto es muy interesante: baja de las vertientes de las empinadas montañas hasta el lecho del río un torrente sin mucho caudal que discurre sobre un suelo pedregoso hasta que llega a la aldea de Dacre y aumenta de manera considerable su anchura. Un poco más allá de Dacre encontramos el camino que lleva a casa del señor Clarkson, previamente atravesamos bosques y campos, sin estar del todo seguros de si íbamos bien o mal encaminados. Al llegar nos enteramos de que con nuestros vagabundeos habíamos recortado casi un kilómetro. Nos sentamos a descansar cerca de la orilla y vimos unas golondrinas que volaban alrededor y por debajo del puente, y también a dos pequeños muchachos, con las piernas llenas de rasgaduras, que iban locos buscando sus nidos. Llegamos a casa del señor Clarkson a las ocho, después de un paseo fantástico, en el que descansamos y merodeamos, sin prisa, y que pudimos disfrutar juntos y a solas. El señor y la señora C. acaban de llegar de Luff.

Pasamos el martes 13 de julio en Eusemere, y el miércoles 14, de buena mañana, paseamos hasta el puente de Emont, y después recorrimos en carro el camino que va desde Bird's Nest hasta el árbol de Hartshorn. La

perra de los Clarkson nos siguió un buen tramo. Un soldado y su joven esposa quisieron alojarse en la posada, pero ya no quedaban habitaciones. El paseo fue frío y las vistas un tanto monótonas hasta que llegamos a Stanemoor, después dimos un paseo por los alrededores y fue muy emocionante ver las montañas bajo la lluvia. Pero lo mejor fue estar el uno tan cerca del otro. Nunca había cabalgado con tanto placer. Al final se puso a llover con tanta fuerza que tuvimos que ir en carro hasta Bowes. Me entusiasmaba poder cruzar de nuevo, al lado de mi querido hermano, el punte de Greta. El sol brillaba con amabilidad, y disfrutamos de un paseo glorioso por los páramos de Gaterly. Todos y cada uno de los edificios estaban bañados en una luz dorada. Los árboles brillaban más que los árboles corrientes, y veíamos con claridad una extensión de muchos kilómetros, que alcanzaba la aguja de Darlington. Nos separamos en el campo de Leeming a eso de las nueve: comimos tranquilamente y disfrutamos de nuestro fuego. El jueves por la mañana, 14 [15] de julio, poco antes de las siete, nos subimos a una calesa y nos dirigimos a la posada de Thirsk para desayunar. De entrada nos trataron bien, pero cuando la posadera comprendió que nuestro propósito era salir a caminar, y que solo pretendíamos dejar allí el equipaje, nos dedicó unas palabras bastante groseras delante de todo el mundo. El día era muy caluroso y tuvimos que descansar varias veces antes de llegar al pie de las montañas de Hambledon. Mientras las escalábamos tuvimos que reposar y tomarnos descansos muy a menudo. Llévabamos un bocadillo en la bolsa que nos comimos a media ascensión. Estábamos casi derrotados por la sed cuando escuché el chorro de una modesta corriente de agua. Me adelanté tanto que tuve que esperar a que William me alcanzase. Estuvimos mucho tiempo sentados cerca de esta corriente, y terminamos la ascensión muy despacio. Tenía los pies muy doloridos, el sol brillaba ardiente, el pequeño ganado escocés jadeaba y se movía con inquietud. El paisaje estaba nublado, apenas podíamos ver nada desde lo alto de la montaña, una mancha de tierra indistinta, cubierta de árboles, donde los edificios, las ciudades y las casas habían desaparecido. Nos detuvimos para examinar una roca curiosa, después dimos un paseo por el terreno llano, no hacía más frío que antes, pero nuestros pies estaban el doble de cansados, y éramos incapaces de correr deprisa, así que dejé a William sentado dos o tres veces, descansando, y cuando él acumulaba fuerzas para seguirme le permitía que me alcanzase. Llegamos muy hambrientos a Rivaux. En Millers no tenían nada sustancioso para comer, como esperábamos, pero sí una casa limpia y exquisita, y nos ofrecieron un poco de leche hervida y pan. Bastó para fortalecernos y bajé por el terreno para ver las ruinas. Los zorzales cantaban, el ganado se alimentaba entre las montañas verdes, repletas de ruinas. Las montañas estaban salpicadas de rosas silvestres y de otros arbustos, también cubiertos de flores silvestres. Podía haberme

quedado en este sitio tan solemne y tranquilo hasta la noche, sin pensar en moverme, pero recordé que William me estaba esperando, apuré un cuarto de hora más, y me fui. Paseamos entre los terrenos del señor Duncombe[167] y contemplamos la abadía. Está en el valle más grande de una hermandad de valles, todos de longitudes y anchuras distintas. Es un valle boscoso, y se le ve progresar y elevarse en todas direcciones para formar las montañas. Llegamos a Helmsely al atardecer. Disfrutamos de la hermosa vista del castillo en la cima de la montaña, y dormimos en una posada muy agradable, donde nos trataron bien. Muy ruidosa y suelos resbaladizos como el hielo. El viernes 16 de julio, de buena mañana, salimos a pasear de camino a Kirby. Encontramos a gente que venía a la feria de Helmsely. Nos orientaron mal y nos desviamos más de un kilómetro de nuestro camino. En Kirby nos cruzamos con dos caballos. Una hermosa vista de Pickering. El pueblo de Sinnington es muy hermoso. Nos encontramos con Mary y Sara a once kilómetros de G. H. Un redil bajo la lluvia, una hermosa montaña, la vista estropeada por una casa enorme, una dulce iglesia y un dulce cementerio. Llegamos a Gallow Hill a las siete.

Viernes por la noche, 15 de julio [16]. Un tiempo muy malo casi todo el día. Sara, Tom y yo fuimos a caballo hasta Bedale. William, Mary, Sara y yo llegamos hasta Scarborough, dimos un paseo por los prados que rodean la abadía, nos detuvimos en Wykeham, y el lunes 26 nos fuimos con Mary en una calesa. Dimos un interesantísimo paseo a caballo por los Wolds, aunque llovió durante todo el camino. El prado estaba salpicado de arbustos espinosos, vimos ovejas aquí y allá, y de vez en cuando tropezábamos con una pequeña cabaña. Un terreno forminable, donde asoma a veces un árbol aislado, o un pequeño grupo de ellos. Mary se sintió muy indispuesta, y cada poco tiempo nos parábamos a descansar, ella sentía la agitación en todo su cuerpo, también yo empecé a sentirme peor, quizá el suave traqueteo de la calesa por el prado nos había sentado mal. Atravesamos una o dos aldeas emboscadas entre árboles gigantes. Después de separarnos de Mary, apreciamos algunos destellos de sol, pero interrumpidos por lluvias. Llegamos a Beverley bajo una tormenta, pero eso no impidió que nos alegrara la belleza de la ciudad. Vimos la catedral, un edificio hermoso, limpio, algo deteriorado, inspirado en la arquitectura griega. Todo el territorio comprendido entre Beverley y Hull es muy rico, pero su arquitectura es muy pobre: casas de ladrillo, de formas sin el menor relieve, algún molino de viento, y más casas, una sucesión aburrida e interminable. Hull es un lugar espantoso, sucio, lleno de ladrillo, puro comercio, tan rico como vulgar. Sin embargo, el río, aunque sus orillas son tan escasas que apenas se aprecian, nos pareció bello bajo el efecto de la luz del atardecer, recorrido por los barcos. Dimos un paseo muy largo, y volvimos a nuestra aburrida pero tranquila habitación para cenar.

Martes 26 [27]. Día de mercado, las calles estaban muy sucias, había llovido mucho, no dejamos Hull hasta las cuatro, llegamos a Barton a las seis. Llovió casi todo el camino. Un pueblo muy hermoso a los pies de la montaña, una casa aristocrática convertida en un internado para señoritas. En la calesa nos acompañaba una señora que no se encontraba bien de salud, y viajaba con su hija. Cenamos en la posada de Lincoln. Pato y peras, y crema y queso, pagamos dos libras. Partimos de Lincoln el miércoles por la mañana, 27 de julio [28], a las seis. Llovió mucho y no pudimos ver más que la fachada de los edificios por donde pasábamos. La noche anterior, sin embargo, habíamos intuido lo suficiente como para hacernos ahora toda clase de reproches. La catedral está al borde de una montaña que se asoma a una llanura inmensa. El terreno por el que pasábamos era muy plano, el día fue arreglándose. Fuimos a ver la fachada de la catedral mientras los demás pasajeros cenaban en Peterborough; el West End es grandioso. Nos encontramos con una niña que era toda una erudita, y también la favorita evidente de su madre, pese a que se trataba de una familia muy extensa. La niña estaba leyendo *El chico de la granja*.[168] Nos dijo que lo había escrito un hombre sin educación, fue un comentario maravilloso.

El jueves por la mañana, día 29, llegamos a Londres. William me dejó en la posada. Me acosté. Después de muchos contratiempos y desastres nos fuimos de Londres el sábado por la mañana a las cinco o a las seis y media, era 31 de julio (no recuerdo mucho más). En Charing Cross nos subimos a la calesa de Dover. La mañana era muy hermosa. La City, St. Paul, el río recorrido por una multitud de embarcaciones… nos ofreció una vista hermosísima mientras cruzábamos el puente de Westminster. Las casas no estaban cubiertas por la célebre nube de *smog*, y las veíamos extenderse en una secuencia que parecía no tener fin. El sol brillaba con tanta intensidad, con una luz tan feroz, que la ciudad transmitía algo parecido a la pureza de los grandes espectáculos naturales. Avanzamos alegremente, unas veces la diligencia de París iba delante de nosotros, otras iba detrás. Subimos empinadas laderas, por todas partes vimos abrirse hermosas perspectivas, todo el recorrido fue así hasta llegar a Dover. Al principio fue la enorme cantidad de gente lo que más me llamó la atención de Londres, después vimos el río Támesis, barcos navegando, acantilados de tiza, pequeñas aldeas, y eso me impresionó todavía más. Después llegamos a Canterbury, que está en una llanura rica y boscosa, pero la ciudad y su famosa catedral me decepcionaron. Después de dejar atrás Canterbury, en el curso de varios kilómetros, los dos lados de la carretera estaban ocupados por plantaciones de lúpulo. Después llegamos a un terreno plano, a una llanura donde las aldeas crecían en el interior de zonas boscosas, sobre el valle se alzaban verdes montañas, entre sus bosques descubrimos casas de auténticos caballeros. La que más nos gustó fue una casa blanca, casi

escondida por los árboles verdes, y la casa del párroco, limpia todo lo que puede estar una casa; enseguida pensé en lo bien que le hubiese venido a Coleridge vivir en un sitio así. No tengo la menor duda de que nosotros también habríamos podido encontrar una buena casa para Tom Hutchinson y Sara, y también una buena granja. Nos detuvimos a medio camino en una posada. Puestos de fruta bajo la sombra de los árboles, buenos asientos para los húespedes. Un sitio tentador para el viajero cansado. A medida que avanzábamos el campo se volvía más hermoso, más montañoso, se apreciaban casas escondidas bajo las montañas, cada una con su pequeño sembrado de lúpulo entre sus viñedos. Había sido un mal año. Una mujer que iba conmigo en la calesa me dijo: «Es una desgracia para los pobres, la cosecha de lúpulo es la que suelen hacer las mujeres, el lúpulo da trabajo a las mujeres y a los niños». Vimos el castillo de Dover, y seis o siete kilómetros después asomó el mar. Lo miramos a través de un largo valle, el castillo descansaba en un lugar eminente, al final de este valle se abría el mar. La tierra se había vuelto menos fértil, pero al llegar a Dover el paisaje volvió a ser rico de nuevo. Muchos edificios se alzan sobre campos llanos, abrigados por árboles muy altos. Vimos una vieja capilla que bien podría seguir en el mismo estado del que disfrutaba cuando este valle era un paisaje remoto, tan poco conocido para los viajeros como nuestra montaña de Cumberland, que hace apenas treinta años podía confundirse con un territorio salvaje. Vimos también un edificio muy antiguo al otro lado del camino, que producía un efecto muy extraño entre las casas nuevas que están brotando por todos lados. Parecía raro que hubiese conservado pura su antigüedad entre tantos advenedizos. Estaba casi a oscuras cuando llegamos a Dover. Nos dijeron que el barco estaba a punto de zarpar, así que en media hora estábamos en la aduana, allí examinaron nuestro equipaje. Después tomamos el té con el honorable señor Knox y su tutor. Llegamos a Calais a las cuatro de la mañana del domingo, 31 de julio. Nos quedamos en el barco hasta las siete y media. A las ocho y media William fue a ver si había llegado alguna carta. Nos encontramos con Annette y Coleridge en *chez* Madame Avril, en la Rue de la Tête d'or. Nos alojamos delante de dos señoras, las habitaciones eran de un tamaño decente, pero mal amuebladas, los armarios eran demasiado grandes y desprendían un molesto olor. Además, el suelo estaba sucio. El clima era muy caluroso. Paseamos por la orilla del mar casi todas las noches, con Annette y Caroline, o William y yo solos. William tenía un fuerte resfriado, al principio no podía bañarse, pero terminó haciéndolo. Andar sobre la arena cuando la marea estaba baja era todo un espectáculo, en un radio de cuatrocientos metros se concentraban por lo menos un centenar de bañistas. Los paseos que dábamos después de que se retirase el calor del día eran muy agradables; de lejos se apreciaba la costa oeste de Inglaterra, una especie de neblina coronada por el castillo de Dover, que

era algo así como la cumbre, el lucero de la tarde, la gloria del firmamento. Reconozco que el reflejo del cielo sobre las aguas me pareció más hermoso que el propio cielo, que las olas púrpuras brillaban más que las piedras preciosas y se fundían siempre sobre la arena. El fuerte, un edificio de madera justo en la entrada del puerto de Calais, cuando caía el crepúsculo y del edificio apenas se podía ver su forma, aunque con tanta precisión como bajo la perfecta luz del día, parecía elevarse sobre pilares de ébano, y entre los pilares se apreciaba un mar dominado por los colores más bellos que puedan concebirse. Ningún paisaje de novela era ni la mitad de hermoso. Ahora se veía cómo el lucero de la tarde se hundía y los colores del oeste se desvanecían, brillaban más los faros encendidos por los ingleses desde nuestro país para advertir a los barcos de la presencia de rocas o de arenales. Estas luces eran lo último que podíamos ver desde el muelle cuando ya no se apreciaba ningún objeto lejano que no fuesen nubes, cielo o mar, pues todo el paisaje se había vuelto oscuro. La ciudad de Calais parecía dormida bajo la escasa luz del cielo, pero quedaba todavía luz, vida y alegría en la superficie del mar. Hubo una noche que nunca olvidaré: el día había sido muy caluroso, William y yo paseábamos solos por el muelle. El mar estaba sombrío, una oscuridad profunda empapaba el cielo, apenas resquebrajada por un rayo solitario que nos revelaba la presencia de un barco, mientras las olas rugían y rompían contra el muelle. El mar parecía cada vez más lejano, e igual de negro y sombrío. También era muy hermoso, en la calurosa noche, ver los pequeños botes saliendo y entrando del puerto con alas de fuego, y los veleros dejando a su paso una salvaje estela a medida que avanzaban cortando el agua, y que se cerraba dejando miles de gotas volando por el aire, y corrientes agitadas como gusanos de luz. Caroline estaba entusiasmada.

El domingo 29 de agosto partimos de Calais a las doce de la mañana y llegamos a Dover el lunes 30 a la una. Estuve enferma toda la travesía. Fue muy agradable para mí llegar al puerto de Dover, respirar el aire fresco, mirar hacia arriba y ver las estrellas entre las sogas del velero. El día siguiente fue muy caluroso. Nos bañamos y descansamos en los acantilados de Dover, desde allí contemplamos Francia a merced del pensamiento melancólico y cálido. Podíamos ver la orilla de enfrente con tanta claridad como si el mar no fuese más que otro lago inglés. Nos subimos a la calesa y llegamos a Londres a las seis, el día 30 de agosto. Estaba nublado y apenas vimos nada. Nos alojamos en Londres hasta el miércoles 22 de septiembre, el viernes 24 de septiembre llegamos a Gallow Hill. Mary nos salió al paso la primera, en la avenida. Parecía tan gorda y tan saludable que la breve conversación que tuvimos nos puso muy alegres, luego nos encontramos a Sara, y por último saludamos a Joanna. Tom estaba trabajando con el maíz de pie en el carro. Nos cambiamos de ropa enseguida y nos ofrecieron té.

El jardín estaba muy alegre, lleno de guisantes y de margaritas. Jack y George vinieron el viernes por la tarde[169]. El sábado día 2 fuimos a caballo hasta Hackness, me acompañaron William, Jack y George, dejamos a Sara sola. Yo montaba en el mismo caballo que Tom. El domingo 3, Mary y Sara estuvieron ocupadas preparando las maletas. El lunes, 4 de octubre de 1802, mi hermano William se casó con Mary Hutchinson. Pude dormir unas horas durante la noche y me levanté pronto, despejada y con buen ánimo. Un poco después de las ocho los vi cruzar la avenida hacia la iglesia. William se había despedido de mí en casa, en la habitación. Le di un anillo de boda, ¡con qué sincera bendición! Me lo quité del dedo donde lo había llevado toda la noche, y él volvió a ponérmelo bendiciéndome con fervor. Mientras estaban ausentes mi pequeña Sara se encargó de preparar el desayuno. Me quedé tan quieta y tranquila como pude, pero cuando vi a dos hombres corriendo por el paseo con el propósito de informarnos de que la ceremonia había terminado, no pude soportarlo más, y me arrojé a la cama, el único sitio donde imaginé que podía esperar tranquila. No vi ni oí nada hasta que Sara subió y me dijo: «Ya vienen». Esta noticia sí me obligó a salir de la cama, y empecé a moverme, no sabía exactamente hacia dónde, con más velocidad que fuerza tenía, y seguí así hasta que encontré a mi querido William y me apoyé en su pecho. Entre William y John Hutchinson me llevaron a casa, y allí me quedé para darle la bienvenida a mi querida Mary. Desayunamos y nos fuimos. En cuanto pusimos el pie fuera de casa empezó a llover. La pobre Mary estaba muy agitada después de despedirse de sus hermanos y de sus hermanas, y de alejarse de su hogar. No ocurrió nada relevante hasta que llegamos a Kirby. Por el camino tuvimos sol, lloviznas, charla agradable, cariño y alegría. Nos vimos obligados a esperar dos horas en Kirby mientras los caballos se alimentaban. Le escribimos unas líneas a Sara, y después partimos de inmediato. El sol se puso a brillar, visitamos el cementerio después de llevar una carta a la oficina de correos del *York Herald*. Allí paseamos y leímos las lápidas. Había una dedicada a la memoria de cinco niños que habían fallecido en el plazo de un lustro; los mayores apenas habían vivido cuatro años. Encontramos otra lápida erigida en memoria de una mujer (conjeturamos que por un extranjero). Los versos grabados confesaban que había sido muy descuidada en el trato con sus semejantes y recomendaban al lector que mirase en su interior y tratase de subsanar sus propias flaquezas. Salimos de Kirby a las dos y media. El paisaje es poco variado durante el trayecto que va de Kirby a Helmsely, pero es una tierra agradable, rica y boscosa. Y el propio Helmsely está situado con mucha dulzura al pie de las empinadas laderas de Duncombe, que están salpicadas de árboles altísimos. Por encima de los edificios corrientes de la ciudad se eleva el castillo de Helmsely. Ahora es apenas una ruina, pero durante un tiempo lo habitó el alegre duque de Buckingham. Todas las

perspectivas de aquel camino nos parecían interesantes de alguna manera, pues William y yo lo habíamos recorrido a pie cuando salíamos a buscar a nuestra querida Mary, más de una vez nos sentamos a descansar en aquellos mismos prados. Antes de llegar a Helmsely nuestro conductor nos dijo que ya no podía acompañarnos más, así que nos detuvimos en la misma posada donde ya habíamos dormido. Mi corazón se puso a brincar en cuanto vio el color amarillo brillante de las paredes y la puerta ensombrecida por los jazmines. Nos instalaron en una habitación distinta a la que habíamos ocupado William y yo otras veces, era un dormitorio pequeño, encima de la chimenea colgaba un dibujo que la mujer aseguró haber comprado en una subasta. Mary y yo nos calentamos junto al fuego de la cocina mientras William charlaba en el jardín, echamos una mirada por la puerta a las viejas ruinas que se alzaron en la cima de la montaña; en los fosos que rodean las ruinas crece como en cunas una vegetación verde y suave, rodeada de verdes lomas cubiertas de hierba y sombreadas por los árboles más viejos, sobre todo por fresnos. Me impuse a William y le convencí para que me acompañase hasta las ruinas, dejamos a Mary junto al fuego. El sol brillaba, el aire estaba caliente, pero agradable. Una parte del castillo parecía estar todavía habitada. Vimos a un hombre segando ortigas en el espacio abierto que probablemente fue en su tiempo el patio del castillo. Había una puerta muy hermosa. Los niños jugaban en el terreno inclinado. Volvimos a la posada por la calle. Después de una hora de espera nos pusimos en marcha, nos tocó un conductor excelente, maniobró con tal destreza que los caballos no se detuvieron ni un momento. Mary pareció encantada con las vistas del castillo desde donde lo habíamos observado antes. Me complació ver de nuevo el estrecho paseo por el que habíamos caminado, la cuesta que subimos y la ladera, esta vez vimos desde allí a dos niños arrastrando un pedazo de madera y a un grupo de caballos luchando con una enorme carga de leña. Sentimos compasión por los pobres caballos bajo el yugo de un grupo de hombres que parecían haber perdido el juicio, y la compasión se trasladó a los chicos, que estaban en una edad en la que podían jugar en el bosque por diversión, pero también para olvidarse de la pobreza y de la mala comida. Comprendimos que se habían visto obligados a ir a la ciudad en busca de su padre. La mansión de Duncombe es un gran edificio y se ve bien desde el camino, aunque creo que solo dos tercios del plan original llegaron a completarse. Bajamos por una pendiente muy empinada hacia el valle de Rivaux, por un sendero rodeado de bosque. Nos detuvimos en el puente para contemplar la abadía, y volvimos a detenernos después de cruzar el puente. Nuestra querida Mary nunca había visto una abadía en ruinas, Whitby. Reconocimos las cabañas, las casas y los pequeños valles. Atravesamos una prolongada cuesta, el camino nos llevó hacia la hendidura del valle, rodeados por todas partes de laderas boscosas. Cuando

fuimos a G. H. paseé muchas veces a solas por este valle. Otras veces lo recorrí acompañada por William. Antes de pasar la montaña de Hambledon y llegar a la posición que domina Yorkshire ya estaba bastante oscuro. Pero no nos privamos de ver buenos panoramas, mientras recorríamos la llanura que se adentraba entre las lomas. Lejos de nosotros, en la parte occidental del horizonte, vimos siluetas de castillos, ruinas entre arboledas, un gran bosque, rocas, árboles solitarios, la torre de una catedral, minaretes muy originales y un templo griego de planta redonda. Los colores del cielo eran de un gris brillante, y las nubes de un gris más sobrio, el firmamento recordaba a una cúpula. Al bajar del cerro la vista era la misma, pero parecía haberse ampliado. Solo pasado un tiempo reconocimos el salvaje Tarn (como suele llamarlo la gente), parecía iluminado por la fuerza de una luz propia, porque las montañas que lo rodeaban estaban a oscuras. Antes de llegar a Thirsk vimos una luz delante de nosotros, al principio pensamos que provenía de la luna, después de un horno, pero al entrar en el mercado nos dimos cuenta que se trataba de una hoguera grande, vimos a muchos chicos bailando a su alrededor, un espectáculo que me encanta. La posada recordaba a una casa iluminada, todas las habitaciones estaban llenas. Preguntamos el motivo, y una niña nos dijo que «era el cumpleaños del señor John Bell, que acababa de recibir una herencia». La casera resultó ser una mujer muy civilizada, aunque no mostrase demasiado respeto a los viajeros que llegaban a pie a su casa. Caminamos en la oscuridad y llegamos a Leeming Lane a las once. A la mañana siguiente partimos a las ocho y media. Siempre lamento alejarme de una confortable sala de estar cuando todavía es de noche. La gente de la posada tenía ganas de irse a la cama y lo cierto es que no nos trataron muy bien, aunque nos ofrecieron una cena caliente. A la mañana siguiente partimos a las ocho y media, justo después de desayunar. La mañana fue alegre y soleada. No tardamos en salir de Leeming Lane y pasamos un pueblo muy hermoso con una iglesia elegante. Cayeron algunos chubascos, pero cuando llegamos a los verdes campos de Wensley el sol brillaba, y en muchos de sus meandros el Ure resplandecía mientras fluía entre el valle que conduce al castillo de Middleham. Mary miró a un lado y a otro, como si buscase a su amigo, el señor Place, y se sosegó al pensar que siempre lo tendría allí, al alcance de la mano, al otro lado del valle donde íbamos a instalarlos. Después fuimos a una posada de nueva construcción en Leyburn, era la misma aldea donde William y yo habíamos cenado de camino a Grasmere hace justo ahora dos años y nueve meses, pero no en la misma posada. La patrona fue muy amable, nos ofreció pastel y vino, pero los caballos que debían esperarnos allí se retrasaron por lo menos dos horas, y no conseguimos partir hasta pasadas las dos del mediodía. Habíamos pagado para recorrer cincuenta y seis kilómetros, es decir, para llegar a Sedbergh, pero la patrona desengañó nuestras

esperanzas de ir más allá de Hawes. Nos sorprendió una lluvia justo cuando salíamos de la posada. Mientras la lluvia batía contra las ventanas comimos, y William y Mary disfrutaron la comida con entusiasmo. No me encontraba demasiado bien. Cuando atravesamos el pueblo de Wensley los recuerdos agradables derritieron mi corazón: el puente, las pequeñas trombas de agua, la empinada montaña, la iglesia… Todo esto forma parte de mis visiones interiores más vivas, porque fueron las primeras cosas que vi después de que nosotros decidiesemos abandonar nuestro antiguo hogar, y antes de entregar todo nuestro corazón a Grasmere, la casa donde íbamos a encontrar por fin tanto descanso. Mirase donde mirase el valle parecía más hermoso que nunca. A la izquierda la brillante corriente de plata atravesaba el verde horizontal de los llanos sinuosa como un ofidio; a la derecha (no me había dado cuenta hasta hoy) se perdía entre los árboles y las pequeñas montañas. A medida que avanzábamos no podía dejar de observar hasta qué punto los paisajes que Wensley Dale ofrecía en verano eran más variados que los que era capaz de ofrecer en invierno. En gran medida se debía a que los árboles estaban llenos de hojas y sus siluetas se agrupaban en figuras que simulaban refugios y recovecos allí donde en invierno todo formaba parte de un único y extenso valle. En esta tierra la belleza del verano supera la del invierno, la hermosa variedad de los colores del valle matiza la dura desnudez de los techos blancos. Uno de nuestros caballos parecía un tanto reticente a seguir avanzando, por lo que nos detuvimos en la primera aldea, un pueblo de forma alargada en la ladera de un cerro. La cosa se complicó y decidimos no seguir adelante. Dimos un paseo y al regresar vimos que el muchacho que estaba a cargo de la calsea se había visto obligado a retirar a nuestro caballo y reemplazarlo por otro. Nos volvimos a sentar en nuestros cómodos asientos. El viento parecía estar enemistado con nosotros y se dedicaba a sacudir las ventanas, incluso la calesa, pero allí dentro nos sentíamos a salvo del frío y seguros. Nuestra estación se encontraba en lo alto de una cuesta, enfrente veíamos el castillo de Bolton, y el Ure fluía a nuestros pies. William ya ha escrito un soneto sobre este breve período de encarcelamiento: «Dura fue vuestra prisión, María, comparada con la nuestra». ¡Pobre María![170] A William le entró sueño, se recostó sobre mi pecho y yo hice lo mismo sobre el hombro de Mary. Estuve quieta mucho tiempo, pero al final me vi obligada a moverme un poco. Me sentía enferma y así seguí bastante tiempo, por lo menos hasta que el chico regreso con nuestro caballo. Mary también se había encontrado mal pero al parecer se recuperó enseguida. El trayecto fue muy sosegado, no bajamos de la calesa hasta llegar a un pabellón en una ladera, desde allí dimos un paseo para ver las cascadas. El sol no se había puesto todavía, sobre los bosques y los campos se extendía la luz amarilla de la tarde, que intensificaba mil veces el verdor. Las cataratas eran bellísimas y caía tanta agua de ellas que el río amenazaba con

desbordarse. Las orillas estaban menos interesantes que en invierno, pero en conjunto la naturaleza parecía estar mejorando en su batalla contra los hombres que proyectaron estas obras. En invierno Dios parecía haber huido de estos parajes, y todavía se sentía la presencia de los «instrumentos mortales» con los que la naturaleza había batallado sin llegar a rendirse ni a vencer por completo. Descubrí algo salvaje y nuevo en ese sentimiento, sabía, como cualquier otro ser humano sabe en su interior, que Dios había pasado también su mano sobre el invierno, de manera que no podíamos lamentarnos de su aparente falta de actividad. Además, constituye un placer para un verdadero amante de la naturaleza otorgarle al invierno toda la gloria posible, pues el verano siempre se las arregla para hacer su propio camino y así cosecha alabanzas. Reconocimos el mismo camino que William y yo recorrimos aquel atarceder, el que conduce a la Cueva del Conejo, donde nos extraviamos. Entre las montañas verdes y los setos corrientes asomaba una granja rodeada de encinas, parecía escondida, pero nosotros la encontramos entonces y nos alegramos de volver a verla ahora. William se alejó de nosotras para ir a ver las cascadas, a Mary y a mí nos asustó la insidiosa presencia de una vaca. Cuando volvimos a la posada nos encontramos con caballos de refresco y otro conductor. El recorrido hasta Hawes fue muy agradable y llegamos antes de que hubiese oscurecido del todo. Mary y yo tomanos el té, William comió perdiz, chuletas de cordero y tarta. Mary estuvo un rato conmigo y me preparó una taza de caldo, que era toda la comida que podía soportar mi estómago. No pasé mucho tiempo así. Vomité, me tomé el caldo y solo después me dormí dulcemente. Nos levantamos a las seis de la mañana. El día era lluvioso. Tomamos un buen desayuno antes de partir. El primer kilómetro después de abandonar Hawes nos ofreció vistas muy hermosas: cruzamos un puente, campos desnudos y muy verdes donde pastaba el ganado, un arroyo reluciente, cabañas, un puñado de árboles que crecían con poco convencimiento, y altos cerros. Ahora sí brillaba el sol. Antes de llegar a las lomas peladas, nos encontramos con un pabellón de caza a nuestra derecha: era exacto al que hay en Greta Hill, y estaba rodeado por una plantación de abetos. El día nos sonreía: destellos de sol y nubes pasajeras que viajaban por el cielo proyectando su sombra en la tierra. A Mary le gustó muchísimo Garsdale. Es un sitio muy querido por mí y por William. Encontramos en buen estado la posada (Garsdale Hall) donde habíamos parado tantas veces, tomándonos una pinta de cerveza, antes de partir hacia las montañas que Júpiter quiso adornar con toda su gloria en nuestras visitas precedentes. Era ya mediodía cuando llegamos a Sedbergh y resultó que era día de mercado. Nos instalaron en la misma habitación donde pasamos la noche de camino a Grasmere. El viaje hasta Kendal fue muy agradable, llegamos a las dos de la tarde. El día nos favoreció, Mary y yo fuimos a visitar la casa donde había vivido nuestra

querida Sara. Después visitamos la tienda del señor Bousfield, pero no encontramos nada que nos gustase. Había vendido sus mejores productos el día anterior. Después fuimos a la tienda de las mujeres y compramos dos jarras y un plato, también compramos papel en la tienda de Pennington. Volvimos a la posada y encontramos que William ya estaba listo para nosotras. La tarde no fue demasiado agradable, pero como no llegó a llover, pudimos acercarnos a Windermere. Siempre me alegra ver Staveley, es un sitio en el que realmente amo pensar. Se trata del primer pueblo de montaña que visité con William, justo cuando empezaba nuestro peregrinaje juntos. En esta posada bebimos un vaso de leche juntos, en ese riachuelo me refresqué los pies y le lavé a William un par de calcetines de seda. Nada más de relevancia ocurrió hasta que llegamos a la capilla de Ing. La puerta estaba abierta, así que entramos. Es un sitio pequeño y limpio, el suelo es de mármol, y también es de mármol el altar. Encima del altar hay una pintura de la última cena y está flanqueada por estatuas de Moisés y Aarón. Una mujer nos dijo que «habían pintado los vestidos para que se pareciesen a los de la Biblia lo más posible». Y lo cierto es que eran vestidos muy llamativos. El mármol lo había enviado Richard Bateman[171] desde Leghorn. La misma mujer nos dijo que un hombre había estado en su casa unos días antes y le dijo que había ayudado personalmente a cargar con ese mármol por el mismísimo mar Muerto. Y ¡la mujer le creyó con gusto! Se puso a llover muy fuerte mientras volvíamos a Windermere. En Willock esperamos un rato a resguardo de la lluvia mientras nos cambiaban los caballos, y llegamos a Grasmere a la seis del miércoles, 6 de octubre de 1802. Molly parecía contentísima de vernos. Por mi parte, no puedo describir con palabras lo que sentí. Y las emociones de nuestra querida Mary fueron tan atrevidas que tampoco resultan sencillas de expresar. Encendimos velas y fuimos al jardín, nos sorprendió el sano crecimiento de las retamas y los laureles de Portugal. Al día siguiente, jueves, desempaquetamos las cajas. El viernes horneé pan y di un paseo con Mary, primero por la ladera de la montaña, y después por la arboleda de John, desde allí vimos Rydale. Este fue el primer paseo que di con mi hermana.

Sábado 9. William y yo fuimos caminando a casa del señor Simpson.

Domingo 10. Llovió todo el día.

Lunes 11. Un día muy hermoso. Paseamos hasta las montañas de Easedale con la idea de ver las cascadas. William y Mary me dejaron sentada en una piedra entre las montañas solitarias y se fueron a Easedale Tarn. Me sobrepuse al frío y salí en su busca. Los alrededores de Tarn son muy hermosos. Teníamos la esperanza de encontrar a Coleridge en casa pero no

llegó hasta después de comer. Se encontraba bien, pero no tenía buen aspecto. Dimos un paseo con él hasta Rydale.

Martes, 12 de octubre de 1802. Fuimos con Coleridge hasta Rydale.

Miércoles 13. Coleridge se animó a ir a Keswick y nos convenció para que le acompañásemos. Al llegar resultó que la señora C. no estaba en casa. El día fue delicioso. Tomamos el té en casa de John Stanley. Le escribí a Annette.

Jueves 14. Por la tarde fuimos todos a casa de Calvert. Luz de luna. Me quedé a cenar.

Viernes 15. Fuimos paseando hasta la casa de lord William Gordon.

Sábado, 16 de julio. Mary y yo volvimos a casa. William pasó a ver a Coleridge antes de llegar a Nadel Fell. Mary y yo dimos un paseo muy agradable, el día era muy luminoso, la gente estaba muy ocupada cosechando su maíz. Volvimos a casa sobre las cinco. No me encontraba bien del todo, pero sí un poco mejor que después de tomar el té. Hice pasteles.

Domingo 17. Tuvimos a trece de nuestros vecinos tomando el té. William entró justo cuando empezábamos a servirlo.

Lunes 18. No me encontré muy bien. Por la mañana fui andando hasta la casa de los Simpson.

Martes 19. Comimos y tomamos el té con los Simpson. William se sintió oprimido.

Miércoles 20. Dimos un paseo todos juntos hasta Butterlip How. Llovió.

Jueves 21. Caminé con William hasta Rydale.

Viernes 22.

Sábado 23. Mary se puso a hornear. Di un paseo con William para ver Langdale y Grasmere. La caminata fue celestial, pero llegué a casa con dolor de muelas. Desde ese día me han prohibido subir escaleras, y así sigo a 30 de octubre de 1802. William se fue a Keswick. Mary le acompañó hasta la cima del Raise. Acaba de volver y se ha sentado junto al fuego, muy cerca de mí. El día es gris, algo opresivo, y ha silenciado los bosques

dorados del otoño, ensimismados en su tranquilidad majestuosa y en su hermosa decadencia. El lago es un espejo perfecto.

Sábado, 30 de octubre. William se encontró con Stoddart en el puente al pie del valle de Legberthwaite. Volvimos juntos y nos sorprendieron con su llegada, eran las cuatro de la tarde. Stoddart y William comieron mientras yo me acostaba un rato. Después del té, S. nos leyó a Chaucer.

Lunes, 31 de octubre [domingo]. John Monkhouse[172] nos hizo una visita. William y S. fueron a Keswick. Mary y yo subimos a lo alto del cerro y desde allí contemplamos el paisaje de Rydale. Me sentí muy afectada cuando constaté que habían abierto una segunda posada cerca de la Puerta de Sara. El lago estaba totalmente en calma, el sol brillaba sobre la montaña y el valle y los lejanos abedules parecían flores doradas. Ningún otro elemento del paisaje se distinguía por un color propio, pero todas las tonalidades parecían fundirse en una masa, en la que el ojo no apreciaba diferencias claras, pero sí una variedad casi infinita, si se esforzaba por encontrarla. Los campos eran de un sobrio amarillo pajizo. Después de comer las dos nos quedamos en casa. Mary se durmió, yo no pude porque me puse a pensar en demasiadas cosas a la vez. Estamos muy bien juntas. Después de tomar el té releí viejas cartas. Molly se acercó a casa de los Simpson para visitar a la señora S., que está muy enferma.

Martes, 2 de noviembre. William volvió de Keswick. No se encontraba bien. Día de hornear. El señor B. S. vino a la hora del té. Molly estuvo con la señora S. William se encontró mal toda la tarde.

Miércoles 3. El señor Luff vino a tomar el té.

Jueves 4. Me quemé el pie con café. Me levanté muy tarde. Casi me desmayo, y después tuve problemas intestinales. Mary me cuidó hasta las dos, después nos acostamos: gracias a unas friegas de vinagre, me pude dormir sobre las cuatro.

Viernes 5. Acostada todo el día, escribí a Montagu y a Cooke y envié cartas para la señorita Lamb y para Coleridge.

Sábado 6.

Domingo 7. Recibí carta de Coleridge, que se ha ido a Londres. Sara está en Penrith. Le escribí a la señora Clarkson. William comenzó a traducir a Ariosto.

Lunes 8. Un día muy hermoso. William volvió a trabajar en Ariosto y así continuó toda la mañana, aunque el día era tan delicioso que mi corazón deseaba cruzar las puertas y ver y sentir la belleza del otoño en libertad. Los árboles del otro lado del lago son de un amarillo pajizo, pero hay uno o dos delante de nuestras ventanas (un fresno, por ejemplo) todavía verdes, como si fuese primavera. Los campos ya tienen el color del invierno, pero el islote sigue igual de verde. Mary ha cocinado todo el día, ahora está en el salón. William está escribiendo estrofas de Ariosto. Hemos encendido un buen fuego, la tarde está tranquila. ¡Pobre Coleridge! Sara está en Keswick, así lo espero. William se ha encontrado mal del estómago, pero esta noche parece ya bastante repuesto. Hoy he leído uno de los cantos de Ariosto.

24 de diciembre. Nochebuena. William lleva a mi lado desde las diez y media. Me he quedado a su lado desde la hora del té, cosiendo el talón de una media, repitiéndole algunos de sus sonetos, escuchando sus propios recitados, leyendo poemas de Milton, el *Allegro* y el *Penseroso*. Fuera todo está tranquilo y helado. Mary está en la sala de estar atenta a la cocción de los panes, y Jenny vigila los pasteles para Fletcher. Sara está en la cama con dolor de muelas. Y nosotros dos estamos aquí, juntos, creo que William ha revisado las hojas con los sonetos de Charlotte Smith[173], pero él sostiene mi mano encima de su pobre pecho, apretando el lugar desde donde respira. Mary se encuentra bien, y yo me encuentro bien, y Molly ha estado más contenta este año que en toda su vida. Coleridge llegó esta mañana con Wedgwood[174]. Pese a la distancia el sol brillaba y apenas soplaba el viento, pero todas las cosas parecían indiferentes y depresivas, el cielo no concordaba con las montañas, y las montañas parecían piedras trabajadas con martillos bastos. El pasado domingo fue el último día agradable que recuerdo. Todos salimos a pasear. Yo fui a Rydale y William me acompañó a la vuelta. M. y S. fueron a pasear por los lagos. Encontramos flores de muchas clases: las campanillas más altas que nunca había visto, geranios, margaritas, un botón de oro en el agua (aunque creo que esta flor la vi dos o tres días antes), y pequeñas flores amarillas (no sé cómo se llaman) entre la hierba. Recogí un gran ramo de flores de fresa. William estuvo un rato conmigo, después fuimos a ver a M. y a S. El sábado anterior almorzamos en casa de los Simpson, también fue un día hermoso y tranquilo. El lunes heló, todo ha estado helado desde entonces. El sábado almorzamos con la señora Simpson. Hoy es Navidad. Sábado, 25 de diciembre de 1802. Tengo treinta y un años. El día es húmedo y helado.

Una vez más me he olvidado de escribir en este diario. Ha pasado el día de Navidad, ha pasado el Año Nuevo y no he apuntado nada. Hoy es martes, 11 de enero. El día de Navidad me vestí para ir a Keswick y regresar en

calesa, pero al final no salí de casa. El jueves, 30 de diciembre, fui a Keswick. William cabalgó delante de mí hasta el pie de la montaña más próxima a Keswick. Una vez allí segumos el recorrido de un pequeño curso de agua, muy ruidoso, pero que durante el camino de vuelta comprobamos que se estaba ya secando. Comimos algo de ternera montados en el caballo y un pastel dulce. Nuestro caballo descansó en un prado que quedaba enfrente de varias matas de prímulas, tres de ellas en plena floración y otra repleta de brotes, debatimos mucho si debíamos arrancarlas o no, y por fin decidimos dejarlas vivir a su aire, una decisión de la que me alegré mucho el domingo siguiente, pues seguían estando allí, habían sobrevivido al frío y a la humedad. Me alojé en Keswick durante el día de Año Nuevo y regresamos a casa el domingo 2 de enero. William Mackareth vino a buscarme (M. y S. habían salido a buscarme bien lejos, hasta casa de John Stanley). William estaba alarmado por mi prolongado retraso, salió a caballo en mi búsqueda y se quedó apenas a tres kilómetros de Keswick. El día fue dulce y hermoso y el atardecer muy agradable. Coleridge se quedó con nosotros hasta el jueves 4 de enero. William y yo dimos un paseo hasta la casa de George M. para agradecerle los esfuerzos del caballo, y él nos acompañó hasta Ambleside. Nos despedimos de él en la bifurcación del camino, y vimos como George se dirigía, montado a caballo, hacia la cima de Kirkstone. El jueves 6 volvió Coleridge, y el viernes 7 él y Sara se fueron a Keswick. William les acompañó hasta la falda de Whytheburn. Yo me fui a casa de la señora Simpson, allí comí y hablé con Aggy Fleming, que está enferma y en la cama. Fue un día muy agradable, y cuando William y yo volvimos a casa, justo antes de que empezase la puesta de sol, seguía siendo un atardecer muy agradable. Un cielo blando se esparcía entre las montañas, y parecía un crepúsculo de verano, pues se veía más superficie de cielo que de nubes. El césped parecía cálido y suave.

Sábado, 9 de enero [8]. William y yo dimos un paseo hasta Rydale. Un cielo sin nubes, un tiempo tan suave como si fuese primavera. Una hermosa tarde de luna y una noche serena. Pero antes de que amaneciese se levantó el viento y la temperatura descendió, el frío fue terrible. El domingo ni Mary ni yo nos encontramos bien.

Domingo, 9 de enero. Mary se quedó tumbada en la cama y no salió a pasear. William y yo entramos en el bosque del Brothers. Me asombró la belleza de aquel espacio, nunca había estado desde mi regreso, y ¡tampoco había estado antes de irme en junio! Le escribí una carta a la señorita Lamb.

Lunes, 10 de enero. Me acosté en la cama y logré conciliar un poco el sueño, me desperté a la una. Trabajé todo el día en las enaguas y en las

muñecas de la señorita C. William se puso hoy por primera vez las medias de lana. Dimos un paseo hasta Rydale y trajimos cartas de Sara, de Annette y de Peggy. Un frío furioso.

Martes, 11 de enero. Un día muy frío. William me prometió que saldríamos a montar en cuanto hubiese terminado de prepararle el desayuno, pero se quedó en la cama hasta las doce. Salimos a pasear pero el frío volvió el cielo tan oscuro que avanzábamos demasiado despacio, así que decidimos volver y no paseamos más. Mary me leyó el prólogo de los cuentos de Chaucer, William trabajó toda la mañana en su poema sobre Coleridge. Llegó una carta de Keswick, era de Taylor y el tema era el matrimonio de William. Coleridge está muy mal de ánimo. Antes de tomar el té me pasé dos horas en la sala de estar, leyendo *El cuento del caballero* con un deleite exquisito. Mientras tomaba el té Mary ha bajado las escaleras con la copia de poemas italianos que ha hecho para Stuart. William ha trabajado todo el tiempo a mi lado, hasta aquí este imperfecto resumen. Compraré un buen cuaderno en Calais y de ahora en adelante escribiré regularmente, con letra bien clara, quiero cumplir esta resolución que he tomado el 11 de enero de 1803. Ahora voy a comer un poco de tapioca para cenar. A Mary le he preparado un huevo y a William un poco de fiambre de cordero. Mi pobre hermano está muy cansado.

Miércoles 12. Un día muy frío, frío toda la semana.

Domingo 16. Un día intensamente frío. El pan de jengibre que puse en el abrigo de Molly estaba buenísimo. Cogí mi Spenser y caminamos hasta la casa de Matthew Newton. Entré. Allí dentro me encontré con el ciego, con su mujer y con su hermana sentados junto al fuego, todos vestidos con ropa muy limpia, de domingo. La hermana estaba leyendo. Al verme sacaron lo que les quedaba de pan de jengibre y les compré seis peniques. Al recibir el dinero estaban tan agradecidos que no encontré fuerza suficiente en mi corazón para confesarles que en casa cocinábamos nuestro propio pan de jengibre. Les pregunté si no tenían uno un poco menos grueso. Matthew me respondió: «No, y no haremos más hasta el viernes, pero le prometo que nos esforzaremos más». Al día siguiente la mujer vino a casa justo cuando estábamos horneando y le compramos otros dos peniques.

Lunes[175].

Diario de Alfoxden
(1798)

Alfoxden[176]*, 20 de enero de 1798*. Los senderos verdes que recorren las laderas de la montaña parecen canales por donde fluye el agua. El trigo joven forma crestas, las ovejas se apiñan en los prados. Después de estos días oscuros, tan húmedos, la tierra parece más populosa. Se puebla a sí misma los días soleados[177]. El jardín imita a la primavera y se alegra de flores. El púrpura de la hepática estrellada se esparce incluso en las zonas de sol, y los racimos de las campanillas de invierno levantan sus cabecitas blancas, ribeteadas de verde, siguiendo el mismo movimiento que los capullos de rosa cuando se abren, y después los bajan, inclinando despacio sus delgados tallos. Los bosques están de un marrón invariable, y la luz atraviesa la fina red que forman sus ramas superiores. En la cresta más alta de la montaña redondeada, los troncos de los robles que allí han arraigado lucen al sol como las columnas de un templo en ruinas.

21. Dimos un paseo hasta la cima de una montaña. Descansamos bajo los abetos del bosque. Las copas de las hayas son de un marrón rojizo. Los robles, avivados por la brisa marina, agitan unas hojas que parecen plumas gruesas del mismo color verde que los líquenes marinos. Es la única parte del bosque que no se ha despojado de sus hojas. Vi agrupaciones de musgo más espesas que las bellotas que rebosan de las copas de las hadas.

22. Caminata a través del bosque hacia Holford. La hiedra se retuerce alrededor de los robles como una serpiente elástica. El día es frío, encontramos un refugio cálido entre los acebos y nos entregamos caprichosamente a recoger bayas. Indagar: ¿las flores masculinas y las femeninas brotan en árboles distintos?

23. El sol salió a las tres y nos ofreció una luz muy brillante. Mar en calma, perfectamente azul, apenas veteado por el reflejo de las nubes y el color más profundo que le dan las lenguas de arena. Durante el camino de vuelta el mar se volvió de un rojo sombrío. El sol se está poniendo. Luna creciente, entre Júpiter y Venus. El mar se oía con toda claridad desde la cima de las montañas; en verano nunca llegamos a oírlo. Lo atribuimos en parte a la desnudez de los árboles, pero también al silencio de los pájaros, a la ausencia de insectos que zumban, al ruido apenas perceptible que hace en verano todo lo que vive en el aire. Los pueblos envueltos en hermosas sábanas de niebla. El césped desvaneciéndose en el camino que atraviesa la montaña. Las flores rojas del musgo.

24. De caminata entre las tres y media y las cinco y media. La noche resultó ser fría y clara. El mar está sobrio y gris, con franjas de color más intenso allí donde las nubes proyectan su sombra. Nos llega el sonido

medio muerto de los cencerros de las ovejas, viene del llano que se abre bajo la pendiente de la ladera, exquisitamente amortiguado.

25. Después de tomar el té fuimos a casa del señor Poole[178]. El cielo se extendía como una nube continua, blanqueado por una luna cuya forma tenue alcanzamos a ver pese a que su luz no era lo bastante intensa para disipar las sombras del suelo. La nube se escindió en dos y se formó en el centro del cielo una bóveda negra, azulada. La luna navegó por esta bóveda seguida por una multitud de estrellas pequeñas, brillantes, nítidas. Su brillo parecía concentrado (media luna).

26. Dimos un paseo hasta la cima de las montañas, subimos por los senderos que recorren las ovejas hasta que llegamos a una gran hondonada. Nos sentamos bajo el sol. Nos llegaba el sonido distante de los cencerros de las ovejas, de la corriente del agua, y vimos al leñador en el camino, avanzando sinuosamente sobre su poni cargado, imaginé el vello lanoso del animal todavía salpicado de gotas de rocío. El mar azul y gris, sombreado por enormes masas de nubes blancas. Las ovejas brillan bajo la luz del sol. Volvimos a través del bosque. Los árboles que lo bordean se han visto más expuestos a la acción de la brisa marina, y las ramas superiores están casi deshojadas, se ven más rígidas y erectas, como esqueletos negros. Las bayas rojas del acebo salpican todo el suelo. Nuestra idea era llegar antes de las dos, pero volvimos después de las cuatro.

27. Dimos un paseo desde las siete hasta las ocho y media. La noche fue poco interesante, solo una vez, mientras atravesábamos el bosque, la luna rompió el velo invisible que la envolvía, las sombras y las siluetas de los robles ennegrecidos se volvieron más marcadas. Las hojas marchitas parecían pintadas de un amarillo más profundo, y un brillo intenso manchó las encinas. Cielo raso, apenas se aprecia una nube blanca. El murmullo que nos llega de la aldea parece un aullido.

28. Paseo solitario hasta el molino.

29. Día muy tormentoso. William se acercó a la cima de la montaña para ver el mar. No se veía nada, todo estaba cubierto por una negrura densa. Se fijó en la rama partida de un abeto.

30. William me llamó desde el jardín para enseñarme un aspecto singular de la luna. Se dibujaba un arcoíris perfecto, el semicírculo no tardó en convertirse en un círculo completo, y pasados tres o cuatro minutos el conjunto entero se desvaneció. Después William fue a la herrería y pasó también por la panadería. La noche no tuvo el menor interés.

31. A las cinco de la mañana salimos hacia Stowey. Tormenta violenta en el bosque, nos refugiamos bajo las encinas. Cuando salimos de casa la luna estaba inmensa y grandes nubes flotaban esparcidas por el cielo. Las nubes no tardaron en cernirse sobre el espacio que ocupaba la luna, sin llegar a ocultarla. Oímos el sonido de la lluvia y nos sorprendieron ráfagas de viento, muy fuertes. Salimos del bosque cuando de la lluvia apenas quedaban algunas gotas dispersas, arrastradas por el viento. Ahora el cielo está completamente sereno, Venus apareció primero, forcejeando con las nubes, después apareció Júpiter. En las ramas de los setos, negras y puntiagudas, brillaban los diamantes de millones de gotas. Sobre las encinas más grandes relucían manchas de luz. El camino que conduce a Holford desprendía reflejos como una corriente de agua. Mientras volvíamos vimos cómo se formaba una tormenta de viento, lluvia y granizo sobre el castillo de Comfort. Todo el cielo parecía condenado a un movimiento perpetuo que solo se amansó al cesar la lluvia. La luna apareció medio velada, después se retiró detrás de nubes densas, las estrellas todavía se movían, los caminos estaban muy sucios.

1 de febrero. Unas dos horas antes de la cena nos dirigimos a casa del señor Bartholemew[179]. El viento soplaba tan fuerte que nos sentimos impelidos a buscar cobijo en el bosque. Allí encontramos un refugio cálido, detrás de un montón de grandes ramas podridas que el viento había derribado el día anterior. El sol brillaba con fuerza, pero una densa negrura colgaba sobre el mar. Los árboles casi rugían, y el suelo parecía moverse por la cantidad de hojas que danzaban, y que hacían un ruido crujiente, distinto al de los árboles. Los burros seguían pastando entre la quietud de los acebos, ajenos a los prolegómenos de la tormenta. El viento nos golpeó con furia a la vuelta. Luna llena. Se elevó con una insólita majestad sobre el mar, y ascendió muy despacio entre las nubes. Estuve una hora a la luz de la luna junto a una ventana abierta.

2. Paseo a través del bosque y, justo antes de comer, por los prados. El aire era cálido y agradable. El sol brillaba, pero a menudo quedaba oscurecido por las nubes. Los petirrojos cantaban sin descanso en el interior del bosque. La rosa de los vientos estaba muy alta al atardecer. La sala estaba llena de humo, por lo que nos vimos obligados a dejar de fumar. En Coombe vimos corderos muy jóvenes en un pasto verde, patas gruesas, grandes cabezas, ojos negros de mirada fija.

3. Mañana muy suave, desayunamos con las ventanas abiertas, los petirrojos cantaban en el jardín. Dimos un paseo con Coleridge por las montañas. Al principio el mar estaba oscurecido por la niebla, formaba una masa muy densa que llegaba hasta la orilla. Las islas habían quedado

reducidas a un punto de tierra en la lejanía. Sobre la orilla más distante (que era de un denso color púrpura bajo el aire claro) colgaban poderosas nubes; las más lejanas eran oscuras y parecían estarse quietas, mientras que las que estaban más cerca se desplazaban a gran velocidad, impulsadas por ráfagas de un viento que soplaba más bajo. Nunca había visto tanta armonía entre la tierra, el cielo y el mar. A la altura de nuestros pies el reflejo de las nubes se extendía sobre la superficie del agua, y en el horizonte casi parecía tocar las nubes del cielo. Los troncos de los árboles reposaban en el boque, en una quietud perfecta. Los petirrojos cantaban entre las ramas sin hojas. De todas las ovejas que había en el campo, que eran muchas, solo una estaba de pie. Volvimos a las cinco para comer. A las nueve la luna estaba quieta y cálida como si la noche fuese de verano.

4. Recorrí casi todo el camino a Stowey en compañía de Coleridge. La mañana era cálida y soleada. Por las montañas, en los pueblos y en los senderos vimos a unas cuantas muchachas vestidas con ropas veraniegas, de descanso: enaguas rosas y azules. También vimos a madres con sus hijos en brazos: eran tan pequeños que apenas podían caminar, cuando los dejaban en el suelo avanzaban tambaleándose a su lado. Vimos mosquitos o moscas muy pequeñas dar vueltas bajo la luz del sol, oímos el canto de la alondra y del petirrojo, vimos margaritas sobre el césped, avellanos en flor, madreselvas en ciernes. Descubrí una solitaria flor de fresa bajo un seto, y una aulaga alegre y florida.

5. Paseamos hasta Stowey con Coleridge y volvimos por Woodlands, el día era muy cálido. En el canto continuo de los pájaros pude distinguir los tonos de un mirlo. El mar estaba ensombrecido por una espesa niebla oscura, pese a que el sol relucía sobre la tierra firme. Los robles y las hayas conservaban sus hojas amarillentas. Descubrí unos árboles que rebrotaban con unas yemas rojizas. ¿Qué clase de árboles eran?

6. Caminamos hacia Stowey por las montañas. Regresamos después de tomar el té. La noche era fría y clara, en algunos tramos los caminos estaban recubiertos por una dura capa de hielo. El mar se pasó el día escondido tras la niebla.

7. Volvimos a Potsdam[180], pero los caminos estaban intransitables, así que cambiamos de rumbo. Lo mejor de la caminata fueron los jardines. Llegamos al pueblo más pequeño de Coombe Woodlands, que pese a todo tenía su propio herrero y su propia panadería. Después estuvimos en Holford. La niebla seguía dominando el mar. El aire era muy agradable. Pero no vimos nada nuevo, ni siquiera interesante.

8. Fuimos al bosque por las montañas y descubrimos un sendero nuevo y delicioso que nos condujo hasta el Coombe. Pasé mucho tiempo sentada en el brezo. La tierra brillaba y parecía inquieta gracias al movimiento del viento, que dispersaba las hojas marchitas y agitaba los hilos de las telarañas. Al volver, la niebla seguía encima del mar, pero la costa de enfrente parecía despejada, y los acantilados rocosos se distinguían nítidamente. En el interior del Coombe, no pudimos disfrutar del sol, pero desde la montaña se apreciaba una extensión kilométrica de hierba resplandeciente, sobrevolada por los insectos.

9. William recogió ramas…

10. Paseo hacia Woodlands para ver la cascada. Los helechos verdes y la lengua de víboris prosperan entre la humedad. En esta época del año el viento somete a estas plantas a un movimiento constante, en verano solo las agitan las gotas que salpican desde las piedras. Un día nublado.

11. Dimos un paseo con Coleridge por los alrededores de Stowey. El día fue agradable, pero nublado.

12. Paseo sola hasta Stowey. Volví por la tarde en compañía de Coleridge. El día fue suave y agradable, aunque nublado.

13. Di una caminata con Coleridge a través del bosque. La mañana fue suave y agradable, todo parecía anunciar un día espléndido. Las crestas de las montañas, ribeteadas de bosque, dejaban ver entre ellas el mar así como el cielo blanco, y aún más allá del oscuro horizonte que formaban las más lejanas, como una especie de barrera entre el mar y el cielo.

14. Fui al bosque con William a recoger ramas. Pero mi hermano estaba indispuesto, y no pudo llegar muy lejos. Los abedules jóvenes eran de un rojo brillante, y su sombra era de color púrpura. Descansé un rato en un tronco grueso. El viento agitaba los árboles en un movimiento perpetuo, incluso sometía sus ramas más altas. La brisa se alzó con suavidad, parecía avanzar por un camino trazado de antemano para llegar al sitio justo donde estábamos nosotros.

15. Recogimos ramas en el bosquecillo. Helechos verdes, musgo, zarzas, y los altos pilares de los robles casi sin ramas. Crucé un riachuelo con cartas y volví con William y Basil[181]. Una llovizna nos sorprendió en el bosque. Sopló una brisa.

16. Fuimos a buscar huevos al Coombe, y a la altura de la casa del

panadero empezó a llover granizo. William trajo a casa un gran cargamento de ramas. La noche se llenó de estrellas, después se cerró el cielo y antes de acostarnos todo el suelo estaba cubierto de nieve.

17. El suelo estaba cubierto por una capa profunda de nieve. Con William y Coleridge caminamos hasta casa del señor Bartholemew y después hacia Stowey. William volvió solo a casa, y Coleridge y yo atravesamos el bosque en dirección al Coombe para recoger unos huevos. El sol brillaba con fuerza. Una profunda quietud reinaba en la zona más espesa del bosque, apenas alterada por la caída ocasional de la nieve de las ramas de los árboles. No dejaba oír más ruido que el de la corriente del agua, y el de las delicadas notas de un pajarito que cantaba de vez en cuando en la parte meridional del bosque. Allí por donde pasábamos el musgo cubría las raíces de los árboles y pájaros pequeños reposaban y picoteaban encima. El bosque entero ofrecía una imagen encantadora, y todos y cada uno de los árboles, observados de manera individual, eran hermosos. Las ramas de las encinas parecían exhibir con orgullo su cargamento de nieve blanca, y al mismo tiempo mostraban sus bayas rojas y brillantes, y sus resplandecientes hojas verdes. Las ramas peladas de los robles parecían más oscuras en contraste con la nieve.

18. Después de la cena salimos a dar un paseo pasado Woodlands. La noche era desapacible y muy fría. Vimos los primeros síntomas de la luna creciente, una línea plateada, un arco plateado. Al nacimiento asistían las versiones más pálidas de Júpiter y Venus.

19. Dimos un paseo hasta Stowey antes de la comida. William fue incapaz de recorrer todo el camino. Así que volví sola. El día fue soleado, claro, helado. El mar seguía azul y espacioso y liso.

20. Paseo después de comer hacia Woodlands.

21. Coleridge nos hizo una visita por la mañana. Así pues, fue imposible salir a pasear. William le acompañó a través del bosque de regreso a Stowey. La noche fue muy tempestuosa.

22. Coleridge vino a primera hora de la mañana y se quedó hasta la comida. Después salí con William a dar un paseo por el camino de Woodlands. Día desapacible y escarchado. En el cielo, la luna y los dos planetas. Encontramos una navaja de afeitar, una chaqueta de soldado y una mochila, también a un niño jugando con una rueda. El mar estaba muy negro cuando entramos en el bosque, y aunque el viento estaba calmado, el oleaje hacía un ruido muy fuerte, como si estuviese algo

trastornado.

23. Por la mañana William salió de paseo con Coleridge. Yo no me moví de casa.

24. Dimos un paseo hasta la cima de la montaña. El sábado el aire soplaba de manera muy agradable a nuestro alrededor. El paisaje se volvía suave e interesante. Las montañas galesas estaban coronadas por una enorme gasa de tumultuosas nubes blancas. En el mar predominaba el color blanco, con franjas más oscuras, gris azuladas. Las playas cercanas estaban despejadas, bordeadas por granjas dispersas, medio ocultas por huertos verdes, donde prevalece el musgo y hay paja fresca en las puertas y pilas de heno en los campos. El trigo brotaba como una sombra verde sobre la tierra oscura, y las parcelas de prados, llenas de ovejas y corderos, se extendían elegantes con su verde suave y vivo. Unas cuantas guirnaldas de humo azul flotaban sobre el suelo. Los robles y las hayas, sobresaliendo del sotobosque, conservaban sus hojas amarillas. De la perspectiva lejana de la tierra destacaban las islas iluminadas. El mar parecía un cuenco lleno de agua hasta el borde. Los oscuros y frescos campos arados, los nabos de un verde áspero, todo animado. Volvimos a casa por el camino del bosque.

25. Me acosté de madrugada. Aunque todo el día fue muy agradable, en especial la tarde. No salimos a pasear.

26. Coleridge vino a visitarnos por la mañana, y también el señor y la señora Cruikshank[182]. Dimos un paseo con Coleridge, casi llegamos a Stowey y regresamos a tiempo para cenar. La tarde era muy clara. Nos tumbamos en el césped y contemplamos el paisaje que parecía derretirse en su belleza natural. El mar estaba sosegado, de un azul pálido, un tanto gris; en la lejana bahía flotaba un cielo brillante y azul, solo faltaba el barco navegando en la superficie para disfrutar del panorama. Paseamos hasta la cima de una montaña para ver una fortificación, una vez allí volvimos a sentarnos para disfrutar del panorama. El paisaje parecía extenderse cuanto más se observaba, tanto que el pensamiento sentía miedo de calcular sus límites. Un paisaje de invierno plagado de cabañas, granjas, y árboles en la lejanía. Hicimos el camino de regreso precedidos por Júpiter y Venus. Todavía con el cielo dominado por el crepúsculo, la luna nos recordó que brillaba proyectando nuestras débiles sombras sobre el camino que nos precedía. Ya la habíamos visto asomar desde lo alto de las montañas como si se derritiese en el cielo azul. El señor Poole nos visitó mientras estábamos ausentes.

27. Caminé por la tarde hasta casa de Stowey. William y Basil me

acompañaron en mi paseo a través del bosque. El paisaje brillaba con una leve belleza. El mar, espacioso y blanco, parecía adelgazar en las orillas, pero su masa parecía incrementarse a medida que se alejaba de la costa. Coleridge me acompañó el camino de vuelta, atravesamos juntos el bosque. Fue una noche de luna muy brillante. Venus brillaba casi como otra luna. Llegamos a Alfoxden mucho antes de que se hundiese en el gran mar blanco.

1 de marzo. Nos levantamos temprano. Una niebla espesa oscurecía por completo el paisaje más lejano, y la cúpula del bosque y las formas de los árboles más cercanos eran apenas visibles. La niebla se despejó entre las diez y las once. Las formas de la niebla se movían lentamente y eran de una hermosura exquisita. Cuando pasaba entre las ovejas parecía tener más vida que estas tranquilas criaturas. Pájaros invisibles cantaban desde dentro de ella.

2. Recorrimos parte del camino hacia casa con Coleridge, de buena mañana. Recogimos manzanas caídas al pie de los árboles.

3. Fuimos a la zapatería. William me esperó tumbado debajo de un árbol. Después fuimos a una granja aislada a buscar huevos y volvimos por el sendero de la montaña. Una noche muy suave y nublada. Los rosales entre los setos estaban a punto de florecer.

4. Dimos un paseo hasta Woodlands después de la comida, la velada fue muy agradable.

5. Recogimos manzanas. Nos sorprendió una niebla espesa. Paseamos hasta la casa del panadero, y después a la del zapatero, cruzando los campos de Woodlands. A la vuelta encontramos a Tom Poole en el salón. Se quedó a tomar el té con nosotros.

6. Una mañana agradable, el mar estaba blanco y brillante, la marea alta. Por la tarde fuimos a ver a Coleridge. William me acompañó el tramo del camino que atraviesa el bosque. Coleridge está muy enfermo. Cuando estaba ya cerca de Woodlands la niebla perdió consistencia y pude ver las formas de las estrellas. Enseguida volvió a cerrarse y en el cielo se propagó la misma monotonía.

7. William y yo tomamos el té en casa de Coleridge. El cielo estaba muy nublado. No vi nada particularmente interesante: todo el espacio lejano estaba oscurecido. En la copa de un árbol una hoja (la única que quedaba) bailaba como un trapo agitado por el viento.

8. Caminata por el valle de buena mañana. Descansé debajo de los abetos. Coleridge acudió después de la comida, de manera que no volvimos a salir de paseo. La mañana fue neblinosa, pero el conjunto del día fue soleado, con el cielo claro.

9. Una mañana clara y soleada, fuimos a ver a los Coleridge. El día fue muy cálido.

10. Coleridge y William me acompañaron por la tarde en una excursión hasta la cima de la montaña. Pasamos la mañana entera paseando por el parque y por los jardines. Vimos a un grupo de niños jugar, y a un anciano en lo más alto de la montaña. También nos cruzamos con otros grupos interesantes de seres humanos: jóvenes bailando al sol, ancianos bebiendo en silencio… Toda la vida que el sol y el aire transmiten al alma.

11. Un día frío. Vimos a un grupo de niños bajar hacia el mar. William y yo caminamos hasta la cima de la montaña, desde donde vimos extenderse Holford. En el pueblo conocí al herrero. Fue muy agradable verle trabajar un domingo, soleado con el herraje de una vaca.

12. Tom Poole vino a casa con Coleridge para comer, el día era vivo, frío y soleado; no salimos a pasear.

13. Poole comió con nosotros. William y yo paseamos por el bosque. Coleridge nos visitó en casa.

15. Me he olvidado de escribir lo que nos ocurrió el fin de semana pasado, y ahora no recuerdo cómo pasamos los días.

16. William, Coleridge y yo paseamos por el prado, no estuvimos mucho tiempo. Le escribí a [183]. William se encontraba mal, aunque mejoró por la tarde; salí a dar un paseo por Potsdam.

17. No recuerdo nada de este día.

18. Los Coleridge se han ido. La mañana ha sido fría y ventosa. Paseamos con ellos hasta la mitad del camino que tenían que recorrer. A la vuelta tuvimos que refugiarnos debajo de las encinas para protegernos de una granizada. Las hojas ya marchitas parecían danzar en el suelo por los golpes del granizo. William escribió una descripción de la tormenta.

19. William, Basil y yo fuimos a las montañas, el día era muy frío y sombrío. A la vuelta cayó una terrible tormenta de granizo. William

escribió unos cuantos versos describiendo el espino atrofiado.

20. Coleridge cenó con nosotros. Hicimos con él más de medio camino de vuelta a casa por la noche. Una tarde muy fría, pero clara. La primavera parece muy poco avanzada. Ningún árbol verde, solamente los setos están brotando, y el conjunto resulta encantador.

21. Tomamos el té en casa de Coleridge. Una suave nevada nos acompañó más de la mitad de nuestro paseo. Al volver a casa el cielo estaba parcialmente sombreado de nubes. La luna había salido con cuernos. En el gran olmo asomaron dos pájaros.

22. Pasé la mañana almidonando el lino. Al atardecer dimos una caminata por el bosque. Hizo mucho frío.

23. Coleridge comió con nosotros. Había terminado su balada. Caminamos con él hasta casa del herrero. Una noche muy hermosa, estrellada, la luna enseñó sus cuernos.

24. Nos visitaron Coleridge, los Chester[184] y Ellen Cruikshank. Dimos un paseo todos juntos por el bosque. Por la tarde nos acercamos al Coombe a comprar huevos. Volvimos por el interior del bosque y dimos un paseo por el prado. El paisaje de la tarde me pareció más aburrido que el del día anterior: una especie de velo blanco cubría el cielo azul. Las estrellas han salido menos brillantes. La primavera sigue avanzando, pero muy despacio; no hay árboles verdes, los setos siguen sin hojas. Lo único verde que se aprecia son las zarzas (que todavía conservan sus viejas hojas), los árboles de hoja perenne y las espigas, claro que estas no son propiamente verdes. Hoy reparé en un puñado de zarzas que han empezado a brotar y se han desprendido de las viejas hojas, las he visto esparcidas por el suelo. La gran rama torcida del viejo roble parecía apuntar hacia la luna.

25. Después del té dimos un paseo hasta la casa de Coleridge. Llegamos a casa a la una. La noche estaba nublada, pero no estaba completamente oscuro.

26. Fui a casa de Wedgwood[185] a ver a Coleridge después de comer. Llegué a casa a las doce y media. Noche de media luna, muy agradable.

27. Cenamos en Poole. Llegamos a casa un poco después de las doce. La noche estaba parcialmente nublada, brisa ligera, mucho frío.

28. Colada de prendas de lino.

29. Coleridge comió con nosotros.

30. Dimos un paseo, pero no recuerdo hacia dónde.

31. Caminata.

1 de abril. Paseo bajo la luz de la luna.

2. Día de viento muy fuerte. Coleridge vino a casa para refugiarse de la niebla. Estuvo con nosotros toda la noche. De día dimos un paseo por el bosque y descansamos debajo de los árboles. El centro del bosque estaba en calma, pese a que el viento soplaba muy fuerte a nuestra espalda. Los árboles que habían estado en reposo hasta ese momento inclinaron suavemente la cabeza, como si quisieran oír el ruido del viento. Las fuertes ráfagas sacudieron incluso las encinas más robustas, vimos caer una auténtica lluvia de gotas de agua de las altas ramas peladas de los robles.

3. Dimos un paseo hasta Crookham con Coleridge y William para preparar la apelación[186]. Dejamos a William en el pueblo y me despedí de Coleridge al llegar a la cima de la montaña. Fue una tarde muy tormentosa…

4. Caminé toda la tarde por la orilla del mar. El aire parecía conmocionado, pero el mar no estaba realmente hermoso, ni tampoco transmitía sensaciones de grandeza. A la vuelta me sorprendió una lluvia muy violenta, y me refugié en Potsdam, bajo un grupo de abetos.

5. Coleridge vino a comer. William y yo dimos un paseo por el bosque de buena mañana. Después me acerqué al Coombe a por unos huevos.

6. Recorrí una parte del camino de vuelta a casa con Coleridge. La mañana fue bellísima, y agradable, pero el día terminó siendo de lo más lluvioso. Estábamos decididos a ir más allá del Coombe y visitar la fuente del arroyo, pero al precipitarse la tarde el frío nos lo impidió. La primavera avanza demasiado despacio. Han brotado algunos castaños, los setos empiezan a verdear, pero todavía no ha cundido su ejemplo.

7. Antes de cenar nos fuimos hasta el Coombe y visitamos la fuente del arroyo. Volvimos a casa por el camino que cruza la montaña. La mañana había sido lluviosa en las montañas lejanas, pero por la tarde las vistas se abrieron de manera maravillosa.

8. Domingo de Pascua. Por la mañana paseamos por el bosque, nos quedamos a medio camino de Stowey. Al principio nos pareció que el aire

era un tanto opresivo y caluroso. Después se volvió muy agradable.

9. Dimos un paseo hasta Stowey. A la ida el aire estaba muy agradable, pero de regreso lo noté demasiado caliente. La endrina estaba en flor, los espinos estaban verdes, y los alerces del bosque habrán pasado del negro al verde en dos o tres días. A la vuelta me encontré con Coleridge.

10. Por la tarde me dediqué a la colada de prendas de lino. Dimos un paseo hasta Holford. Fui a la panadería y después me puse a caminar y llegué a Woodlands con la esperanza de cruzarme con William. Lo encontré a la vuelta en la montaña. Una tarde cálida, cercana… Todo estaba en flor.

11. Pasé la mañana en el bosque, di una caminata hasta la cima de la montaña, y después regresé de nuevo por el bosque. La tarde era muy agradable, el aire delicado, la hierba del pasto verde brillante, y muchos árboles han rebrotado en el valle.

12. Por la mañana di un paseo por el bosque. Al atardecer volví a salir y llegué hasta el Coombe, fue un buen paseo. La primavera avanza ahora muy deprisa, vi cientos de prímulas, violas de monte, vincapervincas, cariofilales.

13. De buena mañana dimos un paseo por el bosque. Al atardecer nos acercamos hasta Stowey. William volvió a casa del señor Poole. Yo me quedé con el señor Coleridge y cenamos juntos.

14. Por la mañana dimos un paseo por el bosque. Al atardecer cayó una gran tormenta, así que decidimos quedarnos en casa. La vida de Mary Wollstonecraft…[187]

15. Después del desayuno nos fuimos a Crookham y volvimos a las tres para comer. Una mañana muy agradable y nublada. Paseamos por los caminos del terrateniente. Pintorescas cascadas en cuyos alrededores la naturaleza se esforzaba por volver hermoso lo que el arte humano había deformado: ruinas, ermita… A pesar de todo el valle nos pareció romántico… lástima de tantos árboles ajenos a nuestro clima. Afortunadamente el hombre no puede alterar la forma de las enormes montañas ni tallar los valles según el capricho de su imaginación.

16. Luna nueva. William paseó por el bosque la mañana entera. No fui con él. Al atardecer dimos juntos un paseo por el bosque…

17. De buena mañana dimos un paseo por el bosque, de noche paseamos por la montaña. Abundantes prímulas.

18. Caminata a través del bosque. Hermosa mañana de sol. Nos encontramos con Coleridge que volvía de ver a su hermano. Comimos los tres juntos. Nos tomamos el té y luego dimos un paseo tan largo que casi llegamos a Stowey.

19…

20. Por la tarde dimos una caminata hasta la montaña que divide el Coombe en dos. Volvimos a casa por el camino de Crookham, bordeando el «pequeño estanque fangoso». Eran las nueve en punto cuando volvimos. William se pasó toda la mañana enfrascado en un poema muy fastidioso de componer. Luna creciente. Empezó *Peter Bell*.

21. 22. 23…

24. Dimos un paseo considerable por el bosque. Nos sentamos bajo los árboles a descansar. Por la tarde caminamos hasta la cima de la montaña. De vuelta nos encontramos con Coleridge y volvimos los tres juntos a Stowey.

25. Coleridge vino a tomar el té. Después fuimos caminando a Stowey.

26. William fue al bosque a tomar apuntes. Le acompañé. Comimos en casa. Coleridge y William tomaron el té.

27. Coleridge desayunó y tomó el té con nosotros. Dimos un paseo por el bosque de buena mañana. Por la tarde salimos del bosque y fuimos a pasear por las montañas: la luna, un mar multicolor y el cielo.

28, sábado. Una mañana muy agradable, de clima cálido, como toda la semana.

6 de mayo, domingo. Estuvimos esperando al pintor y a Coleridge. Mañana lluviosa, tarde muy agradable. Nos volvimos a encontrar con Coleridge durante el paseo. Fuimos los tres juntos a Stowey. Oímos el canto del ruiseñor, vi una luciérnaga.

7. Dimos un paseo por el bosque de buena mañana. Por la tarde fuimos a Stowey con Coleridge, que había pasado a visitarnos.

8. Coleridge vino a comer. Por la tarde fuimos a tomar el té a Stowey. El paseo de vuelta a casa fue muy agradable.

9. Escribí a Coleridge.

16 de mayo, miércoles. Coleridge, William y yo nos dirigimos a los acantilados de Chedder. Dormimos en Bridgewater.

22 [17], jueves. Paseo hacia Chedder. Dormimos en Cross.

Notas

1 John Wordsworth (1772-1805), hermano menor de Dorothy y de William. Desde 1790 trabajó en la Compañía de la Indias Occidentales. Llegó a ser capitán del Earl of Abergavenny. Dorothy dejó de ver a su hermano durante casi ocho años; en este mismo período William le vio en contadas ocasiones. Más adelante visitaría a sus hermanos en Grasmere en un par de ocasiones. Después de la experiencia les escribiría: «Me encanta vuestra casita de campo».

2 William Gell (1777-1836), dibujante y arqueólogo. Después de graduarse en Cambridge se construyó una casita de campo. Gell hacía visitas frecuentes a los hermanos Wordsworth, que le valoraban por su barca. Hizo dibujos a mano alzada en el Asia Menor (del sitio de Troya) que le ganaron los elogios de Byron, entusiasmado de que hubiese acumulado tanto material en cinco días de estancia en Troya (en realidad, solo estuvo uno). Murió en Italia, donde vivió el último tramo de su vida.

3 Aggy, Agnes Fisher, con su marido, John, y su hermana Molly, vivían en una pequeña casita cerca de los Wordsworth (que con el tiempo se convertiría en el primer museo dedicado a William). En algunas cartas William señaló que Aggy vivía en Grasmere con cierto disgusto, que aspiraba a una educación mejor y que consideraba la región de los Lagos la más sucia del mundo.

4 Mary Hutchinson (1770-1859), hija de un comerciante de tabaco. Tras quedarse huérfana y criarse con sus abuelos, conoció a los dieciséis años a William, con quien terminaría casándose el 4 de octubre de 1802.

5 Thomas Ashburner (nacido en 1754) se quedó viudo con cinco hijos, y ese mismo año se casó con Margaret Lancaster, una chica del pueblo. Vecino muy cercano de los Wordsworth, les suministraba el carbón que iba él mismo a buscar a Keswick. Terminó abandonando la región después de verse forzado a vender las tierras de la familia.

6 Elizabeth Jane Sympson, hermana menor del reverendo Joseph Sympson, vicario de la pequeña iglesia de Wythburn. Murió poco después de casarse con un artista diletante y de perder a su primer y único hijo.

7 John Benson, propietario de las tierras donde vivían los Wordsworth. Vivía en la orilla del lago.

8 Una casa de reciente construcción en el camino de Ambleside a Cundermere donde vivía la señora Taylor, viuda desde 1784.

9 Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) fue un personaje central en la vida de los Wordsworth. Con William se entusiasmó por la poesía y por la Revolución francesa. En 1798 Coleridge y William publicaron las *Lyrical Ballads* [Baladas líricas], donde ponían en práctica sus teorías poéticas: temas contemporáneos, adoración de la naturaleza y un estilo que ellos consideraban cercano al pueblo llano. Infeliz en su matrimonio durante los años que cubre este diario, estuvo enamorado de Dorothy, ella no le correspondió, pero se sintió culpable desde entonces de las múltiples afecciones y dolencias que sufría el poeta. Sus mejores poemas los escribió en apenas dos veranos; desde entonces lo más relevante de su producción intelectual fueron sus conferencias, muy influyentes y dedicadas, entre otros, a Shakespeare, Milton y Jonson.

10 Joseph Cottle (1770-1853). Librero, editor y poeta local, de cierto prestigio en Bristol. Fue el editor de los primeros libros de poesía de William. También muy vinculado a Coleridge.

11 Marido de Agnes Fisher (Aggy). Propietario de una casa pequeña, cercana a la de los Wordsworth, zapatero por afición. Coleridge dijo de él que era un hombre de mentalidad noble. Tras la muerte de su esposa les dijo a los Wordsworth que de no haber sido por la instrucción y el refinamiento que adquirió viviendo con ella, habría muerto siendo «simple como una vaca».

12 Mary Fisher, hermana de John Fisher, figura entrañable para los Wordsworth, tras la muerte de Aggy Fisher se convirtió en su ayuda doméstica más valiosa. William Hazlitt, de visita a los Lagos, dijo de ella que la chica jamás había oído hablar de la Revolución francesa, ejemplo del ensimismamiento de los habitantes de la zona.

13 Apodo que Wordsworth le puso al brazo noroeste del valle, sumamente umbrío.

14 Charles Douglass (1772-1806), abogado al que William conoció en Cambridge. William le prestó 200 libras, de las que después de muchos embrollos recuperó poco más de la mitad: 124.

15 Christopher Wordsworth (1774-1846) estuvo desde siempre ligado profesionalmente al Trinity College. Se casó con Priscilla Lloyd y tuvo tres hijos. Vivió a cierta distancia de sus hermanos, Dorothy y William, hasta la muerte de su esposa, en 1815; entonces volvió a estrechar la relación. Se veían con frecuencia en Rydal Mount, en Cambridge y en Londres.

16 Charles Lloyd (1775-1839) llegó a los Lagos en 1795. Ese mismo año había publicado un libro de poesía en Carlisle. Conoció a Coleridge y le propuso vivir un tiempo a su lado en calidad de discípulo, previo pago de ochenta libras. La relación terminó mal. Los poetas de los Lagos se burlaron de sus esfuerzos poéticos y Lloyd trazó en su novela *Edmund Oliver* un retrato poco amable de Coleridge. En 1800, tras casarse con Sophia Pemberton, se fue a vivir a Ambleside. Los Lloyd y los Wordsworth se

visitaron con amabilidad durante años, hasta que las relaciones se enfriaron. Lloyd le contó a un pariente en una carta que el motivo del distanciamiento no fue Dorothy sino Wordsworth, cuya compañía le deprimía.

17 Joanna Hutchinson (1780-1843), la menor de las hermanas Hutchinson, que llegaría a ser cuñada de William. Dorothy hizo un viaje a Escocia en su compañía en 1822 y otro a la isla de Man en 1828. Como su hermana Sara y la propia Dorothy, se quedó soltera y vivió muchos años en casa de un hermano varón.

18 El verso pertenece al poema de William: *Lines Written in Early Spring* [Versos de la temprana primavera].

19 Edward Partridge era copropietario de una fábrica de lino. Tenía fama de haber dado trabajo a muchos obreros en épocas de carestía y de haberse preocupado de que se construyesen una vivienda decente. Era propietario de muchas casas de la zona.

20 Janet Dockray vivió toda su vida en una pequeña granja pegada al camino de Easedale. Dorothy lamentó mucho su muerte, que la sorprendió en 1807.

21 Monte de la zona, no demasiado alto, pero que Wordsworth consideraba «arrebatador».

22 John Olliff vivía en una casa de construcción reciente, cercana a la de los Wordsworth. El matrimonio vendió la casa tras la muerte de su segundo hijo, una chica. El comprador fue Thomas King; Dorothy, muy afectada, no volvió a visitarla.

23 Matthew Newton, un panadero que perdió la vista en un accidente. Cuando los Wordsworth llegaron a Grasmere, llevaba ya veinte años ciego. Vivía con su mujer y su hermana, y no murió hasta 1816, casi centenario.

24 Nieto del reverendo Joseph Sympson. Su padre fue un albañil que le dejó huérfano muy joven. El joven se trasladó a Londres con la esperanza (desmentida por los hechos) de convertirse en artista.

25 Agnes Nicholson. Tras la muerte de su marido se convertiría en la cartera de Ambleside. Murió en 1862, a la avanzada edad de ochenta y tres años.

26 William Jackson (1748-1809), cuñado del propietario de las tierras donde vivían los Wordsworth, se retiró a Grasmere después de una larga carrera burocrática. Hombre de gusto literario, le alquiló a precio irrisorio buena parte de su propia casa al poeta Robert Southey.

27 John Watson, herrero de Grasmere, aunque vivía y trabajaba en Winterseed. En 1788 se casó con una criada, Sarah Wilson. Era el encargado de vigilar el buen estado de las campanas de la iglesia, y reparó con mucho gusto la puerta principal de esta en 1821. Tras su muerte en 1852 se descubrió que había ganado y ahorrado mucho dinero: dejó cien libras para la escuela de Grasmere.

28 Esposa de su tío materno. Dorothy la había tratado cuando vivía en casa de su abuela, en Penrith.

29 Matthew Harrison (1753-1824). Fue durante años el mayordomo del señor George Knott. A la muerte de Knott abrió una posada llamada Bellevue, en la parte alta de Ambleside.

30 John Hutchinson, hermano mayor de Mary Hutchinson, futura esposa de William. Granjero de profesión, no solo fue siempre muy simpático con Dorothy y con William, sino que sentía una buena predisposición hacia los poetas.

31 Basil Montagu (1770-1851), hijo natural de John Montagu, cuarto conde de Sandwick, huérfano de madre desde los nueve años. Se casó sin la bendición de su padre, fue desheredado y tuvo que ganarse la vida impartiendo clases particulares entre alumnos desaventajados de Cambridge. Su mujer murió durante el parto de su primer hijo cuando la pareja no llevaba ni dos años casada. Viudo y arruinado, conoció a Wordsworth en 1795, consideraba esta amistad el acontecimiento decisivo de su vida. Wordsworth le prestó dinero en los peores momentos y sufragó la educación en Londres de su hijo varón, también llamado Basil.

32 George Borwick (no Borricks) fue durante años el posadero del León Rojo, cerca de la iglesia. La posada era más conocida como la casa de George Borwick que por su nombre oficial. Se casó con Agnes Walker y tras la muerte de su esposa no tardó en volver a casarse, esta vez con una chica llamada Agnes Penny. William dijo de Borwick que era todo un caballero (le daba trato de señor), y que moriría sirviendo en su posada; en esto se equivocó: en 1804 Borwick puso la posada en venta, y se retiró.

33 Robert Newton, posadero. Dorothy había pasado una noche en la posada en 1794. Las grosellas con nata que preparaba su mujer eran muy celebradas.

34 Julius Caesar Ibbetson (1759-1817), asistente de un marchante de arte londinense y luego pintor de paisajes. Perseguido por las deudas, después de la muerte de su mujer y de su hijo de ocho años, abandonó Londres y se instaló en Clappersgate. En 1801 se casó con una chica llamada Bella Thompson, y el matrimonio empezó a ganarse la vida gracias a las pinturas al óleo que Ibbetson hizo de Grasmere. Los testimonios locales hablan de su valía humana y de su espíritu sutil.

35 Bartholomew Sympson (1757-1831), hijo del reverendo Joseph Sympson. Dorothy dijo de él que se trataba de «un hombre interesante, aunque le gusta la lectura cuarenta veces menos que la pesca».

36 Richard Payne Knight (1750-1824), coleccionista de monedas y bronces, y académico, autor de *Landscape: A Didactic Poem in Three Books* [Paisaje, poema didáctico en tres libros] (1794), donde abogaba

por la superioridad de la pintura y la poesía paisajística.

37 Humprhy Davy (1778-1829). Coleridge conoció a Davy en Bristol hacia 1799. Aprendiz de cirujano, había escrito y publicado algunos versos. Enseguida se trasladó de Bristol a Londres. Admirador de las *Lyrical Ballads,* visitó dos veces a los Wordsworth en Grasmere. Una vez allí se mostró más interesado por la pesca que por la poesía de William. Su mayor contribución fue la invención de una lámpara de seguridad para mineros.

38 Se trata de la segunda (y última) antología de poesía moderna que editó Robert Southey. Southey incluyó varios poemas de sus amigos, Wordsworth y Coleridge, y también unos cuantos de su propia cosecha.

39 Poema sobre dos hermanos (un pastor y un marinero) incluido en la segunda edición de las *Lyrical Ballads*. William Wordsworth empezó a escribirlo a principios de 1800 y lo consideraba un poema de corte bucólico.

40 *The Tempest,* «A whirl-blast from behind the hill» [La tormenta tras la montaña], poema escrito el 18 de marzo de 1798, describe una terrible tormenta ocurrida el día anterior. El lector debe tener en cuenta que algunos de los poemas aquí citados después serían descartados por Wordsworth o refundidos en otro o alterado su título.

41 George Lewthwaite tenía su cabaña cerca del camino principal; su mujer había muerto durante el parto tres años antes.

42 Una de las arboledas favoritas de los Wordsworth. William le dedicó varios poemas.

43 Las Cockin eran tres hermanas que vivían en Keswick con unos padres ya muy ancianos. En 1801 murió la madre y también una de las hermanas, Hannah. Eran de las personas más célebres y adineradas de la zona.

44 Los Spedding eran buenos amigos de Dorothy desde 1794. John Spedding nació el mismo año que William, quien pasó un par de temporadas en su casa. En 1802 abandonaron la casa donde habían vivido siempre y se trasladaron a Bassenthwaite.

45 Silver Hill, como la anteriormente citada Water End, era una de las muchas casas de lord William Gordon.

46 *Las siete hermanas de la soledad*, adaptación inglesa de un poema alemán de Frederica Brum, que explora las vicisitudes de la existencia femenina.

47 Se trata de un poema escrito por Coleridge en 1800, bajo la influencia de la lectura de las obras de Schiller, que también había intentado traducir.

48 William sometió este poema a muchas revisiones hasta que lo dio por bueno en 1819. Fue uno de los pocos poemas que leyó por primera vez y al mismo tiempo a dos de sus hermanos, John y Dorothy.

49 Poema al que William no daría continuidad (o cambiaría el nombre) inspirado en Joanna Hutchinson, a la que no volvería a ver después de 1803.

50 Richard Twining (1749-1824) era conocido en Londres como un excelente vendedor de té. Suministraba el té de la zona, que no vendía precisamente barato, y sabemos que siguió haciéndolo por lo menos hasta 1819.

51 Elizabeth Threlked, hija de Elizabeth Cookson (hermana de la abuela de Dorothy). Tras la muerte de su madre alojó a Dorothy un tiempo. Estaba casada con un comerciante de Halifax, llamado William Rawson.

52 Probablemente Dorothy se refiera al poema que terminaría titulándose *When to the Attractions of the Busy World* [Entre las atracciones de un mundo ocupado].

53 Hijo de Anthony Harrison, el cirujano de Penrith.

54 George Mackereth (1752-1832) vivió en varias casas del señor Knott como granjero. También hacía arreglos en la parroquia.

55 La señorita Thrale es un personaje de la *Vida de Samuel Johnson,* de James Boswell.

56 Sara Ashburner. En 1804 ayudaría a cuidar al hijo de seis meses del matrimonio Wordsworth, John, cuando se quedaron temporalmente sin criados. Al año siguiente se fue a servir a otra casa, y en 1807 se casaría. Dorothy se enteró poco después de que había muerto de un ataque al corazón a los veintiún años.

57 Se refiere a Edward Rowlandson, adscrito a Grasmere durante cuarenta años. Sabemos que murió a los setenta y siete años de edad, en 1811, y que buena parte de su vida se la pasó sustituyendo a John Craik, un hombre que combinaba la enfermedad con el absentismo. En la parroquia existían pocas dudas sobre los propios defectos de Rowlandson, por lo demás un hombre afable: la bebida y la avaricia.

58 Catherine Clarkson (1772-1856). Casada con Thomas Clarkson, quien en 1785 se había manifestado en contra del impuesto contra la esclavitud, recorriendo los puertos de Liverpool y Portsmouth, y multiplicando las denuncias. Cuando la salud del marido menguó se construyeron una casa en Eusemere. William había visitado a los Clarkson en compañía de Coleridge, pero esta era la primera visita de Dorothty, quien encontró que la señora Clarkson era «una mujer encantadora». Los Clarkson se quedaron en Eusemere hasta 1803, año que en que, de nuevo por motivos de salud, se trasladaron en busca de un clima menos húmedo.

59 Cecilia Losh, hija del reverendo Roger Baldwing. Su hermano John coincidió con William en Cambridge.

60 John Marshall (1765-1845), fabricante de prendas de lino y lana en Leeds. En 1795 se casó con la mejor amiga que Dorothy tenía en Halifax, Jane Pollard. A partir de 1810 alquilarían una casa cerca de Ullswater, y pasarían los veranos en la zona.

61 Es probable que se refiera a Robert Bowsfield, que comerciaba con lino en Kendal.

62 En blanco en el original. Dorothy dejó un espacio equivalente a la extensión de una docena de palabras en su caligrafía.

63 Se trata del famosísimo ensayo de William sobre el lenguaje poético que prologará la segunda edición de *Lyrical Ballads*.

64 Robert Jones (1769-1835) compañero de William en sus viajes por los Alpes y por la Francia revolucionaria. Wordsworth le dedicó sus *Descriptive Sketches of the Alps* [Bocetos descriptivos de los Alpes], publicados en 1793. En otros momentos de su vida se vieron en Grasmere, Rydale y en la zona natal de Jones, Denbigh. John Palmer (1769-1840), también compañero de William en Cambridge, nació en Whitehaven e hizo carrera como arabista.

65 Tom Myers (1735-1826) era un viudo que vivía en una granja cerca de Barton, y que se había casado con una tía de Dorothy, Anne Wordsworth. Su hijo Thomas Myers se unió a la Compañía de la Indias Orientales, en la que hizo una espléndida carrera.

66 Elizabeth Smith (1776-1806), hija del coronel George Smith. Autodidacta, dejó traducciones del alemán, cartas y poemas. Estudió culturas orientales y hebreo. Por esta época Elizabeth se encontraba delicada de salud y pasaba muchas horas contemplando los efectos y reflejos del cielo sobre la superficie del lago.

67 Amos Cottle (1768-1800), hermano mayor de Joseph, el famoso librero y editor. Se puso en relación con Wordsworth después de que este le entregase la traducción de una Edda islandesa (aunque se sospecha que William la tradujo de una versión en latín).

68 Sally Lowthian. Enfermera herida en una granja el día de Navidad de 1771.

69 En el siglo XIX la demanda de sanguijuelas creció mucho cuando se autorizó a los ciudadanos a emplearlas sin necesidad de contar con la supervisión o la autorización de un médico.

70 Se trata de la tragedia *John Woodvil* de Charles Lamb, que se publicaría en 1802. La obra se perdió, fue encontrada y reescrita. William le envió una crítica por escrito a su autor y Lamb reconoció que la composición le debía mucho a su primer amor: el teatro jacobino.

71 Derwent, el tercero de los hijos de Coleridge, de apenas tres semanas de vida. Su segundo hijo, Berkeley, había muerto el año anterior, con apenas ocho meses.

72 Mary Jameson, nieta del señor Simpson, hermana menor de Tommy. Tras la muerte de su padre se quedó a vivir en Ambleside. Su madre se casó en 1804 con William Ross, el cirujano de Ambleside.

73 Dorothy se refiere aquí a *The Old Cumberland Beggar* [El viejo mendigo de Cumberland], una de las cimas de la poesía de su hermano. William empezó a escribir este poema con la idea de suplir el espacio que el descarte de *Christabel* había dejado en las *Lyrical Ballads*.

74 Thomas Fleming, militar retirado, se instaló en las posadas de la zona, aprovechando una ley que exigía ofrecer una cama a los combatientes.

75 Se refiere al libro *Letters Written during a Short Residence in Spain and Portugal* [Cartas escritas en una breve estancia en España y Portugal], que Robert Southey publicó en 1797.

76 Caroline Nicholson, hermana mayor de Samuel Nicholson. Los dos hermanos acogieron a William en Londres cuando el poeta tenía esperanzas de terminar, primero, y de representar, después, su obra *The Borderers* [Los fronterizos]. Dorothy dejó escrito en una carta que «quería y respetaba mucho» a Caroline, pero eso no fue un impedimento para que la relación entre ellos se enfriase.

77 Robert Eaglesfield Griffith (1756-1833), primo de la madre de Dortothy. Su padre fue comerciante y él parece que tuvo una carrera como agente comercial de una casa de algodón afincada en Manchester. Dorothy le recordaba con mucho cariño, había sido muy amable con ella durante los penosos años que tuvo que pasar en Penrith, huérfana y empobrecida.

78 Nathaniel Biggs, junto con su socio Cottle, de quien ya hemos hablado, era propietario de una importante imprenta, que fue decisiva en la publicación y la difusión de la obra de William y también de Coleridge.

79 John Stoddart (1773-1856), periodista y editor, cuñado de William Hazlitt. En 1801 publicó *Remarks on the Local Scenery and Manners of Scotland* [Observaciones sobre el paisaje local y las costumbres de Escocia]. Con su amigo James Mocrieff decidió recorrer a pie el camino que lleva de Edimburgo a Londres, y en primavera de 1800 pasó unos días en Grasmere, donde visitó a William, que le conocía de sus primeros días en Londres.

80 Samuel Rogers (1763-1855), banquero y coleccionista de arte, fue el poeta vivo más célebre de su tiempo. En 1792 publicó *Pleasures of Memory* [Los placeres de la memoria]. William le respetaba, pero superar el estilo descriptivo que domina los poemas de Rogers era uno de sus propósitos confesos.

81 Anna Seward (1747-1809), conocida como el Cisne de Lichfield. Sus poemas, por lo general sonetos, respondían a la sensibilidad y las ambiciones del siglo XVIII. William consideraba su poética completamente superada.

82 William Cowper (1731-1800), hijo de un clérigo, abogado y erudito, además de poeta.

83 Matthew Gregory Lewis (1775-1818), a los veinte años se hizo muy famoso con la publicación de la novela gótica *El monje*, a la que siguieron varios relatos de terror o de «maravilla» como él prefería llamarlos.

84 Mary Ashburner, nacida en 1788, era la cuarta hija de Thomas Ashburner.

85 Isaac Denton (1786-1820), el vicario de la iglesia de Crosthwaite, en Keswick. Su principal empeño era advertir a sus feligreses de los «peligros de la ambición».

86 Del señor Peach apenas sabemos que vivió un año en la gran casa que le prestó el constructor Jackson. La casa se llamaba Greta Hall. No debemos confundir a este señor Peach con el coronel William Peachey, uno de los flamantes veraneantes de la zona.

87 Robert Gawthorpe (1754-1844), uno de los fabricantes de prendas de lino y lana más prósperos de la zona.

88 Opio, vino, especias y zumo de naranja: esta era la receta del láudano que tomaban los poetas de los Lagos y también Dorothy, de manera más ocasional. Años antes el doctor Johnson calificó el brebaje de soporífera tintura. Tras el distanciamiento de William y Coleridge, Dorothy pasaría años sin probar el opio. La enfermedad contraída en 1833 le hizo recurrir de nuevo a él por prescripción médica.

89 Tom Hutchinson (1773-1849), hermano de Mary, futura esposa de William, y también de Sara y Joanna, que visitaban con frecuencia a Dorothy. Cuando llegaron los Wordsworth a Grasmere él acababa de ocupar una granja cerca de Scarborough.

90 Thomas King (1772-1831), granjero oriundo de Leicestershire que se trasladó a vivir a Grasmere para distanciarse de su amante, una tal Hannah Goude, y salvar así su matrimonio. Con el tiempo se descubrió que la había instalado cerca de su nuevo hogar, y que tuvo con ella dos hijos, sin menoscabo del matrimonio.

91 Puede ser cualquiera de las hermanas de Robert Griffith: Grace, Ann o Elizabeth.

92 De John Stanley apenas sabemos que era un propietario de tierras de Grasmere. En una de ellas estaba la posada.

93 Es muy probable que del 22 de diciembre de 1800 (fecha en la que se interrumpe el primer cuaderno) al 10 de octubre de 1801 (fecha en la que se inicia el segundo) Dorothy escribiera otro cuaderno, hoy perdido.

94 Charles Luff fue nombrado en 1803 capitán de los Leales Montañeros de Patterdale y se trasladó a vivir con su mujer Letitia a Ambleside. Los Clarkson fueron los encargados de presentar a los Wordsworth y a los Luff. Charles emigraría en 1812 a Mauritania, donde moriría tres años después.

95 John Christian (1756-1828) se convirtió en John Christian Curwen en 1782, tras casarse con Isabella Curwen. Con este matrimonio pasó a ser propietario de muchas de las tierras y plantaciones cercanas a Windermere. Introdujo grandes reformas en los cultivos de la zona, contribuyendo a la transformación del paisaje.

96 Joseph Hall, obispo de Exeter y de Norwich. Se ganó un nombre literario como autor de diversas sátiras, en su mayoría contra los poetas.

97 *Musophilus, containing a General Defense of Learning* [Musófilo, con una defensa general del conocimiento], de Samuel Daniel (1562-1619).

98 Sir Alan Chambré (1739-1823), nacido en Kendal y juez de la zona desde 1800.

99 Se refiere al «Cuento del ecónomo» *(Manciple's Tale)* de los *Cuentos de Canterbury* (1387-1400) de Chaucer. Cuando dice «traducir» se refiere a versificar.

100 George Dyer (1755-1841), formaba junto con Lamb y Coleridge un círculo poético activo antes de conocer a William. Lamb definió a Dyer como «una mala cabeza y un buen corazón». Desplegó su talento en múltiples géneros: crítica, poesía, cartas y ensayos…

101 Poema narrativo de Edmund Spenser. Su primera parte se publicó en 1590 y la segunda en 1596.

102 Se trata de la posada que dirigía la señorita Barcroft.

103 Greta Hall era la casa que los Coleridge habían alquilado en Keswick en julio de 1800, a unos 22 kilómetros de Dove Cottage, la casa de los Wordsworth en Grasmere. Derwent y Hartley eran los hijos pequeños de los Coleridge.

104 Michael Bruce (1746-1767) era un chico de pueblo aficionado a la poesía. Murió a los veintiún años después de escribir algunos poemas melancólicos, entre ellos su propia elegía.

105 *El cuento del caballero* de Chaucer o la versión en verso de John Dryden, «Palamon and Arcites», incluida en *Fables, Ancient and Modern* (1700).

106 George Rowlandson vivió hasta 1841 en una pequeña granja cerca de Langrigg.

107 Jonathan Townley (1774-1848), conocido de William en Cambridge, entabló una amistad duradera con James Plumptre, que en 1796 vivía con su madre en Ambleside. Townley terminaría siendo vicario de

Stepple Bumstead, en Essex.

108 *Pedlar* significa propiamente «vendedor ambulante», pero en las versiones españolas del poema el título suele ser *El ermitaño.*

109 John Fletcher conducía un carro que recorría de manera regular el camino de Grasmere a Keswick. Los vecinos recurrían a él para enviar y recibir cart*as,* o pequeños paquetes.

110 A los señores de Patterdale Hall, John Mounsey y familia, se les apodaba «los reyes de Patterdale». La historia que cuenta Peggy se refiere a la madre del actual propietario.

111 William escribió una primera versión de este poema en Alfoxden entre 1797 y 1798, pero no llegó a publicarla. El poema que conocemos con este nombre fue sometido a profundas alteraciones.

112 Tom Dawson vivía en Ben Place.

113 Joshua Lucock Wilkinson era familiar de los arquitectos que en 1745 edificaron la casa de Cockermouth donde nacieron William y Dorothy.

114 William Harcourt (1743-1830) y su esposa pertenecían al círculo de amistades de Jorge III. William era militar, y gracias a sus relaciones con la corona terminó viviendo en St. Leonard Hill que, según Dorothy (a la que invitaron en 1792), era «uno de los sitios más bonitos cerca de Windsor».

115 Dorothy se refiere al hermano del reverendo Robert Walker. Su vida quedó marcada por la mala salud de su hijo, que terminaría muriendo en 1802. Tuvo otros dos hijos: William, comerciante; y una hija de la que no sabemos el nombre pero sí que se casó con un capitán de barco.

116 William Ianson, de Keswick. Se casó en 1766 y tuvo su primer hijo dos años más tarde. Dorothy escribió sobre esta familia, en una carta de 1794, que eran personas honradas e incorruptibles.

117 William Calvert (1770-1829), hijo del duque de Norfolk. En primavera de 1794 Dorothy había pasado unos días con su hermano William en una de sus casas. En otoño del año siguiente William eligió esa misma casa para pasar el duelo por la muerte de su hermano pequeño, Raisley.

118 A partir de la tercera edición (1679), *El viaje del peregrino* solía imprimirse con un retrato en el que se veía al autor, John Bunyan, dormido y con un codo reposado en uno de los emblemas de sus sueños: la guarida de un león.

119 Probablemente Dorothy se refiera a Jenny (Jane) Hodgson, la hija de Thomas Hodgson.

120 *The Pleasures of Hope*, publicado en 1799, es el primer poema largo publicado por Thomas Campbell, un poeta escocés. El poema logró mucho más eco que las *Lyrical Ballads*. William se interesó por el poema, pero no lo valoró demasiado.

121 Se refiere a la historia de Tom Snell contada en la novela anónima *Wanly Penson or The Melancholy Man: A Miscellaneous History* [Wanly Penson, o el hombre triste: una historia miscelánea] publicada en 1792 en tres volúmenes.

122 Dorothy aprendió un poco de alemán en Goslar el año 1798. William la animó a empezar a traducir y a leer en alemán para incrementar sus conocimientos.

123 Thomas Fleming se casó con Dorothy Moser en 1795.

124 Basil Montagu: véase nota al 6 de junio de 1800.

125 Se refiere a Lenty Gleming, el sastre que vivía en una casa cerca del Loughrigg.

126 Quizá se tratase de *Laocoonte*, dedicado a las relaciones entre la poesía y la pintura, y que influyó mucho en la redacción del prólogo que William antepuso a las *Lyrical Ballads*.

127 Este poema se publicó en 1807 con el título de *The Sailor's Mother* [La madre del marinero].

128 Se refiere a Margaret Simpson, que en 1817 se casaría con el escritor Thomas De Quincey. Este escribió unos cáusticos recuerdos sobre los poetas de los Lagos.

129 Probablemente se trate de William Maxwell, capitán de barco y traficante de esclavos.

130 Thomas Norton Longman (1771-1842), junto con su socio Owen Ress, se convirtió en el editor de William tras comprar la imprenta y la editorial de Cottle.

131 Es posible que sean versos perdidos de *Peter Bell.*

132 Probablemente cita alterada de un verso del poema de William *Home at Grasmere* [En casa en Grasmere] (1800).

133 Dorothy fue la primera de la familia en leer a Jonson, como ya hemos ido viendo, William se enfrascó después en su lectura, y para los críticos la influencia del dramaturgo isabelino sobre la poesía del año 1802 es evidente. Coleridge no muestra en ningún texto la menor objección contra Jonson, por lo que algunos críticos consideran este pasaje como un intento de Dorothy de disimular que las discusiones entre su hermano y su amigo podían deberse más bien al estado de tensión en que se encontraba Coleridge, que empezaba a no controlar los efectos del opio, y a quien se le acumulaban los problemas familiares.

134 Un breve poema de William, poco representativo de su estilo, y deudor de las cadencias y tonos de Spenser.

135 No se trataba propiamente de una carta, sino de un poema narrativo en el que se contaba la vida de una mujer muy parecida a la propia Peggy Ashburner.

136 Se trata de un poema en el que Wordsworth vierte en palabras las imágenes de la pintura

dominante de la época (Turner y Constable).

137 Se trata de las cuatro primeras estrofas de uno de los grandes poemas de William: *Ode: Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood* [Oda: Insinuaciones de inmortalidad entre los recuerdos de la temprana infancia]. William tardó dos años en terminar el poema.

138 Benjamin Roddington (1773-1855) y su mujer Grace eran amigos tanto de William como de Dorothy, y contribuían anualmente al orfanato.

139 Se trata de un poema de 340 versos titulado *Una carta a Sara*. Coleridge publicaría una versión condensada: *Decepción: una oda,* considerada uno de sus poemas cumbres.

140 Es muy posible que se trate de *Poetical Works of Robert Ferguson with the Life of the Author* de David Irving, publicado en 1800.

141 Se trata de un poema breve, escrito por William en una fecha próxima a la redacción del diario de Dorothy y que jamás publicaría en vida.

142 Se trata de *The Vision of Alfred*, un poema en ocho cantos, escrito por el joven reverendo Joseph Sympson y publicado en 1802. William valoraba el poema lo suficiente para decir que tenía «espléndidas descripciones» sostenidas sobre una «memoria prodigiosa».

143 Se trata de una criada de los Wordsworth, que ya estuvo con ellos en Racedown y en Alfoxden, donde les ayudó con la crianza del pequeño Basil Montagu.

144 Se trata de un breve poema que William nunca publicó.

145 Isabella Addison (1784-1807), hija de Henry Addison, un importante abogado de Penrith.

146 Wordsworth trabajó intensamente en este poema, que terminó siendo una de sus obras maestras: *Resolution and Independence* [Resolución e independencia.]

147 Verso de: *The Grand Old Ballad of Sir Patrick Spence*, una canción infantil de origen escocés. Los Wordsworth debieron leerla en la antología elaborada por Thomas Percy, *Reliques of Ancient English Poetry,* que se publicó en 1765.

148 Verso de un poema de William dedicado a Dorothy, escrito en 1799-1800 y luego ampliado con el título *Travelling* [Viajar].

149 Se trata de un extenso poema que suele atribuirse a Shakespeare, *The Lover's Complaint*, aunque los eruditos tienen muchas dudas de que realmente lo escribiese él. William estaba preocupado por las similitudes prosódicas de este clásico con el poema que estaba escribiendo sobre el recolector de sanguijuelas y que terminaría llamándose *Resolution and Independence*.

150 Se trata del poema de diez versos *¿Sabes lo que dicen los pájaros?* Hartley es el hijo de Coleridge.

151 Es probable que se trate del poema *The Day-Dream* [Un sueño diurno] terminado en 1802.

152 La revista era *The Monthly Review*. Su ejemplar de marzo estaba plagado de material que podía ser de interés para William, en especial un artículo sobre la Revolución francesa, a la que había dedicado muchos de sus entusiasmos juveniles y de la que se fue alejando ideológicamente hasta convertirse en un decidido crítico.

153 James Thomson escribió esta obra (*Castle of Indolence*) en 1748, a imitación de Spenser. William leyó a Thomson con mucha atención.

154 George Green vivía en 1802 en Kittycrag, Easedale, con su mujery cinco hijos.

155 Robert Hurrel Froude (1771-1859), párroco de Dartington (Devonshire).

156 Elizabeth Stanley, descendiente de familias muy arraigadas en la zona, propietarias de muchas tierras y responsables de numerosas obras de beneficencia.

157 Richard Cook, abogado y amigo de Basil Montagu, estuvo involucrado en la deuda de Basil que William ayudó a subsanar.

158 William escribió muchas versiones de este poema que terminó publicando en 1827 con el título *A Farewell* [Una despedida].

159 John Wilson (1785-1854) a los diecisiete años leyó por primera vez las *Lyrical Ballads,* que lo arrebataron. De inmediato se puso en contacto por carta con William. Wilson sería con el tiempo profesor de filosofía moral en la Universidad de Edimburgo.

160 John Logan (1748-1788), de una hipersensibilidad melancólica, influyó sobre poetas como Chatterton, Burns y Coleridge, todos ellos inclinados a las pasiones tristes. William le admiraba con ciertas reservas. La inesperada muerte de Logan impidió el encuentro entre los dos poetas.

161 Se trata del ama de llaves de la señora Clarkson, quien tenía con ella una relación de estrecha confianza.

162 Primer verso de un poema del mismo nombre: *The Sun Has Long Been Set,* que se publicó en 1807 y se reimprimió en 1835.

163 Se trata del primer poema de Charles Churchill (1732-1764), un poeta conocido por sus imitaciones de Juvenal. Byron le dedicaría un poema para lamentar lo deprisa que caen en el olvido los hombres de letras cuyos nombres dominaron una época.

164 Esta «Tamar» parece haber sido identificada como la hermana de Robert Dockray. Pero en la zona vivía otra Tamar, la mujer de George Dodgson, en una bonita casa junto al lago.

165 Elizabeth Hutchinson (1776-1842), hermana menor de Mary, deficiente mental.

166 John Manners (1721-1770), además de ser el marqués de Granby, era el hijo mayor del duque de Rutland. El famoso pintor Reynolds lo retrató doce veces.

167 Tras la muerte de Charles Slingsby Duncombe en 1803, su hijo hizo construir un parque público en los terrenos familiares. Se consideraba el parque más grande de todo Yorkshire.

168 Se trata de un libro publicado en 1800 por Robert Bloomfield, que habla de los placeres de la vida en la granja. En tres años el libro había vendido más de veinticinco mil copias.

169 Jack y George eran dos de los hermanos de Mary Hutchinson (el otro, Henry, estaba embarcado). Asistieron a la boda, a diferencia de la mayoría de los familiares cercanos (primos, tíos), que consideraban a William un joven «sin oficio ni vocación».

170 Alusión a María, reina de Escocia.

171 Robert (no Richard) Bateman, un «pobre aventurero de Londres» que llegó a amasar una fortuna tras una vida dedicada al comercio. Sufragó las obras de un importante santuario en la zona. William recoge parte de su historia en el poema *Michael*.

172 John Monkhouse (1782-1866), primo de Mary Hutchinson, viudo y gran lector. William, una vez casado con Mary, le visitaba con mucha asiduidad.

173 Charlotte Smith (Turner de soltera), autora de *Elegiac Sonnets* [Sonetos elegíacos] (1784).

174 Thomas Wedgwood (1771-1805), científico y médico, sufragó un importante instituto de estudios en Bristol, y se considera uno de los mecenas más importantes de la fotografía. Amigo de los Wordsworth y de Coleridge, en 1802 se barajó el plan de que Dorothy le acompañase a Francia (o a Tenerife) con el propósito de restablecer su salud, que andaba delicada.

175 Aquí termina al diario. Pese al propósito anunciado el 11 de enero, no hay indicios de que Dorothy siguiese escribiendo.

176 Alfoxden (o Alfoxton) House (o Hall) era una antigua casa repoblada en 1710 en Somerset, en una cadena de montañas conocida como Quantock Hills. Dorothy y William vivieron aquí de julio de 1797 a junio de 1798.

177 Estas cuatro primeras frases están escritas con la letra de William. Existe la teoría de que el diario es obra de los dos hermanos: Dorothy tal vez pasara a limpio pensamientos y frases compartidas con su hermano, o tal vez el propósito inicial fuera que ambos escribieran el diario al alimón, y en el mismo cuaderno.

178 Thomas Poole (1765-1837) vivía en una imponente casa del siglo XVIII. Coleridge conoció primero en Cambridge a su primo Henry Poole, pero con el tiempo sería con él con quien trabaría una gran amistad que pronto extendería a William. Este reconoció en Poole a un hombre «de virtudes insólitas y de sentido común», con el que mantuvo una correspondencia intermitente. Poole era autodidacta: antes de conocer a Coleridge su principal interés era la literatura latina, gusto al que enseguida incorporó los poemas de sus nuevos amigos. Al principio Poole impresionó a Coleridge no tanto por sus gustos literarios como por su decidida defensa de los principios democráticos y los derechos de las mujeres.

179 John Bartholemew era el hombre de confianza de la familia St. Albyn, terratenientes de la zona (Axfolden House era suya); con ayuda de su hijo se encargaba de las granjas de la poderosa familia, y también de los establos, los jardines, los carros y el buen estado de los muebles. Bartholemew tenía una granja propia en Putsham (Dorothy nunca llegó a escribir bien el nombre del pueblo).

180 Putsham.

181 Basil Montagu (1792-1830), hijo del Basil Montagu que admiraba la poesía de Wordsworth sin reservas. Desheredado y viudo, Basil padre permitió que William se hiciese cargo de la educación del pequeño Basil. William le envió a Londres a estudiar pero consideraba al muchacho su discípulo personal: no le enseñaba nada en concreto pero daba con él pequeñas caminatas que estimulaban sus sentidos. Le emocionaban la enorme curiosidad del muchacho y el placer que sentía ante el despliegue de la naturaleza.

182 Se refiere a John Cruikshank, amigo de Coleridge, e hijo de William Cruikshank, una especie de hombre de confianza del terrateniente John Perceval, dueño de una casa en el valle de Ashcombe que Coleridge quiso alquilar sin éxito (tuvo que conformarse con una en peores condiciones en Nether Stowey).

183 Laguna en el original.

184 Dorothy se refiere a John Chester (1765-1795), que en su corta vida trabajó siempre en su pequeña granja, y a sus varios hermanos y hermanas. Conoció también a Coleridge y a Hazlitt, este último escribió unas líneas elogiosas sobre él.

185 Thomas Wedgwood (1771-1805), empleado de la familia Poole. Los Wordsworth debieron conocerlo en el verano de 1797. Coleridge le tenía una gran aprecio y llegó a citarlo en un poema donde destacaba su bondad, su inteligencia y su talento para la amistad.

186 Probablemente una apelación contra el pago de impuestos sobre tierras, que William debió ganar porque no hay constancia de que pagase impuestos aquel año.

187 Mary Wollstonecraft fue conocida en vida por su ensayo *Una reivindicación de los derechos de las mujeres* (1792), aunque hoy en día es más conocida por ser la madre de Mary Shelley. Murió en 1797 y su marido publicó unas memorias a las que probablemente aluda aquí Dorothy.

Créditos

ALBA **Clásica**
Título original: *Grasmere and Alfoxden Journals*
© de la traducción: Gonzalo Torné
Notas sacadas de las pp. 160-172, 175-196, 198-199, 201-202, 204-208, 213, 215-218, 223-229, 233,235-239, 241-245, 247-251, 253, 256-258, 261, 264, 268-271, 273-274, 276, 281, 283-284, 288, 292 y 294-296 de la edición de *The Grasmere and Alfoxden Journals* a cargo de Pamela Woolf, con permiso de Oxford University Press.
© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es
Diseño: Pepe Moll de Alba
Primera edición: enero de 2019
Conversión a formato digital: Alba Editorial
ISBN: 978-84-9065-538-2
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es